2ª Edición
G21
NO DEBERÍAN ESTAR ALLÍ
Raúl A. Ortega Cazalla

No deberían estar allí

Raúl A. Ortega Cazalla

Mi agradecimiento a Juan B. Sánchez. Mateo, por su colaboración en la portada del libro.

INDICE

DRATNU DUA
EL CONTRATO
RO
EL PROYECTO
DEMONS
SEGUNDO ENCUENTRO
CHULETAS Y RISAS
PASIÓN
TRAINING DAY
SOL Y MOSCAS
NORVIX
DESPEDIDA
PANAMÁ
VIPERS
LA ISLA
IVANOVA
EL NÚCLEO
G21
VAMPIROS
EL COMBATE
EL POBLADO DE YANÚ
APARENTE TRANQUILIDAD
LAS BESTIAS
ERRORES APRENDIDOS
¡DISPARA!
UN TERRIBLE HUESPED
HONRAR A LOS CAIDOS
EL INFIERNO ESPERA
MIL DESPROPÓSITOS
¿PREPARADOS…?
SE DESATA LA TORMENTA
DELTA DOS

AISLADOS
LA BÚSQUEDA
NOS ACECHAN
CAE LA NOCHE
BENDITOS DRONES
AVALANCHA
¡ATACAR!
EL RÍO
EL AGUA SE AGITA
LA CUEVA DEL DEMONIO
SANGRE POR SANGRE
LA JUNGLA ACECHA
ZULÚ TRES
VUELTA A CASA
GLOSARIO DE TÉRMINOS

DRATNU DUA

Crujir de ramas rompiéndose, pisadas, aliento que no llega.

Angustia de la presa perseguida por su depredador.

Toma algo de aire, mira a un lado y a otro, busca una salida, una ayuda que sabe que no llegará y reinicia su huida desesperada.

La selva no es el mejor sitio para huir, y mucho más caída la tarde, con la oscuridad haciendo presencia. La espesa vegetación impide avanzar rápidamente, el calor y la intensa humedad en el ambiente te agotan, como si estuvieses corriendo un maratón dentro de una inmensa sauna que no acabase nunca. A esto se suman los innumerables insectos que sienten el calor de tu sangre y se unen a la cacería. Incluso para un hombre como este, criado en la selva, pequeño, pero muy musculado, de piel curtida por el sol, pelo totalmente negro y brillante, casi artificial y ojos ligeramente rasgados, le es muy difícil avanzar con rapidez. Pero como experto cazador, sabe que a veces esto no es lo más importante, hay que pararse, como dice Yanú -anciano de su tribu-: “La selva te habla si eres capaz de escucharla”. Además, la jungla también frenará la marcha de su depredador, aunque *quizá se equivoque*.

Aún no ha visto qué es lo que le persigue, pero lo presiente. La selva se revoluciona a su alrededor, toda clase de pájaros echan a volar, los monos chillan desesperados moviéndose agitadamente de un lado a otro, saltando de árbol en árbol, marcando con su mirada la dirección de la amenaza. Percibe un olor extraño, un olor que en sus diecinueve años de edad -aunque aparenta diez más-, no había percibido hasta ahora. Este nauseabundo olor lo inquieta, ya que como cazador y experto rastreador, está acostumbrado a los distintos olores de la selva.

Parece como si a la bestia que le acecha no le importara ser descubierta antes de su ataque, es más, no oculta su presencia. La selva cada vez está más agitada, como si quisiera jugar con su víctima antes de devorarla.

Matsei -hijo de serpiente-, tenía prohibido cazar en esta zona, de hecho, es la primera vez que se adentra en Dratnu Dua -nombre que le dan los indígenas a la selva maldita-. Pero quería sorprender a Yanú, intentando matar una presa nunca antes cazada por su tribu, para que

este intercediera por él frente a Namoa, padre de su amada. De esta manera, si Yanú lo nombrara Gran Cazador, Matsei podría cortejar a la hija de Namoa a pesar de pertenecer a un clan inferior.
En sus expediciones en los límites de Dratnu Dua, a veces ha encontrado restos de animales nunca vistos por el hombre, sumamente extraños. Una vez encontró una especie de mono, pero con unos colmillos exageradamente grandes y ojos parecidos al de los felinos. Como si necesitara visión nocturna para poder sobrevivir en esa espesa y oscura selva. Aunque esa vez, a aquel pobre animal le había servido de poco, ya que de él solo quedaba medio cuerpo, totalmente desgarrado y desmembrado, como si una bestia se lo hubiese arrancado de un solo bocado; pero eso era imposible, era demasiado grande, probablemente habrían sido las alimañas una vez muerto, pensó aquel día Matsei.

Aún más extraña y aterradora era aquella araña de llamativos colores, que con sus afilados quelíceros picó a Neroc, inoculándole su veneno y *"algo más…"*
Neroc estuvo en estado casi vegetativo durante nueve días con sus correspondientes noches. El joven guerrero convulsionaba sobre su lecho con altísima fiebre, hablando una lengua que ninguno en el poblado había oído jamás, ni siquiera los ancianos de los distintos clanes, de ahí que nadie en el poblado quisiera entrar en su tienda a verlo. Según ellos, estaba poseído por los demonios que habitan en la Selva Maldita, solo su madre cuidaba de él. Al décimo día abrió los ojos, no decía nada, como si estuviese muerto, aunque por desgracia para él, no era así. De repente, empezó a gritar como poseído por el propio diablo. Su madre retrocedió aterrorizada hasta los límites que le permitió la tienda, pensando que realmente los demonios de la selva estaban dentro de su hijo, y no iba muy desencaminada. Su piel se empezó a desgarrar por todo el pecho y abdomen. Cientos de pequeñas arañas empezaron a recorrer su cara, brazos y piernas, sin llegar a abandonar el huésped que les había servido de alimento. Su madre chillaba aterrorizada, sin querer mirar el horror que tenía delante, pero fue ella misma la que derramó un cuenco de agua hirviendo sobre su hijo, matando a la mayoría de las arañas y sumiendo aún más en un terrible dolor a su hijo, hasta que este dejó de gritar.

Ese mismo día, la tribu por decisión de Yanú, prendió fuego a su tienda con todos sus enseres, liberándolo así de los demonios que se habían apoderado de él y ¿por qué no?, para matar cualquier araña que pudiese haber escapado del agua hirviendo.

Ahora, Matsei piensa que fue una gran equivocación no escuchar a los

ancianos, cuando advertían a los guerreros de la tribu de los demonios de la selva, pero ya no hay tiempo para arrepentirse, sino para huir.
El límite de la selva está cerca y, al fin y al cabo, solo se adentró lo suficiente para encontrar algún animal que fuese meritorio de su amada y hacer un tiro certero con su afilada lanza. Esta vez iba solo, ya que el mérito debería ser solo suyo. Nadie debía conocer sus intenciones.

Todos esos pensamientos recorren su mente con rapidez, pero sabe que, si quiere vivir, debe intentar aclarar sus ideas y focalizar la salida.

Hay algo que capta su atención, la selva se ha quedado completamente en silencio, los pájaros han desaparecido y los monos chillones que saltaban de árbol en árbol sobre su cabeza, se aglomeran unos contra otros temblando por el pánico. Nunca había visto un comportamiento así en este tipo de animales. Orientando su mirada hacia el sur, ve un atisbo de luz, *es la salida*, sabe que si consigue llegar allí saldrá a un terreno despejado, donde normalmente los animales de Dratnu Dua no suelen salir y, aunque así fuese, al menos vería venir a su enemigo y tendría una posibilidad de abatirlo con su lanza.

Echa a correr, olvidando incluso las técnicas que a veces ha enseñado a guerreros más jóvenes para no hacer ruido. El pánico y la desesperación priman sobre la técnica. Solo está a unos metros del claro de la selva y, por suerte para él, a lo lejos ve una patrulla de su propia tribu, probablemente patrullando los límites de su territorio. *Al final podremos abatirlo entre todos, sea lo que sea que me persiga, aunque el mérito de la pieza será mío*.
De repente, la selva se abre, un estruendo de ramas destrozándose se origina a su espalda, Matsei sabe que no debe mirar atrás, solo seguir adelante. Con suerte, sus guerreros lo verán.

No es suficiente, un rugido y todo se mancha de sangre. No hay gritos, ni auxilio, solo el ruido de huesos rotos. Matsei desaparece entre las sombras.
Los guerreros que se encontraban patrullando levantan sus lanzas adoptando una posición defensiva, pero el ruido ha venido de la oscura selva. Ninguno se atreverá a investigar y, mucho menos, cuando está cayendo la noche que es cuando la selva maldita cobra vida, cuando se escuchan rugidos y sonidos que no pueden ser de este mundo.
Los guerreros retroceden sin dejar de apuntar con sus lanzas hacia la selva.
En el lugar donde se encontraba la libertad de Matsei, ya solo quedan

algunas ramas rotas y restos de sangre que son rápidamente invadidos por los insectos.

CAPÍTULO 1

EL CONTRATO

Instalaciones de Surskies, Andalucía, España.
-Buenos días, ¿ha traído su currículo? -pregunta la *señora o señorita* que tengo delante. Una hermosa mujer de unos treinta y cinco años, seguramente casada, pero que se conserva maravillosamente bien. Ella es poseedora de esos rasgos que caracterizan a las mujeres del sur de España, mirada penetrante, aunque no mantenida demasiado tiempo, pelo largo y oscuro, orgullosa, conocedora de su propia belleza.
Mientras estos pensamientos recorren mi cabeza, ella insiste, esta vez algo más impaciente.
-¿Ha traído su currículo?

Hermosa, pero con genio, pienso.

-Sí, aquí lo tiene. También he traído mi logbook, licencias, reconocimiento médico, en fin, todo lo que el director de operaciones me comentó por teléfono -contesto.

-Muy bien, siéntese que tenemos para rato -responde sin prestar demasiada atención a la carpeta que le estaba mostrando.
Con ella mis encantos no van a funcionar, aunque me imagino que hace un poco su papel.

-¿Eric, Eric Orcan?

Oigo una voz a mi espalda que me resulta familiar. Al girarme veo que efectivamente es Miguel Tejedor, Griz, que viene de Oso Grizzly, antiguo apodo entre sus compañeros.
Griz es un ex militar de un metro noventa y algo, de más de cien kilos, metido ya en los cincuenta largos, pero con un físico imponente para su edad, fruto del duro entrenamiento, trabajo y una genética envidiable.
Desde que dejó el ejército trabaja en esta empresa como piloto de helicóptero, aunque ahora se dedica más a instruir y asesorar a la empresa que a volar.
Al darme un abrazo, cuando oí mi espalda crujir, pude recordar el porqué mi padre y sus compañeros le llamaban Grizzly. Al igual que mi padre, Griz también era un experto luchador, aunque la verdad es que siempre creí que, precisamente a Grizzly, no le hacía falta ningún conocimiento de lucha para poder enfrentarse a cualquier hombre y quedar vencedor.
-¡Vamos a tomarnos un café! -dice Griz vociferando.

-Ana, me llevo al pollo a tomar un café, dentro de media hora te lo devuelvo.

Ana, la belleza andaluza que hace un momento estaba

refunfuñando, asienta con la cabeza y le dedica una bonita sonrisa.

Veo que, a pesar de su pelo canoso y aspecto cincuentón, Griz sigue teniendo ese toque entre las mujeres estilo George Clooney a lo cachas.

La empresa es enorme. En algunos sentidos me recuerda a una base militar, trasladándome por un instante a las visitas que hacíamos a mi padre, mi madre y yo, cuando se encontraba de servicio.

Al llegar a la puerta de entrada te encuentras con una garita, donde tienes que identificarte para entrar y donde te entregan la tarjeta que te marca como visitante, que más o menos quiere decir, *chico te estamos observando*.

Allí, el guarda de seguridad te indica el parking de visitantes. Una vez pasada esta barrera, hay dos grandes edificios al fondo, flanqueados por otros dos más pequeños que, más tarde descubriría, eran hangares para los distintos modelos de helicópteros.

Una vez sobrepasados cualquiera de estos edificios, los cuales están escoltados por señales de aviso que prohiben el acceso a toda persona no autorizada y advirtiendo que estás siendo grabado, se puede ver la interminable pista de aterrizaje.

Para ojos más expertos, al fondo, se pueden ver *las patas* o pistas de hierba más pequeñas, utilizadas por los instructores de vuelo para practicar con sus alumnos los distintos tráficos y realizar procedimientos anormales o de emergencia.

En uno de estos dos edificios, en la planta baja, se encuentra la cafetería y hacia allí nos dirigimos Griz y yo. A pesar de mi metro ochenta y cinco, al lado suyo tengo la sensación de ser un niño pequeño paseando con su padre.

La cafetería tiene un *look* muy moderno, con dos columnas de acero flanqueando la entrada, bien climatizada, lo cual se agradece nada más entrar. En el mes de mayo en Andalucía, se pueden alcanzar temperaturas que rozan los cuarenta grados centígrados, y subiendo según avanzan los días. Al entrar, se escucha algo de música de fondo que no soy capaz de identificar. Esta resulta agradable y, además, justo al volumen exacto que debe estar en un lugar así, permitiéndote hablar con tu acompañante, pero sin necesidad de alzar la voz; aunque lo que más me atrae es la infinidad de fotos que han colgado pilotos, mecánicos o personal que trabaja en la base, reflejando los distintos trabajos que cada uno ha realizado en algún momento, como si de una tradición se tratara.

La cafetería tiene un diseño acorde con el resto del edificio, que contrasta con los hangares bastante más viejos. Denota que la empresa empezó siendo un pequeño hangar con una pista de tierra y ha evolucionado con el tiempo a lo que hoy en día es una de las empresas

de helicópteros más grande de España.

-Por favor, Sara, un café -dice Griz-, ¿Eric?

-Una cola -contesto.

Como siempre que hablaba con él, la conversación solía empezar igual, recordando durante un rato a mi padre.

-No sabes lo que me acuerdo del jodido cabronazo.

Su forma de hablar podría sorprender a quien no lo conociera, pero yo sabía que era una forma cariñosa de recordar a mi padre. Su aspecto es el de un hombre rudo, criado en la guerra, como así lo relatan diversas cicatrices repartidas por toda su anatomía; por otro lado, es un hombre tremendamente culto, aunque a veces no lo demuestre o no lo quiera demostrar.

-Han pasado ya unos años –refiriéndose a la muerte de mi padre-, pero para mí parece que fue ayer -comenta Griz.

Un silencio de unos segundos recorre la sala que se hacen tremendamente incómodos e interminables.

-Perdona, hijo -dice con voz paternal.

-No pasa nada Griz… quiero decir… Miguel –contesto balbuceante, no teniendo claro cómo debería dirigirme a él. Aunque Miguel es casi uno de la familia y mi padre hablaba de él como si se tratara de un hermano, también es un hombre que duplica mi edad, un piloto con una excelente reputación y al que le tengo un gran respeto.

En un lento movimiento, me agarra firmemente del hombro izquierdo y mirándome fijamente a los ojos, con una mirada que solo un guerrero puede tener, me dice:

-Eric, me puedes llamar como te dé la gana –dice. Tras una breve pausa continúa-. Grizzly fue el apodo que me pusieron mis compañeros de armas, en concreto, fue tu padre el que me lo puso. Hacía más de diez años que no lo oía, solo que me resulta gracioso oírlo de ti –dice, dando una carcajada que invade toda la estancia.

-Por favor, ¿el café? -pregunta Sara.

Sara es una chica de origen latino, de unos veinte años, algo entradita en peso, aunque con curvas que la hacen ser una mujer sugerente y con una sonrisa tremendamente alegre y contagiosa.

-Para mí -contesta Griz.

-¿Me permite el señor? –dice Sara, dirigiéndose a mí, limpiando ligeramente la mesa con un paño para, posteriormente, servir la bebida.

Creo recordar que es la primera vez en mi vida que alguien me llama señor.

-Gracias -digo sin tener muy claro si le estoy dando las gracias por servirme el refresco o por llamarme señor. Se vuelve a retirar y nos regala otra de sus dulces sonrisas.
En este siglo, es algo extraño ver a alguien tan sumamente amable.

Miguel Tejedor, Grizzly, era quien había intercedido por mí para ser contratado por la empresa, a pesar de no tener todavía una gran experiencia como piloto. Él supo hacer valer mis conocimientos en idiomas, siendo bilingüe en inglés y español. Y es curioso, porque cuando pasaba un tiempo en los Estados Unidos, pensaba, hablaba y soñaba en inglés, y lo mismo me pasaba al volver a España con el español. También remarcó mi conocimiento en algunas lenguas eslavas.
-Bueno Eric -dice-, ¿cómo está tu madre?
-Tras la muerte de mi padre estuvo un tiempo en España y, una vez terminados todos los papeleos, se volvió a Ohio. Regresa una vez al año para echarle un vistazo a la casa y ver a los amigos.
-Dale un beso de mi parte cuando hables con ella.
-¿Has leído mi currículo? -pregunto, cambiando radicalmente de tema, con la impaciencia y falta de cortesía que a veces nos caracteriza a los jóvenes.

-Sí -contesta-. He visto que tienes unas ochocientas horas de vuelo.

-Ochocientas cuarenta y cuatro -replico rápidamente, queriendo darle más importancia a esa cifra de horas que los pilotos tenemos tan presente en nuestras vidas aeronáuticas, sobre todo cuando uno está empezando, como es mi caso.
-He visto que has volado 206, 412 y Hughes 300 –afirma Griz, interrogando a la vez con la mirada.

-Sí, tengo unas quinientas horas de turbina, el resto son con el Hughes de mi abuelo -contesto.
-¡Es verdad! -exclama-. Tu padre me dijo una vez que tu abuelo tenía un pequeño helicóptero en el rancho, que utilizaba para controlar el ganado y para hacer pequeños desplazamientos. Una lástima que aquí no tengamos ninguno de esos helicopterillos. Recuerdo que disfrutaba mucho volándolo, cuando todavía era un alumno en la Escuela de Vuelo. ¿Todavía funciona ese viejo cacharro? -pregunta con una gran sonrisa, a punto de convertirse en carcajada.

-Sí, aunque mi abuelo ya no lo vuela, solo lo vuelo yo. Él me acompaña alguna que otra vez. Realmente a mí me enseñó mi padre, cuando tenía unos dieciséis años. Poco después de que mi abuelo me llevara de visita a Fort Rucker, estuve varios meses insistiéndole para que me enseñara a volar, pero él me decía que volar era algo muy serio, no como subirme en mi tabla de surf. Al final acabó cediendo gracias a la ayuda de mi madre –contesto, pero se me atragantan las

palabras y, es que, aunque hace ya casi cinco años de su muerte, hay heridas que tardan mucho en cicatrizar.
Griz, como gran observador, ve que es mejor cambiar de tema.

-Termínate la bebida y acaba con los papeleos que esta noche te vienes a casa a cenar.

-Pero esta noche… -intento contestar, aunque antes de que pueda terminar la frase, Griz ya tiene preparada una buena réplica.

-¡Es una orden, chico! –exclama, a lo que no hay apelación posible excepto: "¡Sí, señor!"

Mi abuelo también fue militar y sirvió en el prestigioso Cuerpo de Marines de los Estados Unidos de América, historias que siempre que estaba en Ohio, oía una y otra vez.

Durante mis estancias allí, no paraba de enseñarme la multitud de idiomas que hablaba, en otras ocasiones, me instruía en cómo comportarme en el campo, acercarme a los animales sin hacer ruido, observando el viento y evitando ser detectado por el olor. Otras veces nos íbamos a disparar a un pequeño campo de tiro que tenía en el rancho, y la verdad es que yo lo veía como un juego. Me lo pasaba genial, pero en cambio nunca fui militar y no a pesar de mi abuelo.

Allí todo el mundo le llama *Coronel*, en vez de por su nombre, James. Es algo muy típico en los pueblos de los Estados Unidos llamar *Doc* al médico del pueblo, o *Coronel* al que un día lo fue.

Recuerdo que tenía unos quince años cuando mi abuelo me llevó a Fort Rucker, Alabama, donde el ejército estadounidense tiene el centro de entrenamiento para pilotos de helicóptero más grande que jamás haya visto. Fort Rucker es el paraíso para cualquier amante de los helicópteros, allí se pueden ver -si tienes permiso para acceder al interior-, helicópteros Apache, Blackhawk, Chinook, Kiowa Warrior…, pero mi vida ya estaba bastante rodeada de militares como para convertirme en uno de ellos.
Además, yo siempre he preferido el surf, la música, las chicas y vivir bien, muy bien, sin ningún tipo de responsabilidades, aunque a veces esto no alegraba demasiado ni a mi familia europea -por parte de mi padre-, ni a mi familia norteamericana -por parte de mi madre-. Cuando solo me llevaba regañinas de un lado y de otro, me escapaba a Tampa, Florida, donde vive mi tía Katie. Una cuarentona que se lo ha sabido montar, con un buen puesto de trabajo, un buen apartamento, un extraordinario deportivo y sin tener que rendir pleitesías a nadie o, al menos, así es como yo siempre la he imaginado.

Cada vez que mi padre y yo discutíamos, alegaba que quería vivir como mi tía Katie, lo que mi padre siempre rebatía con un, *crees que tu*

tía Katie no tuvo que estudiar para llegar a ser una de las mejores ejecutivas de su empresa, crees que ella no tiene que rendir cuentas frente a sus directivos... Y así con una multitud de *crees*, *crees*, *crees* que venían a continuación.
Cuando ya no tenía salida y no sabía cómo discutir las alegaciones de mi padre, siempre le atacaba diciéndole que, si tanto nos quería, por qué se iba de misiones a países que no le incumbían y dejaba a su familia durante largos períodos. Esto le dolía profundamente. La mayoría de las veces, este era el final de la conversación.
Es curioso cómo la edad y las experiencias que vas viviendo te van haciendo ver la vida de manera distinta. Cuando tenía ocho, diez, doce años, idolatraba a mi padre, era mi gran héroe, pero al cumplir los quince mis intereses empezaron a chocar con los suyos. A veces no te das cuenta de lo que quieres a una persona hasta que esta te falta, pero ya no puedo volver atrás, solo recordar sus consejos.

Una vez, tras una fuerte discusión por mis malas notas y sabiendo que en menos de un mes mi padre tenía que irse de misión a Afganistán, volví a utilizar mi arma. Le eché en cara sus misiones en el extranjero. Poco después, mi padre dejó el ejército y nos trasladamos al rancho de mi abuelo en Ohio. Lo justificó diciendo que mi abuelo era ya muy mayor para llevar el rancho y necesitaba ayuda, así que de militar se transformó en ranchero. Toda mi familia -incluido yo- sabíamos la verdadera razón de haber dejado el ejército, pero nadie hizo nunca el más mínimo comentario, no al menos delante mía.

A los pocos meses, en uno de los inviernos más duros que he vivido en Ohio, mi padre y mi abuelo, a los que de vez en cuando les gustaba viajar juntos, iniciaron un viaje para comprar unos repuestos de maquinaria en un almacén de Middletown, que les habían asegurado se podían ahorrar unos dólares.
A mitad de camino se encontraron un vehículo que había derrapado con el hielo y había sacado una rueda a la cuneta. Los daños no eran importantes, pero al tener una rueda fuera de la calzada, el vehículo no hacía la suficiente tracción como para incorporarse nuevamente al asfalto. La visibilidad no era demasiado buena, por lo que mi padre aparcó la vieja Ford pick-up de mi abuelo próxima al borde de la carretera, justo pasado el vehículo, poniendo las luces de emergencia. Le pidió a mi abuelo que permaneciera en el coche, ya que la temperatura exterior era extremadamente fría. Mi abuelo, aunque refunfuñando, aceptó. Al acercarse mi padre al vehículo siniestrado, vio que era una madre y su bebé. Ellos estaban perfectamente, así que le indicó a la mujer que permaneciera en el coche y lo que debía hacer cuando el coche volviera a agarrar el asfalto. Fue a la pick-up y

recogió una palanca metálica y un par de tablones que utilizó bajo la rueda. Tras varios intentos, salpicando barro y nieve hacia todos lados, el vehículo, un gran coche familiar, consiguió salir a la carretera. La mujer bajó su ventanilla para agradecer a mi padre su pequeño acto heroico, cuando sus ojos se abrieron todo lo que sus órbitas permitían y gritó:
-"¡Dios mío!"

Como si de una bestia descomunal se tratara, un camión de gran tonelaje se les venía encima. Se cruzaron en la carretera; la cabina, el motor y el conductor, por un lado, y por el otro el remolque chirriando, como si la intención de la bestia metálica fuese no darles ninguna posibilidad de escapatoria.

La mezcla de bajas temperaturas y la humedad en el ambiente había formado pequeños bancos de niebla y, a su vez, aleatoriamente se habían creado placas de hielo. Probablemente, el conductor no vio ni al vehículo de la mujer ni a mi padre hasta que estuvo demasiado cerca, asustándose y accionando los frenos bruscamente, lo que ocasionó que estos se bloquearan y el camión se cruzara.

Solo mi padre murió en aquel accidente. El coche de la mujer fue golpeado y desplazado unos metros chocando con la pick-up de mi abuelo. Al final, el conductor del camión con gran pericia se pudo hacer con el monstruo de acero, aunque no con la suficiente como para evitar que mi padre quedara atrapado entre el vehículo de la mujer y su camión. Por lo que supe después, su muerte fue instantánea.

Aquel día estaba enfadado con mis padres, como la mayoría de los días de mi adolescencia, si no hacían lo que yo quería. Esta vez el motivo era porque se había planteado en una cena, la posibilidad de mandarme interno a un colegio para, de alguna manera, obligarme a estudiar y sentar la cabeza. Llevaba casi dos semanas sin prácticamente cruzar palabra con mi padre, bajando a comer con mi mp3 y sin hacer demasiado caso de las conversaciones familiares, sumido en mi consola. Sabía que esto molestaba enormemente a mi padre y abuelo, que eran a quienes culpaba de la trama urdida contra mí para mandarme al internado.

La mayoría de las veces, mi madre actuaba de mediadora, como si de un acuerdo de paz entre dos ejércitos se tratara, aunque no siempre estaba de mi parte, como en esta ocasión.

Ese día venía de hacer unas canastas con los amigos, cuando entré al salón cantando en voz alta y, como siempre, con mi mp3 *a toda caña*, sin percatarme de lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

Al levantar la cabeza, vi a mi tía Brenda con lágrimas en los ojos

acercándose directamente a mí. Al mirar alrededor, pude ver a mi madre de rodillas en el suelo. Junto a ella, una bandeja bocabajo que debía haber transportado momentos antes dos vasos de limonada, los cuales estaban destrozados con el amarillento líquido esparcido a su alrededor. No entendía muy bien lo que estaba sucediendo.

Focalizando mejor mi visión, pude ver a mi madre destrozada por el dolor, con su espalda arqueada, su cabeza mirando hacia el suelo, como si estuviese contando los miles de cristalitos en los que se habían convertido los vasos, sus brazos agarrados fuertemente a las piernas de mi abuelo, el cual estaba en posición erguida, totalmente teñido de rojo y negro, mordiéndose los labios, con su mano derecha apoyada sobre la cabeza de mi madre.

No podía entender qué estaba pasando, mi tía Brenda me arrancó literalmente el mp3, diciéndome: "Cariño…".

Esas fueron todas sus palabras, se abrazó a mí y empezó a llorar desconsoladamente.

Mi abuelo y yo nos quedamos mirándonos durante unos segundos. Yo era incapaz de vocalizar palabra alguna, supongo que mi abuelo estaba intentando buscar las suyas, para intentar explicarme lo que no se puede explicar. Todo era una maldita pesadilla.

-Ana, aquí tienes de nuevo al pollo. No me lo maltrates mucho, ¿eh? -dice Griz.

-Bueno ya veremos, según se porte –contesta Ana, regalándole otra de esas sonrisas con las que a mí todavía no me había obsequiado.

-A las nueve te veo en casa -dice en voz alta, despidiéndose mientras se va alejando por el pasillo-. ¿Te acuerdas dónde estaba?

-Sí, Griz -contesto, levantándome de la silla, supongo que por respeto instintivo. Al final, mi padre tenía razón. Lo que aprendes de pequeño, ahí se queda para los restos, para bien o para mal.

-¿Le has llamado Griz? -interroga Ana, con cierta sonrisa malévola.

¡Eh! ¿Eso ha sido una sonrisa?

-Bueno, algún día me contarás lo de Griz -dice Ana-. Ya he comprobado toda tu documentación y está todo en orden, déjame el DNI que lo fotocopie. Por cierto, ¿tú también vienes del ejército? -me pregunta.

-¡No! –contesto enérgicamente-. ¿Por qué lo dices?

-Es por tu forma de presentar la documentación, todo ordenadito, esquematizado, fotocopiado, vamos, que aquí estoy tratando todo el día con militares y parece que tienen un sello en la nuca que ponga *MADE IN ARMY* -dice, mientras comienza a reír.

No me lo puedo creer, ¡está riendo! Sin demorar mucho mi respuesta para no romper el momento, busco una rápida respuesta.

-No, no soy militar, pero en casa he estado siempre rodeado de militares, al final creo que algo se me ha pegado.

-Bueno, la verdad es que, con ese pelo largo y rubio, pero bueno, cosas peores se han visto –dice, mientras continúa riendo-. Veo que tienes la licencia europea y americana.

-Así es –contesto, mientas pienso, *¿qué le pasa a mi pelo*?

-Conmigo ya has terminado, por hoy –dice, devolviéndome el carnet y haciendo cierto hincapié en *por hoy,* lo que no sé si eso es bueno o malo.

-Ahora, Luisa te va a acompañar por los distintos departamentos. Cuando termines ven a ver a Juan Ortega, el director de operaciones, me acaban de decir que ya tiene tu contrato.

Ha vuelto al tono imperativo, pero esta vez no me engaña, veo que tiene su lado bondadoso.

Tras un interminable día pasando de departamento en departamento, presentándote a personas que en poco más de dos segundos ya no te acuerdas cómo se llaman, por fin vuelvo al despacho del director de operaciones, el cual se encuentra reunido y debo esperar, aunque no demasiado.

A los quince minutos, más o menos, sale en persona a saludarme y me invita a pasar a su despacho. *¿Llevará el sello de MADE IN ARMY en la nuca?* Me pregunto, ya que ciertos aspectos en su forma de comportarse lo delatan y yo, como Ana, llevo muchos años tratando con ellos, con los militares.

Efectivamente, mientras me acomodo en su despacho, un despacho amplio, pero no demasiado, dejando espacio para las múltiples dependencias que ocupan esa planta, veo distintas metopas y placas propias del ejército. A pesar de su cargo, y teniendo en cuenta de que soy un *pollo* -como dice Griz- en esto del mundo aeronáutico, es una persona muy cordial que rápidamente me hace sentir cómodo.

Parco en palabras, me detalla el contrato y cuáles son mis funciones próximas y futuras. Me comenta que en un par de días empezaré a volar con Miguel Tejedor, quien va a ser mi instructor de vuelo para renovar la habilitación de 412, lo que no sé si me alegra o me preocupa, porque conozco a Griz y sé que me va a exigir el doscientos por cien, sudando bien el mono de vuelo.

Me pregunta superficialmente por mi familia y me deja caer que Miguel ya le ha hablado de mí y mi capacidad para hablar distintas lenguas, lo cual le parece muy interesante. No da pie a alargar mucho nuestro primer encuentro, ya que toda la información que necesita

sobre mí se encuentra en su poder.

-Bueno Eric, encantado de tenerte en nuestro equipo -dice, terminando así nuestra reunión-. La semana que viene cuando ya te hayas asentado, nos reunimos tranquilamente y hablamos de un proyecto en el que puede ser que tú participes-. Me acompaña hasta la puerta de su despacho y se despide de mí.

Cuando me dirijo a uno de los ascensores, alguien llama mi atención.

-Eric, espera un momento -dice Luisa, la chica que me había estado acompañando por los distintos departamentos.

-¿Una XL? -pregunta.

-¿Perdón? -contesto un poco perplejo, sin tener muy claro lo que quiere decir.

-Tu talla de camisetas, ¿será una XL? -vuelve a preguntar.

-Sí, así es -contesto.

Se agacha y de una caja de cartón me da un par de polos y camisetas de la empresa en las que se puede ver el logo y debajo de este, su nombre, Surskies.

-Muchas gracias, hasta mañana –digo agradecido, coincidiendo con la llegada del ascensor, a lo que ella responde levantando la mano, mostrándome una sonrisa.

CAPÍTULO 2

RO

Día intenso, recorre mi mente, mientras me dirijo al parking con la carpeta aún más llena de papeles que cuando vine.
De camino a mi coche me cruzo con varios pilotos que van hacia los helicópteros. Veo a dos de ellos, con sus azules monos de vuelo, impecables. Algunos parches bordados en brazos y pecho, reflejan las funciones que desempeñan o las aeronaves que vuelan. Parecen ser instructor y alumno. El de mayor edad está gesticulando con las manos, lo que seguramente su acompañante más joven debe interpretar como una maniobra de vuelo, una de las manos de su instructor es la aeronave y la otra, probablemente, la pista de aterrizaje.
-¡Adiós Eric!

Unas voces femeninas interrumpen mis pensamientos. Son dos de las chicas –más o menos de mi edad- que me han presentado en uno de los innumerables departamentos que he visitado durante el día de hoy, aunque soy incapaz de recordar sus nombres, como el noventa y nueve por ciento de las personas que he conocido. Levanto la mano y les respondo con una sonrisa, lo que ellas reciben con agrado.
Una vez en el coche y cuando me dispongo a entrar en él, dirijo mi mirada hacia el edificio del cual vengo y en la misma gran puerta acristalada se encuentran detenidas las dos chicas con las que me acabo de cruzar, mirándome, riendo y conspirando entre ellas. Me levantan la mano nuevamente, a lo que vuelvo a responder, menos efusivamente esta vez.
Mi coche es un viejo Audi TT de color negro, el cual cuido como si fuera mi novia –quizá más-, si es que la tuviera. Este es herencia de mi padre y tras miles de ruegos por activa y por pasiva, noche y día, día y noche, conseguí que mi madre no lo vendiera. Al final, ella vendió el suyo, ya que decía que eran demasiados gastos para utilizarlo una vez al año, ahora que la mayoría del tiempo está con mi abuelo en los Estados Unidos. Para mí es mucho más que un simple coche, era el coche de mi padre. Desprendernos de él sería como un pequeño sacrilegio.

La familia de mi madre no es rica, ni mucho menos, pero viven holgadamente, ya que el rancho de mi abuelo, con cerca de seiscientas hectáreas, da dinero suficiente como para mantener varias familias. El rancho tiene varios trabajadores que cuidan del ganado y realizan el mantenimiento de la finca.
Mi familia, tanto por parte de mi padre, como por parte de mi madre,

siempre me ha hecho ver que el dinero no cae de un árbol, que hay que ganárselo. La única que siempre me ha malcriado en ese sentido ha sido mi tía Katie, quizá por eso siempre me ha gustado tanto ir a visitarla.

Ahora las tres futuras herederas son mi madre, su hermana Brenda, que es gemela de mi madre y su hermana Katie que es tres años menor que ellas. Mi abuelo, a pesar de su edad, se mantiene fuerte y, aunque hay funciones que ya no hace, sobre todo porque sus hijas no le dejan, todavía monta a caballo para guiar al ganado o coge un saco de pienso de veinte kilos como si no le pesara.

Conecto mi iPod, aunque no enciendo el equipo de música hasta que no salgo de la empresa, recordando las palabras de mi madre -una imagen vale más que mil palabras-.

-Señor, ya me han dado para usted las tarjetas de acceso, personal y del coche -dice el guarda al llegar a la barrera, entregándome una hoja con las normas de seguridad de la base.

Mientras tanto, pienso que es la segunda vez en mi vida que me dicen señor y han sido las dos veces en el mismo día. O me estoy haciendo viejo o aquí la gente es muy educada.

Una vez termina de hablar, me abre la barrera y me da las buenas tardes. Le doy las gracias y muevo mi coche hasta sobrepasar la barrera, allí lo estaciono mientras busco en mi iPod alguna canción que me guste.

Busco en una carpeta que pone *Cañeras* y selecciono una de mis canciones favoritas. Le doy volumen y salgo haciendo un pequeño derrape.

Creo que el guarda no me volverá a llamar señor nunca más y río en mi interior, hasta que la risa brota realmente y es que estoy contento.

Oculta bajo el parasol llevo una foto. En ella se puede ver a mis padres, ambos sonriendo a la cámara. Mi padre está de uniforme y mi madre se encuentra abrazada a él, ambos apoyados en uno de los helicópteros que solía pilotar en el ejército. La foto la hice yo cuando tenía once años y en el borde inferior derecho está escrito –con la letra propia de un niño de esa edad-, *Papá y Mamá,* y justo debajo, *Nov' 1999*.

Me llevo la mano a los labios y beso mis dedos, para moverla de nuevo hasta tocar la foto.

-Papá, si me estás viendo, espero no defraudarte esta vez, os quiero muchísimo y espero que estéis orgullosos de mí -digo, pensando en voz alta.

De mis ojos brotan algunas lágrimas, no sé si de alegría o de tristeza. Subo el volumen del equipo de música y me pongo a corear la canción que está sonando. Para mí, la música es la banda sonora de mi

propia vida y suele estar acorde con mi estado de ánimo. Ahora toca, ¡*caña*!

Son las seis de la tarde, pero estoy muerto de hambre. No hace mucho que volví a España y todavía no me he acostumbrado al horario español, lo normal es que a esta hora ya estuviese cenando.
Al llegar a mi casa, justo cuando le doy a la puerta de la cochera, suena mi móvil, desconectándose automáticamente la música.

-¿Sí? -contesto interrogando, ya que no he mirado quien llama.

-¡Pitufo! ¿Cómo ha ido todo? -pregunta mi madre.

-Bien, he estado con Griz. También he firmado el contrato, es más o menos lo que teníamos hablado por teléfono, luego te lo escaneo y se lo enseñas a tía Brenda para que le eche un vistazo.

-Ok -dice-. ¿Te has puesto la camisa y los pantalones que te dejé preparados?

-Sí, mamá –contesto, alargando ese sí, a modo de "ya no soy un niño".

Tras una larga conversación con mi madre, más bien un monólogo, porque lo más que he llegado a decir en alguna ocasión ha sido un "sí, mamá" intento buscar un hueco en su conversación.

-Mamá te tengo que dejar, me ha invitado Griz a cenar en su casa y todavía no me he duchado –digo en un momento en el que mi madre baja la guardia, ya que tiene que parar para coger aire.

-OK –contesta-. Dale un beso muy fuerte a Marta y a las niñas. Refiriéndose a la esposa de Griz y sus hijas.

-Sí, mamá. Un beso muy fuerte. Te llamo mañana.

Es curioso, pero con mi madre, a veces hablo en inglés y otras en español. Hasta que no llevo un rato, no me doy cuenta en qué idioma estoy hablando. Me pregunto si a ella le pasará lo mismo, ya que mi madre es de habla inglesa nativa y el español –que lo habla como si fuera española, con algo de acento andaluz- lo aprendió posteriormente cuando conoció a mi padre, hace ya veintisiete años. En mi caso es distinto, yo soy nativo en los dos idiomas, ya que desde que era bebé se me ha hablado siempre en ambas lenguas.
Mi madre se reía siempre que comentaba que cuando conocía a alguien y le decía -espera no me lo digas, tu eres de Córdoba o Sevilla-, ella respondía -no de Ohio, Estados Unidos-.

Miro el reloj y son ya casi las siete. *Madre mía*, pienso, *casi una hora hablando por teléfono*.

Acelero mis movimientos. Cierro la cochera con el mando, recojo las camisetas y las carpetas que dejo en la mesa del salón y me dirijo

directamente a mi dormitorio, mirando cada poco tiempo mi reloj.
La zona donde se encuentra la casa de mis padres es una zona residencial. Cuando la compraron, yo todavía no había nacido. La casa no es demasiado grande, es una casa de dos plantas, con un pequeño jardín delantero y una zona de césped en la parte trasera de la casa, donde se encuentra la piscina y unos cuantos árboles que fue sembrando mi padre poco a poco para que dieran sombra al césped de la piscina. Mi madre la tenía muy acogedora, llena de plantas, ya que ella siempre ha dicho que las plantas dan vida y alegría a una casa.
Ahora está bastante descuidada, el césped hace tiempo que perdió su color y se encuentra totalmente quemado por el sol, la mayoría de las plantas se han marchitado, las sillas y hamacas de plástico que se quedaron fuera están amarillentas y totalmente cuarteadas, la piscina está casi vacía, con dos o tres cuartas de agua, la cual está totalmente oscurecida, llena de hojas caídas de los árboles próximos y su olor no es precisamente agradable, aunque hay quien se beneficia de esto, y es que la piscina sirve de criadero de renacuajos, tritones y otros pequeños animalillos acuáticos. El aspecto exterior de la casa es como si un torbellino hubiese pasado por allí y lo hubiese destrozado todo.

Para mi madre la casa es el único lazo que aún le queda con mi padre y no se quiere desprender de ella, ya que dice que los momentos más felices de su vida los vivió allí. Ahora que yo me vengo a trabajar a España, tiene la excusa perfecta para venir más, arreglar de nuevo la casa y entre otras misiones, tenerme controlado.

Abro el armario y lo primero que veo es el *dobok* que un día el Maestro de mi padre le regaló y que más tarde heredé cuando conseguí mi primer grado de cinturón negro, mi primer dan.
Es un viejo dobok blanco, con todo el borde del cuello en negro. En la espalda lleva unos símbolos bordados verticalmente, que para el conocedor de la lengua coreana se leen como Tae kwon do. En el brazo izquierdo tiene bordada una antigua bandera de Corea del Sur y en el brazo derecho el apellido de mi padre, y obviamente también mío, Orcan.

Miro el reloj y pienso en voz alta -tengo tiempo-. Dos minutos después, estoy calentando en un pequeño *dojang* que tengo en casa. La pared frontal del dojang está cubierta casi en su totalidad de espejos adheridos a la pared desde unos centímetros del suelo, dejando libre algo más de medio metro por la parte de arriba hasta el techo. Justo en el centro, por encima de los espejos, se encuentra la foto del Maestro Kim Young Ki, el maestro de mi padre; a su derecha una foto de mi padre y a su izquierda una mía; todos uniformados con dobok. En la pared hay colgado un saco de boxeo, algunas estanterías con

palmetas, guantes, paos y dos espadas coreanas. En la pared contraria, títulos de grados y cursos de mi padre y míos, fotos de competiciones, medallas y lo que para mí es más preciado de toda la estancia, una foto que nos hizo mi madre cuando yo tenía nueve años.
Recuerdo que habíamos estado entrenando ese día en este mismo dojang. Mi padre se puso a hacerme cosquillas y justo cuando nos estábamos riendo los dos a carcajadas, mi madre nos escuchó y plasmó la foto, inmortalizando ese momento. Daría lo que fuese por poder revivirlo una vez más.
Yo era un niño, pero mi padre sabía enfocar los entrenamientos a modo de juegos, buscando que ganara elasticidad, equilibrio y fuerza, y a su vez, que poco a poco fuese comprendiendo lo que significa Taekwondo, Hapkido o Kumdo. Al final, después de casi veinte años de práctica, he llegado a comprender lo que él me quería enseñar. Todos estos estilos significan lo mismo, *ser una mejor persona,* si en ellos solo se ve una forma de luchar, es que el que mira solo mira con los ojos, no es capaz de ver más allá y no está comprendiendo la verdadera filosofía de las artes marciales.

Empiezo con un pumse, mezclando técnicas de defensa con técnicas de ataque, preparándome para un entrenamiento más intenso. Habiendo calentado bien musculatura y articulaciones, me dirijo al saco y comienzo a golpearlo con técnicas de piernas, rodillas, puños y codos; suave al principio, para ir incrementando la fuerza y rapidez poco a poco. Los golpes van resonando más fuerte por toda la estancia. Son ataques rápidos, enfocando más allá del objetivo, rompiendo, si los hubiera, tejidos, articulaciones y huesos.
Cuando quiero darme cuenta, estoy empapado en sudor y ha pasado ya algo más de una hora. Miro el reloj y son ya las ocho y veinte, por lo que salgo corriendo a la ducha.

20:50 horas.

Ya subido en el coche y abriendo la cochera, vuelvo a conectar el equipo de música.
Me dirijo a casa de Griz y me pregunto cómo seguirán Ana y la odiosa Rocío.

Ana debe andar por los diecinueve y Rocío es dos años menor que yo. Hace ya más de cinco años que no las veo, prácticamente desde que falleció mi padre y nos volvimos a Norteamérica.
Con Ana siempre me he llevado muy bien, le encantan los juegos de chicos. Con ella practicaba lanzamientos con un balón de futbol americano, nos picábamos en la piscina para ver quién aguantaba más debajo del agua, bajábamos a un riachuelo cercano a coger renacuajos, nos tirábamos con una bici por una gran cuesta que hay

frente a su casa, mientras yo conducía y ella se ponía de pie sobre la parte trasera de la bicicleta, que en la mayoría de los casos acababa en siniestro y con alguna herida en rodillas o manos que ocultábamos a nuestros padres para que no nos regañaran. Aunque era unos seis años menor que yo, nos lo pasábamos genial.
Con Rocío era totalmente diferente. Era insoportable, con sus gafitas y sus brackets destellando cada vez que sonreía. Ella era la que siempre se chivaba a nuestros padres cuando nos veía una herida, siempre rodeada de libros y ordenadores, totalmente opuesta a Ana. Pero había algo que ella odiaba de sobremanera y es que la llamaran *Ro*, un extraño diminutivo de Rocío.

Última curva y encaro la casa de Griz. Aunque la forma y disposición de la casa es casi una réplica de la nuestra, esta es bastante más grande, así el doble, tanto en terreno, como en habitaciones. Nada más aparcar el coche veo a Ana como se asoma por una de las ventanas, se abre la puerta de la casa y sale disparada hacia mí.

-¿Qué pasa Pitufo? -dice, encaramándose a mi espalda.

-Enana, Pitufo solo me lo dice mi madre y tú, aunque te hayan crecido las tetas, sigues siendo una enana para llamarme Pitufo -contesto riéndome.

-Pitufo, Pitufo, Pitufo –contesta, dando grandes síntomas de madurez.
No ha cambiado nada, es toda una mujercita, pero sigue siendo un crío con falda y me encanta.

La volteo al césped que hay a la entrada de su casa, pero en vez de caer -como lo haría cualquiera sin conocimientos en artes marciales-, introduce con la habilidad de un lince un brazo bajo su pecho, girando ligeramente la cabeza y apretando su barbilla al pecho, lo que la hace arquear la espalda y girar sobre sí misma, volviendo a quedar de pie, sin apenas contacto con el suelo. Dejándome con la boca abierta.

-¿Qué?, ¿cómo te has quedado? Como verás he mejorado mucho las técnicas de caída, ya soy primer dan de Hapkido. ¿En qué cinturón te quedaste tú? -pregunta vanagloriándose de su hazaña.

-Enana, ya soy segundo dan de Taekwondo y Hapkido -contesto, levantando ligeramente la barbilla, en señal de orgullo.

-Entonces, sabrás salir de esta técnica. Agarrándome una mano, luxándome por codo y muñeca.

No me queda otra que proyectarme inmediatamente en la misma dirección de la luxación, para conseguir escapar.

-Bueno, veo que también has mejorado, aunque no lo suficiente… -dice, preparándose para lanzar una patada.
En ese momento sale Marta. *Menos mal, salvado por la campana*.
-Ana, deja de jugar con Eric -dice su madre.

¿Jugar? Me está matando.

-Hola Marta –digo, mientras nos damos un beso.

-¿Qué tal cariño? ¿Cuánto tiempo? Madre mía, cómo has crecido y qué guapo te has puesto. Pasa, estamos en la piscina preparando la barbacoa, ¿te has traído bañador?

-Sí, tengo uno en el coche -contesto. *Más o menos como mi madre, con ella uno habla lo justo*, pienso, mientras me voy quitando césped de la cabeza y ropa.

-Toma enana –le digo a Ana, tirándole las llaves del coche para que me traiga el bañador. Lo que a ella no le molesta, sino todo lo contrario.

-¿Puedo darme una vuelta? -pregunta rápidamente.

-¡De eso nada señorita! -contesta su madre, antes de que me dé tiempo a decir nada.

Cruzamos la casa y ahí está Griz en la barbacoa, con un look típicamente americano, gorra de beisbol, chancletas, bañador, una camiseta gris del Army que seguramente cambió en alguna misión con algún soldado norteamericano.

-¿Qué tal Griz?, ¿cómo va eso? -pregunto, mientras busco con la mirada a la odiosa Rocío, alias Ro. *A lo mejor, con un poco de suerte no está y tenemos la noche en paz*.

-Muy bien -contesta Griz-, aquí me tienes preparando la barbacoa que nos vamos a poner hasta arriba.

Sus palabras se van desvaneciendo en mi mente al mirar hacia la piscina y ver cómo de ella emerge una verdadera diosa. Como si lo hiciera a cámara lenta, una mujer espectacular, dorada por el sol y con un sugerente bikini negro, sube la escalerilla.

Asciende lentamente, echando la cabeza hacia atrás para desplazar su largo cabello negro hacia su espalda, mientras se seca la frente con una mano, dejándome ver sus facciones. Abre sus grandes ojos, que miran directamente hacia mí. Se detiene brevemente, sin terminar de subir la escalera, para luego continuar dirigiéndose directamente hacia nosotros. Directamente hacia mí.

El agua va resbalando por todo su cuerpo, lo que la hace brillar con los focos de la piscina y, como hipnotizado, no puedo dejar de mirarla.

-¿Pitufo? -dice.

Me quedo estupefacto y no vocalizo palabra.

-¿Pitufo? -vuelve a repetir.

¿Me conoce? A veces, mi mente se bloquea en determinadas situaciones y esta es una de ellas.

Busco algún indicio de quien puede ser. Por un momento pienso en Ro, pero es imposible, ella no se parece en nada a esta diosa, con aquellos brackets y gafitas, y no hace tanto tiempo que la vi por

última vez y, si no, mira Ana, la he conocido nada más verla.
-Perdona, ¿te conozco? -pregunto.

-Vaya, ¿tanto he cambiado que ya no me reconoces? Acercándose a mí, a esa distancia de seguridad personal que en determinados momentos, si se rompe esa barrera invisible nos hace ponernos incómodos.
-¿Ro, Ro, Rocío? -pregunto, balbuceando su nombre.

Ella responde con una carcajada y, lo que es peor, no solo ella, sino la familia al completo, haciendo que me sonroje, siendo para mí una sensación casi nueva, y mucho menos delante de una chica.
Me sobrepasa luciendo una sonrisa maliciosa, dirigiéndose hacia la barbacoa donde se encuentra su padre calentando el carbón.

-¿Qué le pasa a Eric?, ¿se le ha comido la lengua el gato? -dice en voz alta, mientras se ajusta la parte trasera de su bikini, dejando entrever sus perfectos glúteos.

Instintivamente, mi mirada se dirige justo ahí, pero me doy cuenta y rápidamente levanto la vista, echando un vistazo para comprobar si alguien se ha percatado. Nadie, excepto –por supuesto- su madre, que se encuentra junto a Ana limpiando unos vasos que hay en una gran mesa próxima a la piscina, aunque hace ver que no.

-¡Eric, cariño! -dice Marta, lo cual me sobresalta.

-¿Sí?

-Vente con nosotras y nos ayudas a poner la mesa.

-Ha cambiado mucho Rocío, ¿verdad? –dice una vez allí, como la que no quiere la cosa.

-Sí -contesto yo-. ¿Es que ahora hace mucho deporte?
¿Ahora hace mucho deporte?, ¿cómo he podido decir esa chorrada?
-¿Ahora hace mucho deporte? No, lo que pasa es que a ella le han crecido las tetas más que a mí -dice Ana entre risas, sin dejar pasar esta oportunidad de meterse conmigo.

Su madre responde inmediatamente, dándole un cachete con el paño de cocina que está limpiando los vasos y, a mí, inexplicablemente y por segunda vez, me sube un calor por todo el cuerpo que me hace sudar y enrojecer mis mejillas. No puedo verlo, pero noto como mi cara desprende un calor que podría asar las costillas que está preparando Griz en la barbacoa.
-Eric, ¿te has puesto colorado?, ¿es que te gusta mi hermana? –dice Ana, haciendo que mi calor aumente por momentos y sin saber qué decir.
-¡Chicos y chicas, la barbacoa ya está lista! ¡Por favor, vayan sentándose! Van a probar la mejor carne que nunca hayan comido -dice Griz, aparentemente indiferente a todo el bochorno que acabo de pasar y que todavía me hace sudar.

CAPÍTULO 3

EL PROYECTO

-¡Que podamos disfrutar de muchas noches como esta! -dice Griz, al levantar su copa de vino.

Al unísono, levantamos nuestros vasos y copas chocándolas entre sí.

-¿Qué tal chaval? –dice, mientras me guiña un ojo-. ¿Cómo están las costillas?

Pillándome con la boca llena, solo hago un pequeño ruido y sonrío.

Aunque en ese momento en mi cabeza solo hay una cosa, y no es la comida, es la chica que tengo enfrente, con una sonrisa perfecta y unos grandes ojos color caramelo.

Intento no mirarla, disimulo en la manera de lo posible la repentina e increíble atracción que siento por ella. A veces finjo más de la cuenta, hasta el punto de que es obvio que evito mirarla.

-¿Qué pasa Pitufo, ya no me llamas Ro? -dice Rocío, mirándome directamente a los ojos, segura de sí misma. Hace unos años yo tenía el poder, era yo quien la fastidiaba, pero esto ha cambiado radicalmente.

-Sí, Ro, claro -repito riendo nerviosamente, sin ser capaz de aguantarle la mirada más de unos segundos, sin poder decir una frase coherente o medianamente inteligente.

¿Esos ojos se escondían tras las enormes gafotas que usaba?

-¿Qué tal con Juan? -pregunta Griz.

-¿Juan? -contesto yo.

-Sí, Juan Ortega, el director de operaciones. ¿Qué tal te ha ido con él?

Tardo unos segundos en contestarle, hasta que visualizo mi reunión con Juan Ortega, dejando momentáneamente a un lado mis pensamientos por la chica que tengo sentada justo enfrente de mí y que, además, es su hija.

-Muy bien, hemos estado viendo mi contrato, las condiciones y sueldo. Me ha dicho que el lunes empiezo a volar contigo el 412 -contesto.

-¿Te ha dicho algo del proyecto? -me interroga.

-No -contesto, interesándome por la conversación-. Me ha dicho que la semana que viene nos reuniremos. Me imagino que será para hablar de eso. ¿Es que sabes algo?

-Sí, pero yo no te he contado nada. ¿Ok?

-Por supuesto -contesto.

-Sabes que Surskies tiene algunos contratos en Sudamérica -dice, a lo

que asiento con la cabeza, no queriendo interrumpirlo con palabras innecesarias-. Una empresa norteamericana de investigación científica llamada NORVIX nos tiene alquilados varios helicópteros en distintos países de Sudamérica como Chile, Perú o Argentina. Pues bien, para diciembre quieren alquilarnos otro, al parecer para trabajar con un equipo científico en una isla, creo que entre Panamá y Colombia. Parece ser que, en determinados lugares de la isla, el acceso por tierra es imposible.

-¿Qué es lo que quieren investigar?

-Por lo poco que yo sé, aquello debe ser como una selva, tipo selva amazónica con su propio microclima. Es una selva hasta ahora inexplorada por el hombre.

-Extraño que todavía hoy en día existan lugares aún inexplorados por el ser humano -contesto.

-Pues sí -dice-. Buscan animales y plantas hasta ahora desconocidos o que hayan evolucionado de manera diferente por encontrarse apartados en una isla, ya que su interés radica sobre todo en el sector farmacéutico. Pretenden investigar nuevos fármacos que sean más eficaces en enfermedades como el cáncer o el sida, aunque tengo entendido que también trabajan para el ejército. No sé muy bien su relación con el ejército, debe ser información bastante restringida. Recuerdo haber visto en Afganistán personal no militar con las siglas NORVIX bordadas en sus camisas. Creo que estaban probando unos chalecos anti fragmentos basados en un tipo de tela de araña. Su peso era muy ligero y mucho más resistente que los actuales, pero ya te digo, trabajan en muchos sectores.

-¿Y yo qué pinto en todo esto? -pregunto con cierta inquietud.

-NORVIX ha pedido un piloto con cierta experiencia, que hable perfectamente inglés y español, ya que los locales de la zona hablan español -contesta-. Tú no tienes todavía la experiencia de vuelo necesaria, sobre todo de vuelo en montaña y con vegetación densa, pero de aquí a diciembre tenemos siete meses para prepararte.

-¿Con qué helicóptero volaría, con un 412? -pregunto cada vez más impaciente.

-No, nos han pedido un helicóptero más ligero que al menos pueda llevar a cinco pasajeros y unos cien kilos de material en la bodega de carga, así que hemos pensado en los AW119 MKII, que pueden llevar piloto y siete pasajeros y además, da unas buenas prestaciones.

-Sí, conozco el modelo, me lo estuvieron enseñando esta mañana y tiene muy buena pinta, pero yo no tengo la habilitación –contesto, interrogando a la vez.

-No te preocupes, ya te he dicho que tenemos siete meses para prepararte. La habilitación te la voy a dar yo también, para que poco a poco vayas cogiendo experiencia en el modelo. Pero ya sabes, de esto

yo no te he contado nada. Cuando hable contigo Juan Ortega, como si fuese la primera vez que te lo cuentan, ¿ok?
-Chicos, está terminantemente prohibido hablar de trabajo que hoy es viernes y hay que disfrutar de la cena -interrumpe Marta-. Ya tendréis tiempo el lunes de contaros todas las batallitas que queráis.
Volvemos automáticamente a la realidad, sobre todo yo, que ya me veo volando por Centroamérica.
Buscando con la mirada a Rocío, me doy cuenta de que su silla está vacía.
Griz se levanta y se dirige directamente hacía su esposa Marta, inclinándose ligeramente y dándole un cariñoso beso en la mejilla.

-Voy a la barbacoa, ¿alguien quiere otras costillitas? -pregunta Griz en voz alta.

Ana que está terminando de devorar una, responde casi con un gemido, solo entendible por su padre.

-Ok, un par de costillas para Ana y… ¿Eric?

Aunque estoy lleno y con lo que me acaba de contar Griz, se me ha quitado el apetito que podía tener, por cortesía, afirmo con la cabeza.

-Sí, una que están buenísimas, pero solo una que ya no puedo más.

Allí, junto a la barbacoa, descubro a Rocío. Está hablando por el móvil y, con esa edad, uno solo se aleja de la mesa donde está comiendo con sus padres cuando no quiere que, por algún motivo, se enteren de su conversación; esto solo puede significar dos cosas, *novio* o planes con sus amigas *hablando de chicos*.
Por alguna razón que todavía desconozco, esto me está molestando. No pueden ser celos, nunca he estado celoso, todo lo contrario, siempre han sido ellas las que han estado celosas. Pero ¿entonces?

¿Por qué me encuentro así? Pero si es Ro, pienso, intentando auto convencerme de que *no*, aunque es evidente de que *sí*.

-¡Mamá, me voy a cambiar que me ha llamado Noelia! –dice Rocío. Desapareciendo dentro de la casa, sin esperar una respuesta.

-¿Quieres que echemos unos largos en la piscina? -dice Ana-. Seguro que aguanto más que tú.

En ese momento, no me apetece en absoluto, pero sería la primera vez que no quisiera competir en algo contra Ana y no quiero dar ninguna pista de mi reciente debilidad llamada Rocío.

-¡Por supuesto que sí! ¿Dónde me puedo cambiar? –pregunto, al dirigir mi mirada hacia Marta.

-Tienes un aseo nada más entrar a la derecha, ¿recuerdas? –responde-. Pues ahí mismo, si quieres.
Al entrar en la casa me cruzo con Rocío que va a despedirse de sus padres. Lleva el pelo suelto, ligeramente ondulado, un polo negro con

los cuellos levantados que se difumina con el color de su cabello, unos vaqueros cortos, sumamente cortos y unas zapatillas de deporte blancas. A pesar de su look informal, le queda muy sexy.
Retraso todo lo posible mi entrada en el servicio, ralentizando mis movimientos para poder verla bien.

-Adiós Pitufo –dice, mientras pasa justo a mi lado, sin llegar a mirarme.

No soy capaz de replicar, todas mis elocuencias han desaparecido.

-¡Mamá, me voy! –dice en voz alta, asomándose por la puerta que da a la piscina.

-¡Muy bien cariño! ¡Ten cuidado y no vengas muy tarde! –responde una voz desde el jardín.

-¡No, mamá! -responde ella, mientras cruza el pasillo, dirigiéndose hacia la salida de la casa, en el lado opuesto.
Ya estoy en el servicio, pero al oír cerrarse la puerta, me asomo y voy corriendo a una ventana que va a dar a la entrada principal de la casa. Allí está Rocío, subiéndose a un coche. La fachada no me deja ver mucho, pero es un vehículo pequeño y la conductora es una chica, *debe ser la tal Noelia*. Es una chica morena, con el pelo liso y media melena, pero no puedo ver mucho más de ella. En el asiento de atrás va un chico, probablemente algo más joven que yo, de unos veintidós o veintitrés como mucho, y ambos están riendo al subir Rocío en el coche, deben estar contándole algo divertido.

No demoran mucho su partida. Nada más subir ella, arrancan y se van, pero en ese momento Rocío gira la cabeza y mira hacia la ventana, por lo que instintivamente reacciono ocultándome. *Es imposible que me haya visto, me encontraba detrás del visillo.*

-Eric, ¿te queda mucho? -dice una voz desde la zona de la piscina. Voz que reconozco como la de Ana.

Al llegar a la piscina, allí está ella.
-¡Vaya cuerpazo! -exclama Ana, reaccionando su madre con una carcajada.
-Ana, no seas burra, compórtate como una señorita –reprocha su madre.

-Pero mamá, ¿has visto que cuerpazo ha echado Eric?

Nada más meterme en la piscina, va corriendo a tocarme los abdominales, pero justo antes de entrar en contacto conmigo, agarro su muñeca y la volteo sobre mi espalda, siendo proyectada con cierta fuerza contra el agua. Algo que en otra chica probablemente sería motivo de enfado, con ella es diferente. Rápidamente reacciona.

-Eso ha sido a traición, ¡ahora verás!
-Ana te has encontrado un buen rival – dice su padre entre risas, el

cual está dando buena cuenta de las costillas sobrantes.
-Es que Eric es ya segundo dan de...
-Ana -responde su padre, sin dejarla acabar la frase, acercándose a la piscina con una mano metida en uno de los bolsillos del bañador y sujetando con la otra, lo que ahora es un hueso casi pelado-, los cinturones solo sirven para sujetar los pantalones. En un combate de nada te sirve el grado que eres en un arte marcial si no lo demuestras, y mucho menos ante una agresión en la calle. ¿O crees que a un delincuente le vas a decir, "cuidado que soy cinturón negro" y va a echar a correr? Si no entrenas día a día y te tomas en serio el entrenamiento, puedes guardar el cinturón en un cajón y dedicarte a la danza.

Agachándose en el borde de la piscina, Griz la mira fijamente con un rostro que no define claramente si está hablando en serio o bromeando. Me ha recordado a mi padre, él solía utilizar ese tipo de artimañas para mantenerme motivado en mis entrenamientos, cuando bajaba el ritmo o me quejaba porque me había hecho daño.
En ese momento, Ana se abalanza sobre mí, metiendo su brazo bajo mi axila, girando sobre sí misma y metiendo su cadera bajo la mía, impulsándose al levantar ligeramente los talones, siendo ahora yo el proyectado. La verdad es que podía haber evitado fácilmente esta técnica, pero su padre estaba mirando y no quería dejarla en mal lugar. Aunque Ana es de las que no se achanta fácilmente, de vez en cuando, siempre viene bien una victoria.

-¡Ja! -dice Ana-. ¿Ahora quién ha sido el cazado?
-¡Eric! –dice Marta, llamando mi atención.
-¿Sí? -contesto yo.
-Está sonando tu móvil. Señalándome la mesa donde está.
De un salto, me subo al borde de la piscina.
-La próxima vez, no se lo pongas tan fácil –dice Griz en voz baja, al pasar junto a él.

Le contesto con un guiño, mientras todavía se escuchan en la piscina, los gritos de victoria de Ana.
Al llegar al teléfono, veo que es mi madre. Después de unos diez minutos de conversación, me dice que le pase el teléfono a Marta.
-Espero que tu madre tenga tarifa plana desde los Estados Unidos -comenta Griz entre risas.

Marta responde sacándole la lengua y alejándose de nosotros para poder hablar más cómodamente.

Después de un par de horas de todo tipo de competiciones con Ana, incluidos combates cuerpo a cuerpo en la piscina y césped, y de alguna conversación con Griz, interrogándole sobre el helicóptero que

vamos a volar y lo que vamos a hacer la próxima semana, llega la hora de irse.
Griz y Marta me dicen que vuelva el domingo, que van a hacer un arroz. Normalmente les hubiese dicho que no a una segunda invitación tan seguida, pero la verdad es que con Ana me lo paso genial, aunque la verdadera razón es que estoy deseando volver a ver a Rocío.

-Espera, marca abdominales -dice Ana, apuntándome con el móvil.

-Baja eso -digo riéndome.

-Es para enseñársela a mi hermana.

-Vamos, deja ya a Eric que lo debes tener destrozado -dice su madre, actuando como inteligente mediadora.

Pero Ana no desiste y termina por echar la foto, lo que en el fondo agradezco, aunque externamente finja desagrado.

-Enana, te voy a matar -echando a correr tras ella, sin intención de alcanzarla.

Ya en la puerta de la casa, Griz se despide de mí, recordándome la cita del domingo.
Una vez en el coche y de vuelta a casa, recuerdo los buenos momentos que he pasado esta noche.

CAPÍTULO 4

DEMONS

Sábado, veintiuno de mayo.
Hoy quedé con unos amigos para empezar a arreglar un poco la casa. Sé lo que esta significa para mi madre, y no quiero que cuando vuelva se la encuentre en el estado lamentable que se encuentra ahora, aunque en verdad, el interior está bastante bien, solo tiene algo de polvo. Cuando nos fuimos, dejamos todo bien tapado con sábanas y plásticos, lo que le da un aspecto algo fantasmagórico. Lo peor está fuera, en la zona del jardín y piscina.

Intenté localizar a mis amigos, no solo para que me echaran una mano, sino para juntarnos. A la mayoría de ellos hace bastante que no los veo, pero solo pude localizar a tres: Manolo, Antoñín y José. Amigos desde la infancia que no tardaron en responder a mi llamada. El resto estaban estudiando o trabajando fuera de la ciudad.
Antoñín había conseguido una furgoneta, que nos venía fenomenal para sacar toda la basura que fuimos acumulando, así que entre los cuatro fuimos quitando las viejas sillas de plástico, totalmente deterioradas por el sol, arrancando malas hierbas, reparando el césped, pintando paredes…
Lo de la piscina me lo dejaron a mí.
A nadie le hacía demasiada gracia meterse en esa agua fétida, llena de insectos, pequeños anfibios y demás animalillos. Cuando uno se acercaba, parecía que cobraban vida. Se podía apreciar cómo se movían bajo la capa de lodo y algas que cubría la oscura agua.
Me enfundé unos guantes de cocina y me puse una mascarilla, porque si el olor del agua putrefacta y lodo era insoportable, este era mucho peor cuando uno removía el fango con sus pisadas.
Allí mismo, sentados en el césped, comimos unos bocadillos para aprovechar el día. Caída ya la tarde, alguien comentó que por qué no íbamos esa noche a una nueva discoteca que habían abierto. A todos nos pareció una buena idea, así que cargamos la furgoneta con todos los escombros y desechos, y marcamos una hora y punto de reencuentro para nuestra salida nocturna, que más o menos, venía a ser en dos horas. Tiempo más que suficiente para darme una ducha, arreglarme y cenar algo antes de salir.
Antes de entrar en casa echo un vistazo al jardín, sintiéndome orgulloso de cómo ha quedado todo.

Dos horas después, había recogido a Manolo y estábamos entrando en el parking que hay cerca de *Demons*.

En cuestión de cinco minutos estaban allí José y Antoñín, que se caracterizan por su puntualidad, no así Manolo que siempre había que esperarle, aunque este tenía una baza a su favor, conocía a los porteros de la discoteca, por lo que podíamos entrar gratis y sin hacer cola.

Perdonado.

La zona es un polígono industrial donde no solo se encuentra esta discoteca, sino alguna más y una gran diversidad de pubs. A pesar de que hay dos aparcamientos próximos, todo está lleno de vehículos, aparcados en los sitios más inverosímiles. La mayoría de los que vienen por aquí son gente joven, estudiantes muchos de ellos.

Al entrar en la discoteca me estuve fijando en la gente que estaba haciendo cola para pasar, haciéndome una idea de lo que me iba a encontrar dentro.

Se nota que es el sitio de moda.

La cola en la puerta de entrada es inmensa, doblando la esquina y llegando hasta casi una gasolinera que hay dos manzanas más abajo. No hay un tipo de gente definido, los hay de todos los estilos y clases sociales. En la puerta hay unos cuantos porteros enormes. Al llegar, Manolo habla con ellos y el que parece ser el jefecillo nos señala con el dedo interrogando a Manolo; al asentir este con la cabeza, da las respectivas órdenes para que nos dejen pasar.

Nada más entrar, nos ponen unas pulseras azules que brillan con las luces de la discoteca, en ellas se puede leer VIP. Fijándome en las pulseras que llevan los que van entrando, veo que son de otro color, de color rojo. Le pregunto a Manolo, que me explica que con estas pulseras podemos acceder a zonas reservadas de la discoteca que se encuentran en una planta superior, teniendo una visión completa de las distintas salas.

La verdad es que estoy poco acostumbrado a ir a discotecas y menos en Europa, ya que, en los Estados Unidos, cuando salía con mis amigos de Florida, normalmente nos íbamos a surfear o a alguna fiesta de fraternidades a la que íbamos invitados por amigas de la universidad.

Cuando pasamos, la verdad es que me sorprende bastante. *Demons* es una discoteca inmensa, con una sala central enorme. Repartidas por los laterales hay varias salas más pequeñas. En estas salas, la luz es más tenue que en el resto, la música está más baja para poder mantener una conversación, algo casi imposible en la sala principal, a no ser que al día siguiente quieras estar afónico. Todo tiene un diseño moderno y bastante exquisito, *no me extraña que sea el local de moda*. Hay mesas bajas de cristal, rodeadas de sillones lo bastante cómodos como para quedarse dormido, donde se suelen reunir grupos de chicas

para hablar de unos y de otros, y de otras y de unas. La mayoría de estas chicas se encuentran con los pies descalzos, para descansar de los enormes tacones que portan sus bonitos, pero dolorosos zapatos. También se pueden ver parejas que han entablado contacto, en las fases preliminares de conocerse. Alguno que otro, que está lo bastante perjudicado por el alcohol como para tomarse un pequeño descanso, normalmente obligado por los amigos que le quitan la bebida de las manos, sintiéndose observados por el personal de seguridad, reconocibles por el audífono que parece que todos llevan colgado de una oreja.

Por encima de la gran sala hay unas pasarelas y balcones donde puedes ver a personas asomadas portando bebidas y conversando entre ellas. Las chicas allí son bastante exuberantes, *zona VIP*, pensé.

Por toda la discoteca hay jaulas, donde se encuentran chicos y chicas bailando semidesnudos al ritmo de la música.

-¿Qué os parece? -pregunta Manolo.

Ninguno de nosotros contestamos de inmediato. Estamos demasiado perplejos por la mezcolanza de música, luces y chicas en minifalda, como para hacer caso de lo que en este momento pueda decir Manolo.

-¡Tíos, que os estoy hablando! -exclama Manolo, llamando nuevamente nuestra atención-. ¿Qué os parece?

-¿Has visto a esa que está subiendo la escalera? –responde Antoñín, generando una risa colectiva.

-¡Invito! -digo-. Hoy nos hemos pegado una buena paliza en mi casa. ¿Qué queréis?

Momentos después estoy pidiendo en la barra. Allí, miro a mi derecha y veo a un muchacho que me suena enormemente su cara, lo he visto antes, pero no soy capaz de focalizar de qué lo conozco, aunque esto me pasa a menudo, ya que a veces estoy largas temporadas sin venir por España y al perder el contacto con la gente, mezclo caras con otras personas que conocí en los Estados Unidos.

El muchacho, algo más joven que yo, se percata que lo estoy mirando.

-¿Qué pasa rubio?, ¿te han dicho alguna vez que te pareces a Thor, el dios del trueno? -dice sonriente.

Me quedo perplejo, ya que creo que está intentando flirtear conmigo.

-Perdona… Tu cara me suena, ¿te conozco? -contesto algo balbuceante.

-Si te conociera, te aseguro que no me olvidaría –dice, acercándose más a mí. Lo que me hace retroceder instintivamente.

-Ok, perdona -contesto, recogiendo aceleradamente las copas que me había servido el camarero. Sintiéndome observado mientras me

alejo de la barra.
Cuando llego a mis amigos, están riéndose a mi costa. Manolo incluso está llorando.

-No has tardado mucho en ligar… "rubio" -dice Manolo entre risas, burlándose de mí.

-Vamos para allá que hay mogollón de tías –digo, en un intento en vano de desviar la atención que en ese momento se centra en mí. Un intento fallido, ya que tengo que aguantar a mis amigos durante un buen rato, hasta que un grupo de chicas bien escotadas y dotadas de buenas razones son ahora el centro de nuestros comentarios, el cual aliento yo.

Después de varios tours a la barra, superfluos, pero divertidos comentarios y bailes, aparece otro grupo de chicas que conoce a mis amigos, dos de ellas le preguntan abiertamente a José sobre mí.
-¿Te pasa algo? –dice Antoñín.

-¿Por qué lo dices?

-Porque estamos rodeados de tías, la rubia que está como un queso no hace nada más que mirarte y tú, ni caso.

-No, yo creo que es el Jet Lag que me tiene hecho polvo -contesto, aunque sin convencerle en absoluto. Nos conocemos demasiado bien y, precisamente, no soy bueno mintiendo.
Suena mi móvil. Es Matthew, un amigo de Ohio.

-Hold on! –digo a voces al descolgar.

Aquí es imposible hablar, así que le hago una seña a Antoñín, indicándole que voy a salir fuera. Levanta el pulgar, alargando su brazo para coger mi bebida.

Una vez fuera, comienzo a hablar con mi amigo, alejándome algo más para evitar el bullicio que hay a la entrada de la discoteca. Aunque ahora la cola para entrar es mucho menor, aún hay mucha gente, pero estos ya poseedores de pulseras que como yo han salido para hablar por teléfono o a fumar un cigarrillo, ya que dentro esto último está prohibido.

Mientras estoy informando a mi amigo de todas las novedades, levanto la vista y, a unos cincuenta metros de mí, vuelvo a ver al chico que estaba en la barra, fumando un cigarrillo apoyado en un coche.

¡Dios! Pienso, girándome instintivamente para que no me vea.

Poco después, apaga su cigarrillo pisándolo y se dirige de vuelta al local. Más adelante veo cómo de un coche se bajan cuatro individuos que no sé qué estaban haciendo, pero probablemente nada legal. El que iba en el asiento del copiloto es un muchacho más o menos como yo de alto, de unos veinte años, de apariencia bastante fuerte, vistiendo una camiseta sin mangas y luciendo ambos brazos tatuados.

Al resto, no logro verlos demasiado bien, debido a los coches que hay aparcados.
Mi cerebro se vuelve loco, avisándome de que se avecinan problemas para el muchacho. Mi amigo me sigue hablando por el móvil, aunque ahora apenas le presto atención. Me gustaría avisar al chico, pero a esta distancia es imposible avisarle del peligro sin que el grupo de cuatro me escuchase también. Veo como hablan entre ellos y lo miran fijamente, disimulando hasta que este se encuentra a su altura. Uno de ellos choca intencionadamente con el muchacho que venía con las manos en los bolsillos y mirando hacia el suelo. El muchacho levanta la cabeza asustado y uno de ellos le empuja, diciéndole algo que no llego a entender.

Miro hacia la discoteca, pero desde aquí no se ve la puerta, *imposible avisar a los de seguridad*, aunque pensándolo más detenidamente, *dudo que hagan algo fuera de la discoteca*. Echo un vistazo a mí alrededor y, aunque hay algunas personas que lo han visto, nadie tiene intenciones de intervenir, es más, se alejan de la zona de conflicto rápidamente.
Ahora el chico está rodeado, continúo sin poder oír bien lo que dicen, pero por los gestos que hacen, parece que se están metiendo con él por su condición homosexual, aunque sinceramente, creo que solo estaban buscando una víctima con quien divertirse y le ha tocado a él.
Bajo la cabeza como el resto y me voy hacia la discoteca pensando, *este no es problema mío*, despidiéndome a la misma vez de mi amigo.

Empecé a estudiar Artes Marciales con mi padre cuando tenía tres años y recuerdo que ya con dieciocho, un día me dijo:

-Conoces varios estilos, has estudiado los pros y los contras de otros, pero hoy vas a aprender la técnica que está por encima de todas las técnicas, la que debes tener presente el resto de tu vida. A no ser que no tengas más remedio, deberás reusar el enfrentamiento y evitar hacerles daño a los demás, aunque los demás no lo entiendan y te tachen de cobarde.

Si no te queda otra opción que luchar por tu vida o por la de los demás, deberás ser contundente, no dudar. Estudia a tus enemigos, mira qué guardia adoptan, cómo se mueven y ataca al más fuerte o a la amenaza más próxima, demostrándoles al resto de atacantes que, si se acercan, también lo vas a herir. Aprovecha la sorpresa, no dejes que ninguno entre en tu distancia de seguridad e intenta que cada golpe tuyo sea una baja de ellos, buscando sus partes más vulnerables, siendo preciso y manteniendo la mente fría.

Antes de llegar a la esquina, miro por última vez. En ese momento,

el chico es golpeado, dos puñetazos van directos a su cara y pecho, seguidos de una patada en el costado, cayendo desplomado. *Reconozco el estilo, el atacante practica deportes de contacto, probablemente Full-Contact o similar*.

Sin darme cuenta, mi mente busca sus puntos vulnerables, sus contras, casi por instinto, sin parame a pensarlas.

Ahora el muchacho está tumbado bocarriba y uno de ellos, el más bajito de todos, le tiene puesto un pie en el pecho, mientras el resto ríe y le hace burlas.

De pronto, aparece una chica que debe ser amiga del muchacho, la cual es sujetada por uno de ellos antes de llegar al chico. Mientras grita y forcejea, otro se acerca a ella acariciándole una pierna. Ella, más valiente que todos los que hemos estado alrededor, le escupe en la cara, a lo que este responde golpeándola y arrojándola contra un coche. El muchacho se intenta levantar del suelo para ayudarla, pero es detenido por una terrible patada en la cabeza, ejecutada por el que parece ser el cabecilla, aquel que pude ver con la camiseta sin mangas y brazos tatuados.

Papá, creo que este es el límite, a la vez que me doy media vuelta, dirigiéndome hacia ellos mientras me voy quitando el reloj y algunas pulseras que llevo en la muñeca derecha.

A pocos metros de llegar, uno de ellos se da cuenta de mi presencia y avisa al cabecilla, siendo este aparentemente el más fuerte, al menos el más musculado, sin embargo, por mi experiencia en combates esto no quiere decir que sea el mejor luchador de los cuatro, aunque sí es el que lleva la voz cantante, por lo que se convierte en mi objetivo prioritario, ya que es un golpe de efecto para los demás y retarda su posible reacción.

A unos diez metros, mientras sigo avanzando hacia ellos, les digo:

-¿Por qué no os vais y dejáis a estos chicos en paz?

El más pequeño me mira, aún con su pie sobre el pecho del muchacho que se encuentra tumbado frente a él.

-Vaya, ha llegado el novio de la maricona –comenta en tono burlón.

El cabecilla se acerca a mí, diciéndome...

No dice nada, todo queda en un intento de hablar, porque antes de que empiece a hablar he saltado sobre mi pierna izquierda para girar mi cadera en el aire, impulsando así mi pierna derecha, la cual se va extendiendo y girando noventa grados, impactando directamente en el cuello y mandíbula inferior, notando cómo la mandíbula rompe y desgarra sus labios tras el tremendo impacto. El cabecilla cae sin conocimiento sobre su costado derecho y los otros tres no saben cómo reaccionar. Uno de ellos hace un intento de sacar una navaja del

bolsillo trasero del pantalón, pero este momento de incertidumbre lo aprovecho para batirlo, saltando sobre él a la misma vez que agarro su cabeza con mis manos golpeando su mandíbula y nariz con mi rodilla derecha; cae también desplomado por el golpe seco e inesperado. A mi derecha oigo cómo el más pequeño, que hasta ese momento había estado pisoteando al muchacho, se me acerca gritando y lanzándome una patada circular, similar a la que habían usado antes para golpear a su víctima, pero esta vez no llega a su objetivo, mis piernas son más largas y rápidas que las suyas, es él el que termina en el suelo. Mi contra ha sido una patada lateral directa a su nariz que, sumada a la velocidad con la que se aproximaba, es como si la coz de un caballo le hubiese golpeado en la cara. Ahora no se están enfrentando a un chico indefenso como hace unos minutos y ninguno de ellos se ríe.
El único agresor que aún queda en pie no sabe muy bien cómo actuar, ya que todo esto ha transcurrido en unos breves segundos. Suelta a la chica, la cual en cuanto se ve liberada, en vez de intentar huir se vuelve contra él arañándole la cara y demostrando una vez más su bravía. Antes de que pueda atacarla, me tiene encima suyo, golpeándole repetidamente en cuello, costillas flotantes y estómago, con puños y codos, actuando por instinto, casi sin pensar, aprovechando mi cadera y giros de muñeca en todos mis movimientos y recordando en milésimas de segundos todas las enseñanzas que he recibido de distintos maestros durante todos estos años; no tarda más de cinco o seis segundos en caer desplomado.
Miro alrededor, comprobando que ninguno de los agresores puede reaccionar, luego me dirijo hacia el chico que permanece tumbado en el suelo. Tiene el labio superior reventado, alguna contusión en la cara y no me extrañaría que alguna costilla rota.

-¿Quién eres? –dice la chica que se encuentra justo detrás de mí.

-A este chico hay que llevarlo a un hospital –respondo, escuchándome a mí mismo, como si por fin en unos segundos hubiese madurado.

-Thor, Noelia, se llama Thor -dice el muchacho con una sonrisa, escupiendo algo de sangre de su labio roto.

No pierde el humor, valiente a pesar de lo ocurrido.

-¿Te encuentras bien? -interrogo.

-Parece que me ha pisoteado una vaca, pero creo que me puedo levantar.

Su amiga, ahora conocida como Noelia, se apresura a ayudarle sujetándolo por el brazo derecho, mientras que yo le sujeto por el izquierdo. Al levantarse, casi no se puede incorporar. Le levanto la camiseta y veo que tiene un gran moratón en el costado.

-Vámonos al hospital, tengo mi coche aquí al lado –digo, mientras

saco mi móvil y hago un muy breve resumen de lo que ha pasado a mis amigos.

-No, vámonos en el mío que es este mismo –dice Noelia, señalando un pequeño coche, con una gran pegatina de una margarita pegada en el portón trasero.

Mientras le ayudamos a meterse en el asiento del copiloto -ya que es el lugar más espacioso dentro de este diminuto coche-, aparecen mis amigos, alterados por la conversación telefónica que acabo de tener con ellos y sorprendidos a su vez, al ver a los cuatro agresores tumbados por el suelo.

-Llévate mi coche –le digo a Manolo, lanzándole las llaves-. Vamos al hospital, seguidnos.

Mientras, accedo por el puesto del conductor, sentándome en el asiento trasero del vehículo y realizando verdaderos malabarismos para llegar allí, ya que este es sumamente estrecho para mí.

-Bien, ir saliendo que vamos detrás -responde Manolo, reaccionando rápidamente, mientras Antoñín y José, aún miran atónitos la dantesca escena.

CAPÍTULO 5

SEGUNDO ENCUENTRO

De camino al hospital, Noelia informa a sus amigas de lo sucedido. Mientras conduce, en una mano porta un cigarrillo y con la otra sujeta el móvil, el cual esconde un momento cuando se cruzan con nosotros dos coches de policía con las luces y sirenas puestas que, con toda seguridad, se dirigen al lugar del enfrentamiento. Luego continúa hablando, en una versión de lo sucedido no tan resumida como la mía cuando informé a mis amigos.

Cuando termina de hablar por teléfono dice:

-¿Qué tal estás, Richi? -dirigiéndose al muchacho.

-Si no me muevo, ni respiro, ni parpadeo, no me duele -contesta algo sonriente, aunque con gesto de dolor.

-Ya falta poco -contesta ella-. Por cierto, ¿de qué conoces a este? -le pregunta, como si yo no estuviese allí, justo detrás.

-No, Noelia, no es uno de mis amigos si es lo que te piensas, por suerte para ti, que te conozco víbora -contesta Richi, parando un momento para tomar aire y recuperarse de los dolores que le produce simplemente hablar-. Lo he conocido en la disco, pero ha huido de mí, una pena… Por cierto, no te he dado las gracias por lo que has hecho, ha sido una pasada. Pero ¿de dónde has salido tú, de una peli o qué?, ¿cómo sabes hacer todo aquello que has hecho?, ¿qué era Kung Fu o algo así?, ¿cómo puedes estar tan tranquilo, después de lo que ha pasado?

-¡Tú, deja ya de preguntar! -dice Noelia-. Es verdad, ¿de dónde has salido? Tus rasgos no son de aquí, pareces sueco o algo así.

Miro por la ventanilla, limitándome solo a sonreír como respuesta.

-¿Thor?, ¿ese es tu verdadero nombre? -pregunta Noelia, sin apenas dejar de mirarme por el retrovisor.

-Te lo digo, pero haz el favor de mirar a la carretera, sino, al final vamos a tener un accidente.

-Tú, zorrón, deja de hacerle ojitos a Thor y mira para la carretera –replica Richi.

Noelia responde, dándole un cachete en la pierna.

-No, mi nombre es Eric.

-¿Eric? –contestan los dos al unísono y en voz alta, mirándose entre ellos y poniendo cara de asombro.

-¡No me lo puedo creer! -dice Richi-. ¿Te llamas Eric y eres de por ahí fuera?

-Si con lo de “por ahí fuera” incluye a Los Estados Unidos y no el planeta de Thor, pues sí, vengo de por ahí fuera, aunque tengo doble nacionalidad, también soy español por parte de padre.

-¡Será zorra! -dice Richi, hablando de una tercera persona, lo que no llego a entender.

Llegamos al hospital y empezamos a subir la rampa que nos lleva a la entrada de urgencias. Noelia baja del coche haciendo una señal a unos celadores que hay en la puerta fumando un cigarrillo. En seguida aparecen portando una camilla, mientras veo que Noelia vuelve a sacar su teléfono para hablar con alguien que más tarde me explicará que es el padre de Richi.
Sin mucha dilación aparecen mis amigos. Mientras, Noelia entra con Richi por el pasillo que accede a la sala de urgencias. Ahora se queja todo lo que no se había quejado en el coche. Tumbado en la camilla que empuja un celador, se pierde entre las puertas de entrada a urgencias. Le hago una señal a Noelia, indicándole que nosotros vamos hacia la cafetería, respondiéndome con un guiño.

En la cafetería nos dan casi las seis de la mañana, tiempo más que suficiente para contestar a todas las preguntas que me hacen mis amigos de lo que ha pasado. En ese momento, viene Noelia con un policía de uniforme, haciéndome pensar que viene a interrogarme por lo ocurrido, pero esto cambia cuando ella me lo presenta muy educadamente, como si fuese otra persona distinta de la que hace un momento iba conduciendo alocadamente, fumando y hablando por el móvil.

-Eduardo, le presento a Eric, el chico del que le he estado hablando –dice Noelia.
Él nos saluda cordialmente y dice a mis amigos:

-¿Os importa si os lo robo unos minutos?

Mis amigos algo desconcertados contestan que no, sin tener muy claro quién es y qué es lo que quiere de mí.

El policía se dirige hacia mí, agarrándome suavemente del brazo y apartándome algo del grupo, mientras Noelia se queda con mis amigos explicándoles la situación.

-¿Quieres un café? –pregunta con suave tono de voz, mientras me lleva a la barra de la cafetería y llama a la camarera.

-Sí, por favor, uno con leche -contesto yo.

-Soy el inspector González, Eduardo González -dice, ya con los cafés servidos-. No te asustes, no estoy aquí como policía, sino como padre. Soy el padre de Ricardo, bueno de Richi.

Lo cual me imaginaba, pero hasta que no lo ha dicho él no he terminado de tranquilizarme, aunque no del todo, porque todavía no sé exactamente qué quiere de mí.
Tiene la taza de café en la mano y veo cómo le tiembla algo el pulso.

-Noelia me ha contado todo, me ha dicho lo que has hecho por

ellos, lo que has hecho por mi hijo sin conocerlo de nada.

Imaginándome la situación tan dura que ha debido pasar su padre al llegar al hospital, al informarle que su hijo ha sido agredido, intento suavizar la situación diciendo:

-No se preocupe.

Me interrumpe, levantando la mano lentamente.

-No Eric, lo que has hecho por mi hijo no lo olvidaré, muy pocas personas se involucran en algo así y, menos, sin conocerlo de nada.

Sus ojos brillan. Se acerca a mí dándome un abrazo, imagino que en parte para agradecerme lo que he hecho y para soltar tensión acumulada.

En ese momento, llega un policía mucho más joven.

-Disculpe inspector, su esposa acaba de llegar.

-Perdona Eric, pero te tengo que dejar.

Cuando se va a alejar, se gira volviéndose de nuevo hacia mí.

-Tú nunca estuviste allí, ¿entendido? –dice casi susurrando, acercándose a mi oído.

Saca una tarjeta de un bolsillo de su uniforme y me dice:

-Aquí tienes mi teléfono, si necesitas cualquier cosa, repito, cualquier cosa, no dudes en llamarme.

Café en mano y ahora algo más tranquilo, me vuelvo hacia donde se encuentran mis amigos acompañados de Noelia, la cual ha aprovechado para hacerles un pequeño interrogatorio sobre mí.

-Tíos, yo me voy a ir que ya son las seis y estoy reventado –comenta Antoñín.

-Esperad un momento, mis amigas están ahora mismo con Richi, pero no creo que les quede mucho para que bajen y así os las presento –se apresura Noelia a intervenir, con algo de picaresca en sus palabras.

-¡Invito a cafés!- dice Manolo reaccionando de inmediato y entre risas, haciendo ver que nos queremos quedar a conocer a sus amigas y, a su vez, haciéndonos reír a todos.

Al fin y al cabo, Noelia, a pesar de lo alocada que es, no deja de ser una chica bastante llamativa, moderna y muy sexy, de esas que si pasa a tu lado tienes que hacer un gran esfuerzo para no girar la cabeza. Todos hemos pensado instantáneamente que puede merecer la pena esperar un poco más.

Efectivamente, no se hacen esperar. En un cruce de miradas con Noelia, veo que me está observando con una sonrisa malévola, como esperando a ver mi reacción, lo cual no llego a comprender del todo.

Conforme se van acercando, veo que son tres chicas de constituciones diferentes, más alta, más baja, más rellenita, más delgada, pero todas ellas de gustos y estilos similares, más o menos, como mi grupo de

amigos. Giro la cabeza hacia Noelia, está con los ojos abiertos de par en par, como esperando una reacción mía.

-¿Qué? -pregunto.

Ella me indica con la cabeza que vuelva a mirar.

Justo detrás de ellas aparece una cuarta chica que está escribiendo un mensaje con el móvil. Al levantar la vista, se queda perpleja al verme, exactamente igual que yo.

-¿Eric? -dice ella.

-¿Rocío? -digo yo.

Nuestros cerebros se han ralentizado al cincuenta por ciento, por un instante, ambos hemos perdido toda capacidad de reacción, de diálogo.

En ese momento, como si de una película a cámara rápida se tratara, me vienen imágenes que me hacen recordar quién es Richi. Es aquel chico que iba en el asiento trasero del coche, en el que vi que se subía Rocío cuando la espié desde la ventana de su casa, también reconozco a Noelia, como la conductora de aquel coche. Ahora todo encaja, las preguntas, las miradas entre Richi y Noelia...

Noto como la cara me arde y mi corazón se acelera sin poder hacer nada por evitarlo, como ya me pasó en su casa el día anterior.

Noelia, que se encuentra justo a mi lado, le dice a Rocío:

-Así que este es el famoso Eric -lo que hace que su cara también se tiña de rojo.

Ahora mismo, Rocío no es aquella chica tan segura de sí misma que me encontré ayer. Noelia ignora por completo la mirada matadora que le devuelve Rocío y continúa hablando con una marcada sonrisa malévola.

-Pues sí, sí que está bueno, pero a mí no me parece tan estúpido como tú decías –dice Noelia.

Lo que hace que yo gane en confianza y Rocío aún se sonroje más, empujando a Noelia como si de dos niñas se tratara.

-Te voy a matar -dice Rocío, mientras se acerca a mí.

La observo sin decir palabra.

-Así que tú eres el chico que me ha comentado Richi, tú eres Thor – dice Rocío.

Esperando alguna burla cínica de ella, la dejo que continúe hablando.

-Es muy valiente eso que has hecho por mi amigo –dice, acercándose con lágrimas en los ojos, dándome un beso en la mejilla. Cualquier atisbo de burla, de bromas, de cinismo, ha desaparecido. Mi corazón está palpitando como si estuviese corriendo para tirarme por un barranco.

Dios mío, esta mujer me tiene totalmente desconcertado. Incluso Noelia, al ver la reacción de Rocío cambia su actitud.

-¿Rocío, te apetece algo, quieres una tila? –dice su amiga.

Todos somos presentados. Entre Rocío y yo hay cruces de miradas, miradas que van más allá de la pura amistad que, además, no intentamos evitar. Ya más relajados, estamos sentados alrededor de una mesa de la cafetería, ella y yo nos encontramos uno junto al otro, situación que nosotros hemos provocado, y a la cual nuestros amigos por ambos bandos también han colaborado.

Pasan unos segundos sin saber qué decir.

-¿Así que soy un estúpido? -digo, rompiendo el silencio.

-Pues sí que lo has sido todos estos años -dice sonriéndome, dejando atrás aquella actitud que tuvo ayer conmigo-. Ana y tú siempre me estabais sacando de mis casillas, pero ahora te veo muy cambiado.

-¿Y? -pregunto impaciente, ya que se ha producido una interminable pausa.

-Ahora me miras de otra manera –responde, levantando la vista lentamente, ralentizando sus movimientos y hundiendo su mirada color caramelo en la mía, como si de dos puñales se trataran.

En ese momento no sé qué decir. Pasan unos largos segundos hasta que soy capaz de vocalizar las primeras palabras.

-Tú también has cambiado mucho, ayer cuando te vi…

No puedo terminar la frase, cuando alguien del grupo que estamos sentados alrededor de la mesa de la cafetería levante la voz.

-Chicos es de día y yo me tengo que ir, que mañana tengo que estudiar.

-Eric, me voy con Antoñín, que me tiene que dar una cosa del coche, ya nos vemos mañana –dice Manolo, ejecutando un complot que se ha ido gestando mientras Rocío y yo hablábamos

-Te tienes que buscar a alguien que te lleve a casa, porque yo me voy a quedar un poco más –dice Noelia a Rocío casi a la vez.

Dirigiendo su mirada hacia mí, Noelia me dice:

-Eric, tu vives cerca de ella, ¿verdad?

-¿Te llevo a casa? –digo, tras echar un vistazo a mi alrededor y ver lo que es obvio.

-Vámonos cuando quieras -me responde, recogiendo su bolso y echándole una última mirada sonriente a sus amigas, sin querer mostrar demasiado lo que está pensando.

Levantados, nos despedimos unos de otros.

Una vez en el coche y de camino a casa de Griz, el cual resulta que es el padre de la chica que llevo al lado, pienso, *extraña situación*.

-¿No te resulta extraño? -pregunta ella, como si hubiese leído mi mente.

-Sí, algo extraño sí que es -respondo con voz algo temblorosa.

Al llegar a su casa, las calles se encuentran vacías. Empieza a

descrestar el sol por el horizonte, todavía la luz no es demasiado intensa y las farolas continúan encendidas, lo que le da a las calles un color anaranjado que solo a esa hora se puede contemplar.
No sé cómo despedirme de Rocío y creo que a ella le pasa igual.
-Me alegro de haberte conocido de nuevo –dice, mirándome fijamente-. ¿Sabes qué? Siempre estuve enamorada de ti, pero a la misma vez te odiaba a muerte. Este nuevo Eric me gusta más.
Me acerco a ella, apartándole suavemente con la mano el cabello que le cae por su frente, hasta que mi mano reposa en su cuello. Acercándonos simultáneamente uno al otro, nuestros labios se unen, al principio casi sin tocarse, notando su calor toda mi piel vibra. Después de unos segundos, nos separamos ligeramente.

-¡Rocío, tu madre! –digo agitado.

-¿Qué pasa con mi madre? –responde algo molesta.

-¡Que viene por ahí! -digo.

-Es verdad -dice ella-. Es su hora de paseo matinal con las amigas.

Efectivamente, a unos cincuenta metros viene Marta con dos amigas vestidas de chándal y bebiendo una bebida isotónica.

-¿Nos habrá visto? -pregunto.

Mi pregunta no tarda en contestarse por sí sola. Marta nos saluda con la mano sin mostrar demasiada sorpresa, como si ya supiese que esto iba a ocurrir, incluso por su cara diría que se alegra de vernos juntos.
No sé muy bien qué hacer, así que decido bajar la ventanilla.

-Buenos días, Marta.

-Buenos días, Eric. Acuérdate que luego tenemos el arroz, no te vayas a quedar dormido –responde con una sonrisa malévola, parecida a la que su hija utiliza a veces conmigo.

-Vaya, viene con las dos más cotillas del barrio, esta tarde se ha enterado todo el mundo de quién me ha traído a casa –comenta Rocío en voz baja.

Tras unos momentos de pausa, me dice:

-Vamos a darle motivos para hablar. -Dándome un beso de despedida y bajándose del coche mientras su madre la espera a la entrada de la casa.

Las dos amigas de Marta se agachan -no muy disimuladamente-, para intentar verme mejor.
Tierra trágame, pienso. Levanto la mano como gesto de despedida y Rocío se gira guiñándome un ojo. Alejándome, miro por el retrovisor y veo cómo Marta le da un cachete en el trasero a Rocío, a modo de “me lo tienes que contar todo” y, a su vez, despidiendo a las alcahuetas de sus amigas, las cuales se quedan seguramente ansiosas de saber más.
Me dirijo a casa, con Rocío ocupando todos mis pensamientos, recordando ese beso que solo ha durado unos segundos, pero que ha

sido increíble.
Ya una vez allí, pongo el despertador para que suene una hora antes de mi cita con la familia de Griz, me quito los zapatos y, sin desnudarme, me tumbo en la cama quedándome dormido en cuestión de segundos.
Un día intenso.

CAPÍTULO 6

CHULETAS Y RISAS

13:30 horas; domingo, veintidós de mayo.

Voy tarde. En mi cabeza resuenan las palabras de Marta, “no te quedes dormido”.

Ducha rápida y ya estoy en el coche vestido con una camiseta, bañador, zapatillas de deporte, gorra y gafas de sol. Fundamentales a estas horas cuando el sol pega más fuerte, y más, si uno ha dormido poco.

Llegando me viene la imagen lo último que pasó hace solo unas horas. Marta nos vio besándonos a Rocío y a mí. Antes de bajar del coche me pregunto, *¿lo sabrá Griz?*

Marta no me preocupa demasiado, es más, creo que las madres tienen un sexto sentido para estas cosas y era como si ya lo supiese de antemano, antes incluso de que pasara. Por el gesto de ayer, no pareció que le molestara, creo que le agradó. Pero Griz es distinto, Rocío es una de sus hijitas y él es bastante protector con ellas.

Mientras estoy caminando hacia la entrada de la casa pensando en todo esto, se abre la puerta y aparece Rocío. Me espera en la entrada con una gran sonrisa, apoyada en el marco de la puerta, vistiendo una camiseta que solo tapa algo su bikini. Se encuentra descalza, con su pelo mojado cubriendo ligeramente sus hombros. Mis pensamientos ahora se centran exclusivamente en ella, gritando todos ellos dentro de mi cabeza: *¡Espectacular!* Olvidándome momentáneamente de sus padres.

Al llegar a su altura me abraza por el cuello, dándome un suave beso en los labios.

-¿Se te han pegado las sábanas, Pitufo? –dice en voz baja, mientras me muestra su malévola sonrisa.

Me agarra de una mano y me guía a través del pasillo hacia el patio trasero de la casa, donde se encuentran todos. Poco antes de salir al patio le suelto la mano. Deteniéndose y girándose hacia mí, sin borrar esa sonrisa de su cara me mira directamente a los ojos.

-¿Miedo a papá Grizzly?

Respondo, afirmándolo con un gesto de la cara.

-Estás disfrutando -digo.

-Sí, mucho -dice riéndose y adelantándose a mí al salir a la piscina.

Allí están todos. Griz alrededor de la paellera, Marta preparando la mesa y Ana trayendo vasos y platos desde la cocina. Nada más verme, Ana viene corriendo hacia mí.

-¡Rocío me lo ha contado todo!

Quedándome un poco perplejo, sin saber exactamente ese "*todo*" qué quiere decir. Rocío continúa por delante, dirigiéndose hacia la mesa para ayudar a su madre, dejándome solo con Ana, que se queda plantada frente a mí esperando una respuesta. Me quedo mudo, sin saber qué es lo que sabe y qué le tengo que contestar.

-Bueno, no te hagas de rogar, cuéntame -insiste ella.

Marta, a punto de echar a reír, viendo el apuro que estoy pasando, se acerca a mí.

-Sí, cuéntale cómo salvaste anoche a los amigos de Rocío.

Se paran todos para oír mi versión, incluido Griz. Respiro y hago un breve resumen de lo que pasó, sin entrar en demasiados detalles, acercándome a la paella a echarle una mano a Griz, aunque lo más que puedo hacer es abrirle una cerveza, porque yo de paellas tengo poca idea, sin embargo, es una manera de desviar la atención y que todo vuelva a la normalidad.

-Muy bien hecho chico, pero la próxima vez sé más inteligente, llama a la policía, pide ayuda, pero no intervengas porque puedes salir mal parado. Por otro lado, te agradezco que lo hicieras, ya que en esta situación la ayuda probablemente hubiese llegado tarde –dice Griz, de manera algo paternal-. He estado hablando con el padre de Richi esta mañana para preguntarle por su hijo, me ha dicho que tiene una costilla rota y algún corte, pero que se encuentra bien. También me ha dicho que los agresores fueron detenidos, dos de ellos con grandes lesiones. Veo que tu padre te entrenó bien.

-Sí, era raro el día que no hacíamos algún entrenamiento, aunque solo fuesen pumses o manejo de la espada. Me llevó a otros maestros, para que conociera diferentes estilos, él lo veía como un modo de vida

Así pasamos el día y parte de la tarde, charlando, comiendo, riendo, jugando con Ana y Rocío en la piscina hasta caer la noche.

-Debo irme –digo.

-¿Ya? -dice instintivamente Rocío, mirándola extrañada su hermana.

-Sí, debo irme que mañana volamos y tengo un poco olvidado el 412, así que quiero echarle un vistazo a la lista de comprobaciones antes de acostarme.

-Espera media hora, voy a asar unas chuletas y ya te vas cenado, además, mañana no volamos hasta las once, así que tienes tiempo de sobra para mirar las listas –comenta Griz.

Asentando con la cabeza, mientras me pongo la camiseta oigo a Ana hablar de mí, aunque hasta que no presto atención no llego a entender lo que está diciendo.

-¿Has visto Rocío que cuerpazo tiene Eric? –dice Ana, incitándola.

Rocío, sin llegar a mirarme y mientras saborea una manzana, hace

alguna apreciación sobre mi cuerpo que nos sorprende a los dos.

-Sí, la verdad es que tiene un buen culo –dice Rocío, dejando a Ana sin saber qué decir y, por supuesto, yo tampoco.

Desde luego, esta no es la chica que yo conocía hace unos años.

Tras unas deliciosas chuletas, termina mi día en casa de Griz.

-Eric, ¿me puedes llevar a casa de Noelia? -dice Rocío, antes de que me pueda despedir.

Le contesto con un sí un poco entrecortado, mientras que Ana no hace nada más que mirar a uno y a otro, esperando encontrar respuestas.

Después de despedirme de todos, dándoles las gracias por el buen día pasado allí, estamos Rocío y yo en el coche. Ana se encuentra asomada por la misma ventana por donde me asomaba yo dos días antes.

-Vaya, se ve que está de moda espiar por esa ventana -dice Rocío riéndose.

Después de una pausa buscando una respuesta inteligente, intento contestar algo coherente y creíble.

-No te estaba espiando, solo tenía curiosidad por saber cómo eran tus amigos -y continúo, cambiando rápidamente de tema-. Por cierto, ¿cómo se va a casa de Noelia?

Rocío me mira fijamente, pero no pronuncia una palabra. A los pocos segundos esperando una reacción, se inclina hacia mí, rozando con sus labios el lóbulo de mí oreja.

-Serás muy rápido luchando, pero lentito para pillar las cosas al vuelo.

-Ok… entiendo, vamos a mi casa. Es que en tu casa estoy sufriendo mucha tensión.

Lo que nos hace reír, hasta el punto de hacernos brotar lágrimas.

-Vamos arranca, si no quieres que Ana les dé un informe detallado a mis padres de lo que hagamos o dejemos de hacer en el coche.

CAPÍTULO 7

PASIÓN

Una vez en mi casa y con el coche aún en la cochera nos besamos, un beso mucho más apasionado del que nos dimos ayer. Intento colocarme en una posición aventajada para poder estar más cerca, pero si hay algo que mi coche no tiene es espacio. Después de golpearme varias veces con el techo y de clavarme la palanca de cambios en distintas partes de mi anatomía, decidimos salir y buscar un lugar mejor.

Entramos por la cocina y arrincono a Rocío contra la encimera, mordiéndole el cuello y agarrándola por las nalgas hasta sentarla encima. Ella me quita la camiseta y lleva directamente sus manos a mi trasero, introduciéndolas por dentro de mi bañador.

-Vaya culo, mi hermana tenía razón, te has puesto buenísimo -dice susurrándome, mientras me mordisquea el lóbulo de la oreja.

Abro su camisa, arrancándole un par de botones en el proceso y paseo mi boca desde su cintura hasta su cuello, mientras ella me araña la espalda, obligándome a estar más cerca, tan cerca que nuestros cuerpos se funden en uno. Siento cómo su corazón palpita cada vez más fuerte, cómo el sudor le recorre la espalda. Me agarra del pelo con ambas manos, mientras muerde mi pecho.

-¿Dónde está tu dormitorio? -pregunta, empujándome hacia atrás y saltando de la encimera al suelo.

-Arriba -contesto.

Desde ahí y sin apenas poder separarnos uno del otro, vamos pasando por el salón, escaleras, pasillo, hasta llegar a mi dormitorio, dejando un rastro de prendas, como si de miguitas de pan para marcar el camino se trataran.

Allí, la luz de una farola que hay justo frente a mi casa ilumina tenuemente la habitación, dejándome ver por primera vez a Rocío prácticamente desnuda frente a mí. Con la mano me indica que me tumbe en la cama, mientras ella muy lentamente se termina de desnudar. La paciencia ahora mismo no es mi mejor virtud y no tardo en decirle que se tumbe junto a mí. Antes de hacerlo, conecta el equipo de música que tengo en mi cuarto para posteriormente abalanzarse sobre mí, como si de una gata se tratara. No sé si esto es amor, pero desde luego es deseo, y ahora mismo no hay en este mundo nada que desee más que estar con ella.

Hacemos el amor como si el mundo se fuese a acabar, con la intensidad de la primera vez.

Empapados en sudor, quedo tumbado bocarriba, mientras que ella está ligeramente apoyada sobre mí, con su cabeza recostada en mi pecho.

-Pitufo -dice.

-Dime, Ro -contesto, riéndonos los dos de nuestras pequeñas maldades.

-¿Sabes que tienes el corazón acelerado?

-¿Cómo quieres que esté? Yo no sabía que estaba con una diosa del sexo -digo.

-Y no lo estás, lo que pasa es que tú sacas lo más perverso de mí. Lo sacabas cuando era pequeña y lo vuelves a hacer ahora de mayor, aunque de manera algo diferente -contesta Rocío.

-Sí, pero ahora de mayor me gusta más tu perversión –contesto.

Sonriéndome, el movimiento de sus parpadeos se va decelerando paulatinamente, hasta que sus hermosos ojos quedan cerrados por completo. La abrazo y noto cómo entrelaza sus dedos con los míos, agarrándolos con fuerza y quedándose dormida poco después. Me pego a ella y siento su calor, puedo percibir su aroma, de su cabello, de su piel... Poco a poco yo también caigo rendido ante los susurros de Morfeo.

Unas tres horas más tarde, me despierto y miro el reloj.

-Rocío, son casi las cuatro de la mañana… -le digo en voz baja, esperando una respuesta de ella.

-¿Qué tal? - responde todavía entre sueños, tras unos segundos.

-Son casi las cuatro… -digo, pero no me deja terminar.

-¿Las cuatro? ¡Vámonos! Mañana tengo que ir a clase y como me vea mi padre, me mata –me dice, dándome un beso al que yo me sumo con gusto, pero ninguno de los dos quiere separarse, enredándonos de nuevo entre las sábanas, volviendo a hacer el amor apasionadamente.

Tras reposar un momento, con nuestras miradas difuminadas en el techo de la habitación, Rocío se gira hacia mí.

-Vamos a levantarnos que como nos tumbemos nos quedamos dormidos otra vez, y entonces mi padre sí que me mata de verdad y a ti también -dice entre risas.

De un salto me pongo de pie.

-Me tienes que enseñar a hacer eso, me iba a venir muy bien por las mañanas -dice Rocío sonriéndome.

Respondo levantando una ceja, mientras que voy recogiendo nuestra ropa por toda la casa.

Entre risas volvemos a su casa, bajando el volumen de la música que llevo en el coche para no alertar de nuestra presencia. Una vez allí, nos volvemos a besar, pero al bajar Rocío del coche se oye una voz.

-Esto te va a costar los postres de un mes.

Es Ana, que se encuentra fumando un cigarrillo en el balcón de su

habitación.

Rocío le responde, poniéndose el dedo en la boca, indicándole de esta manera que baje el tono de voz.

-¿Y tú qué haces fumando? –dice Rocío, sin levantar demasiado la voz, pero con el tono de una hermana mayor.

-Está bien, estamos en paz –responde Ana entre risas-, pero tú me has traicionado -refiriéndose a mí-, te has pasado al otro bando "cuñado" -dice riéndose cada vez más fuerte.

-Me voy, que esta va a despertar a mis padres y a todo el barrio. Llámame mañana y me cuentas cómo te va el vuelo con papá -dice Rocío.

Contestándole con un guiño, mientras arranco el coche.

CAPÍTULO 8

TRAINING DAY

10:35 horas; lunes, veintitrés de mayo.
Olor a queroseno, arranque de turbinas, sonido de motores, como si del rugir de grandes bestias se tratara.
Asomado a las ventanas del vestuario, me continúo vistiendo. Aún no me han dado los azules monos de vuelo, ni los distintivos que se utilizan en esta empresa, así que llevo uno de los monos de vuelo del ejército que me dio mi padre, es más, aún lleva la divisa con su apellido que obviamente es el mismo que el mío, ORCAN.
Al salir de los vestuarios, veo a Griz que me está esperando junto a uno de los 412 que hay aparcados cerca de la pista principal.

-Vaya, con ese mono de vuelo parece que estoy viendo a tu padre -dice al llegar a él.

Por lo que sonrío alagado.
-Bueno, llegó la hora de trabajar, demuéstrame lo que sabes. ¡Training day! -dice, mientras se pone las gafas de sol.
Empezamos a repasar la prevuelo, siguiendo la guía de comprobaciones. Una vez terminada, llama por un pequeño walkie y en cuestión de minutos aparece un pequeño vehículo conducido por un mecánico, acompañado del que parece su aprendiz. Es un pequeño coche parecido a los que se utilizan en los campos de golf. Me presenta a ambos y nos subimos a la aeronave; yo ocupo el asiento derecho de cabina, mientras que él se sienta en el izquierdo. Después de hacer la prepuesta en cabina, veo como Griz espera que el mecánico le dé el *visto bueno*. Estos, después de hacer un rápido chequeo alrededor de la aeronave, se ajustan las gafas de protección y se colocan delante del comandante, delante de Griz. El mecánico levanta el pulgar hacia arriba, mientras su ayudante se sitúa tras él sujetando un extintor. Griz levanta también su pulgar, indicando que estamos listos para el arranque. Mira su reloj y me dice en voz alta; día impar, motor uno. Levanta el dedo índice de su mano derecha para indicarles que vamos a arrancar primero el motor uno. El equipo de mantenimiento reacciona automáticamente, dirigiéndose al costado izquierdo del helicóptero.
Una vez arrancados los dos motores estamos listos para rodar, pero no antes de que el mecánico nos dé el *ok* de nuevo con el pulgar, indicándonos que el arranque ha ido bien y que tenemos libertad de movimiento en el parking, alejándose con su vehículo del círculo pintado en el suelo que rodea a la aeronave.

-Todo tuyo chaval, comunica tus intenciones y vámonos a la pata Bravo, la segunda al otro lado de la pista principal -dice Griz,

girándose hacia mí.
Tras comunicar por radio mis intenciones, empiezo a tirar de colectivo y noto cómo los motores van aplicando potencia, la indicación de torque se empieza a mover, el helicóptero empieza a vibrar y a quedar ligero de esquís. Mi corazón se acelera, llevo ya más de dos meses sin volar y eso en un piloto con pocas horas como yo se nota bastante. Además, tengo la presión extra de querer hacerlo perfecto delante de Griz, lo que probablemente me hará volar peor de lo que lo hago normalmente, ya que para volar bien hay que disfrutar del vuelo, hay que volar relajado y ahora mismo no es que lo esté mucho.

Por un momento, tengo la sensación de que en vez de llevar a Griz a mi lado, es mi padre el que me está instruyendo; su forma de comportarse es muy similar en muchos sentidos, sobre todo, en esto de volar.

Despego lo más suave que puedo, corrigiendo ligeramente con pedales y sin apenas mover el cíclico. Griz me indica que cruce pistas para dirigirnos a la pata Bravo.

Tras una hora de hacer estacionario, distintos tráficos, virajes con diversos grados de alabeo, Griz da por terminada la sesión.

-Bueno, volvamos al parking que esta tarde empezamos con las emergencias -dice.

-Ok –respondo.

-Pasa la post-vuelo y nos vemos en veinte minutos en la cafetería –dice tras tomar tierra, despidiéndose de esta manera.

-Muy bien -contesto.
Al bajarme del helicóptero tengo la sensación de haber hecho pesas con las piernas, casi no puedo estirarlas. Esto es debido a la tensión que he tenido durante el vuelo, aunque la verdad es que después de la primera media hora, me he ido relajando gradualmente.
Se aproxima de nuevo el mecánico, esta vez sin acompañante.

-¿Qué tal con Griz? Dicen que es bastante duro instruyendo, por otro lado, probablemente sea el mejor piloto que tenemos por aquí -pregunta.

-Bien -contesto-, pero llevo algún tiempo sin volar. Al principio cuesta.
-¿Cómo me dijiste que te llamabas? -pregunto.

-Michel, aquí todos me llaman Mich.
-Mi nombre es Eric, Eric Orcan -contesto.

-¿Orcan? Yo conocí a un Orcan en el ejército. ¿No será familia tuya?

-Sí, supongo que te refieres a mi padre -respondo.

-¿Qué tal está?

-Falleció hace ya algún tiempo en un accidente de tráfico.

-Vaya, lo siento. No lo conocía mucho, pero coincidí embarcado con él varias veces. Alguna vez que otra charlamos tomándonos un café. Hablaba siempre de su hijo que estaba en Estados Unidos, supongo que ese hijo eres tú.

-Sí, ese era mi padre. Mich, nos vemos -digo despidiéndome, dándome él una palmadita en la espalda cuando me alejo, a modo de consuelo.

En la cafetería, Griz me comenta el vuelo, las cosas que he hecho bien y las que son bastante mejorables, repasamos parámetros y vemos la sesión de emergencias que nos toca por la tarde.

16:07 horas.

Nos encontramos volando a unos mil pies sobre el suelo. Cuando estamos en el tramo viento en cola, Griz me recuerda que va a cortar un motor. Debo identificar la emergencia, bajar paso para no pasar de torque el otro motor, ajustar las vueltas al cien por cien… y no mucho después, ya me ha cortado el motor.

-¡Vamos! Busca la velocidad para vuelo con un solo motor, recuerda las vueltas, mira también fuera, no dejes la cabeza metida en cabina, no pierdas la senda…

Así durante una hora, repitiendo todo tipo de emergencias. Al final de la clase, estas emergencias se suceden sin previo aviso. Al rodar hacia el parking de aeronaves puedo reconocer a Mich haciéndonos señales con dos conos luminosos para indicarnos nuestro punto de toma.

-Muy bien Eric, dile que lo reposten. Mañana nos vemos aquí a las nueve que seguiremos con las emergencias, ¿alguna duda? -dice Griz, antes de bajarse del helicóptero.

Después de resolverme un par de preguntas, se aleja dándole un golpecito en el hombro a Mich. Se ve que entre ellos hay buena relación.

Es curioso, pero subidos en el helicóptero, su comportamiento conmigo es mucho más estricto, aunque supongo que debe ser así.

-¿Qué tal? Os he estado viendo y no habéis parado de caer como una piedra -pregunta Mich entre risas.

-Bien, pero estoy reventado, tengo el mono de vuelo empapado en sudor, parece que me he tirado de cabeza en una piscina -respondo, riéndonos los dos al unísono.

-¿Te ha dicho su frase favorita antes de empezar con la tortura?

-¿Cuál, “Training day”? -digo entre risas, mientras le echo un vistazo a los niveles y tren de aterrizaje.

-Afirma -responde riéndose.

Conforme me alejo, me giro para mirar por última vez la máquina. El sol está ya próximo al horizonte, lo que hace que la aeronave se encuentre iluminada a su alrededor, creando un halo de luz, que le da aspecto de imagen de postal, quedando sombreada y rodeada por un cielo anaranjado de fondo.

CAPÍTULO 9

SOL Y MOSCAS

09:40 horas; lunes, dieciocho de julio.
Base de incendios al norte de Sierra Morena.

Nos encontramos paseando sobre la plataforma. Tenemos una excelente visión de todo el paisaje que nos rodea. A veces, se ven pasar grandes ciervos por los cortafuegos que hay en las crestas de los montes y, teniendo paciencia, puedes llegar a ver animales algo más escurridizos entre los árboles.

-Día de sol y moscas -dice Griz-. Hoy tendremos que estar atentos, porque seguro que tenemos alguna salida. El sol va a pegar fuerte. A eso de las tres o las cuatro está previsto que superemos con creces los cuarenta grados.

Miro al horizonte y veo movimiento en las copas de los árboles, el viento está soplando bastante fuerte.
-Por cierto, hoy tenemos relevo de mecánico, viene Mich que ya lo conociste en la empresa -dice.

-Creo que es ese vehículo que viene por la carretera, al menos trae los logotipos de Surskies -contesto.
Efectivamente, al bajarse el conductor del coche es Mich. Aquí, al igual que a Griz, todos lo conocen. Nada más bajarse del vehículo es saludado por los retenes que se encuentran en un entrenamiento de tirado de mangueras comandados por Inma, una de los técnicos de extinción de incendios que está de guardia.
Tras hacer el relevo y pasar la prevuelo del helicóptero, nos tomamos un café en la casa que tenemos para la tripulación.

-¿Qué tal por aquí? -pregunta Mich.

-Bien, como copiloto estoy aprendiendo mucho, pero estamos un poco apartados de la civilización. Habrá que hacer vida monacal -respondo con una sonrisa.
-¿Ya terminaste tu renovación de 412?

-Sí, además en junio también hice la habilitación de Koala -respondo.
-¿Pero tú no te ibas a Sudamérica a hacer un trabajo allí o algo así? Al menos, eso es lo que yo había oído por el hangar.

-Sí, así es, en Centroamérica. Lo que pasa es que Miguel pensó que volar un tiempo en incendios me serviría para mejorar mi vuelo en montaña, aprender a…
De repente, suena la sirena de la base. Hasta ese momento, había sido un lugar de paz y sosiego, pero en pocos segundos se convierte en un ir y venir, es como cuando metes un palito en la boca de un

hormiguero y ves como en segundos este se llena de actividad.
El retén que está de guardia helitransportada sale para empezar a equiparse. Griz entra en la casa y recoge su piernógrafo.

-Eric, ve haciendo la prepuesta –dice, mientras se va hacia la emisora para copiar los datos del incendio.

Mich y yo nos dirigimos al helicóptero. Mientras voy haciendo la prepuesta de cabina, veo como él va quitando fundas y revisando nuevamente el helicóptero exteriormente.

En pocos minutos, hemos despegado y nos dirigimos al incendio. A diferencia de cuando eran vuelos de instrucción, ahora Griz ocupa el asiento derecho. Lo veo concentrado en su trabajo, pasándome datos para meter en el GPS, chequeándolo todo, pero a su vez, tranquilo, muy tranquilo.

Ya he estado en varios fuegos, pero de poca entidad. Griz me avisa que este va a ser distinto, por la zona donde se ha producido que es de mucha arboleda, de gran pendiente y vegetación muy seca, proporcionando un combustible ideal para el fuego y, para colmo, el viento cada vez viene más fuerte.

Efectivamente, en breve divisamos una gran columna de humo en el horizonte. Por la radio se empiezan a escuchar las notificaciones de otros medios aéreos que también se aproximan al incendio desde sus bases.

Mientras Griz informa al avión de coordinación de nuestra inminente llegada, lnma, la técnico que llevamos a bordo, nos pregunta si podemos orbitar por su lado para tener una mejor visión del incendio. Desde aquí arriba podemos observar cómo ya hay retenes que han desembarcado y cómo varios aviones realizan sus descargas tiñendo el terreno de rojo, delimitando de alguna manera los flancos del incendio.

Como predecía Griz, este incendio no tiene nada que ver con los que he estado hasta ahora. Las llamas pueden subir a quince o veinte metros, quizá más. Al acercarnos aumenta la temperatura, ya de por sí alta. El pilotaje del helicóptero se complica al reducirse la visibilidad por el humo, las ascendencias y descendencias producidas por las térmicas, las numerosas aeronaves que participan en el incendio, pájaros desorientados que huyen del humo. Noto como el helicóptero vibra al pasar cerca de las llamas, llegando a tener que cerrar mi ventanilla por el intenso calor que desprende.

Una vez desembarcado el retén y preparado el helicóptero, la técnico nos marca con el pulgar hacia arriba que todo está bien. Despegamos y nos dirigimos a cargar agua.

-Bueno chico, vamos allá -dice Griz, al cual sigo viendo bastante relajado, a pesar de toda la algarabía alrededor nuestra.

El avión de coordinación contacta con nosotros, marcándonos una

balsa de agua donde debemos cargar. Desde ahí, entramos en carrusel con algunos medios aéreos para así iniciar nuestras descargas. Mirando a mi izquierda veo cómo un helicóptero Kamov, más pesado que el nuestro, ha cargado agua de un pequeño pantano que se encuentra en las proximidades y está despegando con su pesada carga. Pocos segundos después, notifican dos aviones que vienen en formación para descarga, algo más altos que nosotros y pasándonos por la derecha. Observo cómo los retenes luchan contra las llamas, apoyados por los medios aéreos. Estamos en una batalla donde debemos ser más fuertes, más rápidos e inteligentes que el fuego. Este se comporta como enorme bestia, devorando todo lo que alcanza, incluso a nosotros si no tenemos cuidado.

En una de las pasadas, puedo ver cómo hay personas intentando salvar sus viviendas, echando cubos de agua o regando con mangueras alrededor de sus casas. Desde aquí también puedo ver cómo un par de vehículos de la Guardia Civil se acercan a las viviendas, probablemente para evacuarlos, ya que el fuego empieza a dejar muy pocas vías de escape. Permanecer allí podría ser muy peligroso.

Tras varias horas de lucha, de ir y venir a la base para repostar e hidratarnos, se da la notificación de incendio controlado, dando la orden de retirarse a algunos medios entre los que nos encontramos nosotros. Cuando recuperamos al retén, todos ellos van teñidos de negro, sudorosos y con caras de cansancio. Volviendo a la base, el olor en el helicóptero es en realidad una mezcolanza de esfuerzo, cenizas y humo. Me giro sobre mi asiento para ver cómo van y, sorprendentemente, a pesar del gran esfuerzo que han realizado, todos sonríen, levantando uno de ellos el pulgar como muestra de satisfacción por el trabajo realizado.

Volviendo a la base notificamos que estamos en las proximidades.

-Bienvenidos a casa –responde la emisora, sabiendo que hoy ha sido un día duro, un fuego difícil.

Nada más aterrizar, se nos acerca Mich.

-Ha llamado el director de operaciones, me ha dicho que Eric se ponga en contacto con él lo antes posible.

Llama Griz y después de hablar un rato con él me pasa el teléfono.

-¿Sí? -digo.

-Eric, buenas tardes, soy Juan Ortega. Ahora te contará Miguel con más detalle, pero resumiendo, mañana tienes que venirte a Surskies. Esta tarde mandaré para allá otro copiloto que te releve. Se han adelantado los acontecimientos y en vez de irte para Panamá en diciembre como estaba previsto, los de NORVIX quieren que te vayas aproximadamente en un mes. Vente mañana a eso de las nueve y te pongo en antecedentes, porque sobre las diez te entrevistaras con dos responsables de NORVIX.

-Pero… -respondo.

-No te preocupes Eric, tenemos este mes para arreglar toda la documentación y permisos que te hacen falta, aunque me han dicho que ya han ido adelantando algunos papeleos. Por cierto, ¿cuántas horas de vuelo tienes ya?

-Unas novecientas ochenta -contesto.

-Muy bien, estos días volarás conmigo unas cuantas horas más en el Koala para que vayas cogiendo más soltura en la máquina. ¿Alguna pregunta Eric? -interroga.

Me quedo unos segundos pensando, intentando asimilar toda la información que me ha dado de golpe.

-No, en principio todo claro.

-Ok, pues entonces lo dicho, mañana nos vemos por aquí –dice, terminando así la conversación.

-¿Qué tal? -pregunta Mich.

-Nada, que ya veo mi culo en Panamá. Por un lado, está muy bien y es lo que quiero, pero por otro lado, estoy algo nervioso.

-¿Quién va contigo de mecánico? -pregunta Mich.

-No tengo ni idea, supongo que me lo dirán estos días. Te dejo, que voy a preparar todas mis cosas -digo despidiéndome.

CAPÍTULO 10

NORVIX

08:40 horas; martes, diecinueve de julio.
Instalaciones de Surskies.

Al bajarme del coche coincido en el parking con Juan Ortega.

-Buenos días, Eric, ¿hace un café?

-¡Vamos allá! -contesto.

Una vez en la cafetería, Sara nos sirve un par de cafés. Ahora tengo algo más de confianza con ella.

-Buenos días, ¿cómo usted por aquí, no estaba en lo de los incendios? –pregunta con la cordialidad que la caracteriza.

Me levanto y le doy un par de besos.

-Sí, ya te contaré, ahora estaré unos días por aquí.

-Me alegro de verle, buenos días, señores –responde Sara, no dilatando mucho más la conversación al ver que estoy acompañado.

-Veo que te llevas bien con todo el mundo –dice Juan.

-La verdad es que llevarse bien con Sara no tiene mérito. No he visto persona más simpática que ella.

-Es un encanto de chica -termina él.

-Miguel Tejedor me ha dicho que te ha ido muy bien en la base de incendios, tanto en el vuelo, como en la relación con la gente –comenta Juan, encauzando la conversación a lo que a él le interesa.

-Me lo he pasado muy bien, he aprendido mucho. El incendio de ayer fue espectacular.

-Algo me contó. Bueno, te he llamado porque como te dije ayer se han adelantado los acontecimientos. Los de NORVIX quieren el helicóptero ya, pero como les comenté, el proceso de autorizaciones y demás papeleos lleva su tiempo. Ellos ya han movido el tema para poder operar en determinados países, pero faltan todavía algunas documentaciones. Si todo va bien, está previsto que salgas para Panamá el martes nueve de agosto.

Mientras él habla, me limito a asentir con la cabeza.

-¿Te dieron ya todo el equipo de vuelo? -interroga Juan.

-Sí, creo que sí.

-Ahora te vas a bajar con Eva que te van a dar otros dos monos de vuelo, botas más ligeras y alguna cosa más, ya que nos han informado que te vas a encontrar un clima tropical donde la temperatura y humedad relativa son bastante altas, por lo que recomiendan cambiarse de ropa a menudo y mantenerse hidratado. También, dentro de un par de días vendrán a ponerte una serie de vacunas.

Tras una pequeña pausa me sonríe.

-¿Qué tal?, ¿muchas cosas?

-No, va bien, con lo de las vacunas ya contaba, alguna vez que otra estuve con mis padres en las selvas de Venezuela y me tocó pasar la vacunación, pero ¿cómo vamos a trasladar allí el helicóptero en tan poco tiempo? -contesto.

-Buena pregunta. Se va a trasladar a Panamá uno de los Koalas MKII que tenemos de reserva en Chile -responde.

-Ya estoy aquí Juan -dice una voz femenina que corresponde a Eva, una chica joven, pero muy eficaz en su trabajo.

-Perfecto, ¿quieres un café? -pregunta Juan.

-No gracias, ya desayuné -responde Eva.

-OK, pues bajaros al almacén y que le vayan dando el material. Cuando hayáis terminado, te vienes para mi despacho –dice, mirándome a mí al terminar la frase.

Sin más palabras me despido de Juan con un gesto y me voy tras Eva hacia el almacén.

En el parking, cargando en el coche todo el material que me han dado, suena mi móvil. Al mirar la pantalla veo que es Juan Ortega, lo que me hace pensar que los de NORVIX ya están aquí.

-Sí, dime Juan.

-¿Cómo lo llevas? -interroga.

-Bien, ya he terminado.

-Pues súbete a mi despacho que ya han llegado.

-Ok, voy para allá.

Al entrar al pasillo, veo a dos hombres hablando en la puerta del despacho de Juan, que por su aspecto doy por hecho que son ellos.

Al verme aparecer, Juan les hace una indicación para que entren en una habitación contigua a su despacho, que en realidad es una pequeña sala de reuniones. A continuación, paso yo.

Después de las correspondientes presentaciones, nos sentamos alrededor de una gran mesa presidida por Juan, a un lado me encuentro yo y al otro los dos representantes de NORVIX.

Por un momento, me recuerda a una de esas películas en la que los abogados de un litigio se sientan unos frente a otros para dirimir las condiciones que exigen sus clientes, pero en este caso no tengo a nadie a mi lado que me defienda.

Llaman a la puerta y entra una tercera persona que viene acompañada por Eva. Es una mujer trajeada con chaqueta y pantalón negro, peinada con coleta y unas oscuras gafas de sol que no dejan ver sus ojos, dándole cierto aspecto agresivo. Nos saluda estrechando la mano, algo a lo que no estoy demasiado acostumbrado desde que volví a España, ya que por aquí suele haber bastante contacto entre las personas y al ser presentado a una mujer lo habitual es darse dos besos, aunque te acaben de presentar. Supongo que esta es una

reunión demasiado formal para eso.
Mientras los otros dos representantes de NORVIX permanecen callados, abre su maletín y empieza a sacar documentos e impresos.
Con el calor que hace, con ese traje lo debe estar pasando fatal.

Nada más dejar el maletín en el suelo se despoja de su chaqueta, parece que hubiera oído mis pensamientos.

Madre mía.

Al quitarse la chaqueta muestra un generoso escote, el cual es difícil de no mirar. Su cuerpo es algo más que sugerente, incluso Juan que está justo a mi izquierda, veo que hace esfuerzos para no mirar.
Quitándose las gafas de sol se dirige hacia mí, hablando un exquisito inglés con acento casi británico y midiendo sumamente sus palabras, como si se tratase de un guión que trae aprendido de casa.
-Buenos días, señor Orcan, mi nombre es Cailyn Williams, trabajo en el departamento de asesoría legal de NORVIX –explica, continuando con una serie de términos legales que debo aceptar para poder hacer este trabajo.

Al final, todo se resume en que debo firmar unos acuerdos de confidencialidad, que me prohíben terminantemente difundir cualquier información a la que pueda acceder trabajando para ellos.
Mientras me explica todos estos términos legales a lo largo de algo más de media hora, los otros dos enviados de NORVIX que tengo delante permanecen callados. Juan, que tiene una copia de estos mismos documentos, se dedica a subrayar algunos párrafos conforme ella los va leyendo.
Es curioso, porque los tres son completamente diferentes. El primero, empezando por la izquierda, que se presentó como Ricky Martínez, dejó sobre la mesa una vieja mochila que hace más o menos juego con el resto de su indumentaria. Viste como si al salir por la puerta se fuese a ir a cazar mariposas, con unas botas de senderismo, unos pantalones cortos verde militar, una camisa del mismo color y un chaleco plagado de bolsillos. Su postura durante toda la conversación ha sido muy relajada, como si esto le aburriera, como si no fuera con él, pero me cae simpático. Creo que me voy a llevar bien con él.
El segundo es Patrick Thompson. Se presentó como jefe de seguridad del equipo helitransportado al que yo perteneceré. Su aspecto no tiene nada que ver con el anterior. Con su actitud y ese corte de pelo a la taza, estoy seguro en no equivocarme si afirmo que es un veterano de los Marines o Fuerzas Especiales. Desde que se ha sentado no me ha quitado los ojos de encima, parece que se ha tragado un palo de escoba, no sé cómo es capaz de estar tanto tiempo sin pestañear, yo lo he intentado varias veces y terminan por llorarme los ojos.

Cuando firmo los documentos con Cailyn, ella da paso a Patrick y este comienza a explicarnos las normas de seguridad. Al comentar que se va a llevar armamento en la misión, Juan Ortega le interrumpe para interrogarle qué clase de armamento y dejar claro que este no es un helicóptero militar en el que se pueda llevar armamento municionado, que debe ir en sus correspondientes embalajes, deben solicitarse permisos… Patrick asienta con la cabeza, sin especificar demasiado qué clase de armamento se va a llevar. Comenta que solo es armamento de auto protección, ya que se ha dado algún caso de piratería por la zona y por seguridad del personal es conveniente llevarlo.

-Están pedidas las correspondientes autorizaciones a los diferentes países por los que nos vamos a mover -comenta, entregándole una copia de estos permisos a Juan.

Por último, Ricky nos explica brevemente y de una forma mucho más distendida que los dos anteriores, en qué va a consistir la misión, que en principio no es otra cosa que una expedición científica en búsqueda de especies animales y de plantas desconocidas hasta ahora, todo ello con fines farmacéuticos.

Parece ser que, en una isla a unos cientos de kilómetros de Panamá, se ha descubierto una selva todavía inexplorada por el hombre, aunque cada vez que entra un poco en detalle es sentenciado con la mirada por Cailyn. Como si de un niño pequeño se tratara, cada vez que percibe la mirada de Cailyn, este tartamudea.

-Esta parte le será explicada al señor Orcan en zona –repite constantemente ella, interrumpiendo a Ricky.

Para terminar la reunión, Caylin, sujetando mi currículo, lo levanta suavemente con ambas manos, golpeando ligeramente los bordes de la carpeta contra la mesa mientras me habla.

-Como nos dijo Juan, su inglés es perfecto. Esto era una exigencia de nuestro contrato -dice Caylin, haciendo un pequeño alago de mi fluidez en el idioma.

-Sí, como habrá visto en mi currículo tengo doble nacionalidad. Mi madre es norteamericana, así que paso largas temporadas allí.

-¿De qué estado son sus padres? -pregunta Patrick, que me mira fijamente tamborileando en la mesa con sus manos.

-Mi madre, mi padre era español –digo corrigiéndole y continúo-. Mi madre es de la región de Bluegrass, al sur de Ohio.

-Creo que esto es todo. ¿Si tienen alguna pregunta? -comenta Cailyn, mientras guarda mi currículo en su maletín de piel oscura, que hace perfecto juego con el resto de su vestimenta.

-Tengo un par de consultas que hacerte, pero si queréis visitar la empresa, Eric os la puede enseñar –dice Juan, dirigiendo su mirada a

Ricky.

Lo que para Ricky es un salvavidas, porque veo que, para él, igual que para mí, estas reuniones son tremendamente aburridas.

Como si tuviese un muelle en su asiento, se pone de pie.

-¿Puedo sacarles unas cuantas fotos a los helicópteros? –pregunta.

-Por supuesto –contesta Juan.

Patrick no tarda en levantarse, pareciendo no querer dejarlo solo conmigo. Una vez próximos a la pista, le pregunto a Ricky si va a venir a la misión.

-Sí, es más, mi mamá es panameña, aunque se trasladó muy joven a los Estados Unidos y allí se casó con mi papá que es norteamericano, por lo que conozco algo el terreno -contesta en un español con marcado acento sudamericano.

-Vaya, no sabía que hablabas español -digo.

Él me mira con una orgullosa y alegre sonrisa de lado a lado.

-¿Y tú Patrick, hablas español? –pregunto en español.

-Lo entiendo más o menos y hablo algo -dice este con un fuerte acento norteamericano y entrecruzando algunas palabras.

-¿Queréis ver el modelo de helicóptero que vamos a volar allí? -pregunto volviendo al inglés, ya que sé que para Patrick supone un esfuerzo entenderme en español.

Los dos al unísono contestan que sí. Parecen muy interesados en conocer el helicóptero, aunque por distintos motivos.

Le pido a Dani, responsable de seguridad en tierra, unos chalecos reflectantes y nos dirigimos a uno de los helicópteros AW119 MKII que hay en el aparcamiento. Ricky, visiblemente emocionado, me hace un gesto con la cámara de fotos, interrogándome si puede empezar a fotografiar. Nada más decirle que sí, inicia una sesión fotográfica del helicóptero que ni el mejor reportero.

Patrick se está fijando en otros detalles más que en el helicóptero en sí. Este mueve las puertas correderas, comprueba qué equipos de radio lleva, visibilidad desde el compartimento de pasajeros… Mientras que Ricky da vueltas alrededor del helicóptero, Patrick me hace algunas preguntas relativas a la misión.

-¿Se pueden anclar totalmente abiertas las puertas correderas? ¿Qué velocidad máxima podemos llevar con las puertas abiertas? ¿Qué equipos de comunicaciones llevará nuestro helicóptero? ¿Autonomía? ¿Podemos llevar depósitos auxiliares?

Una vez contestadas todas las preguntas y que Ricky hiciera mil y una fotos dentro y fuera del helicóptero, volvemos caminando hacia el edificio. Adelantándonos ligeramente a Patrick, que se ha quedado algo retrasado anotando en una pequeña PDA alguna de las características de la cabina, aprovecho para interrogar a Ricky.

-¿Cómo es que habéis contratado a nuestra empresa y no habéis contratado un helicóptero en los Estados Unidos? Estoy seguro de que allí tiene que haber pilotos de helicóptero que hablen español e inglés a montones.

Antes de contestarme, Ricky mira disimuladamente hacia atrás para ver la distancia que nos separa de Patrick.

-NORVIX no solo hace trabajos farmacéuticos, también trabaja para el gobierno. Digamos que eso es fundamentalmente lo que hace. NORVIX incluso tiene una pequeña flota de helicópteros, pero en determinados puntos del mundo, no está demasiado bien visto que un equipo científico que trabaja para el gobierno norteamericano esté campando a sus anchas por el país, por lo que se hacen contratos con otras empresas externas para darle un carácter más internacional, a modo de trabajos farmacéuticos y, así, pasar un poco más desapercibidos.

-¿Cuál es tu función en NORVIX exactamente? -pregunto.

-Soy científico, especializado en algunos campos específicos de biología animal y en mutaciones -contesta, mientras comprueba las fotos en la pantalla de su cámara, las fotos que ha sacado del helicóptero.

-¿Mutaciones? -interrogo verdaderamente intrigado.

Ricky continúa.

-Hace unos meses, en esa isla, la isla de Eric…

Patrick se da cuenta que nos hemos alejado de él y se apresura para alcanzarnos.

-¿Me dejáis que os eche una foto con el helicóptero de fondo? -le digo a Ricky, al llegar Patrick a nuestra altura.

Pero Patrick no es ni mucho menos tan amigable como Ricky.

-No tenemos tiempo, debemos irnos ya.

Ricky replica con un gesto de burla a sus espaldas, más propio de un niño que de un científico, pero la verdad es que resulta muy gracioso.

Una pena, si hubiese tenido más tiempo a solas con él…

Ahora entiendo por qué Patrick no lo deja solo ni a sol ni sombra. No es de las personas que precisamente sepan guardar un secreto, aunque debe ser una eminencia en su trabajo cuando, ya que, a pesar de ello, lo tienen contratado.

Se despiden de mí para volver al edificio, donde Cailyn, acompañada de Juan y dos de los directivos de la empresa, los están esperando en una de las puertas de los hangares.

CAPÍTULO 11

DESPEDIDA

De vuelta a casa, al bajar del coche me viene un olor inconfundible, una de las tortillas de patatas de mi madre. Mi madre volvió a España hace unos días. Ya la echaba de menos.

-¿Más ropa para coser? –dice, al verme entrar en la cocina cargado con el equipo que me han dado en la empresa.

-No mamá, estos monos de vuelo lo traen todo bordado, incluso mi nombre -respondo.

-Pues dale la vuelta y échalos a la canasta de la ropa sucia que te los lave.

-Ok.

Pero cuando me voy a dirigir al trastero me llama.

-Señorito, ¿esa es manera de entrar en casa? ¿Dónde está mi beso? –dice mi madre, lo que hace volverme hacia ella y darnos un fuerte abrazo.

-Uno y mil –respondo.

-Por cierto, hace unos días que estoy aquí, ¿no hay nada que me tengas que contar? –dice, pausando entre frase y frase, jugando conmigo a darle algo de misterio a su pregunta.

-¿Respecto a qué? -pregunto, creyendo saber de antemano a lo que se refiere.

-Pero bueno, ¿te crees que no hablo con Marta? –dice, poniendo esa sonrisa malévola que ponen las mujeres cuando creen tener información privilegiada y en este caso lo es-. ¿Qué pasa con Rocío? ¿Qué me tienes que contar?

En ese momento llaman a la puerta.

-Mira quién es -dice mi madre desde la cocina, con tono suave pero imperativo.

Al abrir la puerta, mis sensaciones son una mezcolanza de alegría y perplejidad.

Es Rocío. Trae en sus manos un pequeño paquete, envuelto con papel de color rosa y atado por un lazo azul.

-Tu madre me ha invitado a comer -dice en voz baja, nada más verme.

-¿A ti sola?

Sin contestarme de inmediato y tras meditarlo un momento, se acerca ligeramente.

-Esto me huele a encerrona entre tu madre y la mía.

-Rocío, ahora mismo estábamos hablando de ti. ¿Verdad Eric? –dice mi madre en voz alta.

Al volverme la veo con esa sonrisa, mientras se seca las manos con un paño de cocina. Rocío y ella se acercan mutuamente y se dan un abrazo, besándose en ambas mejillas. Para mi madre, las niñas de Marta como ella las llama, siempre han sido como sus segundas hijas.
Rocío la acompaña a la cocina y, cuando las voy a seguir, mi madre se gira.

-¿Tú no tenías que bajar la ropa al trastero?

-Ok, ya os dejo -contesto refunfuñando, sin embargo, por otro lado, me gusta verlas juntas.

Tras la comida, mi madre abre el paquete que había traído Rocío. Son unos deliciosos dulces, entre los que se encuentran los tocinitos de cielo, los favoritos de mi madre.

-Voy a hacer unos cafés –dice mi madre, mientras se levanta de la mesa.

-Shannon, ya los hago yo –dice Rocío, que se levanta de la mesa nada más ver que mi madre lo hace.

-Tú quédate ahí con Eric que ya mismo se te va al otro lado del mundo –contesta sin girarse.

-¿Se lo has contado? –pregunto a Rocío.

-Creo que es obvio que no hace falta, tu madre habla con la mía cada dos por tres, así que debe estar plenamente informada -contesta levantando los hombros, por lo que los dos reímos.
Poco después, entra mi madre portando los cafés en una bandeja.

-¿De qué os reís? –pregunta.

-De que mi madre y tú estáis jugando con nosotros –contesta Rocío, todavía entre risas-. Vale, lo confesamos, Eric y yo estamos saliendo.
-Vaya, por fin -dice mi madre. Dirigiendo su mirada hacia mí, continúa-. Ves como no ha sido tan difícil, es que estos hombres-.

Mientras le sirve una taza de café a Rocío, le da un beso en la mejilla que ella recibe con agrado.

12:15 horas; miércoles, tres de agosto.
Desayunando en la cafetería Juan Ortega me dice:

-Ya está todo arreglado, definitivamente el martes que viene te vas a Barajas y desde allí al aeropuerto de Tocumen, en la ciudad de Panamá. Te estará esperando Patrick, de todas formas, no te preocupes, porque Eva te está preparando toda la documentación, billetes de AVE, de avión, teléfonos, dinero…
-Una pregunta -digo.

-Dime.

-¿Quién va a estar conmigo de mecánico?

-Es verdad, se me olvidó comentártelo. Se llama Ronaldo y es de origen panameño, aunque lleva trabajando con nosotros unos cuantos años aquí en España. Está destinado en un helicóptero de rescate que tenemos en Aragón, así que os veréis en Barajas y os iréis juntos para Panamá. Su teléfono lo tienes en los papeles que te dará Eva el viernes.
-Fenomenal, por lo menos no voy solo, voy con alguien que conoce la zona -respondo.
-Esta semana estarás volando hasta el viernes y, el fin de semana, te dejaremos en paz para que puedas despedirte de tu familia y organizar tus cosas -comenta Juan con una sonrisa.
-Al final no podré volar contigo, pero tu instructor estos días será David Sánchez. Él es nuestro instructor senior de Koala. Aprovecha para preguntarle las dudas que tengas y hacer cualquier maniobra o emergencia en la que te veas más flojo. Bueno Eric, tengo que dejarte. El viernes nos vemos. –dice, despidiéndose de mí con una palmadita en el hombro.
Sara, la chica que trabaja en la cafetería al ver que Juan se ha ido, se acerca a mí.

-Me he enterado de que se va a Panamá -dice.

-Sí, pero te he dicho mil veces que no me hables de usted -contesto.

-Es que en el trabajo prefiero hablar de usted. ¿A dónde se va…? ¿A dónde te vas?

-Me voy a Panamá. Desde allí a una isla que creo recordar que se llama la Isla de Eric.
-¿La Isla del Diablo? -pregunta ella, con la cara algo palidecida.
-No, la Isla de Eric -respondo, algo extrañado por su reacción.
-Allí los nativos la llaman la Isla del Diablo, la Isla de Eric el Diablo -me contesta.
-¿Es que la conoces? –le pregunto, algo perplejo.
-Yo soy venezolana como mi papá, pero mi mamá es panameña. Alguna vez que otra he oído contar a mi abuela historias sobre esa isla. Se cuenta que esa isla tiene como un microclima, sumergida en grandes bancos de niebla prácticamente todo el año y, además, está rodeada de formaciones rocosas que impiden que los barcos de gran calado se acerquen a ella.

No la interrumpo, para seguir escuchándola. Su forma de hablar es el de una persona culta y, con ese acento venezolano, se me hace muy agradable mantener una conversación con ella.
-Eric el Diablo era un pirata despiadado que surcaba los mares y atacaba los barcos que navegaban por allí, matando a todos sus tripulantes de manera sumamente cruel, apoderándose de sus cargas, algunas de ellas de preciado valor. Por todo esto se encontraba en

busca y captura por la Armada Española. Cuando se veía amenazado retornaba a la isla, conociendo la ruta exacta para evitar las rocas sumergidas y haciendo que todos los que intentaban seguirlo perecieran en su intento, estrellándose contra las rocas. Si alguno conseguía llegar a las costas, los piratas se adentraban en la selva, donde pocos eran capaces de seguirles. A los que tenían el valor de hacerlo, no se les volvía a ver jamás -relata Sara con gran pasión, viviendo la historia como si para ella fuese verídica.

-¿Y qué se supone que pasaba en la selva? -pregunto.

-Cuentan que la selva estaba habitada por demonios. Estos descuartizaban, devoraban o convertían en seres horribles a los soldados que osaban adentrarse en su territorio.

-Pero Sara, un par de preguntas –digo, con un visible gesto de incredulidad en mi cara-. ¿Cómo evitaban los piratas de Eric a esos demonios que supuestamente vivían en la selva y no eran ellos también devorados o descuartizados? Además, ¿quién se supone que cuenta estas historias, si todo el que entraba en esa selva era aniquilado? Por cierto, al menos el pirata eligió un bonito nombre -respondo, con una expresión burlona que es evidente para Sara y a la cual molesta.

-Eric, no te lo deberías tomar a broma. En toda historia hay algo de verdad -dice algo irritada-. Las historias cuentan, que Eric el Diablo debe su apodo a que hizo un pacto con los demonios de la selva, conocida esta por los aborígenes como Dratnu Dua, que en su lengua significa algo así como, Selva Maldita. El pirata debería traerles almas a los demonios y estos lo dejarían vivir en la isla. De todas formas, hay quien dice que los demonios sabían que su alma estaba corrompida y que, más tarde o más temprano, sería de ellos.

-El cómo han llegado estas historias a nosotros, se debe a que alguna vez que otra fueron capturados piratas de Eric, y estos relataban una y otra vez esas historias, incluso siendo torturados hasta la muerte por los soldados españoles. Por otro lado, las tribus indígenas que vivían en la isla, en las zonas que no eran invadidas por la selva, al intercambiar productos en sus pequeñas embarcaciones con otras tribus de las islas cercanas, coincidían más o menos en sus historias con las de los piratas capturados -relata Sara, esperando ver mi reacción.

-Sara, no te molestes, ya sé que son leyendas de tu tierra que te han contado tus abuelos, pero yo solo creo que fue una manera muy inteligente por parte de los piratas de mantener alejadas a las tropas españolas durante años. Por parte de los indígenas, pues a lo mejor obtenían algún tipo de beneficio de los piratas o, simplemente, estaban amenazados por ellos -contesto.

-Por favor, Sara, ¿nos cobras? -dicen unos chicos al fondo de la

cafetería.

-Sí, enseguida estoy con ustedes -responde Sara-. Ten mucho cuidado -dice Sara apretándome la mano, para posteriormente alejarse y dirigirse a los chicos que la habían reclamado.

Vaya historias.

Viernes, cinco de agosto.

-Tocó la despedida -digo a Ana, mientras que me entrega mi pasaporte.

-Ahora que te empezaba a coger cariño. -dice entre bromas, pero con los ojos algo brillantes.

-Ten mucho cuidadito, tráeme algún recuerdo de por allí. -dicen unos y otros.

Así, voy pasando dependencia por dependencia, hasta despedirme de todos con los que he tenido mayor roce.

Ya en el coche, justo cuando acabo de arrancar y me voy a dirigir a la salida, me parece oír mi nombre. Al mirar por el espejo retrovisor, veo cómo Sara viene por detrás intentando llamar mi atención.

Paro el motor y me bajo del coche, pero cuando voy a hablar ella se me adelanta.

-Toma, esto perteneció a mi abuelo, se la compró a un mercader que solía trapichear con los indígenas de esas islas -dice, mostrándome una pequeña piedra de color verde que al darle la luz del sol produce grandes destellos.

-¿Qué es? -pregunto.

-Es una gota de sangre de demonio -responde ella-. Ya, ya sé que tú no crees en estas cosas, pero por favor, cuando estés en la isla llévala contigo, te protegerá –dice, tras ver que la miro con cierta incredulidad.

-Muy bien Sara, así lo haré, te lo prometo -respondo, pues no quiero parecerle descortés.

Me parece una persona encantadora y respeto sus creencias, aunque no veo cómo una piedrecilla verde me pueda salvar de nada.

Al llegar a casa, me encuentro a mi madre y a Rocío tomando el sol en sendas tumbonas.

-¡Vaya! Como viven algunas -digo entre risas.

Después de un fin de semana de amigos, familia y despedidas, por fin me quedo a solas con Rocío.

-¿Sabes qué? -dice Rocío.

-Dime -respondo, mientras la abrazo por la cintura.

-Hace ya algunos años robé algo de tu casa -confiesa, bajando

ligeramente su mirada.

-¿Qué fue, si se puede saber?

-¿Te acuerdas de una foto que te hizo tu padre cuando tenías unos cuatro o cinco años? -dice, interrogándome a la vez.

-No, no caigo ahora mismo -le respondo.

-¿Una que apareces con una chaqueta de vuelo, con las gafas de sol de tu padre en las manos? -insiste ella, mientras la saca de su cartera.

-Pero ¿qué haces tú con esta foto? -digo sonriendo.

-Un día, estando en tu casa en uno de tus cumpleaños, la vi y me la eché al bolsillo, ya sabes, cosas de niñas.

-Vaya, pues la verdad es que la he buscado alguna que otra vez. Me la hizo mi padre cuando salíamos de comer de un restaurante de un pueblo de Ciudad Real, pero nunca tuve claro si la tenía aquí o en Ohio, creía que la había perdido. Quédatela -digo, cuando hace un gesto para devolvérmela.

-¿Y ahora qué? -dice Rocío.

-No entiendo -respondo.

-Te vas a una isla perdida en Centroamérica cuatro o cinco meses y por allí las chicas son muy guapas y dulces –dice Rocío, interrogándome con la mirada.

-Allí solo voy a trabajar, pero lo más importante para mí se queda en España –respondo, fundiéndonos en un intenso beso.

Rocío, como siempre sorprendiéndome, me dice:

-Déjate de romanticismos y llévame a la cama.

CAPÍTULO 12

PANAMÁ

Madrid, aeropuerto de Barajas.
Mientras voy rodando mi maleta por el laberinto de pasillos del aeropuerto, suena mi móvil.
-¿Sí? -interrogo.

Es Ronaldo, el mecánico que me va a acompañar durante mi estancia en la isla. Este me pide mi descripción y pocos segundos después, veo a un hombre bajito de piel curtida por el sol haciéndome señas con la mano. Viene acompañado por su mujer y sus dos hijos. Un bebé y una preciosa niña de unos nueve años, de grandes ojos verdes que no deja de mirarme en todo momento.
Tras las correspondientes presentaciones, se despide de su familia y nos dirigimos a la zona de acceso de las puertas de embarque.
Al pasar el control de acceso a la zona de embarque, uno de los guardias civiles que está chequeando mi equipaje de mano, me dice amablemente que le acompañe a una habitación contigua. Ronaldo me mira algo sorprendido. Le devuelvo la mirada, probablemente con el mismo gesto de sorpresa e incertidumbre. Una vez en la habitación, el guardia civil deposita mi bolsa de mano en el suelo y me dice que me apoye contra la pared.

-¿Hay algún problema? -pregunto.

-Por favor, limítese a poner las manos contra la pared y abra las piernas -contesta él, manteniendo el tono amable.

Una vez en esta posición, veo que abandona la habitación, pero percibo que en la habitación hay alguien más.

-Por favor no se mueva, voy a cachearle –dice una voz femenina.

Por lo poco que puedo ver de sus manos y antebrazos, lleva unos guantes blancos y uniforme como el anterior. Comienza por el pelo, orejas, cuello, pecho y, aunque no sé mucho de cacheos policiales, por lo poco que he visto en documentales o películas, empieza muy profesional, pero poco a poco parece que más que cachearme me esté metiendo mano. Su búsqueda de cualquier cosa que esté buscando, se ha concentrado en mi pecho, abdomen y glúteos.

-Siempre he querido hacer esto -dice y comienza a reírse.

Al hacer esto reconozco su voz y me giro.
-¿Inma? No me lo puedo creer –digo.

Tomo aire unos segundos para recobrar el aliento.

-Qué susto me has pegado.
Ella está muerta de risa. Sin parar de reír intenta decirme algo, pero la entendiendo a duras penas.

-Que cara tenías, te he visto en el control de acceso y…

No puede terminar la frase antes de que la risa vuelva a brotar de sus labios.

-Te tenías que haber visto –dice, aunque la risa la interrumpe de nuevo.

-Qué bien te lo pasas a mi costa, ¿no? -digo, sin poder llegar a enfadarme con ella, ya que somos amigos prácticamente desde la infancia.

-Pero ¿tú no estabas en Canarias? -le pregunto, mientras salimos de la habitación.

Al vernos salir riendo, Ronaldo que estaba esperando fuera, respira aliviado.

El otro guardia que estaba también esperando fuera, se acerca a nosotros y tras saludarme con la mano, se dirige a Inma.

-Que sepas que esto te va a costar un desayuno completo, con tostadas y zumo de naranja.

-Me parece justo Rafa, te lo has ganado. Voy a acompañar a mi amigo hasta la puerta de embarque -responde ella.

De camino a la puerta de embarque, le presento a Ronaldo y le explicamos brevemente lo sucedido.

-Por cierto, te has puesto cachitas, ¿me dejas que te cachee de nuevo? -dice ella.

Lo que claramente sorprende a Ronaldo, el cual disimula mirando hacia otro lado.

-No le hagas caso, siempre está así -digo, dirigiéndome a Ronaldo. Esto en ella hace brotar una nueva carcajada.

Me interroga hacia dónde me dirijo y qué voy a hacer, pero obviamente no ya como policía sino por pura curiosidad. Le hago un breve resumen a la vez que le pregunto por ella y su nuevo destino. Le cuento que hace unos meses nos volvimos a juntar los amigos de toda la vida, aunque faltaron algunos como Agustín, Juan, Vicen o ella. Desde ahí, nos despedimos con un fuerte abrazo, prometiéndonos que a mi vuelta tenemos que quedar para comer juntos y ponernos al día de nuestras aventuras y desventuras.

Una vez en el avión, Ronaldo me cuenta que deberemos pasar unos días en Panamá hasta que preparen el helicóptero, desde allí un barco nos llevará a la isla junto con el resto del equipo.

Durante el viaje, aprovechamos para saber más uno del otro.

Entre conversaciones, películas, algo de lectura y alguna cabezada que otra, por fin llegamos al aeropuerto de Tocumen, a unos kilómetros de la ciudad de Panamá.

Al bajar del avión y, a pesar de que ya he estado en Centroamérica, me vuelve a sorprender el calor, no por la temperatura en sí, ya que

esta es probablemente inferior a la que teníamos en el sur de España cuando partimos, sino por la humedad que aquí es muy alta y te hace sudar al instante, dándote una gran bofetada nada más bajar del avión. En cuanto das dos pasos, te encuentras cansado. Supongo que este efecto será hasta que consigas aclimatarte, y esto no va a ser ni en un día ni en dos. Luego está el efecto del jet lag y el cambio en el agua potable, que normalmente se suele sufrir en la primera semana de estar allí, con problemas de insomnio, molestias estomacales…
Supongo que cualquier otra persona al llegar a un país nuevo no se preocuparía en absoluto de estos efectos, pero yo debo estar operativo en pocos días, en cuanto mi helicóptero esté preparado. Una gastroenteritis podría producirme una grave deshidratación y, para un piloto, obviamente eso podría ser un problema.

Estos pensamientos se evaden cuando salimos del aeropuerto y un hombre nos está esperando con una pancarta que pone Surskies. Al acercarnos a él puedo observar que lleva bordado en su camisa el logo de NORVIX.
Muy amablemente nos dirige hacia dos vehículos todoterreno de color negro, con los cristales tintados. Desde allí nos llevan a un hotel en la ciudad de Panamá, próximo a la bahía.
Aquí todos son sumamente amables y sonríen al ver que hablo español, aunque hay ciertas expresiones propiamente panameñas que no llego a comprender del todo. Ante estas expresiones, Ronaldo no tarda en actuar como intérprete particular, explicándome siempre con una sonrisa.
Ya asentados en el hotel, al bajar a recepción, el hombre que nos trajo, Emilio, nos explica que tenemos unos días hasta que llegue todo el equipo –algo que ya más o menos sabíamos-, pero le dejamos que se explique. Se presta como guía para conocer la ciudad, pero Ronaldo se apresura en decirle que no es necesario, que él es de allí.
Emilio nos da las llaves de uno de los coches y nos explica que el viernes a las nueve de la mañana, nos veremos en la recepción del hotel para recogernos e irnos al punto de encuentro con el resto del equipo.
Me da un sobre donde viene un pequeño resumen de lo que haremos el viernes. En este sobre, viene otro documento adjunto donde se especifica el peso del personal, equipo que va a subir en el helicóptero, coordenadas de distintos puntos de toma en la isla…

-Es mejor que estemos solos, así podremos ir a donde nos dé la gana, además, conozco un par de restaurantes que te vas a chupar los dedos –dice Ronaldo, tras irse Emilio.

Mi respuesta se limita a levantar el pulgar y brindarle una gran

sonrisa en muestra de aprobación.
Durante esos días visitamos distintas provincias como Colón, Chiriquí o Los Santos. Cruzamos el país de lado a lado, desde el Mar Caribe, hasta el Océano Pacífico. En una reserva natural, pudimos ver los capibaras o ponchos, como algunos lugareños les llaman. Según nos explicaron, son los roedores más grandes del mundo. También pudimos ver los monos aulladores de Coiba y muchas otras especies que simplemente eran espectaculares.
Visitamos numerosos lugares que, en cierto modo, me recuerdan a los cascos antiguos de algunas ciudades españolas. La mayoría de ellos son reminiscencias del pasado español en Panamá.
Ronaldo me sorprende cada día, es como una gran enciclopedia de la historia de su país. En todas las provincias que visitamos tiene anécdotas o datos históricos que contarme. Algunos de estos relatos que me cuenta sobre piratas, como los de Francis Drake o Henry Morgan y sus enfrentamientos con los galeones españoles, me hacen recordar la historia que me contó Sara sobre el pirata Eric el Diablo y la isla.
Durante nuestra estancia en Colón, al cruzar por una de sus calles, nos encontramos con un pequeño mercadillo donde lugareños hacen collares con piedrecillas traídas del mar. Al pararme en uno de esos puestos, una mujer sumamente anciana, con rasgos diría que indios, me alza varios collares cada cual más bello que el otro.
-¿Cuánto cuestan? -pregunto, pensando que sería un bonito detalle que llevárselos a Rocío y mi madre.

Ella responde con una cariñosa sonrisa alzando su dedo índice.
-Te está pidiendo un balboa por cada uno -dice Ronaldo.
-Solo tengo dólares -respondo a Ronaldo, girándome hacia él con gesto de resignación.
-Le puedes pagar con dólares americanos, no hay problema, aquí se aceptan igual y el cambio viene a ser similar -dice Ronaldo.
Al inclinarme hacia ella para ver bien los collares, se fija en la piedra verde que llevo colgada del cuello, la que me regaló Sara y que para ella, era una gota de sangre de demonio.
La expresión de su cara cambia radicalmente.
La toca ligeramente con su mano.
-¡Sagüe dua! –dice, repitiéndolo varias veces.

Miro extrañado a Ronaldo para que me traduzca, pero gesticula levantando los hombros.

-Lo siento, pero es algún dialecto indígena. Aquí hay unos cuantos como el bri bri, wounaan o ngäbe y más que se hablan en las islas. Yo no hablo ninguno, aunque le puedes hablar en español, ella te entenderá.
Algo confuso, pero sin llegar a preguntarle qué significa lo que me

acaba de decir, le señalo dos de los collares que me está mostrando. Ella los deposita en una pequeña bolsa de plástico, pero cuando le extiendo la mano para pagarle, la agarra con la rapidez que podría tener un felino, no pareciendo propio de su edad un movimiento así, llegando a sobresaltarme.

-No vayas allí -dice, tirando de mi mano y acercándome más a ella, en un español que se entremezcla con su idioma nativo.

Antes de que le pueda preguntar nada, un chico de unos dieciocho años la aparta de mí.

-Perdonen a mi abuela, le gusta contar historias a los turistas. -dice, cogiendo los dos dólares que aún tengo en la mano.

-Perdone. ¿Qué significa sagüe dua? –interrogo al muchacho.

Él se gira a su abuela y se ponen a discutir en su lengua materna, mientras que Ronaldo y yo nos miramos algo perplejos. Ella insiste, señalando mi piedra.

El muchacho se dirige hacia mí.

-No haga mucho caso a mi abuela, ya es muy mayor y todavía cree en leyendas y brujerías.

-Pero ¿qué significa? -pregunto interrumpiéndolo.

-Bueno, mi abuela cree en algunas historias de las islas, ella se crió allí. Dice que su collar es sagüe dua o sangre maldita. Dice que es sangre de demonio y que usted es un alma buena y no debería ir a la isla.

-¿A qué isla se refiere? -pregunto, verdaderamente intrigado.

-Señor, no le haga caso, le encanta asustar a los turistas con estas historias -dice el muchacho.

Vuelvo mi mirada hacia la anciana y no me da la impresión de que nos intente asustar, más bien diría que la asustada es ella, con su vista fija en mi collar.

-Eric, debemos irnos, tenemos mesa en el restaurante en diez minutos –recuerda Ronaldo.

-Ok.

-Estos ancianos, les encantan las historias oscuras –dice Ronaldo, de camino al coche.

-Sí -contesto, mostrándole una sonrisa de afirmación, aunque todo esto me deja algo pensativo.

En cuanto me siento en el restaurante y pruebo las deliciosas viandas que nos han preparado, propias de la tierra y elegidas por Ronaldo, tras hacerme algunas preguntas sobre mis preferencias culinarias, esos pensamientos se difuminan.

CAPÍTULO 13

VIPERS

Viernes, doce de agosto.
El ruido del motor me adormece ligeramente. El vehículo nos lleva a la bahía donde se encuentra nuestra embarcación y el resto del equipo. Entre sueños y realidad, oigo a Ronaldo hablando con Emilio, nuestro conductor.
Circulando por el corredor sur de Panamá, el paisaje es exuberante, muy distinto al de Ohio o del sur de España.
Un pequeño bote al entrar en el puerto, probablemente producido por las bandas situadas en la carretera para obligar a hacer frenar a los vehículos que llegan a los controles de seguridad, me hace despertar.
Una vez llegamos a unos grandes hangares, nuestro vehículo se detiene justo enfrente de uno de ellos.
Al bajarnos del coche, me viene esa mezcla de olores que desprenden todos los puertos. Olor a salitre, metales oxidados y humedad se entrelazan por el aire.
Emilio me hace una señal para que nos dirijamos hacia el hangar, pero antes de poder entrar, oigo mi nombre.

-¿Eric Orcan?

-¿Sí? -respondo, girándome hacia la voz que ha llamado mi atención.

Es uno de los trabajadores de Surskies destacados en Centroamérica. Por su uniforme, probablemente sea un mecánico de helicóptero. Junto a él, vienen dos chicos algo más jóvenes portando un maletín y varias carpetas.

-Aquí tenéis vuestro helicóptero -guiando mi mirada con su dedo, hasta que mi vista va a impactar contra un precioso helicóptero AW119 MKII, pintado con unos agresivos colores amarillos y negros que me recuerdan al rayado de un tigre, o quizá al ser volador se parezca más a una avispa, a un enorme avispón.
-¿Vamos haciendo la recepción de la aeronave? –dice Ronaldo, adelantándose a mí.

-Sí, vamos allá, no te habíamos reconocido, ¿te has dejado el pelo largo? –responden entre risas tras unos segundos.
Cuando me voy a disponer a seguirlos, justo detrás de mí, oigo una voz que me resulta familiar a la vez que agradable.

-¿Orcan?

Antes de volverme, ya sé quién me está llamando, es Ricky Martínez, aquel científico con pinta de cazador de mariposas que conocí en España cuando tuve la entrevista con el personal de NORVIX.

También él muestra cierta alegría al verme. De todos los que estuvieron en aquella entrevista, fue el único con el que conecté y creo que a él le pasó algo similar.
Nos damos un ligero abrazo y es que eso de verte en un país extranjero, extrañamente aumenta la sensación de amistad.
Mientras me dirijo al helicóptero, me acompaña preguntándome por nuestra estancia en Panamá. Al no estar escoltado por Patrick, aprovecho para preguntarle sobre la isla y nuestra misión allí, pero esta vez no me resulta tan fácil sacarle la información, *debe haber sido instruido en medidas de seguridad, de lo que se puede y no se puede hablar*. Solo puedo conseguir alguna información sobre el campamento que se ha instalado en la isla para servir de base avanzada, climatología que se espera en los próximos días y que la comida en el campamento no está mal; aparte de eso, poco más.

Una vez que hemos revisado el helicóptero y firmada la documentación pertinente, me vuelvo al hangar junto a Ricky, mientras Ronaldo se queda con los otros mecánicos revisando la aeronave.
Al entrar al hangar, dos hombres de negros uniformes, sin ningún distintivo a la vista excepto las siglas de NORVIX bordadas en el pecho, me señalan con la mano que el acceso está restringido solo a personal autorizado.

-Perdón chicos, fallo mío. No os preocupéis, Eric es el piloto del helicóptero, aquí tengo su autorización –dice Ricky, de una forma mucho más distendida que esos dos de uniforme, colgándome una ID card del cuello en la que aparece mi fotografía junto a *nivel 2*, que es el nivel de seguridad al que me han autorizado para acceder a determinados documentos o instalaciones de NORVIX.

Fijándome en la ID card de Ricky, veo que en la suya aparece *nivel 4*, lo que supongo que significa que tendrá acceso a determinadas informaciones privilegiadas.

Una vez dentro, sobrepasamos unas cortinas de plástico laminadas que tienen cierta opacidad e impiden ver desde el exterior el material y personal que allí se encuentran.
-Pero ¿qué demonios? -pienso en voz alta-. ¿Esto es una operación militar o qué?

Ricky gira la cabeza hacia mí algo cabizbajo, como el niño que le ha ocultado a sus padres haber roto la ventana con el balón y es descubierto.

-Vaya, mira quien ha venido, el señor Orcan -dice otra voz que me resulta familiar, en este caso no tan amable, más bien burlona y con aires de superioridad.

Es Patrick Thompson, vestido con pantalones de camuflaje, botas militares y una camiseta de tirantes que dejan ver una musculatura digna del mejor de los gimnastas. Junto a él, se encuentran otros tantos *soldados* de aspectos variados, con algún que otro tatuaje que delatan antiguos destinos en fuerzas especiales.
-¿Es que te asustan las armas chico? -dice entre risas, utilizando de nuevo ese tono burlón.

Aquí se encuentra en su salsa y el comentario provoca la risa en el resto de sus compañeros que se encuentran limpiando o montando distintos tipos de armas.
-No me llamo chico –respondo. Tras hacer una breve pausa, continúo-. Mi nombre es Eric.
Un soldado que viste el mismo uniforme que los dos soldados que guardan la entrada me mira con sonrisa burlona.

-Por cierto, has montado mal el HK, suponiendo que funcione, si disparas así te volarás la mano –digo al soldado, que hasta hace un momento sonreía.
Me mira asombrado, porque conozco el tipo de arma que está montando y, porque además tengo razón.
Ahora las risas se han tornado en caras interrogantes, incluso Ricky me mira sorprendido. Antes de que ninguno de ellos pueda decir nada, un hombre vestido con bata blanca, como si de un médico se tratara, entra en la sala y se dirige hacia mí.

-Bienvenido, señor Orcan, le estábamos esperando. Mi nombre es John Lori, doctor Lori. Soy uno de los responsables de los proyectos científicos que se van a desarrollar en la isla.
Después de estrechar su mano con la mía, apoya su mano derecha sobre mi espalda y con la otra me invita a acompañarle a otra estancia adjunta, solo separada por ligeras mamparas móviles.
Mientras le acompaño a la otra estancia, los soldados no dejan de mirarme con una expresión mezcla de curiosidad y agresividad.

-¿Qué les pasa, no han tomado hoy sus dosis de esteroides o qué? –comento, produciendo la risa de Ricky que camina junto a mí, aunque este cesa de reír automáticamente en cuanto se siente observado por Patrick.
Se ve que le tiene cierto respeto o, más bien, diría temor.
-¿Para qué tantas armas, es que vamos a invadir la isla? -pregunto al doctor Lori.

-Son únicamente medidas de precaución señor Orcan, donde nos dirigimos hay animales salvajes -contesta, eludiendo rápidamente continuar la conversación.

Aunque no termino de creerle, me limito a escucharle.
-Señor Orcan -dice el doctor.

-Eric, prefiero que me llame Eric -digo interrumpiéndolo.

-De acuerdo, Eric, a mí llámame John, será más fácil trabajar así.
-Me gustaría enseñarte parte del equipo que vamos a llevar en el helicóptero, para que nos digas dónde debe ir, si en la bodega de carga o…

Mientras habla, abro un pequeño portátil que me acompaña donde quiera que vaya con mi helicóptero, ya que en él llevo mis cartas de prestaciones, manuales y pesos y centrados.
Le muestro un esquema del helicóptero, el cual viene desglosado por estaciones y pesos que soportan cada una de ellas, lo que agrada a John, mostrando una sonrisa que dirige a Ricky.

-Vaya, esto es justo lo que necesitábamos -dice John.

-Dime pesos y dimensiones, y lo vamos ajustando -digo.

Una media hora después aparece Ronaldo, al cual le muestro un esquema de cómo hemos distribuido la carga. Este se queda debatiendo con John, mientras Ricky y yo nos quedamos tomando un café.
Minutos más tarde se nos acerca Patrick con el semblante serio, aunque esto no difiere mucho de su estado natural.

-¿Hay algún problema en llevar las puertas correderas quitadas en alguna misión? –interroga.

-No creo, de todas formas, se lo consultaré a Ronaldo, mi mecánico, pero en principio se podría hacer. También se pueden llevar fijas atrás, lo único es que la VNE se nos reduce -contesto.
-¿La VNE? -pregunta Ricky.
-La Velocidad a No Exceder -contestamos Patrick y yo a la vez.
-¿Sorprendido? -dice Patrick, mostrando una pequeña hendidura en sus labios que se podría definir como una sonrisa, una sonrisa malévola.

-No, no del todo. Doy por hecho que no es la primera vez que te subes a un helicóptero -contesto.
-Así es. Quizá te hemos subestimado –contesta, haciendo una pequeña pausa entre frases-. Te voy a presentar a mi equipo, somos el equipo uno, el equipo Viper. Nosotros daremos protección a los helitransportes. Los otros dos equipos se encuentran ahora mismo en la isla y, en principio, serán los que vayan por tierra.
-¿Tres equipos? -digo sorprendido.

-¿Es necesaria tanta seguridad? Pero ¿qué clase de misión vamos a hacer en la isla? -interrogo, intentando conseguir algo más de información, pero Patrick está bien entrenado y no es tan fácil de enredar como Ricky. Patrick se limita a contestarme con frases hechas.

-Son los protocolos de seguridad de NORVIX, para cualquier misión en un país extranjero donde pueda existir algún peligro para el equipo científico.

-¿Algún peligro? -insisto yo, pero él desvía la conversación.

-Para las misiones, mi indicativo radio será Viper uno, este es Viper cinco, su nombre es Vladimir. Él es mitad norteamericano, mitad ucraniano. Ha combatido en medio mundo y es un experto tirador, te interesará tenerlo a tu lado si la situación se pone peligrosa.

-Chaval, si la cosa se pone fea te gustará ver cómo mi pequeño echa fuego por la boca -dice Vladimir en un inglés marcado por un fuerte acento ucraniano, apoyando de un golpe en la mesa un enorme fusil, el cual acaricia mientras habla.

En un aceptable ucraniano le contesto.

-Я ще раз тобі повторюю, мене звуть Ерік! –continuando en inglés- y si la cosa se pone fea, más te vale que no me pase nada, porque os quedaréis tirados en mitad de la jungla, a no ser Vladimir, que, además de disparar ese viejo dragunov, sepas pilotar un helicóptero.

Todos los que están allí quedan sorprendidos de mi reacción.

-¿De dónde lo habéis sacado? Me gusta este tío. Llámame, Vlad -dice riendo, tras unos segundos que son los que tarda en reaccionar ante mi respuesta, extendiendo su mano para chocarla con la mía.

Bueno, parece que al menos por el momento, aceptamos un acuerdo de no beligerancia.

El resto del equipo se van presentando ellos mismos, pero ahora de una manera algo más distendida, dándome al menos una oportunidad.

El siguiente en acercarse es Snake. Es un hombre algo bajito, mucho más hablador que el resto. Sus brazos y cuello están plagados de tatuajes y me imagino que tendrá más en las partes de su cuerpo no visibles. No está tan musculado como el resto y, aunque desconozco su especialidad, tengo la sensación de que debe ser bastante bueno en lo que sea que haga. Este se presenta en español diciéndome:

-¿Qué pasa mano? –dice, chocando sus nudillos con los míos-. Soy Snake, indicativo Viper cuatro. Ya me contarás cómo te diste cuenta de lo del HK, de la imitación de soldado esa.

Al fondo del hangar se encuentra un hombre de color que, a diferencia de los demás, no ostenta un arma en sus manos. Está recostado contra la pared leyendo un pequeño libro. Este me mira, bajándose ligeramente las gafas.

-Encantado de conocerte Eric, mi nombre es Skud, indicativo Viper tres -dice en un culto inglés.

Me sorprende enormemente, porque por su aspecto diría que es un hombre mucho más rudo, pero sus modales son totalmente opuestos a su aspecto. Su musculatura es digna del mejor luchador de wrestling y su tamaño es enorme, mucho mayor que el resto y eso que estos soldados, exceptuando a Snake, no son precisamente pequeños.

El último en presentarse es Kosuke. Sus rasgos son claramente

japoneses, aunque me imagino que, como la mayoría de nosotros, es una mezcla de culturas.
Me extiende la mano. Al chocarla con la mía, en su muñeca derecha puedo ver un tatuaje, que creo recordar que en japonés significa demonio. Al darse cuenta de que le estoy mirando su tatuaje, Kosuke gira rápidamente su mano, en un intento de luxarme la muñeca, el cual evito girando mi mano en el mismo sentido de la luxación, apoyando mi mano izquierda sobre la suya y apretando en dos puntos determinados que le obligan a abrir su agarre, a la vez que empujo mi cuerpo contra el suyo metiendo la cadera y desplazándolo ligeramente hacia atrás.
Kosuke me mira interrogante. En realidad, no me ha querido atacar, solo ha querido saber de qué pasta estoy hecho.

-¿Tú eres? -digo con una pequeña sonrisa en mi cara.

Mi intención en ese momento no es ofenderle, solo mostrarle quién soy y así lo entiende Kosuke que se ríe y me saluda al modo japonés, bajando ligeramente la cabeza, pero sin dejar de mirarme, lo que yo como respeto mutuo respondo de la misma manera.

-Kosuke, indicativo Viper dos –dice, sin borrar aún su sonrisa de la cara.

Son un equipo extraño. No sabría cómo clasificarlos, ya que más que soldados parecen mercenarios y, probablemente, eso es lo que son. Cada uno de ellos porta distinta indumentaria, armas, equipo, sus aspectos son totalmente opuestos unos a otros. Dan la sensación de que están especializados en distintas cosas, parece que están totalmente indisciplinados y que cada uno va a su aire, pero nada más lejos de la realidad.
Cerca de ellos se encuentra otro grupo de soldados que parece que guardan distancia y les tienen cierto *respeto*. Estos, a diferencia de los anteriores, parecen clones unos de otros. También están preparando su armamento. Todos ellos van uniformados iguales, mismo armamento, fusiles HK y pistolas Glock. Parecen fotocopias de los que me pararon en la puerta del hangar. Viendo como manejan el armamento y su forma de actuar, creo que solo valen para eso, para vigilar la entrada al hangar.

CAPÍTULO 14

LA ISLA

Océano Pacífico.
Tras unas horas navegando, mientras compruebo los atalajes que sujetan el helicóptero a la embarcación que nos lleva a la isla, Ricky se me acerca.

-Buen día para navegar.

-Sí, la verdad es que supongo que mejor imposible, ni una nube y un sol increíble -contesto.
Un marinero que se encuentra a estribor grita.

-¡Allí está la isla! -Guiándonos con su mano hacia la proa del barco, señalándonos la dirección hacia donde debemos mirar.
Inicialmente no la veo, supongo que mi visión no está tan adiestrada como la del marinero, y por la expresión de Ricky, está claro que él tampoco la ve. En uno de los cabeceos del barco, debido a las olas que lo golpean a su avance, aparece una pequeña isla que se va haciendo más y más grande conforme nos vamos acercando.

-Deberemos rodear la isla hasta la cara sur que es donde se encuentran las playas y el fondo es más profundo y menos rocoso, porque por aquí es imposible desembarcar -nos informa el marinero y, tras un pequeño lapsus, continúa con una sonrisa-, bueno, aunque supongo que tú con el helicóptero sí que podrías.
Al mirar hacia los enormes cortados que muestra la isla por la cara norte, en su cumbre veo una densa niebla, como si multitud de nubes estratiformes se hubiesen pegado a ella queriendo ocultar desde el cielo lo que debajo se esconde. Mirando a mi alrededor, me llama la atención que en kilómetros a la redonda no hay ni una sola nube, solo encima de la isla.
Situados ya en la cara sur, el aspecto de la isla cambia radicalmente. Ahora parece que estamos presenciando las suaves playas de las costas dominicanas. Grandes playas de arena fina, flanqueadas por palmerales. Más al fondo aparece una selva que se va haciendo más y más densa, cuanto más se adentra nuestra vista en ella. Asomándome por la borda, puedo ver lo extraordinariamente cristalina que es el agua aquí; nos deja ver multitud de peces y grandes formaciones rocosas que, para mi gusto, pasan demasiado cerca de nuestra embarcación. Por suerte para nosotros, la niebla que vimos antes se ha limitado a oscurecer la parte norte y esta se mantiene totalmente libre de nubes y con un sol excelente, aunque en un par de horas empezará a oscurecer. Esto me hace recordar la historia que me contó Sara en la cafetería de Surskies, cuando los barcos que perseguían a los piratas

de Eric se estrellaban contra las rocas, lo que ahora mismo precisamente no me tranquiliza. Ricky llama mi atención, hacia unas rocas que sobresalen ligeramente del agua.

-¿Qué? -pregunto, gesticulando con los brazos.

-Espera, sigue mirando -contesta.

-¡No me jodas! ¿Eso son tiburones? -pregunto al ver surgir un par de grandes aletas dorsales de entre las rocas.

-Bueno, no estoy especializado en escualos, pero por su forma te diría que mejor no nadar mucho por aquí –contesta, manteniendo su vista, al igual que yo, fija en las aletas.

En el barco viajan otras ocho personas que más tarde, en la reunión de bienvenida, sabré que son científicos y trabajadores de los distintos servicios del campamento como limpieza, alimentación y logística. No pasa mucho tiempo, cuando por la megafonía de la embarcación nos avisan para que nos vayamos preparando para el desembarco. Ricky que me acompaña en todo momento y con el que poco a poco voy entablando una buena amistad, me recuerda que deberé llevar siempre visible la ID Card que me dio en el puerto y que con esta tendré acceso tanto a mi estancia como a las dependencias que me permita mi nivel de seguridad.

Poco después estoy pisando la arena de la playa. Volviendo mi vista hacia el mar, me sigue sorprendiendo la transparencia del agua que golpea la orilla con sus olas constantes y monótonas. Al borde de la arboleda, que es el límite natural entre la playa y la selva, nos espera un grupo de científicos acompañados de personal armado, similares a los soldados clones que vi en el hangar esta mañana. Nos guían hasta unos todoterrenos que hay poco más adentro y con ellos nos movemos por sendas, porque el término camino para esto sería sobrevalorarlo, hasta el campamento base. La selva que nos rodea es un amasijo de musgo, líquenes, helechos y grandes árboles que nos observan desde las alturas, dejando caer sus lianas como si de largas melenas se tratara. Probablemente, asustados por el ruido de los motores de los vehículos, una bandada de rojos guacamayos alza el vuelo, dando pinceladas de color en esta jungla donde predomina un intenso e infinito verde, por lo que, al no tener demasiadas referencias, te hace desorientarte con facilidad.

El campamento es un conjunto de construcciones prefabricadas, similares a las que ya había visto antes en las fotos de mi padre cuando se encontraba de misión en algún lugar remoto del mundo. También hay enormes tiendas de campaña de formas esféricas o tubulares, conectadas a generadores mediante unos grandes tubos

flexibles, que me imagino les suministran aire fresco, ya que aquí el calor mezclado con la humedad en el ambiente te hace que cada paso que das te cueste más que el anterior, obligándote a beber constantemente para mantenerte hidratado.

Todas estas construcciones y tiendas de campaña forman un círculo que se encuentra flanqueado por una doble valla, como las que se ven en algunas prisiones, dejando un pasillo entre las dos por donde patrullan negros perros de presa, junto a personal armado. Al pasar junto a estos perros de aspecto fiero, mantienen una actitud de guardia, como a la espera de recibir la orden de su amo de atacar. Para darle aún más aspecto de prisión, en cada uno de los puntos cardinales hay una torre de vigilancia con grandes focos y, por supuesto, personal armado que nos vigila con sus prismáticos. Alrededor del campamento se ha talado la vegetación, dejando una distancia desde la valla hasta la selva de unos veinte metros.

Entrando en el campamento, puedo ver que solo tiene dos accesos, uno por la que estamos accediendo nosotros y el otro justo enfrente, al final del campamento.
Nuestro vehículo frena delante de una de estas construcciones prefabricadas. Al bajar del vehículo puedo ver mejor las instalaciones y ahora me doy cuenta de que estos mini hangares están distribuidos de tal manera que forman pequeñas calles, es más, tienen nombres que aparecen en la intersección de las calles. La mía en concreto es la B-7 *–no han puesto demasiada imaginación en el nombre-*, y mi habitación la 17, justo al lado de Ronaldo que tiene asignada la 16.

Se me indica que deje el equipaje en mi estancia y que vuelva a subir al vehículo, ya que los recién llegados tenemos un briefing de bienvenida para conocer las normas en el campamento, régimen de vida e instalaciones.

Accedo con mi tarjeta; al pasarla por una ranura, se torna en verde el pequeño led del lector, para volver al rojo a los pocos segundos de cerrar la puerta.

De nuevo en el coche, y mientras nos dirigimos a la sala de reuniones, puedo fijarme en las instalaciones, llegando a ver un pequeño hospital, un economato, papeleras y contenedores refrigerantes prácticamente en cada esquina -como los que puedes ver en un gimnasio-, repletos de botellas de agua y a los que cualquiera que pase por allí pueda acceder, me imagino que con la intención de que todo el personal del campamento se mantenga hidratado.

La limpieza en todo el campamento es digna de la mejor cocina del mejor restaurante. Todo está muy bien estudiado y organizado,

pero eso sí, con un aspecto bastante frío, *Rocío seguro que diría que le falta un toque femenino*.

La sala de reuniones es una de esas tiendas de campaña que vi al entrar. Esta tiene forma tubular, con dos cañones de aire, uno a la entrada y otro al final de la tienda que no dejan de bombear aire fresco, lo que al acceder a ella produce una agradable sensación, ya que es un cambio bastante radical con respecto a la temperatura y humedad del exterior. Hay unas cuantas filas de sillas dispuestas en hileras, dejando un pasillo en medio que va a terminar en una gran pantalla blanca. Bajo esta, un grupo de científicos, todos ellos ataviados con batas blancas, se arremolinan alrededor de una mesa donde hay varios tarros de cristal que parecen contener pequeños animales que no consigo ver desde aquí. Justo en medio del pasillo, con las manos cruzadas atrás, piernas estiradas, ligeramente abiertas y uniformado como los definidos por mí como los clones, nos espera con mirada inquisidora, como si ya de entrada hubiésemos hecho algo malo. Más tarde, se auto presentará como comandante Doyle.

Durante la charla de bienvenida, el primero en hablar es Doyle, el cual se encuentra flanqueado por otros dos clones, dando el efecto visual de dos guardaespaldas. Estos, asientan con la cabeza a todo lo que él dice, o ríen las gracias que no tienen gracia. Fijándome bien, veo que en los cuellos de las camisolas de sus negros uniformes llevan bordadas en azul marino, por lo que no destacan demasiado, las graduaciones que se han autoimpuesto, como si del mini ejército de NORVIX se tratara.

Doyle nos da *la bienvenida,* recalcándonos lo peligroso que es el entorno por el que nos vamos a mover, ya que hay multitud de animales venenosos. Insiste en que es fácil perderse en esta jungla, algo que uno percibe nada más llegar aquí. Se cree que hay grandes depredadores, por lo que nos dan unas normas que deben ser estrictamente cumplidas.

Nadie abandonará el campamento sin autorización, nunca se irá solo y siempre se deberá llevar escolta armada. Cada equipo que abandone el campamento deberá llevar un GPS y un walkie, para poder dar su posición en caso de problemas o perderse. Tras darnos diversidad de detalles de cómo proceder ante una u otra situación, nos hablan de las tribus locales. Nos cuentan que son amistosas, pero que no se puede contactar con ellos sin autorización.

Tras mil y una advertencias de Doyle, durante una larga media hora y en tono autoritario, casi dictador, da paso al grupo de científicos que se encuentran junto a la mesa, abandonando la sala a continuación, escoltado por sus guardaespaldas.

Los científicos despiertan de nuevo mi interés, ya que Doyle y sus mil normas empezaba a aburrirme. Nos hablan de la diversidad de animales que se encuentran en la isla, y como dijo Doyle, muchos de ellos venenosos. El problema es que algunos de ellos son totalmente desconocidos, aparentemente nuevas especies o mutaciones de otros ya conocidos, por lo tanto, no se sabe hasta qué punto alcanza su toxicidad o qué tipo de antídoto sería el adecuado para cada uno de ellos, si es que lo hay.

Nos enseñan unos tarros de cristal, donde se conservan algunos extraños animales como un escorpión con dos aguijones o una enorme araña, cuyo abdomen de colores extraordinariamente llamativos tienen forma de flor. Los colores del arácnido imitan alguna flor de las inmediaciones, probablemente para atraer insectos o pequeños pajarillos como los colibrís, que al parecer abundan por aquí, pero lo terrible de esta araña es su forma de cuidar a su prole. Nos cuentan, que sus quelíceros están modificados, de manera que, cuando encuentra un animal de gran tamaño, le ataca clavándole sus afilados colmillos. El animal entrará en pocos minutos en estado vegetativo, pero la araña no hace esto para comérselo, sino para inyectarle a sus progenitores, probablemente en forma de huevos o larvas, los cuales en unos días crecerán extraordinariamente, alimentándose de los órganos internos de su huésped. En un determinado momento, cuando estas crías alcanzan el tamaño de unos dos centímetros, abandonan a su huésped todas a la vez, desgarrando tejidos o saliendo por los distintos orificios corporales. Se supone que como hacen otros animales, como las tortugas marinas; al eclosionar todas a la vez, aumentan sus posibilidades de supervivencia frente a los depredadores.

Esta historia de la intrigante araña nos ha dejado a todos con la boca abierta; a partir de ahí, los científicos no tienen que esforzarse mucho para tener toda nuestra atención. Nos enseñan una diversidad de animales, alimañas y bichos de todo tipo. Nos advierten que solo hemos rozado la superficie, ya que estos se han encontrado al borde de una zona al norte de la isla, a la que los indígenas temen. Ellos la llaman Dratnu Dua o Selva Maldita. Esta selva es mucho más espesa que la jungla donde nos encontramos ahora, por allí no se puede circular con vehículos, la única opción es a pie o desembarcar en helicóptero.

CAPÍTULO 15

IVANOVA

Sábado, trece de agosto.
-Ronaldo, dame el área del rotor libre -digo desde la cabina del helicóptero.

Tras comprobar que no hay nada que obstaculice el movimiento del rotor y avisar a un par de marineros que se habían acercado para echar unas fotos para que se alejen del perímetro de seguridad, me da el OK con la mano.
Contacto por radio con el puente del barco y le pido autorización para arrancar y posterior despegue. Mi gran avispón volador pronto empieza a rugir. Tras hacer las correspondientes pruebas, en unos minutos estoy en el aire con Ronaldo en el asiento de al lado. Es una agradable sensación esta de volar, y más, cuando llevo unos días en tierra. La perspectiva desde aquí arriba es espectacular. La profundidad del océano hasta unos kilómetros mar adentro no supera los diez o quince metros, disminuyendo bastante conforme nos acercamos a la costa. Con un agua tan cristalina como esta, se aprecia el fondo del mar perfectamente, así como rocas, algas y algo que me inquieta bastante, numerosos tiburones de gran tamaño que hacen sus rondas entre las rocas en busca de alguna presa descuidada.

-Esperemos que no se nos pare el motor ahora –dice Ronaldo con una sonrisa algo forzada, el cual también está mirando por su ventanilla.

Tras hacer un par de órbitas alrededor de la embarcación, me dirijo hacia la costa. Asciendo a unos mil pies, donde empiezo a tener una mejor perspectiva de la isla. Es bastante más grande de lo que me pareció ayer, cuando arribamos en el barco. Cuando llegamos al campamento, solo es un pequeño círculo en medio de una gran jungla. Desde él se radian téunes senderos en una y otra dirección, utilizados por los vehículos que salen y entran del campamento. A pesar de que se me ha dicho que fuese directamente desde el barco al campamento, la curiosidad me invade y avanzo un poco más hacia el norte, subiendo otros mil pies. Desde aquí podemos ver que la selva donde se encuentra el campamento alcanza unos quince o veinte kilómetros hacia el interior y después de esta, se van intercalando claros con vaguadas, ríos…

-Hornet de Base uno, ¿me recibe? -interroga una voz, por uno de los equipos de radio del helicóptero.

-Nos han pillado -digo a Ronaldo, mientras viro el helicóptero por el costado derecho.

-Adelante para Hornet, le recibo cinco, cinco.

-Hornet de Base uno, tiene autorización para la toma, plataforma libre.

-Copiado, Hornet en aproximación final -contesto, mientras inicio el descenso.

Conforme me voy aproximando a la plataforma, veo que hay un grupo de personas que están esperándonos. Ya en tierra, me doy cuenta de que uno de ellos es Ricky, el cual, en cuanto me ve bajar del helicóptero mira a Ronaldo, esperando que le dé su consentimiento para entrar en el perímetro de seguridad del helicóptero. Al subir a la plataforma tropieza torpemente. Se le ve algo nervioso.

-Eric, te voy a presentar a mi jefa de equipo, la doctora Svetlana Ivanova –dice Ricky al acercarse.

Ivanova debe ser una mujer de unos treinta años, aunque la verdad es que no sabría decirlo exactamente, porque por sus estudios y el puesto que debe ocupar en NORVIX, lo más normal es que al menos ronde los cuarenta, pero por su físico, perfectamente podría tener treinta o menos. Su vestimenta no es la propia de un científico o al menos, no como los que he visto hasta ahora por aquí. Todos llevan una bata blanca y la mayoría unas grandes gafas, dándoles un perfecto look de cerebritos. Ella, por el contrario, viste con unos pantalones de camuflaje muy ceñidos, los cuales se introducen por dentro de unas altas y negras botas de montaña, una camiseta ajustada de tirantes y como complemento, un ceñidor en el que porta una pistola que no llego a ver bien, pero por su tamaño y forma de la empuñadura me parece una Beretta.

¿Por qué porta una pistola? ¿Trabajará así en el laboratorio? Porque si es así, debe de llevar a todos los cerebritos como locos.

Mientras nos dirigimos hacia el grupo que nos estaba esperando fuera de la plataforma, no puedo evitar decirle a Ricky:

-¿Esa es tu jefa?, pero si es Tomb Raider. ¿También es científica?

-Sí, fue oficial del ejército ruso, pero también es una eminencia en el estudio de ADN, mutaciones…

Antes de que Ricky termine su frase, el grupo se nos adelanta, presentándose ella directamente.

-Ivanova, doctora Svetlana Ivanova, pero puedes llamarme Sveta –dice con cierto aire de superioridad y con un inglés muy marcado por su acento de origen, mientras me extiende la mano.

-Eric Orcan, pero me puedes llamar Eric -contesto, mientras le doy la mano.

Durante un momento y sin soltarme la mano, mantiene su mirada fija en mis ojos, una mirada fría como el hielo, sin decir una sola

palabra, estudiándome.

Por un momento, tengo la impresión de ser una de sus cobayas de laboratorio. Aprieta firmemente su mano contra la mía, lo que es más propio de un hombre, un hombre fuerte, que de una mujer. Al soltarme, se gira a uno de sus subordinados y le extiende la mano con la palma hacia arriba. Este, tan nervioso o más que cuando subió Ricky a la plataforma, le entrega una carpeta.

-Eric, aquí tienes el listado del personal científico que montará en el helicóptero, divididos en dos grupos más los equipos que vamos a portar con sus pesos correspondientes, porque me imagino que los necesitarás para tus cálculos, ¿verdad?

Algo sorprendido, asiento con la cabeza.

-Para cualquier problema, contacta conmigo pulsando el siete.

Otro ayudante de los que la acompaña se adelanta para darme un móvil.

El resto de subordinados me miran sin decir una palabra. Se da la vuelta dándome la espalda y comienza a alejarse. Prácticamente todos sus acompañantes al unísono se giran alejándose con ella, todos menos uno, que con una tímida sonrisa tiene la valentía de levantar la mano para despedirse y, a continuación, girar también rápidamente y acelerar algo el paso para incorporarse al grupo que ya se había alejado unos metros.

-¿Qué os pasa aquí a todos? ¿Os tienen el coco comido o qué? -pregunto a Ricky, que se ha quedado junto a mí.

-¿Por qué lo dices?

-Es obvio Ricky; ayer en la reunión de bienvenida con el comandante Doyle y sus dos pitbulls que le reían todas las chorradas que él decía y estaban dispuestos a morder al que fuera a la mínima orden de su dueño y ahora Ivanova. Solo os falta ir lamiendo por donde pisa, incluido tú.

-Baja la voz. Doyle es el jefe de seguridad del campamento y tiene oídos por todos lados y a la doctora Ivanova, bueno ya la has visto, se come a un científico cada mañana para desayunar -dice Ricky, queriendo darle una nota de humor al asunto, lo que me hace sonreír, pero nos interrumpe el sonido de un móvil.

-Es el tuyo -dice Ricky señalándome a un bolsillo del mono de vuelo. Al meter la mano mientras miro extrañado a Ricky, veo que es el móvil que me acaba de dar Ivanova.

-¿Sí? -contesto.

-¿Podría tener el helicóptero preparado para esta tarde a las cuatro? -dice una voz femenina.

Aunque no se ha presentado, por su acento y tono de voz reconozco perfectamente que es Ivanova, pero a pesar de ello le

pregunto, buscando irritarla deliberadamente. No entiendo bien el porqué, quizá por su arrogancia al hablar o por cómo trató a sus subordinados, pero el caso es que busco deliberadamente el enfrentamiento con ella.

-¿Con quién tengo el placer de hablar?

Tras unos segundos de silencio, me contesta.

-Soy la doctora Ivanova -dice con voz templada, pero a su vez autoritaria.

-Sí, perdona Svena, no te había conocido -contesto.

-Sveta, mi nombre es Sveta.

-Perdón Sveta, sí, el helicóptero estará preparado para las cuatro, no hay problema. ¿Alguna configuración especial?

-No lo creo –dice, colgando sin despedirse.

15:35 horas. Campamento base.

En el helipuerto nos encontramos Ronaldo y yo pasando la prevuelo y preparando el helicóptero para la misión, aunque no nos han dado demasiados detalles de esta, por no decir ninguno. Pasados unos minutos de las cuatro, aparece Ivanova junto a los que parecen dos científicos y otros dos más, que por su aspecto nada tienen que ver con los anteriores y que reconozco nada más verlos, Vladimir y Kosuke.

En esta ocasión, Vladimir porta un AK47 como arma principal y Kosuke lo que parece un HK de culatín retráctil algo modificado. Nos saludamos y estos me preguntan si se puede volar con las puertas quitadas para ocupar los puestos de artilleros, pero Ivanova nos interrumpe sin modales alguno, diciéndome que en cinco minutos debemos estar en el aire. A lo que yo respondo con un tajante “negativo”. Ella se queda parada y probablemente sorprendida de que alguien le responda con un *no*, a una de sus órdenes.

Tras unos segundos de silencio por ambas partes, continúo:

-Nadie me ha informado de la misión, ni de cómo debo configurar el helicóptero. Si queréis quitar las puertas lleva su tiempo. La seguridad de la aeronave es responsabilidad mía, si queréis despegar a una hora determinada, debéis informarme de la configuración del helicóptero que queréis, de la duración de la misión, personal que va a montar, el peso del equipo que vais a transportar concretamente para esa misión, etcétera, etcétera, y así tendremos el helicóptero preparado a la hora que marquéis.

Sorprendentemente no me responde. Ronaldo, al ver la tensión en el ambiente, hace las veces de sutil negociador.

-Si quieren, vayan a tomarse un café y les avisaremos en unos

minutos cuando el helicóptero esté preparado.

-Marquen el siete cuando estén listos -responde Ivanova, alejándose con los dos científicos.

Vladimir, con un pie apoyado en uno de los patines del helicóptero, le dice a Kosuke:

-Ya te dije que me gustaba este chico –dice el ucraniano, el cual se encuentra inclinado hacia delante, con sus brazos cruzados y apoyados en la pierna que tiene sobre el patín-. ¿Cómo podemos ayudar? –nos interroga.

-¿Os da igual si en vez de quitar las puertas, las dejamos encastradas atrás? -pregunto.

Una vez configurado el helicóptero, Kosuke y Vladimir comprueban cuál es la mejor posición para defender el helicóptero, posicionándose uno en cada flanco, pero *¿defender el helicóptero de qué?, ¿de un mono que nos salte al helicóptero?, ¿de una urraca asesina?*

Mientras tanto, llamo a la doctora marcando el siete. En unos de minutos se encuentran allí. Poco después, estamos en el aire.

-Base uno de Hornet, buenas tardes.

-Adelante Hornet -contesta la torre del campamento.

-Solicito puesta en marcha para misión programada, Alfa uno.

-Copiado Hornet, misión Alfa uno, espere…

Unos segundos después, nos contestan.

-Hornet, puesta en marcha aprobada, espere permiso para despegue.

-Copiado, Base uno de Hornet.

Tras unos de minutos de espera que utilizo para realizar comprobaciones después del arranque, se vuelve a restablecer la comunicación.

-Hornet de Base uno, confirme hora prevista de retorno las dieciocho treinta.

-Es afirmativo Base uno, retorno previsto a las dieciocho treinta.

-Roger Hornet, misión aprobada, autorizado a despegar.

-Base uno, Hornet en carrera de despegue.

-Hornet de Base uno, en el aire a las dieciséis cuarenta, transponda en cinco cuatro cinco cero, buen vuelo.

-Gracias, Base uno. Transpondiendo en cinco cuatro cinco cero –contestamos, mientras nos alejamos hacia la cara norte de la isla.

Tras unos minutos de vuelo, hemos dejado atrás la jungla donde se encuentra nuestro campamento y estamos sobrevolando unos claros. Justo a nuestra derecha, sobrepasamos una pequeña población afincada junto a un río. Levantando la mirada, por primera vez veo

claramente lo que los indígenas llaman Dratnu Dua o Selva Maldita.
Ahora entiendo el porqué de ese nombre. La selva que tenemos delante es totalmente diferente de la que nosotros venimos. Esta es una maraña de árboles y lianas, mucho más densa. No se observan senderos, es más, desde aquí arriba no se llega a ver ni siquiera el suelo, lo que le da un aspecto bastante siniestro, ya que entre los huecos de los árboles solo se aprecian sombras que a nuestro paso dan la sensación de moverse, como si alguien o algo desde ahí abajo nos estuviera observando, pero esto probablemente solo es un efecto de la luz.

CAPÍTULO 16

EL NÚCLEO

-Vipers, ¿estáis listos? Vamos a entrar en la selva -interrogo a Vladimir y Kosuke mientras seguimos avanzando, sobrevolando en ese momento la frontera que nos introduce en la maraña de árboles que forma Dratnu Dua.
-Viper cinco, listo.
-Viper dos, listo.
-Mantendremos unos setenta nudos -comento.
-Copiado -responden al unísono.
-¿Tenemos operativa la cámara térmica que se solicitó? -interroga Ivanova.
-Es verdad, se me olvidó comentarte cómo operar con ella -contesto excusándome, haciéndole un rápido resumen de su manejo-. La tienes en stand by, enciéndela en ese interruptor y la podrás manipular con este joystick. La pantalla para visualizar imágenes es esta –digo, señalándole una pantalla de doce pulgadas que se encuentra frente a ella, justo encima del panel de instrumentos.
-Perfecto, dirígete al núcleo -dice.
-¿El núcleo? -respondo, girándome hacia ella.

Sin contestarme, Ivanova busca en el pedestal de la cabina hasta encontrar un interruptor en el que se puede seleccionar ALL o PIL/COPIL, que mueve hasta la posición PIL/COPIL, anulando de esta manera el audio a los pasajeros que van detrás.
-Nadie te ha explicado nada, ¿verdad?
-Nadie me ha dicho nada, ¿de qué? -contesto.
-Ahora entiendo… Ve metiendo estas coordenadas y te voy explicando por el camino -mostrándome unas coordenadas plasmadas en una PDA.
-Estamos buscando el cráter, la zona de impacto.
Mientras la escucho, voy virando el helicóptero ligeramente a la izquierda para dirigirme hacia el rumbo que marca el GPS tras meter las coordenadas. Este me indica que a la velocidad que volamos actualmente, estamos a unos diecinueve minutos del destino.
Ivanova continúa contándome.
-Se cree que hace unos cientos de años, cayó en esta isla un meteorito de considerables dimensiones.
Repentinamente la visibilidad comienza a reducirse por momentos. Como aparecida de la nada, una intensa niebla nos empieza a rodear.
-Perdona Sveta -interrumpo-, por aquí la visibilidad se está reduciendo

demasiado, va a ser imposible seguir.

-¿A cuánto nos encontramos del núcleo? -pregunta.

-A unas veintidós millas náuticas -respondo tras consultar el GPS, mientras voy virando rápidamente hacia nuestra derecha, buscando la zona donde aún tenemos algo de visibilidad y contacto con el terreno-. A nuestras dos veo una pequeña vaguada donde parece que aumenta la visibilidad, voy a intentarlo por ahí.

Descendiendo a solo unos pies de las copas de los árboles, busco desesperadamente el contacto visual con el terreno, por si la falta de visibilidad nos obligara a tomar. El helicóptero continúa avanzando, aunque no directamente hasta nuestro objetivo, más bien, paralelamente. Ya solo nos encontramos a treinta kilómetros, veinticinco, veinte, quince, diez… de repente, la visibilidad es casi nula, intento virar para volver por donde hemos venido, pero por detrás ya se ha cerrado.

No debía haber llegado hasta aquí.

Intento despejar mi mente de pensamientos inútiles para centrarme en volar el helicóptero y buscar una solución y, ahora mismo, la única solución viable es tomar tierra.

Paso de nuevo el interruptor a la posición ALL.

-Nos vemos obligados a tomar -digo.

Ambos vipers contestan con un *Copy*, sin hacer ningún tipo de pregunta, centrados en su labor, preparando su armamento como si alguien o algo nos fuese a atacar. Por otro lado, Ivanova tampoco dice nada, se limita a observar por la pantalla de la cámara térmica, buscando lo que todavía no me ha explicado.

Veo un pequeño claro junto a un arroyo que no debe tener demasiada profundidad, probablemente no más allá de dos cuartas, pero eso sí, el agua corre con mucha fuerza y es que si algo no falta aquí es agua. Antes de iniciar la aproximación, debería hacer una órbita para reconocer el punto de toma, pero la falta de visibilidad me lo impide, teniendo que realizar directamente el descenso sin tener demasiado claro lo que tengo delante, justo todo lo contrario de lo que me enseñaron cuando aprendí a volar. Por suerte, por aquí no hay líneas de alta tensión que crucen de lado a lado, ni nada que se les parezca. Al final, consigo aterrizar sin mayor problema, posando suavemente los patines hasta comprobar que el terreno es lo suficientemente compacto como para aguantar los dos mil setecientos kilos que debe pesar el helicóptero ahora mismo.

Al menos, algo he hecho bien.

Hay humedad por todas partes y esta niebla casi constante aún aporta más a la ya sobrante agua, además, crea una espesa capa que impide

que el sol penetre, creando un ambiente de sombras que desde aquí abajo impresiona bastante, mucho más que cuando sobrevolábamos esta selva a unos mil pies.
Una vez les doy la voz de helicóptero en tierra, apoyándose en los esquíes, tanto Kosuke como Vladimir bajan del helicóptero, probablemente para tener mayor visibilidad y poder ver si algo se aproxima por la cola del helicóptero, situándose rápidamente para dar al helicóptero una defensa perimétrica.

Por suerte, los árboles más cercanos se encuentran a cierta distancia, dando cierto margen de seguridad, si es que debemos temer por algo. Los vipers se mantienen a la escucha por medio de unos auriculares conectados a unas pequeñas emisoras que transportan cruzadas en sus chalecos, además, de cargadores, presillas de plástico, cuchillos…
Viendo que ahora mismo es imposible volver a despegar, decido pasar el motor a ralentí para ahorrar combustible.

-La cámara térmica no funciona correctamente –dice Sveta.

Me giro hacia ella y la miro un momento.

-No, no creo que sea la cámara térmica, mira las pantallas EDU's, están parpadeando desde que hemos tomado.

-¿Un fallo eléctrico en el helicóptero? -pregunta.

-Más bien diría que aquí hay algo que interfiere en los equipos electrónicos.
-Es cierto, doctora -dice una voz por la interfonía de la aeronave que hasta ahora había estado en silencio. Es uno de los dos científicos que viajan con nosotros-. Nuestros equipos electrónicos también han empezado a fallar nada más aterrizar.
Intento establecer contacto radio con la base.

-Base uno de Hornet, Base uno de Hornet…

Mi única respuesta es un molesto ruido de fondo.
Tras unos minutos de infructuosos intentos de establecer contacto radio con la base, recuerdo que llevo conmigo el móvil que me dio Sveta. Lo busco en el bolsillo que llevo en el mono de vuelo de mi brazo izquierdo, mostrándoselo con una sonrisa. Al desbloquearlo, veo que la imagen no deja de parpadear y que la cobertura es nula, aun así le doy a llamada.
-En caso de que funcione, aquí no te va a servir de nada. En el campamento tenemos montado un repetidor, de ahí que tengamos cobertura, pero aquí… -dice Sveta, parando mientras habla-. Espera un momento. ¿Hemos traído el teléfono satélite?

-Sí, doctora -contesta uno de los científicos que permanecen sentados en el compartimento de pasajeros, con varios equipos desplegados sobre sus piernas y asientos.

-Pásamelo -dice, más como una orden que como una petición.

Golpeándome torpemente en el casco, el científico pasa un pequeño maletín metálico por encima de nuestros asientos. Sveta no tarda en abrirlo y sacar un teléfono de color verde militar que me recuerda a los primeros teléfonos portátiles enormes que salían en las películas de los noventa.

Si podemos establecer contacto, poco importa la forma que tenga.

Tras intentarlo varias veces, parece que este tampoco funciona. Para empeorar la situación, la niebla se ha intensificado tanto que prácticamente ya no se ven los árboles que limitan la selva del claro en el que nos encontramos.

-Vipers, Sveta, voy a parar el motor. Debemos ahorrar combustible. En estas condiciones es imposible despegar.

-Copy dos, copy cinco -responden ambos vipers.

Sveta me para la mano antes de que corte el puño de gases.

-¿No sería posible despegar en vertical?

-Se podría intentar, pero ahora mismo no sabemos cómo es de espesa la niebla que nos cubre, vamos muy cargados con todos los equipos que llevamos y aquí el calor y la humedad relativa son tan intensos que reducen bastante las prestaciones para un despegue de esas características. Sería conveniente esperar a que mejoren algo las condiciones, a no ser que por algún motivo debamos salir de aquí de inmediato.

-Bien -me contesta, sin poner más objeciones a la vez que suelta mi mano.

Al parar el helicóptero, por primera vez podemos oír los sonidos de la selva. Un bullicio de chillidos de animales y cánticos de todo tipo de aves, mezclados con el sonido que produce el agua del arroyo que corre a pocos metros del helicóptero.

-Parece que hemos revolucionado la jungla con nuestra llegada -comenta Vladimir por radio, dando un toque humorístico a la que ahora mismo es una situación algo delicada para nosotros.

Me quito el casco y procedo a bajarme.

-¿Dónde vas? -dice Sveta, notándola por primera vez algo nerviosa.

-Llevo algo de comida en la bodega de carga, como para un día o dos. Si vamos a estar aquí un rato, no estaría mal que nos hidratáramos y comiéramos algo.

-Cada vez me gusta más este chico -comenta Vladimir a Kosuke por radio.

-Vigila tu sector –contesta Kosuke de manera algo áspera.

Mientras me dirijo a la bodega de carga, se me viene a la cabeza que algo grave debe estar pasando aquí para que Ivanova se ponga nerviosa, ya que no creo que sea la persona que se asuste con

facilidad.
Meto la cabeza en la bodega de carga y abro una caja hermética. En su interior se encuentra la nevera que me preparó Ronaldo con diversos alimentos y bebidas en previsión que sucediera algo como esto. Me giro con unas cuantas botellas de agua en las manos, chocando bruscamente contra el generoso pecho de Ivanova. Lo que en cualquier otra situación no hubiese sido demasiado desagradable, en esta ocasión me hace sobresaltar al no esperarla justo detrás de mí, cayéndoseme un par de botellas. Antes de que pueda agacharme a cogerlas, ya las ha recogido ella.
-¿Te ayudo? –pregunta, dando su primera muestra de amabilidad desde que nos hemos conocido. Sin esperar este repentino cambio de actitud, tartamudeo algo al contestarle.
-Sí, bueno… coge lo que tú quieras.
-Ella me sobrepasa rozándose conmigo, metiendo medio cuerpo dentro de la bodega e inclinándose hacia delante, lo que me hace retroceder instintivamente, manteniendo inevitablemente mi vista fija en sus sinuosas curvas, viendo sus ceñidos pantalones aún más ceñidos por la postura adoptada. Sus formas delatan un cuerpo más que sugerente.
Intento desviar mi atención levantando la vista, cuando mi mirada se cruza con la de Vladimir. Este me muestra una pícara sonrisa, asentando con la cabeza y gesticulando obscenamente con las manos. Intento disimular, ofreciéndole una botella de agua que él acepta.
-¡Lanza! –grita.
Le tiro una botella que con habilidad atrapa en el aire. A continuación, me agacho por debajo del puro de cola del helicóptero mostrándole otra a Kosuke, el cual me señala con la mano como porta una cantimplora en su ceñidor, dándome las gracias sin hablar, solo con un gesto de la cara. A diferencia de Vladimir, a Kosuke lo veo mucho más concentrado, sondeando constantemente con su fusil la arboleda que nos rodea.
De repente, noto cómo algo me empieza a quemar. Al llevarme la mano al pecho, veo que efectivamente hay algo caliente bajo mi mono de vuelo. Introduzco la mano y veo que es la piedrecilla verde que me regaló Sara. Por algún motivo que desconozco, se ha puesto caliente hasta el punto de que manteniéndola un rato en la mano comienza a molestar. Me la quito del cuello y la meto en una pequeña caja que anteriormente había servido al mecánico para llevar algunos tornillos y arandelas.
Tras darles unas botellas de agua a los científicos que nos acompañan, Sveta se dirige hacia mí. Me encuentro sentado en uno de los peldaños del helicóptero observando la piedra, sin prestar atención a lo que estoy haciendo, se sienta a mi lado bebiendo de su botella.

Me giro ligeramente hacia ella.

-Perdona por lo de antes, pero nadie me había informado de la misión, ni de la configuración de la aeronave… digo excusándome.

Ella me interrumpe, esta vez de manera más amable, estrechándome la mano.

-¿Volvemos a empezar?

-Mi nombre es Eric -respondo con una sonrisa.

-El mío Sveta, no Svena –dice riendo-. ¿Y bien?, ¿cuál es la idea?

-Creo que en principio deberíamos esperar a que mejorara la visibilidad -respondo.

-¿Y si la visibilidad no mejora y empieza a caer la noche?

-Eso es lo que quiero que tú me expliques. ¿Por qué llevamos escoltas armados? ¿Qué riesgo corremos si permanecemos aquí? Porque deberemos tomar una decisión en breve, ya que pronto oscurecerá.

Mientras da buena cuenta de su sándwich, me dice:

-Está bien; creo que, si vas a ser parte de las misiones, deberías estar informado. Como te dije antes, intentamos llegar al cráter de un meteorito que creemos cayó en esta isla hace unos cientos de años. Poco hemos podido estudiar vía satélite, porque debido a la climatología, densa vegetación y, sobre todo, a algún tipo de campo magnético que interfiere en nuestras imágenes, como tú bien has podido comprobar al llegar aquí, nos ha impedido poder hacer un estudio del cráter. Ni si quiera con distintos tipos de imágenes térmicas o de superficie hemos sido capaces de poder estudiarlo medianamente. El caso es que, por si no te has dado cuenta, la vegetación que rodea al cráter, o sea esta selva, es totalmente distinta a la que hay al sur de la isla donde tenemos asentado nuestro campamento, es como si fuese una evolución de la vegetación autóctona que había antaño.

-¿Una evolución? -pregunto, totalmente intrigado.

-La zona donde nos encontramos ahora mismo, hace unos seiscientos años debía ser una zona casi desértica, era prácticamente todo terreno rocoso y mucho menos fértil que el sur de la isla. Mírala ahora. Tras hacerle multitud de pruebas a diversas especies de plantas, hemos visto que se desarrollan más rápidamente, se recuperan mejor ante una situación adversa, se adaptan y evolucionan, lo que normalmente llevaría siglos, ellas lo hacen en meses.

La continúo escuchando, sin hacer ningún comentario.

-Te llegaría a decir que casi se han vuelto inteligentes y creemos que algo parecido le ha sucedido a la fauna animal.

Un ruido que inicialmente no somos capaces de identificar nos interrumpe. Tras pararnos a escuchar unos segundos, Ivanova salta del peldaño de un bote.

-¡El teléfono satélite! –grita Ivanova.

Dirigiéndose hacia el morro de la aeronave, abre la puerta y lo agarra de su asiento apresurándose a contestar.

-Base uno, aquí la doctora Ivanova, ¿me reciben? –interroga.

Pasan unos segundos interminables. Cuando la doctora se va a disponer a repetir la llamada, se vuelve a oír un ruido de fondo.

-Doc…vanov…ba…

La señal es muy débil, pero por lo menos hay señal, podemos intentarlo.

-Repito, si me reciben soy la doctora Ivanova. Hemos tenido que aterrizar por falta de visibilidad.

Todos en silencio, esperamos una respuesta de la base.

-Copiado doctora, ¿se encuentran todos bien? -contestan desde la base, ahora con una calidad mucho más legible.

Mientras ellos hablan, hago señas a la doctora para que me pase el teléfono.

-Sí, afirmativo, le paso con el piloto -contesta ella, pasándome el teléfono.

-Base uno, ¿tienen nuestra posición? -interrogo.

-Afirmativo, su localizador emite débil, pero nos llega su señal -contestan.

-Necesito saber si detectan en el radar meteorológico la posición de la niebla con respecto a la nuestra.

-Empieza a moverse del sureste entre cinco y diez nudos. Estimamos que en unos diez o quince minutos debería mejorar la visibilidad en su zona considerablemente, pero tendrán que aprovecharlo, porque habrá un hueco de unos dos minutos antes de que entre otro frente nuboso, este es aún más espeso que el anterior. El problema es que ya estamos metidos en el ocaso y la visibilidad se está reduciendo considerablemente.

-Base uno de Hornet, copiada información.

-Tenemos una oportunidad para salir, si no queremos pasar aquí la noche -comento en voz alta, dirigiéndome a todos-. Por favor, ocupar vuestros asientos e iros atando.

Cuando rodeo el helicóptero por el morro hacia el costado derecho, veo a Kosuke con la mirada fija en los árboles. Cuando le voy a hablar, levanta su mano izquierda, dirigiendo esa misma mano a su cara. Dos de sus dedos apuntan hacia sus ojos para luego desplazar su mano hacia delante estirando el brazo y apuntando hacia unos árboles concretos, al hacer esto, algo parece moverse tras los árboles, algo grande.

-Creo que ha llegado la hora de irse -digo, mientras me voy subiendo rápidamente en el helicóptero. Me pongo casco y guantes y les interrogo-. ¿Estáis todos listos ahí atrás?

-Roger –contesta Kosuke.

Miro a Sveta que se está terminando de poner los atalajes y empiezo el procedimiento de arranque. En un par de minutos estamos listos para despegar. Aunque parece que la niebla se empieza a mover y a verse pequeños huecos, todavía no tenemos suficiente visibilidad, el problema es que la oscuridad absoluta empieza a envolvernos por momentos.

-¿Cómo lo ves? -pregunta Sveta.

-Creo que esto no va a mejorar mucho más, voy a esperar un poco y según…

Tal como voy diciendo esto, veo cómo se abre un claro que se desplaza de derechas a izquierdas, dejándome ver unos cien metros por delante.

Ahora o nunca.

Despego sin pensarlo dos veces, aplicando la máxima potencia que me permiten los parámetros del motor e intentando ganar altura. La niebla nos alcanza cuando nos encontramos a unos veinte pies del suelo. Envueltos por una gran masa gris, nos quedamos completamente sin visibilidad. En esta zona hay árboles que superan con creces esa altura y, en este momento, no sabemos dónde estamos.

El silencio por parte de los pasajeros es absoluto, solo se escucha el rugir de la turbina dando toda su potencia, mezclado con el sonido del batir de las palas, dando a su vez su máximo paso. Rápidamente me centro en los instrumentos de la aeronave, olvidándome de mis sensaciones y sentidos, fiándome fielmente de lo que me dice el panel, intentando recordar en unos segundos todas las enseñanzas que recibí para enfrentarme ante una situación como esta. Unos segundos que se hacen interminables.

Por fin rompemos la capa nubosa y tenemos algo de visibilidad; puedo observar cómo tenuemente la selva se va quedando ahí abajo. Mirando por mi ventanilla, veo que el rotor ha pasado a dos escasos metros de la copa de uno de estos gigantescos árboles.

El sol ha desaparecido tras el horizonte y la poca luz residual que queda empieza también a desvanecerse. Busco en mi piernógrafo la cuadrícula en la que nos encontramos, ascendiendo hasta la altura de seguridad, mientras intento de nuevo el enlace por radio con la base.

-Base uno de Hornet, ¿me recibe?

-Adelante Hornet, le recibo cinco, cinco.

Tras establecer contacto y darles nuestras intenciones de volver al campamento, me dirijo a los pasajeros:

-¿Todos bien ahí atrás?

-Todos bien -dice Vladimir entre risas.

CAPÍTULO 17

G21

La noche se ha apoderado de la selva.

Nos encontramos rodeados de una oscuridad absoluta. Si el infierno es una eterna penumbra, dudo que sea más siniestro que esto. No hay ni una sola referencia a un lado u otro, todo está inmerso en una terrible sombra, negro sobre negro que no permite saber si estas alto o bajo, pero lo que sí es seguro es que la jungla sigue ahí, con árboles de cuarenta pies o más.

Continúo volando, continúo fiándome plenamente de los instrumentos de la aeronave, comprobando de vez en cuando el horizonte, intentando ver una luz, una referencia que me sirva de guía. Parece ser que todos los problemas electrónicos que tenía en tierra se han solucionado en cuanto me he levantado unos pies del suelo.

A unos cinco minutos de vuelo del campamento, contacto nuevamente con la torre.

-Base uno de Hornet.

-Adelante Hornet -contestan de inmediato, lo que es un consuelo en esta situación.

-Base uno, Hornet a cinco minutos para toma, ¿podrían encender la plataforma?

-Afirmativo Hornet, encendemos las balizas ahora mismo.

-Copiado, gracias.

-¿Qué es eso de las balizas? -pregunta Sveta.

-Les he pedido que me iluminen la heliplataforma y enciendan un sistema de luces que nos guiarán hasta ella en una senda de planeo segura.

-Vale –dice, tras mirarme fijamente unos segundos, levantando una ceja sarcásticamente.

Al sobrevolar el campamento podemos apreciar cómo cambia totalmente la perspectiva del día a la noche, de cuando lo sobrevolamos esta tarde a ahora. Las dimensiones, apreciación de distancias, todo es diferente cuando cae la noche.

Alguien ha mandado atenuar las luces del campamento, manteniendo la intensidad de las luces rojas que marcan obstáculos de cierta altura, así como las luces de la zona de aterrizaje. En una de nuestras órbitas, el helicóptero sobrepasa el campamento adentrándonos nuevamente en la oscuridad absoluta, dándonos cierta sensación de inseguridad.

Sveta muestra cierto grado de inquietud que hasta cierto punto es normal en una situación así, aunque por lo poco que la conozco, creo

que hay algo más.
Una vez en tierra y todavía con el rotor girando, distingo las siluetas de varias personas, pero al tener los focos a sus espaldas, solo son sombras para mí.

Uno de ellos se desplaza por la periferia del círculo de seguridad pintado en el suelo. Al pararse frente al helicóptero puedo apreciar que es Ronaldo, el cual me está interrogando con el pulgar hacia arriba si todo ha ido bien. Seguramente habrá estado preocupado hasta que nos ha visto de nuevo en tierra, sanos y salvos. No demoro mi respuesta, levantando también el pulgar de mi mano izquierda, a la vez que le ofrezco una sonrisa tranquilizadora que no estoy seguro si llega a ver con estas luces.
Al bajarnos del helicóptero, veo que del grupo de personas se acercan cuatro, de las cuales puedo reconocer al menos a dos, uno de ellos es Patrick que se dirige directamente a Kosuke, el otro es el comandante Doyle con uno de los clones pegado a él. Algo más retrasado viene otro hombre de mayor edad, unos cincuenta largos, con más aspecto de científico que de guerrero, pero que nada tiene que ver con los científicos que nos acompañan en el helicóptero. Este se mantiene observándonos en silencio, mientras Doyle se dirige directamente hacia mí, hablando a voces.

-¿Dónde coño estaban? ¿No sabe que está terminantemente prohibido salir del campamento de noche? ¿Es que no fui lo suficientemente claro en la charla? ¿No sabe…?

Antes de que le pueda dar una contestación, Ivanova lo interrumpe, como veo que es habitual en ella.

-¡Doyle, cállese! La misión es responsabilidad mía y al único que tengo que dar explicaciones es al doctor Fisher, aquí presente, así que limítese a mantener limpias las papeleras del campamento y no hable de lo que no tiene ni puta idea.

Todos nos quedamos callados. Yo el primero. Doyle intenta asimilar la reacción de Ivanova para generar una respuesta, pero el ahora ya identificado como doctor Fisher, levanta la mano.

-Coma algo, la veo en una hora en el Centro de Investigación –dice a la doctora, pausando las frases y hablando con un tono suave, pero firme-. A usted Doyle, lo espero en diez minutos en mi despacho.

-Sí, doctor -responde Ivanova, mostrándole un profundo respeto.

Por otro lado, Doyle da media vuelta chocándose con su *clon*, dando notables muestras de enfado.

-Buenas noches, soy Michael Fisher. ¿Y usted es? –dice Fisher, dirigiéndose a mí.

-Eric, Eric Orcan.

-Bueno señor Orcan, supongo que algún día tendré el placer de

que me dé una vuelta para ver la isla desde el aire, ¿verdad?

-Delo por hecho -contesto.

-Buen trabajo chicos -dice Fisher a los vipers.

Estos se encuentran con Patrick recogiendo su material en un lateral del helicóptero. Al parecer, son independientes, no rindiéndole cuentas a Doyle.

-Buenas noches, Doc -contesta Patrick.

Tras echar un vistazo alrededor del helicóptero, caminando con los brazos cruzados atrás, el doctor se marcha con Ivanova y los dos científicos que venían con nosotros en la aeronave. Poco después, lo hacen nuestros artilleros, pero justo cuando están bajando de la plataforma, Kosuke se gira.

-Después de cenar nos iremos a tomar algo a Charlies. ¿Nos vemos allí? –pregunta.

-Allí nos vemos –respondo, algo sorprendido por su invitación.

Mientras, Kosuke y Vlad quitan los cargadores de sus armas, sacan el cartucho que queda en recámara y hacen un disparo en vacío en unos conos que por su lado más estrecho terminan en unos sacos terreros, y es que está prohibido en todo el perímetro del campamento ir con armas municionadas.

-Vete a darte una ducha y comer algo, que ya me hago yo cargo de la máquina, eso sí, mañana me lo tienes que contar todo con detalle –dice Ronaldo, una vez se han ido todos.

-Ok, trato hecho -respondo.

Cuando me voy a ir, me acuerdo del colgante, busco la caja por la cabina de la aeronave y una vez que la encuentro toco el colgante con cuidado, pero este está frío. Me lo cuelgo de nuevo del cuello.

-Por cierto, Eric, la doctora los tiene bien puestos –dice Ronaldo, llamando por última vez mi atención mientras continúo alejándome.

-Sí, sí que los tiene -contesto sonriendo.

Al llegar a mi estancia, que no se encuentra demasiado lejos de la heliplataforma, veo una nota en la puerta que pone; "*Su bicicleta es la B7-17"*.

Miro a un lado y a otro y veo que en la esquina de la calle hay unos aros metálicos que salen del suelo, permitiendo el aparcamiento de varias bicis. Me acerco a estas con el papel en la mano y veo que efectivamente hay una bici que tiene grabado en el cuadro B7-17. Algo perplejo, me dirijo a una muchacha que, subida en un pequeño vehículo eléctrico, está cargando botellas de agua en una de las neveras que hay por todo el campamento. Antes de que emita cualquier sonido, ella sonríe.

-He sido yo la que te ha dejado la nota. Te explico. Aquí todos

tenemos una bici asignada que corresponde a tu calle y estancia. Si necesitas hacer un desplazamiento con equipaje dentro del campamento, hay unos microbuses que paran en esas señales que ves allí, más o menos cada hora. De todas formas, viene marcado el horario en las señales. Si necesitas un vehículo en un momento determinado, puedes avisar para que te recojan, marcando el 115 desde el teléfono que tienes en tu habitación.

-Vaya, pues muchas gracias -respondo.

-¿Tú eres el que acaba de aterrizar hace un momento? - dice, antes de que me vaya a ir.

-Sí, parece que acabo de llegar y ya la he liado -contesto con cierta cara de resignación, mientras empiezo a alejarme.

Ella responde con risas.

-Buenas noches –digo-. Por cierto, ¿sabes qué es Charlies?

-Sí, claro. Aquí no hay muchos sitios donde ir, uno de ellos es Charlies, un bar donde se junta medio campamento está en la calle L-12. El otro es Neo, en la C-9, que es donde van los cerebritos.

-Si me lo permites, te recomiendo Charlies -dice con una sonrisa.

-Gracias de nuevo.

Ya en mi habitación, me tumbo en la cama mirando al techo y pienso, *Vaya día…*

Mis pensamientos se van desvaneciendo poco a poco, a la misma vez que se van cerrando mis ojos. Incluso puedo oír una musiquilla de fondo que me adormece aún más, pero muy a mi pesar, esta música va subiendo el volumen cada vez más y más, hasta el punto de que me hace incorporar en la cama. Prestando ahora más atención, no es que me la estuviese imaginando, es real, *pero ¿de dónde viene?*

El pequeño misterio se resuelve cuando noto vibrar algo en mi brazo, entonces me doy cuenta, es el móvil que me pasó Sveta. Abro la cremallera del bolsillo donde se oculta y al sacarlo, su sonido es aún más fuerte.

A buenas horas te pones a funcionar, ya podías haberlo hecho cuando estábamos tirados en la jungla.

Miro la pantalla en la que se puede ver un número de, al menos, doce o trece cifras, como esos que aparecen cuando te llaman desde una centralita.

-¿Sí?

-¿Has cenado ya? -pregunta alguien que no se identifica y que tampoco soy capaz de reconocer.

-¿Quién eres?

-Tío, soy Ricky. ¿Has cenado ya? -responde.

Me restriego las manos por la cara, en el intento y esfuerzo de despejarme, y que mis pensamientos vuelvan a fluir correctamente.

-Dame diez minutos para quitarme el mono de vuelo, darme una ducha rápida y voy para allá.

-OK, nos vemos en el comedor.

-Vale -contesto, colgando el teléfono.

Voy montado en mi nueva bicicleta de camino al comedor, algo extraño, pero divertido, y ahora que me fijo, la mayoría del personal del campamento se mueve con bicis.

Pedaleo fuerte hacia el comedor. La temperatura a esta hora es mucho más permisiva y mi indumentaria mucho menos calurosa. Vestido con unas zapatillas de deporte, pantalones cortos y una camiseta verde de mi grupo favorito en la que se puede leer en grandes letras plateadas, *HERE & NOW,* "Aquí y ahora", voy escuchando mi ipod hasta llegar al comedor. Allí, aparco la bicicleta y echo un vistazo entre las personas que hay fuera del comedor buscando a Ricky. Veo a alguien en particular que gesticula llamando mi atención, pero que no llego a escuchar hasta que me quito los auriculares. Efectivamente es Ricky.

Tras saludarnos, pasamos al comedor. Mientras nos vamos desplazando con nuestras bandejas en mano, decidiendo qué vamos a comer, Ricky no para de hacerme mil preguntas sobre lo que ha sucedido el tiempo que hemos estado fuera. Bastante más tranquilo y pausado que él, le voy contestando a sus preguntas.

El comedor es bastante sencillo pero espacioso, montado en una especie de hangar portátil, con unos enormes expositores alargados, distribuidos por primeros y segundos platos. Algo más separados se encuentran otros más pequeños, donde se exponen los postres con una gran diversidad de frutas, lácteos y otros muchos postres desconocidos para mí, pero con un aspecto delicioso. La comida es abundante, muy variada y perfectamente estudiada para soportar este clima. Lo que es el comedor en sí está distribuido en grandes mesas. Alrededor de cada una de ellas se pueden sentar unos veinte comensales, sin diferenciar entre jefes y subordinados. Todos por igual hacen cola con su bandeja y se van sentando por grupos de amigos o colegas de trabajo, lo que difiere de la primera impresión que me llevé cuando conocí a Doyle y sus clones, o a Ivanova y sus científicos, aunque me imagino que estos serán casos aparte.

Ya con nuestras bandejas repletas de comida, buscamos una mesa un poco más alejada del resto para poder hablar sin que nadie interfiera. Ricky, sin dejar que empiece a comer, continúa preguntándome ahora directo al grano y más o menos esto era lo que yo estaba esperando.

-¿Habéis visto algo? -pregunta.

-¿A qué te refieres con *algo*?

-Algo fuera de lo normal, algún animal grande o algo así –dice,

dudando un poco cómo contestarme y a la vez interrogarme.

-Vamos Ricky, ve al grano. ¿Qué hay allí fuera? ¿Por qué Sveta se puso tan nerviosa cuando empezó a hacerse de noche? Porque no creo que una mujer como ella se ponga nerviosa con facilidad.

-Aquí no te puedo contar nada, pero en media hora todo te quedará claro –contesta, poniéndose algo más serio de lo que en él es habitual.

Conformándome con esta respuesta y antes de que pueda volver a preguntarle, le da un hábil giro a la conversación.

-¿Has visto ya el gimnasio? A ti seguro que te gusta. Yo fui un día, se me cayó una pesa en un pie y ya no he vuelto más.

Aunque sé que ha cambiado el rumbo de la conversación para evitar que siga preguntándole, me hace reír, además, este tema también me interesa.

-¿Te has fijado si tiene tapiz, si tiene un tatami?

-Sí, es enorme, hay de todo. Los soldados de Doyle se entrenan a menudo allí, hay sacos de boxeo y un montón de cosas que no sé para qué sirven, ya sabes, allí hay pocos tubos de ensayo.

La conversación continúa distendida, riéndonos y disfrutando de la compañía, hasta que terminamos de comer y abandonamos el comedor. Ricky mira a un lado y a otro y saca algo de su bolsillo.

-Guárdate tu tarjeta de seguridad y ponte esta.

Entregándome una nueva ID card en la que aparece mi foto, junto a *nivel 4*, el mismo nivel al que él está acreditado. Hago exactamente lo que me dice y me cuelgo del cuello la nueva tarjeta de seguridad. Nos paramos junto a las bicicletas y veo que Ricky saca un móvil, contactando con alguien.

-Vamos para allá –dice, a quien quiera que esté al otro lado del teléfono.

Ricky sale por delante con su bici, siguiéndolo yo a un par de metros. Tras un rato pedaleando, nos vamos aproximando al extremo noroeste del campamento. Cuando llegamos, veo que hay como otro minicampamento dentro de nuestro campamento. Concretamente es un sector vallado altamente vigilado. Nos acercamos a la puerta de entrada que está flanqueada por dos de los soldados de Doyle.

-Ricky, ese tío me conoce -digo en voz baja, mientras seguimos acercándonos-. Es uno de los que me enseñó el campamento en el recorrido de bienvenida.

-Tranquilo, son como perros de presa bien adestrados, no se fijará en ti, solo en tu tarjeta y el nivel de seguridad que posees -contesta Ricky, sin tranquilizarme demasiado.

Un día aquí y ya me estoy volviendo a meter en líos…

Al llegar junto a la verja de este minicampamento -el cual no nos fue mostrado en la visita -, Ricky me indica que debemos dejar las bicis fuera y pasar andando. Al llegar a la puerta, veo un cartel que indica que esta zona está restringida a nivel 4. En otro cartel, también se indica que está prohibido entrar en esta zona con teléfonos móviles o cámaras de fotos. Tras mostrarle nuestras tarjetas al personal de seguridad que flanquea la puerta de entrada, nos hacen dirigirnos a un escáner, pidiéndonos que depositemos en una bandeja todo lo metálico que llevemos, incluidos por supuesto, teléfonos móviles y cámaras. Tras pasar Ricky por el escáner, recuerdo que llevo en el bolsillo de mi pantalón la tarjeta que me quité al darme Ricky la nueva. Intento ocultarla depositándola en la bandeja con mi ipod y la cartera sobre ella. Mientras paso por el escáner, veo cómo uno de los soldados se dispone a inspeccionar la bandeja donde he depositado mis enseres, incluida la tarjeta.

Si levanta la cartera nos habrán pillado.

Veo como recoge el móvil e inspecciona el ipod, posteriormente su mano derecha se dirige a mi cartera.

-¡Vamos, llegáis tarde!

Alguien nos reclama desde la puerta de uno de los hangares.

El soldado levanta la vista.

-Me quedo con esto, se lo daré a la salida –dice, mostrándome el ipod y el móvil, entregándome la bandeja con lo demás.

Ha estado cerca.

Al focalizar, veo que el que nos ha llamado es el doctor Fisher.

-¿Han sospechado algo? - dice en voz baja, cuando llegamos a su altura.

-No, doctor, creo que no, pero he estado a punto de hacérmelo encima -contesta Ricky.

-Vamos para dentro -responde Fisher.

Una vez en el interior, Fisher vuelve a pasar su tarjeta por el lector de una segunda puerta de aspecto blindado.

-Pasar, no debe quedar constancia en el lector de que él ha pasado por aquí –dice, refiriéndose a mí.

-Ahí hay una cámara -digo mientras atravieso la puerta.

-Solo mirarán las imágenes si pasa algo o tienen alguna sospecha -responde.

-Pero ¿no es usted el jefe aquí? -pregunto, mientras vamos caminando por un pasillo que da a distintas dependencias.

Me responde mostrándome una sonrisa.

-No, Eric, yo solo soy uno de los responsables de los equipos científicos que NORVIX ha mandado para hacer las distintas investigaciones en la isla, pero nada más. Por encima de mí hay

muchos jefes, concretamente el que manda en todo el tinglado de la isla es Jack Major, un chupatintas mandado por NORVIX para exigir resultados, sin tener en cuenta el carácter científico ni…

En ese momento, llegamos a una puerta que pone S-7.

Al abrir la puerta, accedemos a una sala en la que hay diversidad de acuarios, terrarios y plantas iluminadas por focos, pero me llama la atención que no hay personal trabajando, solo nosotros. Aunque, en realidad no estoy en lo cierto, hay alguien más. Una voz femenina se escucha desde las sombras.

Desde una esquina de la sala dice:

-Querías saber y vas a saber; quizá a tu pesar.

Intento ver quién es, pero no la identifico hasta que decide salir de las sombras, avanzando unos pasos y siendo iluminada por uno de los focos de la estancia. Es Ivanova, la doctora Svetlana Ivanova.

Mi curiosidad aumenta por momentos. Se da la vuelta y se dirige a una pequeña urna que hay junto a la pared. La sigo, flanqueado por Fisher y Ricky. Introduce la mano en la urna y saca algo que parece un mineral.

-Este es el gran misterio de la isla.

-¿Una piedra? -contesto.

-Es mucho más que una simple piedra -dice Sveta, viendo la expresión de desilusión reflejada en mi cara.

Al darle la vuelta, veo que tiene grandes vetas verdes que brillan con la luz. Cogiéndola, no puedo evitar decir:

-“Sagüe dua”.

-¿Cómo dices? -pregunta Ivanova.

-Significa sangre de demonio y, no, no vas muy desencaminado, pero ¿tú cómo sabes esto? –contesta Fisher, adelantándose a mi respuesta.

-Alguien en España me regaló una pequeña piedra similar y me dijo que era sangre de demonio, la cual me protegería durante mi estancia en la isla –contesto, pasando ahora a ser yo el centro de atención.

Tirando del cordón que rodea mi cuello, saco el colgante que se ocultaba bajo mi camiseta, mostrándosela a Fisher.

-Esta tarde ha pasado algo extraño. Cuando hemos estado en la selva, se ha ido calentando hasta el punto de que me lo he tenido que quitar.

-Efectivamente, parece que tu colgante es lo que los nativos llaman “sagüe dua”, sangre maldita o sangre de demonio. No tenemos muy claro por qué pasa esto, pero el caso es que conforme más nos acercamos al núcleo, este *mineral* se va calentando más y más, hasta el punto de hacerse líquido -contesta Fisher.

-¿Y se sabe qué clase de mineral es? -pregunto.

-No, no tenemos ni idea, es más, no tenemos claro ni siquiera que sea un mineral. Podría ser incluso una forma de vida parásita, pero lo que sí parece claro, es que de alguna manera contiene ADN alienígena -responde.

-Estáis de coña, ¿verdad? -respondo, totalmente incrédulo y alterado.

Devolviéndome el colgante, su rostro muestra una suave sonrisa.

-Lo sé, es difícil de creer, pero con lo que te mostraremos más tarde, entenderás todo lo que te estoy diciendo.

Continúo escuchándolo, pero algo a la defensiva, sin llegar a aceptar lo que me está contando. Todo esto parece una maldita broma muy bien urdida. Mientras que él continúa hablando, en mi cabeza vuelan mil pensamientos.

¿Será esta la broma que le dan a los recién llegados? Pero este hombre no tiene pinta de ser alguien que se preste a este tipo de bromas y, por otro lado, tanto Ricky como Sveta, parece que de verdad creen lo que Fisher está contando, o eso, o son unos actores excelentes.

-Por favor, Eric, acompáñame -dice, mientras se dirige a otra estancia contigua, donde se encuentra lo que parece un terrario enorme.

Junto al terrario y con la roca que me mostró en la sala anterior aún en la mano, continúa relatando:

-Como te dije antes, este, digamos "mineral", se calienta hasta el punto de hacerse líquido en la zona de impacto del meteorito, de ahí que se llegara a mezclar con el sustrato y manantiales próximos. Todo indica que las plantas se alimentaron de él, los animales herbívoros de estas plantas y, a su vez, los carnívoros de estos últimos, transmitiéndose de alguna manera este ADN o parásito a todos ellos, aunque de momento, todo esto son suposiciones.

Dejando la roca en una mesa, me enseña en la pantalla de uno de los ordenadores distintos gráficos que no llego a entender hasta que él me los explica.

-Como puedes ver, aquí hay animales que su sangre se ha llegado a contaminar un uno por ciento, hay otros que casi un diez por ciento y, ayer mismo, encontramos un roedor muerto que al analizarlo tenía contaminada su sangre un veintisiete por ciento.

-¿En qué le afecta esta contaminación a los animales y plantas? -pregunto, sin tener claro qué pensar.

-Pues hay distintos casos. Hay plantas que murieron y desaparecieron, otras se adaptaron y consiguieron sobrevivir, teniendo estas últimas un desarrollo impresionante, evolucionando en años lo que tardarían siglos, probablemente milenios, recuperándose de heridas en días que, en condiciones normales, tardarían meses. Quizá, hablar de evolución en años sería un concepto erróneo, deberíamos hablar de

generaciones. Digamos que en un corto período de tiempo han saltado miles de generaciones, su ADN se ha modificado, evolucionando consecuentemente.

-¿Se han hecho súper plantas? -pregunto, mostrando un ápice de ironía.

-Podríamos decir que sí, pero la evolución más asombrosa no ha sido en las plantas, sino en los animales -dice-. Nuestra teoría más firme hasta el momento es que no solo han evolucionado, sino que algunos animales se han convertido en nuevas especies, mezclándose las especies de la isla, especies terrestres, con ADN de especies alienígenas. Hay científicos que han llegado a especular que este material verde podría ser una especie en sí, como un parásito que se transmite de especie en especie de esta manera, aunque yo personalmente me posiciono más en la versión anterior.

-¿Cómo afecta a los animales? -pregunto intrigado, por primera vez empezando a creer lo que me está contando.

-No les afecta a todos por igual, fundamentalmente la diferencia radica en el grado de contaminación que tenga en sangre ese animal, y si llega a sobrevivir a dicho envenenamiento de la sangre. También hay variaciones dependiendo de la especie. Muchos de ellos mueren en el proceso. En general, los cambios más importantes de los que consiguen sobrevivir son hipertrofias musculares o de distintos órganos, aumentando su agilidad, fuerza y tamaño, que, en algunos casos, llega a ser de hasta un cincuenta por ciento. Mejora la inteligencia, desarrollo de habilidades que no son propias de esa especie y, algunas veces, aparición de nuevas especies totalmente distintas, completamente desconocidas para el hombre. Para que te hagas una idea, en nuestro mundo sería comparable a la transformación que experimenta una oruga cuando se convierte en mariposa.

Realiza una pequeña pausa, apoyándose en la mesa.

-Como te puedes imaginar, tiene una importancia vital en aspectos como la medicina, farmacia, militar y miles de campos científicos. Es justo el filón que NORVIX estaba buscando, de ahí este campamento y toda la seguridad que habrás llegado a ver y no ver.

-Madre mía, pero si esto es verdad, es una pasada. Esto demostraría la vida extraterrestre -digo emocionado.

Sin dejarme terminar, Sveta me interrumpe.

-Hasta ahora el doctor solo te ha contado la parte buena, ahora viene la mala. Si vas a estar ahí fuera con nosotros, queremos que sepas los riesgos que conlleva -dice Sveta.

-Como bien ha dicho la doctora Ivanova, no todo es bueno. Hay una parte mala y por desgracia, muy mala. Los animales que son afectados por el G21…

-¿G21? -pregunto.
-Sí, es el nombre que le hemos puesto al "*mineral*" –dice, gesticulando con los dedos a modo de comillas, cuando pronuncia la palabra mineral-. Como te decía, los animales afectados por el G21 varían su comportamiento. Muchos de ellos tienen un grado muy alto de contaminación en la sangre, llegando a morir si no encuentran lo que parece ser un antídoto temporal, y este parece ser que no es otro que la sangre de otros animales, volviéndose en algunos casos tremendamente agresivos y llegando a matar incluso a los de su propia especie si no encuentran caza. Podríamos decir que padecen de síndrome de abstinencia. Se han convertido en despiadados vampiros. Al mejorar su inteligencia notablemente, también han mejorado sus técnicas de caza, llegando a crear manadas y grupos de caza, animales que jamás actuaron así. Suponemos que para ser más efectivos en sus cacerías.
-¿Todos han evolucionado de esta manera? -pregunto.
-No, no todos. Hay algunas especies, sobre todo herbívoros, que, tras varias generaciones, de alguna manera se han ido inmunizando y cada vez su longevidad es mayor. Quizá esta es la sangre que necesitan los que no se han adaptado o quizá buscan sangre limpia de G21 para purificar la suya. El caso es que aun así, ni unos ni otros llegan a viejos, todos ellos más tarde o más temprano mueren por contaminación en la sangre, al menos de momento. El problema es que desconocemos qué especies existían y existen actualmente en esta isla, ya que por los informes que tenemos, más los relatos que nos han contado las tribus indígenas, parece ser que los piratas que la habitaban traían animales exóticos, muchos de ellos como simples mascotas, pero a otros los adiestraban y luego soltaban por la selva para que les sirvieran como perros guardianes. Entre ellos creemos que trajeron jaguares y a saber qué más. Hemos encontrado restos de huesos humanos con claras muestras de haber sido atacados por animales, así que es posible que, si algunos de estos animales se vieron afectados por el G21, se volvieran en contra de sus amos o son los restos de aquellos que intentaron perseguir a los piratas adentrándose en la selva, quién sabe.
-¿Habéis llegado al núcleo? -pregunto.
-Intentamos una expedición hace algo más de un mes, pero solo avanzamos unos kilómetros y con grandes dificultades, ya que como habrás podido ver cuando la sobrevolaste, esa maldita selva es tremendamente espesa, el calor te hace ralentizar mucho los movimientos y cada paso que das es agotador. Aunque la espesa vegetación impide que entre el sol, la humedad tan alta la convierte en una sauna. Su interior es un mar de sombras, entremezcladas con algún rayo de luz que consigue pasar entre los árboles. Es sumamente

fácil perderse en esa maraña de lianas, árboles y enredaderas de espinas.

Mientras continúa hablando, veo cómo su cara se entristece, dejándola fija en un punto de la habitación, totalmente perdida.

-En aquel momento no sabíamos a lo que nos enfrentábamos. Llevábamos un par de guías que contratamos en una aldea de Panamá, ya que hablamos con las tribus locales y ninguna se prestó a mandar a uno de sus hombres a la selva, es más, nos advirtieron del peligro, pero no quisimos escucharlos. Llevando un guía en cabeza, armado con un machete y una vieja escopeta y otro en cola, también pobremente armado, nos adentramos un grupo de diez científicos. Al principio todo fue bien, con la salvedad de la dureza de esa jungla, pero llegó un momento en que el guía que iba a vanguardia nos comentó que algo nos estaba observando. Ambos guías se empezaron a poner nerviosos, pero pensé que lo siniestro de aquella maldita selva les había afectado. Pocos minutos después, encontramos un pequeño claro donde había una balsa de agua, que seguramente era un abrevadero que utilizaban los animales. Igual que los leones acechan a las cebras cuando van a beber, algo nos estaba acechando y, en este caso, nosotros éramos las cebras. No pudimos llegar a ver lo que fue, pero en un abrir y cerrar de ojos, mientras nosotros nos refrescábamos, algo partió por la mitad a nuestro guía en vanguardia y te aseguro que lo que mató a nuestro guía no fue un jaguar. Se generó el caos, la jungla entera se volvió loca, los animales chillaban, parecía que de repente todo había cobrado vida, incluso los árboles. El guía que quedaba nos dijo que teníamos que salir de allí inmediatamente. Volvimos por donde habíamos entrado, pero entonces lo percibimos todos, algo nos estaba acechando, los árboles se movían a nuestro alrededor, en el aire se podía percibir un olor penetrante que hasta entonces no habíamos notado.

-¿Y? -pregunto impaciente.

-Hijo, lo que fuera que nos estuvo siguiendo, nos dejó ir. Yo creo que solo nos estuvo tanteando, o solo quería echarnos -responde Fisher.

-O probar nuestra sangre -interviene Sveta.

-Podría ser, pero de lo que estoy convencido, es que, si hubiese querido acabar con nosotros, viendo lo que le hizo a nuestro guía, lo hubiese hecho con extrema facilidad -comenta Fisher.

-¿No han vuelto a intentarlo? -pregunto.

-Hace algo más de una semana, un equipo mucho mejor preparado se adentró hasta el claro para recoger los restos del guía e inspeccionar la zona, pero obviamente en una jungla como esa, ya no quedaba absolutamente nada -responde-, de ahí que se adelantara tu venida con el helicóptero. Así que ahora sabes lo que puede conllevar meterse allí.

-Vaya, si hubiese sabido esto antes, habría pedido un aumento de sueldo -digo bromeando, aunque con un semblante de preocupación que es difícil de ocultar-. Una cosa; visto lo visto, y creo que para NORVIX el tema económico no es un problema, sería conveniente solicitar otro helicóptero, este con grúa, para que sirva de apoyo en caso de tener que rescatar a un equipo de tierra.
-Buena observación Eric, ya se ha pedido. Esperamos que en un par de semanas esté aquí -contesta Fisher con una sonrisa.

CAPÍTULO 18

VAMPIROS

-Quiero que veas algo -dice Ivanova, indicándome que me acerque a un terrario de grandes dimensiones; unos tres metros de largo por dos de ancho, situado justo en el centro de la estancia donde nos encontramos y el cual se encuentra iluminado por dos grandes focos que cuelgan directamente del techo de la habitación.

Quitando una oscura sábana que lo cubre, puedo ver que sobre un montículo de arena se remueve un enorme roedor parecido a una rata, pero de mayor tamaño. A su alrededor, en la arena que rodea el montículo, se pueden apreciar varios agujeros donde parece que se ocultan otros roedores, seguramente de su misma especie, incluso juraría que, en determinados momentos, llego a ver el hocico de alguno de ellos olfateando.

Al quitar la sábana que cubría el terrario, la rata se ha puesto tremendamente nerviosa, moviéndose de un lado a otro, rayando el cristal con las afiladas uñas de sus patas. Fijándome más detenidamente, puedo ver que tiene una herida en el costado izquierdo que le hace moverse con cierta dificultad. Ivanova, se dirige junto a Ricky a un terrario algo más pequeño que hay junto a la pared. Poniéndose unos grandes guantes que les llegan casi al codo, entre los dos extraen una gran serpiente de algo más de tres metros. Vuelven de nuevo a nuestra posición e introducen la serpiente en el terrario donde se encuentra la rata. Al poco tiempo de meter la serpiente en el habitáculo, parece que ha detectado al roedor; levanta la cabeza y lo olfatea con su bífida lengua.

Horrible muerte para la rata, pero así es la naturaleza.

Parece que la rata también ha detectado a la serpiente, intenta huir por uno de los agujeros, pero es expulsada a base de mordiscos por otra que allí se oculta, dejándose ver esta vez al sacar la cabeza del agujero. Esto se repite en los distintos agujeros por donde intenta huir el roedor. Hasta que la serpiente está lo suficientemente cerca como para, en milésimas de segundo, morder por la cabeza a la rata, a la vez que se enrosca sobre ella, triturando huesos, aplastando pulmones, apagando en segundos la vida de este desafortunado roedor. No es una visión demasiado agradable, al menos para mí, sumado al ruido del crujir de huesos que me hace apartar la vista, pero el doctor Fisher me indica que siga mirando, lo que me hace pensar que estos científicos son un poco sádicos.

De repente, algo extraño empieza a suceder. Todas las ratas, que hasta ese momento se encontraban ocultas, empiezan a asomar sus

cabezas tímidamente, olfateando, mirando nerviosamente de un lado a otro. Una de ellas, aún más grande que la que está siendo devorada por el ofidio, se acerca con cautela a la enorme serpiente que se encuentra enroscada sobre su víctima, engulléndola. Tras un horrible chillido de la rata más grande, todas las demás salen de sus agujeros abalanzándose sobre el ofidio, mordiéndole en cabeza y cuello, con la fiereza de una manada de felinos sobre un antílope. Instintivamente, retrocedo un paso atrás.

En poco menos de un minuto, le han desgarrado la piel y destrozado la cabeza, sin dar la menor oportunidad de defenderse a la serpiente, pero lo que más me asombra, es que lo primero que hacen no es intentar comérsela, sino lamer su sangre con verdadera voracidad, como verdaderos vampiros. La rata más grande, que tiene hundido su hocico dentro de la piel de la serpiente, levanta la cabeza y me mira fijamente a los ojos. Con sus ojos de color rojizo y sus enormes colmillos manchados de sangre, que nada tienen que ver con los dientes de un roedor, su aspecto es el de una criatura diabólica que ha ascendido del mismísimo infierno.

-¿Qué hace? -pregunto algo nervioso y sin dirigirme a nadie en concreto.

-Te está estudiando. Es la primera vez que te ve y seguramente se esté preguntando a qué sabrá tu sangre -contesta Ivanova, con cierto sarcasmo.

Me giro y la observo por un momento, sin saber si está bromeando o hablando en serio.

-¿Qué clase de animales son estos? -pregunto.

-No estamos seguros, pero creemos que simplemente son una evolución de ratas comunes -contesta el doctor Fisher, ajustándose las gafas.

-¿Simplemente? No había visto jamás a ratas comportarse de esta manera, es más, no había visto a ratas de este tamaño y con esos colmillos. Parecen sacadas de una película de terror -contesto algo alterado.

-Su comportamiento se debe a su aumento exponencial de inteligencia, mezclado con su necesidad de saciar su sed de sangre, lo que las hace tremendamente agresivas. En este caso, probablemente la rata se hirió en una disputa con otra por la mejor madriguera o simplemente fue sacrificada por las otras, para obtener un beneficio mayor, *la serpiente* -contesta Fisher.

-Pero ¿eso es posible? -respondo.

-Lo has visto con tus propios ojos, además, si te has dado cuenta, están comandadas por esa más grande, la que se te ha quedado mirando. Curiosamente, en las pruebas que les hemos hecho, es la que mayor proporción de G21 tiene en su sangre, siendo la más grande,

más agresiva y lo que es peor, la más inteligente -explica Fisher.

-¡Vaya! Muy tranquilizador -contesto.

-Por otra parte, su poder es su mayor debilidad. Al estar altamente infectada de G21, su vida se va acortando por momentos, pues necesita sangre cada vez con más asiduidad. Como hemos visto en otros animales que hemos tenido en estudio, ese es el último paso antes de morir, no creo que le queden más de dos o tres días de vida, pero a su vez, es cuando son más peligrosos, porque se vuelven terriblemente adictos a la sangre y atacarán a todo lo que se les cruce por su camino, incluso a los de su propia especie.

Me limito a escuchar sin decir una palabra, ya que todo esto me sobrepasa, me parece de ciencia-ficción.

-El G21, como te puedes imaginar, podría ser el fármaco definitivo. Creemos que podría curar infinidad de enfermedades, acelerar la cura de heridas, aumentar el rendimiento físico de soldados y deportistas, mejorar la inteligencia y quién sabe que otros aspectos, aunque por otro lado está ese pequeño detalle, termina matando al individuo, por lo que mientras que no solucionemos este aspecto, poco podremos hacer con él -explica Fisher, dándole un pequeño toque humorístico.

-¿Entiendes por qué no me apetecía demasiado pernoctar en esa jungla? -dice Ivanova, con una macabra sonrisa, que con su marcado acento ruso y la penumbra de las luces del laboratorio le dan cierto aspecto vampírico.

-Desde luego, ahora entiendo muchas cosas. Si esto lo hacen unas simples ratas, a saber, qué bichos no habrá acechando en esa selva.

-A mí el que más me gusta es este -dice Ricky, queriendo participar en la conversación.

Dirigiéndose a una mesa donde se encuentra un pájaro muerto, del tamaño y aspecto de un córvido, con sus plumas de color grisáceas tirando a negras.

-¿De veras? A mí me gustan los animales, pero concretamente este pajarraco me parece bastante feo -respondo.

Cuando me voy a acercar a tocarlo, Ricky me para, poniendo su mano en mi pecho.

-¡Alto! No se te ocurra tocarlo –dice.

Algo sorprendido por su reacción, me quedo esperando una respuesta. El doctor Fisher se nos acerca y con sumo cuidado coge unas de sus patas, mostrándome una especie de espolón parecido al que tienen los gallos, pero al presionarlo ligeramente veo que suelta un líquido de color amarillento.

-Esto no son espolones, sino aguijones -explica Fisher-. Si te clavas uno de estos, entrarías en coma durante varios días. El caso es que, si

llegaras a despertar del coma, este pájaro y sus amigos, te habrían comido los ojos, partes blandas del cuerpo y probablemente te habrían destripado.

-Pero ¿qué? ¿Este es el que más te gusta?

Mi reacción produce la risa de todos.

-Bueno Eric, ahora entenderás que cuando vayamos a esa jungla, todas las medidas de seguridad que tomemos serán pocas. Si decides abandonar ahora lo entiendo, pero te pediría… -dice Fisher.

-¿Abandonar y perderme el descubrimiento del siglo? Ni de coña –contesto, sin dejarle terminar la frase.

Lo que hace sonreír a Fisher y al resto de sus colegas.

-Una pregunta, ¿sabe algo de esto el equipo de seguridad que vuela con nosotros, los vipers? -pregunto.

-Por supuesto, en contra de lo que marca NORVIX, pienso que cualquiera de los que nos adentremos en esa jungla debemos saber a lo que nos exponemos, pudiendo elegir si queremos continuar, ya que puede que nuestra vida vaya en ello. Por otra parte, de nada nos sirve un equipo de seguridad que no sabe a lo que se va a enfrentar, no me gustaría que cometiéramos el mismo error que con la primera expedición -responde Fisher.

-Doctor, deberíamos irnos. En media hora entra el tercer turno y no sería conveniente que vieran a Eric -comenta Ivanova.

-Tienes razón. Vámonos -responde Fisher.

CAPÍTULO 19

EL COMBATE

-Perdonarme. ¿Sabéis dónde queda la calle L12? -pregunto a un par de chicas que cruzan frente a mí.

-¿Buscas el pub Charlies? -responden.

-Sí. ¿Sabéis por dónde queda?

-Está dos calles más abajo, nosotras vamos para allá -responden amablemente, mostrando una gran sonrisa.

-¿Os importa que os acompañe?

-No, para nada. ¿Eres nuevo por aquí? -interrogan.

-Más nuevo imposible. Llevo un día -respondo.

-A ti no te teníamos fichado. Nosotras trabajamos en el centro médico de la base, así que, si necesitas que te pongamos una tirita, ya sabes dónde buscarnos -dice una de ellas entre risas, compartiendo cierta complicidad con su amiga.

Mientras vamos caminando, empujando nuestras bicicletas, nos vamos acercando a un edificio donde se ve un gran cartel iluminado que pone Charlies.

-Creo que es inconfundible, ese debe de ser el bar -digo bromeando, mientras apoyamos nuestras bicis en unos aros metálicos, idénticos a los que había en la calle donde tengo mi estancia.

-¿Has quedado con alguien? -pregunta una de ellas.

-Sí, con unos compañeros.

-Bueno, si te aburres con tus compañeros, búscanos –dice, al abrir la puerta del pub.

-No lo dudéis, por cierto, mi nombre es Eric.

-Encantada Eric, yo soy Ashley y mi amiga se llama…

Su amiga se adelanta antes de que termine la frase.

-Yo soy Megan –dice, dándome dos besos. Oportunidad que no pierde Ashley, acercándose también y dándome otros dos besos.

No doy dos pasos, cuando oigo una voz que reconozco al momento.

-Chaval, cada vez me sorprendes más.

Efectivamente, cuando giro la cabeza veo a Vladimir, acercándose a mí con una gran jarra de cerveza.

-Pero bueno, no dejes que se vayan que son las enfermeras del centro médico y la morena tiene un culo que no veas –dice, mientras me echa la mano por encima del hombro.

-Yo prefiero a la rubia, mira que par de globos -dice otra voz que se oculta tras Vladimir y que inicialmente no llego a reconocer. Al desplazarse a un lado veo que es Snake.

-¿Qué tal Snake?

-Muy bien mano, ¿quieres una jarra?

-No, muchas gracias, no bebo alcohol-respondo.

-¿Hay alguien en este mundo que no beba alcohol? -dice riéndose y vociferando a los cuatro vientos.

-¿Qué quieres entonces, un vaso de agua? -vuelve a preguntar entre bromas.

-Un zumo estaría bien -contesto sonriendo.

-¿Un zumo? ¿De verdad que te vas a tomar un zumo a estas horas de la noche, con todo esto rodeado de lobas? –pregunta. Tras mirarme esperando mi confirmación, se acerca a la barra dirigiéndose a una de las camareras-. Ponle un zumito al chaval. Mira también si tienes por ahí una piruleta.

-No os metáis con Eric, es mucho más de lo que aparenta, lo presiento. Hoy lo ha hecho bien -dice una voz a mi espalda que reconozco al instante por su templanza al hablar. Es Kosuke, sin lugar a equivocación.

-Hola Kosuke.

-¿Qué tal Eric? ¿Al final has venido? -dice al llegar a mi altura, saludándome con una ligera inclinación de cabeza.

-Sí, me he entretenido algo, pero al final he podido venir -respondiendo del mismo modo a su saludo.

Kosuke parece extraído de un manga japonés, más o menos de mi altura, rondando los treinta y pico, con pelo largo y negro, que la mayoría de las veces le cubre la mitad de su rostro, mirada penetrante, observador, poco hablador y seguramente un excelente luchador. Por algún motivo, creo que le caigo bien. Kosuke es alguien que me intriga y que me gustaría conocer mejor.

Acercándose, me dice casi al oído:

-¿Ya has conocido el gran secreto?

-Así es -respondo, creyendo saber a lo que se refiere.

-¿Y? -interroga.

-Pues que deberemos tener mucho cuidado cuando salgamos ahí fuera -contesto, haciéndole brotar una sonrisa casi inapreciable mientras baja su mirada.

-Sabía que no te acojonarías -dice Vladimir, dándome el zumo de naranja que acaba de servir la camarera, casi derramándolo al dármelo bruscamente.

Tras llevar un rato allí, por primera vez miro a mi alrededor. El local es bastante sencillo, aprovechando uno de los hangares. Poniendo un par de barras y algo de decoración han creado un bar, que la verdad, ha quedado bastante bien. Hay mucho ambiente. Un disc jockey que se encuentra al fondo del local, anima entre canción y canción.

Allí echamos un buen rato, con Vladimir sin parar de hablar y sin

dejar de intentar echarles el lazo a una y a otra.

Me llamó la atención, que a partir de las doce está prohibido el alcohol, por lo que veo tanto a Snake como a Vladimir aprovisionándose con tres jarras de cerveza cada uno, minutos antes de que den las doce. Desde ese momento, queda una hora para que cierren el local y ya se empiezan a ver patrullas de los soldados de Doyle entrando y saliendo, me imagino que haciendo un poco las veces de policía militar. Estos sacan a alguno o alguna que empieza a dar síntomas de embriaguez.

Acabo de caer en que hoy es sábado y supongo que aquí la única manera que tendrán de divertirse es esta. Cada vez tengo más la sensación de estar en un campamento militar, con tantas normas y tanta vigilancia, aunque, por otro lado, me imagino que para que esto funcione debe ser así, con tanta gente aquí trabajando y en un territorio que, por lo que acabo de ver esta noche, puede ser bastante hostil.

-Mañana es domingo, en principio tenemos el día libre, ¿te apetece ir un rato al gimnasio, cuando cierren Charlies? -pregunta Kosuke.

-¿Por la noche? Pero ¿está abierto? -respondo.

-Sí, está abierto toda la noche. Piensa que aquí hay turnos de ocho horas. Hay muchos que su vida la hacen por la noche; además, verás que hay un gran tatami, podemos hacer un pequeño combate -dice, con su cara prácticamente oculta por el pelo.

-Vale, si quieres echamos un rato cuando cierren el local. ¿Qué estilo marcial estudias? -pregunto intrigado, porque no tengo ni idea a lo que me voy a enfrentar, aunque todos mis sentidos me avisan de que es bueno, muy bueno.

-No estudio ningún estilo y los estudio todos -contesta. Lo que me deja más o menos igual que antes de haberle preguntado.

-Tío, mirar aquella -dice Vladimir interrumpiéndonos.

Algo más tarde, ya me he cambiado en mi habitación, vistiendo el pantalón blanco de mi dobok de taekwondo y una camiseta negra que en la espalda lleva bordadas en blanco las letras TKD. Cierro la puerta y me dirijo hacia el gimnasio que queda bastante cerca de mi estancia.

Miro el reloj y pienso, *qué locura, creo que es la primera vez que voy a entrenar a la una de la madrugada*.

Estoy bastante fatigado por el ajetreo de todo el día y tensión acumulada durante la misión. Uno no es consciente de lo cansado que está hasta que se relaja, pero tengo curiosidad por ver a Kosuke en acción y creo que a él le pasa lo mismo conmigo. Supongo que para ellos salir de misión es simple rutina, pero para mí, es la primera

misión real.

Al llegar al gimnasio, me sorprende ver a tanta gente entrenando. Es enorme, muy al estilo americano. En la entrada hay una recepción donde, anotando tu número de tarjeta, puedes dejar el móvil, cartera o cualquier cosa que te pueda molestar para hacer el entrenamiento y, a su vez, te entregan una toalla y una bebida isotónica si la deseas. Está todo muy estudiado para que los trabajadores se sientan bien, a pesar de estar a miles de kilómetros de sus casas, en mitad de una selva y en una isla que, si pones un pie en el agua, seguro que viene un tiburón y se lo lleva de recuerdo.

Conforme vas entrando, ves que el techo es abovedado, con grandes focos que iluminan las distintas estancias. Un pasillo central divide el enorme gimnasio en dos, a un lado, una cancha de baloncesto, al otro, varias pistas pequeñas para practicar diferentes deportes. Más adelante, a la derecha, hay una enorme zona de musculación con máquinas de todo tipo y pantallas de televisión colgadas de la pared que muestran distintos canales de televisión, todos ellos norteamericanos. A la izquierda, un tremendo tapiz flanqueado por sacos de boxeo de distintos tamaños y pesos, y en la pared, un gran espejo que cubre todo un lateral.

Por un momento, me parece reconocer a alguien. Efectivamente es ella, Ivanova, entrenando con otra mujer que no conozco. La muchacha que está frente a ella sujeta con gran destreza un par de guantillas, girando alrededor de Ivanova, marcándole los golpes que tiene que lanzar, a qué distancia y altura. Ivanova responde con rotundidad, con golpes fuertes y secos que resuenan en la sala. Si el cuerpo de Ivanova era exuberante con el estilo de Tomb Raider, ahora no sabría qué palabras utilizar; viéndola entrenar empapada en sudor, con su pelo estirado por una coleta, vestida con unos pantalones de raso negro, una camiseta de tirantes del mismo color y un par de guantes rojos y negros que le dan un aspecto agresivo, a la par que endemoniadamente sexy. Una imagen espectacular, ver a esas dos mujeres entrenando con la misma destreza que los mejores luchadores.

Al reconocerme, lanza un golpe con su pierna derecha, aún más fuerte que los anteriores, que desplaza un metro hacia atrás a la chica que sujeta las guantillas.

-¿Tú por aquí? -dice con cierto tono altivo.

-Sí, he venido para ver cómo estaba esto -contesto.

-Por cierto, ¿no eres español? -pregunta Ivanova, que sin esperar respuesta continúa hablando-. Ella es Eva, estará con nosotros hasta el miércoles.

-¡Vaya! Encantado Eva, soy Eric. ¿Eres española? -pregunto algo sorprendido, creyendo que el único español por aquí iba a ser yo.

-Sí, de Ciudad Real. El miércoles vuelvo a España. Trabajo para una filial que tiene NORVIX en Madrid y me han mandado una semana para hacer prácticas de campo -contesta algo emocionada.

-Pues me alegro de encontrar una paisana por aquí, la pena es que te vayas tan pronto.

Pero Ivanova me interrumpe.

-Íbamos a hacer un pequeño combate, ¿quizá quieras probar tú?

-Lo siento Sveta, pero esta noche lo tengo reservado -dice Kosuke, mientras se acerca a nosotros.

-¿Vas a luchar con Kosuke? Espera que le voy a pedir al de recepción una escoba y un recogedor -comenta Ivanova en voz alta, volviendo a burlarse de mí.

No le hago demasiado caso y me dirijo a Eva.

-¿También estudias artes marciales?

-Sí, desde pequeña -contesta humildemente.

-Vaya, en este campamento debes tener cuidado con quien te metes. Aquí, el que más y el que menos te agarra una mosca en vuelo con dos palillos chinos -respondo bromeando, provocándole la risa-. Te dejo, que voy a que me den una paliza.

-Ok, cúbrete bien -dice, todavía riendo.

Nos apartamos algo de ellas, aunque eso no impide que se olviden de su entrenamiento y nos sigan a cierta distancia para ver el combate. Esto podría ser una distracción para Kosuke o para mí, pero percibo que a él no le va a afectar en absoluto, está totalmente centrado.

-¿Estás listo? -pregunta Kosuke.

-¡Vamos allá! -contesto.

Kosuke viste con un kimono negro. Las mangas de su kimono no le cubren los brazos mucho más allá del codo, dejando sus antebrazos al descubierto. Se ha recogido el pelo con una cinta por encima de su cabeza, dejando algunos cabellos caer por un lateral de su frente. Su aspecto es el de un temible Samurái. La verdad es que, si pretendía impresionarme, lo ha conseguido.

Enfrentados en el dojo, la mirada de Kosuke, sus negros ojos se clavan en los míos.

De momento, los dos guardamos distancia, estudiando la postura de nuestro adversario, posición de los pies, posición de las manos, guardia que adopta. Su rostro es firme, sin mostrar alegría o tristeza, furia o calma, solo me observa, como un félido antes de atacar.

Cada vez tengo más claro que me estoy enfrentando a un excelente rival.

Tras un amago por su parte, respondo con una patada de la pierna adelantada que él para con facilidad. Sigue estudiándome, viendo mis reacciones, velocidad, reflejos. Varios intentos rápidos, pero sin fuerza por parte de ambos contrincantes, hasta que se acerca agarrándome de la mano que tengo más avanzada y, girando sobre sí mismo, intenta meter mi brazo bajo su axila. Consigo saltar en el mismo sentido de giro de mi brazo, aprovechando para soltarme y a su vez golpearlo ligeramente en la cabeza con una de mis piernas, pero se ha movido rápidamente y consigue esquivar mi contra.

Efectivamente, como él dijo, no tiene un estilo definido, sino una mezcla de estilos que hacen tremendamente difícil acercársele. Domina todas las distancias y sus reflejos rozan lo imposible.

Tras varios minutos de combinaciones por su parte y por la mía, en un descuido, consigue saltar agarrándome con sus piernas por el cuello, cayendo juntos al tatami, mientras sujeta mi brazo, obligándome, si no quiero que me destroce el brazo, a golpear el tapiz en señal de rendición.

-Eres bueno Eric, reconozco estilos coreanos -dice Kosuke, a la vez que se aparta el pelo de la cara.

Por lo menos le he hecho sudar, pero este tío es una máquina.

-Sí, y ¿tú? ¿Estilos japoneses? Porque no he llegado a.

-Como ya te dije Eric, no me decanto por ninguno concreto, es una mezcla de aquí y allá -contesta.

-Me gustaría que entrenáramos juntos algún que otro día –comento.

-Para mí será un honor -dice, mientras me saluda inclinando la cabeza y se retira tan silencioso como había venido.

Tras retirarse Kosuke, tanto Ivanova como Eva se acercan a mí. El combate no ha durado más de cinco o seis minutos, pero estoy completamente empapado en sudor.

-Me has sorprendido -dice Ivanova.

-¿Por qué, por la paliza que me acaban de dar? -respondo, algo a la defensiva.

-Nadie que yo sepa, ha sido capaz de vencer a Kosuke y tú le has aguantado durante cinco minutos, es más, veo que te has ganado su respeto. Creo que pocos pueden decir eso -contesta Ivanova, sorprendiéndome por segunda vez en el día.

Parece que no solo me he ganado el respeto de Kosuke, sino también el suyo.

-Buen combate, ya nos vemos Eric -dice Eva, que veo cómo recoge sus cosas para irse con Ivanova.

-¿Te quedas? -pregunta Ivanova antes de irse.

-Sí, creo que me voy a quedar un rato mirando las luces del techo -

digo bromeando, mientras me tumbo en el tapiz algo dolorido por los golpes que he recibido de Kosuke.

Tumbado en el tapiz, cierro los ojos y repaso mentalmente el combate, veo sus movimientos y los míos a cámara lenta, cómo se desplazaba, cómo hacía las esquivas, cómo atacaba, estudiándolo una y otra vez.

CAPÍTULO 20

EL POBLADO DE YANÚ

Los días van pasando. Ya llevo algo más de una semana aquí.

De momento, mis misiones se han limitado a hacer trabajos rutinarios, como llevar material del barco que se encuentra anclado a algo menos de un kilómetro de la costa al campamento o prácticas con los científicos de embarque y desembarque, medidas a adoptar en caso de una emergencia...

Prácticamente, cada día hablo con Rocío o con mi madre desde unas cabinas que tienen montadas en el edificio que hay junto al comedor. Aquí, los teléfonos móviles particulares no sirven para nada y los que te entrega NORVIX, como el que me dio Ivanova, solo tienen cobertura en el campamento y llamadas locales. Desde las cabinas tienes un tiempo limitado para las llamadas, unos quince minutos al día, lo que no es mucho, pero al menos te mantiene en contacto con tu gente. A veces, cuando estás en mitad de una conversación se escuchan ruidos raros, lo que me hace pensar si no controlan de alguna manera lo que llegas a hablar, después de ver lo que se cuece en esta isla, no me extrañaría. Es más, incluso el servidor de internet que utilizamos aquí es de NORVIX.

Hoy parece que va a ser distinto, lo que agradezco, ya que no soy persona que le guste la monotonía. Según Snake, Ivanova le comentó ayer que nos íbamos a acercar a un poblado indígena que está casi lindando con la frontera de Dratnu Dua y, efectivamente, a eso de las ocho de la mañana, mientras me estoy duchando suena el móvil. La música que tengo puesta en un pequeño equipo de música que tengo en una esquina de mi habitación, a duras penas me deja escuchar la llamada, casi sin secarme, salgo de la ducha y consigo cogerlo antes de que cuelgue quien quiera que esté llamando. Al mirar la pantalla veo que es Ivanova. Mi relación con ella estos días ha mejorado bastante, quedando varias veces para entrenar, tomarnos algo o comentar algunos de los descubrimientos que se han hecho en la isla hasta la fecha.

-Dime, Sveta.

-Buenos días, Eric, ¿te he levantado? -pregunta.

-No, no te preocupes, me estaba duchando -contesto.

-¿Duchándote? –pregunta. Tras unos segundos continúa-. ¿Qué estabas haciendo en la ducha que has tardado tanto en cogerme el teléfono? -dice riendo.

-Ya estamos, dime qué quieres, que he salido chorreando de la ducha -contesto.

-¿Cómo? ¿Estás desnudo y mojado? -pregunta riendo.

-Venga, dime qué quieres o te cuelgo que estoy poniendo todo perdido -digo, intentando aparentar seriedad.

-Vale, vale, ¿quedamos hoy para comer a eso de la una y te cuento? Esta tarde a las tres tenemos una misión.

-Sí, si quieres nos vemos en el comedor -respondo.

-Bien, a la una en el comedor. Por cierto, ¿llevas la toalla puesta? -pregunta de nuevo entre risas.

-Pero bueno, cómo te has levantado hoy, te dejo –respondo, también entre risas.

A pesar de nuestra buena relación y de sus bromas, Ivanova es muy seria a la hora de trabajar. Cuando está metida en un trabajo de laboratorio o en una misión, cambia radicalmente.

12:58 horas.

Suelo ser bastante puntual a mis citas, es más, odio la impuntualidad y, en ese sentido, Ivanova es peor que yo, para ella llegar tarde a una cita es una falta grave de respeto. Como no podía ser de otra manera, cuando estoy dejando mi bicicleta, puedo ver cómo Sveta se encuentra ya en la entrada del comedor.

A pesar de su tremendo carácter, en estos días la he ido conociendo más profundamente, dándome cuenta de que es mejor persona de lo que intenta aparentar, eso sí, siempre que te ganes su respeto, lo que no es sencillo. Por lo que he podido saber, su vida hasta llegar aquí no ha sido nada fácil y eso la ha endurecido a lo largo de los años.

Mientras comemos, Ivanova me va poniendo al tanto de la misión que vamos a emprender en un par de horas.

En principio, no es una misión que entrañe mayor peligro, ya que la idea es llevar algunos suministros, fundamentalmente ropas y medicinas, a un poblado indígena que se encuentra solo a unos kilómetros de la frontera de la jungla. De esa manera, poco a poco ir creando lazos con ellos que nos sirvan para que confíen algo más en nosotros y nos cuenten los relatos que por el momento mantienen en secreto. Está claro que por la cercanía con la jungla han debido tener encuentros con las criaturas que allí viven, pero esto es un tema tabú para la mayoría de los habitantes del poblado. Los ancianos, que son los que dictan las normas del poblado, se limitan a callar.

El viento hoy es casi nulo y prácticamente no hay nubes, por lo que la mezcla de calor y humedad en el ambiente se hace insoportable. En esta ocasión, entre mis pasajeros llevo a un invitado especial, el doctor Fisher.

Por el intercomunicador del helicóptero los ocupantes del compartimento de pasajeros me avisan que están listos para despegar, miro a Ivanova, que se encuentra sentada a mi lado y me levanta el pulgar en señal de que ella también está lista.

El rugir del helicóptero llama la atención del personal del campamento que pasa cerca del helipuerto. Con una pequeña aplicación de potencia, estoy en carrera de despegue. Una vez en el aire, y ya con cierta velocidad, realizo una órbita a izquierdas para que los pasajeros puedan ver la zona a la luz del día. De nuevo, mis artilleros son Kosuke por el costado derecho y Vladimir por el izquierdo, pero esta vez me han comentado que no es necesario llevar las puertas abiertas, por lo que me desplazo a mayor velocidad, unos ciento veinte nudos. En pocos minutos estamos sobrevolando el poblado y, esta vez por petición de Ivanova, realizo unas cuantas órbitas alrededor del poblado.

Visto desde aquí arriba, es diminuto comparado con nuestro campamento. Son solo un grupo de unas veinte chozas, fabricadas con ramas y hojas extraídas de los árboles que les rodean, formando un círculo que deja un espacio libre justo en el centro, a modo de pequeña plazoleta. Al sobrevolarlo, ahora algo más bajo, se pueden ver pequeños animales sueltos, como gallinas y perros que corren de un lado a otro, asustados por la presencia del helicóptero.

Por la cara norte, un río se aproxima zigzagueando como una enorme serpiente. En uno de sus meandros se encuentra engullido el poblado; el sendero del agua forma un gran semicírculo alrededor de este, dejando libre solo la cara sureste. En cierta manera, actúa como barrera protectora contra algunos depredadores, siempre y cuando aquí no haya caimanes o anacondas, proporcionándoles un constante suministro de agua.

Desde aquí no parece que tenga demasiada profundidad, pero sí es bastante ancho. En él, hay varios niños que cuando nos ven pasar saltan emocionados.

Ivanova, me señala dos vehículos de NORVIX que están llegando justo en este momento. De uno de los vehículos baja alguien que nos marca el punto de toma, encendiendo un par de bengalas rojas que me ayudan a saber la dirección e intensidad del viento.

Inicio el descenso de mi enorme avispón de metal. Conforme me voy acercando al terreno, algunos de los indígenas que esperan en tierra retroceden, tapándose los oídos con ambas manos; no deben estar muy acostumbrados a ver un helicóptero, probablemente para muchos de ellos será la primera vez que vean uno de estos.

Mi aproximación será directa al suelo, ya que veo que el terreno es polvoriento y nos podríamos quedar sin visibilidad.

Cuando me encuentro a unos cinco metros del suelo, me doy cuenta de que mi previsión era correcta. El polvo nos empieza a rodear en segundos, continúo mi aproximación y prácticamente cuando los esquíes están tocando el suelo, la visibilidad es totalmente nula.

Al parar el rotor y bajarnos del helicóptero, nuestros improvisados espectadores están teñidos por una capa anaranjada, que no es otra cosa sino el polvo que le acaba de echar encima el rebufo del helicóptero, pero a ellos esto no parece molestarles en absoluto, simplemente sacuden la cabeza, dejando durante unos segundos una pequeña nube del mismo color alrededor suyo. Lo que sí les tiene sobrecogidos es ese gran avispón metálico que acaba de llegar del cielo. Muchos de ellos rodean el helicóptero, sin atreverse a acercarse del todo, manteniendo cierta distancia de seguridad. Los niños que estaban en el río se aproximan ahora a nosotros, dirigiéndose a mí, y es que les llama la atención mi mono de vuelo azul, con los distintos parches que llevo bordados en pecho y brazos.

Curiosamente, lo que más capta su atención a pequeños y mayores, es mi pelo rubio y mis ojos verdes. Me agacho apoyando una rodilla en tierra y algunos de ellos lo acarician, riendo y tocándose luego el suyo.

Los hombres, fuertes, aunque bajitos, lucen sus rostros pintados con rayas rojas que recorren su frente. Semidesnudos, se aprecia que su piel oscura es fuerte, curtida por el sol.

Van descalzos, lo que me hace pensar que yo sería incapaz de ir descalzo y dar dos pasos seguidos por una selva como esta.

Al girarme hacia los vehículos que han venido por tierra, veo que en ellos viajan Skud, Snake y Patrick, acompañados por una muchacha que luego me presentaran como Paola, nuestra intérprete.

Después de entregarles los medicamentos y las variadas viandas que les traemos como obsequio, Yanú, que hace las veces de hechicero del poblado y jefe, nos invita a adentrarnos en el poblado, mostrándose tremendamente amigables.

Al cruzar las primeras chozas, veo que una de ellas está destrozada, como si un incendio la hubiera devorado, pero lo más peculiar, es que está rodeada de lanzas clavadas en el suelo y cada una de ellas lleva ensartada la cabeza de algún animal, la mayoría de ellos irreconocibles para mí debido a que solo quedan los cráneos, o como mucho, algún trozo de piel.

Mientras avanzamos por el campamento y el doctor Fisher, apoyado por Paola, intenta establecer diálogo con Yanú, Ivanova me relata la historia de esa vivienda. Parece ser que gracias a ese relato descubrieron la araña que nos presentaron en la charla de bienvenida

que inoculaba sus crías en un huésped, animal o humano, para que se alimentaran de él desde dentro. Cuando le pregunto por las lanzas, me comenta que los indígenas creen que el pobre desgraciado que sufrió la picadura fue poseído por uno de los demonios de Dratnu Dua y que la manera que tienen ellos de evitar que esos espíritus malignos abandonen los restos de la choza es mediante esas lanzas, de ahí que no la vuelvan a reconstruir.

-Como ves, en todo relato hay algo de cierto, de ahí que sea tan importante que nos cuenten sus historias. De algunas podemos sacar información que puede ser vital para nuestras investigaciones -dice Ivanova.

Mientras me habla, me hace recordar la conversación que tuve con la chica de la cafetería de Surskies, el día que me regaló la piedra que llevo colgada de mi cuello.

Al final tenía razón, en toda historia hay algo de cierto, la virtud es saber extraer lo que hay de cierto en estas historias.

CAPÍTULO 21

APARENTE TRANQUILIDAD

Fisher tiene una habilidad innata para conectar con las personas. Al poco rato de estar sentados en una de las viviendas cilíndricas, veo tanto a Yanú como a Fisher reír y mantener un diálogo, siempre apoyados por Paola, como si se conocieran de toda la vida.
Mientras que ellos hablan, me doy una vuelta por el poblado. A lo lejos veo a Skud, que está junto a algunos de los indígenas, observando una pequeña empalizada que se encuentra al norte. Comparándolos con él, aún se ven más diminutos. Me dirijo hacia allá y, conforme me voy acercando, me doy cuenta de que está hablando con ellos en su propio dialecto.
-¿Sabes hablar su idioma? –pregunto algo sorprendido, cuando llego a su altura.
-No, solo un poco. En estos meses que llevo aquí, Paola me ha estado enseñando –contesta humildemente-. Les estaba preguntando, el motivo de la empalizada.
-¿Qué te han dicho?
-Creo que no los he entendido bien –contesta.
-¿Por qué lo dices?
-Porque por lo que les he entendido, la utilizan para protegerse de las iguanas… -contesta. Volviendo a preguntarles, ellos asientan con la cabeza.
-Bueno, yo una vez vi un documental donde aparecían unas iguanas cubanas que medían unos dos metros, pero para nada eran peligrosas para el hombre –digo con una sonrisa-. ¿No los habrás entendido mal? ¿No te habrán dicho caimanes en vez de iguanas?
Skud se agacha, poniéndose a la altura de uno ellos, aun así, su corpulencia duplica la de estos hombrecillos. Veo cómo gesticula con las manos, hablando despacio, intentando hacerse entender. Girándose hacia mí, mueve la cabeza de un lado a otro.
-Insisten en que son iguanas gigantes, que empezaron a aparecer hará unos diez veranos –explica Skud y continúa traduciendo con algo de dificultad conforme el pequeño guerrero va hablando-. Dice que son mucho más peligrosas que los caimanes, mucho más rápidas y cuando ataca una, rápidamente suelen aparecer más.
Cuando Skud termina de hablar, el guerrero nos hace indicaciones con la mano para que le sigamos. Se desplaza hacia un foso que hay junto a la improvisada empalizada, hecha esta de una maraña de afilados palos y ramas repletas de espinas. Flanqueando la empalizada se encuentran varias antorchas, que ahora mismo se encuentran apagadas y que no sabemos si las utilizan para iluminar la zona de

noche o para espantar a los posibles depredadores. Conforme nos vamos acercando, un olor nauseabundo se respira en la atmósfera. Al llegar al foso me quedo atónito. Miro a Skud y él, al igual que yo, se queda helado.

-Pero ¿qué? –son sus primeras y únicas palabras, al mirar a la bestia que se encuentra en el foso.

Efectivamente, aquello se parece mucho más a una iguana que a un caimán, pero su tamaño es enorme, unos tres metros, desde la cola a la cabeza. Su cabeza, del tamaño de un balón de futbol, está armada por una potentísima dentadura. Sus ojos son de un rojo intenso, recordándome a la mirada de aquella diabólica rata que me observaba hace unos días.

Abatida por varias lanzas, indudablemente, está muerta. Su carne invadida por gusanos y moscas, que ya se ha empezado a pudrir, deja entrever sus intestinos y desprende un olor horrible. A pesar de este pestilente olor, nuestra curiosidad y asombro nos hace mantenernos allí. Me introduzco con cautela en el foso para tocar su cola de intenso color verde, parecida a la de un fantástico dragón y coronada por una enorme cresta. Skud me frena agarrándome por el hombro, sintiendo la fuerza de sus enormes manos nada más agarrarme. No debes tocarla hasta que los científicos la estudien, ya que, si está infectada por G21, y es obvio que lo está, podría ser peligrosa incluso muerta.

Esto me hace replanteármelo, retrocediendo sobre mis pasos sin dejar de mirarla. Justo cuando voy a salir del foso, mi pie derecho resbala, precipitándome sobre la afilada cresta de esa endemoniada iguana.

Ahora no es una, sino dos las manos que me agarran, levantándome y sacándome en volandas como si fuera un pelele. Una vez fuera del foso y sentado en el suelo, miro a mi alrededor y veo a los indígenas riéndose de mí, y la verdad es que no se lo reprocho, porque ha debido de ser cómico.

-Te debo una cerveza –digo a Skud, todavía sentado en el suelo. Este me ofrece la mano, ayudándome a levantarme.

-¿Os divertís? –dice a voces una voz femenina que se está aproximando por detrás nuestra.

Girándonos, vemos a Ivanova junto a Fisher y todo el séquito que acompaña a Yanú, aproximándose a nosotros.

-Creo que deberíais ver esto –dice Skud.

Al llegar al foso, se quedan tan asombrados como lo estuvimos nosotros hace un instante.

-¿Qué demonios? –son las primeras palabras que pronuncia Fisher.

Este se apresura en localizar a Paola para que interrogue a Yanú sobre la iguana.

Mientras tanto, veo que también llegan a nuestra posición Kosuke y Snake.

Kosuke está tomando distancias con un telémetro láser.

-Uno doscientos hasta aquellos árboles –dice Kosuke a Snake, el cual está apuntando su fusil en esa misma dirección, observando a través de su mira telescópica.

Vuelvo a centrarme en el grupo de Fisher y oigo a Paola como, tras preguntarle a Yanú, les explica la historia de las iguanas.

Según la versión que nos da Yanú, estas empezaron a aparecer tímidamente hace ya bastante tiempo, pero cuando se acercaban al río, eran atacadas por los caimanes y en muchas ocasiones devoradas por estos. A veces, se veía cómo alguna se acercaba a unos cientos de metros y observaba a los caimanes, como si los estuvieran estudiando. Posteriormente su forma de actuar cambió, se volvieron mucho más agresivas e inteligentes. Desde hace unos diez veranos, empezaron a trabajar en grupos, distrayendo una de ellas a los caimanes, aprovechándose de su velocidad superior, mientras las otras devoraban los huevos de estos o se comían a sus crías.

Paola se esfuerza por darnos una versión coherente de lo que Yanú le va contando a su modo, transformando lo que él considera veranos, en lo que nosotros entendemos como años, lo que para ellos son estaciones en meses, los demonios verdes en iguanas gigantes…

-Desde hace dos años, se atrevieron a atacar directamente a los caimanes adultos, pereciendo algunas de ellas en el intento, pero llegando a abatir a algunos. Estos ataques se repitieron cada vez con más asiduidad, por lo que los caimanes han terminado por abandonar esta parte del río, siendo ahora ellas las reinas de la rivera –traduce Paola.

Fisher le pregunta si han visto más animales que salgan de Dratnu Dua para cazar, además de las iguanas.

Paola nos sigue contando que, hasta ahora, los únicos animales que se han atrevido a salir de la selva maldita son estas iguanas y solo lo hacen al anochecer, atacando a los animales de esta parte de la isla que se acercan a beber a la orilla del río.

-Pregúntale, si nunca les han atacado a ellos –dice Ivanova.

-Nunca les atacaron, ni siquiera habían cruzado el río, hasta hace unos meses –traduce Paola-. Viendo la agresividad e inteligencia que estaban demostrando las iguanas, Yanú ordenó hacer esta empalizada y apostar varios guerreros a lo largo de ella, encendiendo antorchas a todo lo largo. Un atardecer las iguanas atacaron, matando a dos de sus guerreros e hiriendo a otro gravemente, amputándole un brazo. Los testimonios de los que sobrevivieron dicen que no las vieron venir hasta que decidieron atacar y, todavía había algo de luz cuando lo hicieron, jurando ante Yanú que no se habían quedado dormidos. La que veis en el foso la mataron hace una semana en el interior del

poblado. Se había colado entre los centinelas sin que ninguno de ellos la viera, por suerte, un niño vio moverse una gran cola entre las chabolas. Según contó el niño, estaba olfateando y mirando en el interior de las viviendas. El niño alertó a los guerreros y estos consiguieron matarla, pero no sin que antes infringiera graves heridas a uno de ellos.

Yanú gesticula mirando la selva, haciéndole indicaciones a Paola para que le traduzca.

-Yanú nos comenta que cuando él era pequeño, Dratnu Dua estaba mucho más lejos del poblado, pero últimamente ha crecido mucho, quedando peligrosamente cerca –traduce Paola.

CAPÍTULO 22

LAS BESTIAS

-¿Y qué demonios hacen esas mujeres y niños bañándose en el río? -pregunta Ivanova, señalando a unos niños que están jugando en la orilla del río, junto a unas mujeres que se encuentran metidas en el agua hasta la cintura, lavando diversas prendas.
-Yanú dice que jamás han atacado de día, que el río es parte de su vida. No les queda más remedio que vivir conscientes de este peligro, de otro modo, tendrían que abandonar el poblado en el que han vivido durante generaciones –contesta Paola.
Kosuke llama mi atención. Veo cómo levanta el fusil que lleva colgado a su espalda y empieza a mirar por el visor. Por la posición que adopta, Snake y Skud saben que algo está pasando. Kosuke tiene un sexto sentido y, aunque no lo consigue ver, sabe que hay algo ahí, acechando.
-Sacad a las mujeres y los niños del agua. ¡Ya! –ordena Kosuke, sin levantar un ápice la voz y sin dejar de apuntar con su fusil. Aunque sin tener un objetivo definido claro, sigue escrutando el terreno desde la orilla del río hasta la arboleda que actúa como frontera natural de la jungla.
Paola lo traduce inmediatamente a Yanú, el cual ordena a uno de sus guerreros que avise a las mujeres y niños para que salgan del agua.
-A las dos, junto a la roca amarilla –dice Kosuke a Skud, manteniendo el tono suave de voz.
-No veo nada –comenta Skud.
-A la izquierda de la gran roca gris, junto a la amarilla, pegado al suelo.
De repente, algo se mueve siguiendo el son del viento, como lo haría un camaleón y, al igual que este, lo que quiera que sea que está reptando por el suelo, ha adoptado la tonalidad del entorno que le rodea, haciéndose prácticamente invisible.
-Lo veo, pero ¿qué es? –pregunta Skud.
Patrick y Vladimir se han unido a nosotros, al ver la actitud que han adoptado Kosuke y los demás.
-Tengo a otro saliendo del agua, está a solo unos metros de los niños –dice Patrick, algo más alterado que Kosuke-. Eric, vete con Vlad. Ir arrancando el helicóptero.
-Ok, vamos –respondo.
-¡Dejar las puertas traseras abiertas! –dice Patrick, antes de que me aleje demasiado.
Cuando me dirijo al helicóptero, sin apartar mi vista de la orilla, puedo apreciar multitud de siluetas amorfas arrastrándose, pero lo que

más me inquieta es que muchas se encuentran ya a este lado del río, a pocos metros de la empalizada y en pleno día.
Me subo a la aeronave e inicio el procedimiento de arranque, mientras Vlad se queda fuera, apuntando con su fusil. El guerrero que mandó Yanú ya ha llegado a las mujeres y las está sacando del agua. Curiosamente, ha pasado a unos escasos metros de una de estas formas y ni siquiera la ha visto. La masa reptante se ha quedado completamente inmóvil pareciendo una roca. Ahora son los niños los que, abandonando la orilla, pasan por delante de ella, posteriormente lo hacen las mujeres y, por último, el guerrero que camina relajado mirando hacia abajo con su lanza paralela al suelo, sin percatarse del peligro. Vlad apunta con su fusil a la masa reptante que se encuentra justo detrás del guerrero y va acelerando sus movimientos.
Parece que le va a atacar. De repente, se escucha un sonido seco que resuena con el eco del valle.
Alguien ha disparado a lo que quiera que sea que perseguía al guerrero. Este, al oír el impacto tras de él, se gira sobre sí mismo. Asustado levanta la lanza en actitud de en guardia. Ve que la masa cubierta de barro está sangrando. Acercándose más a ella con cautela, observa que por el orificio de entrada del proyectil sale un líquido verdoso, que más que sangre parece gelatina.
Todos nos hemos quedado parados esperando ver qué sucede, incluido yo, que ya estoy dispuesto para el arranque, pero me encuentro hipnotizado con la situación. Todas las formas reptantes también se han quedado quietas, pegándose al barro, pareciendo parte del paisaje y siendo sumamente difícil identificarlas, incluso sabiendo que están ahí.
El guerrero pincha con la lanza varias veces la amorfa silueta, sin que haya la más mínima reacción. La rodea por atrás y se agacha, su mano tira de algo. Mirando hacia nosotros, levanta sonriendo una gran cola, que del color del barro va tornando poco a poco a un intenso verde.
-Son iguanas, las jodidas iguanas –dice Vladimir.
-Ahora entiendo que los guerreros no las vieran cuando atacaron el campamento. Si de día somos incapaces de verlas, imagínate anocheciendo –digo.
De repente, la iguana que tiene sujeta el guerrero por la cola, se gira en décimas de segundo, mordiéndole y arrancándole la mano. Este se queda sin reaccionar, mirándose el muñón. Una segunda iguana sale de la nada y le ataca por la espalda, saltando y mordiéndole la cabeza, aplastándosela como si fuera una sandia. De inmediato, todos los vipers abren fuego, pero, obviamente, no con la suficiente rapidez como para salvar al guerrero, que ha caído al suelo mientras dos de estas iguanas lo devoran. Su cuerpo todavía convulsionante, cada vez atrae a más de estos depredadores, que a pesar de los impactos que

reciben, siguen devorando al guerrero caído desmembrándolo con cada bocado.
-¡Arranca! –dice Vladimir, despertándome de mi trance.
Toda esta dantesca escena me ha dejado hipnotizado, pero tenemos que reaccionar, ya que el helicóptero se encuentra a unos peligrosos y escasos cien metros de la orilla.
Arranco el helicóptero y veo cómo Kosuke viene corriendo hacia nosotros.
-Dios mío –dice Vlad-. Las cabronas van a por él.
Al menos tres iguanas lo van persiguiendo a gran velocidad, a bastante más velocidad de lo que corre Kosuke.
-¡Sube! –grito alterado por la interfonía. Vlad está disparándole a unas y a otras. Aparecen por todos los flancos, como si realmente hubieran tramado una emboscada.
En cuanto se sube al peldaño derecho, levanto el helicóptero del suelo, manteniéndome a unos tres pies y dejando el costado derecho hacia la orilla del río para que Vlad pueda hacer puntería contra las iguanas que cada vez están más y más cerca, atacando todas a la vez. Desplazo el helicóptero hacia Kosuke que no deja de correr hacia nosotros sin mirar atrás. No va a ser suficiente, una iguana salta sobre él, pero cae abatida a sus pies. Kosuke salta sobre ella, sin parar a ver qué o quién la ha abatido. Cuando llego a su altura, giro el helicóptero para darle el costado izquierdo, provocando que Vlad casi caiga de la aeronave, ya que no le ha dado tiempo a atarse. Kosuke salta directamente al interior del helicóptero, pero en ese momento otra iguana salta tras él y hace que la aeronave se balancee peligrosamente a la izquierda. El patín izquierdo llega a golpear en el suelo y el rotor principal queda a escasos centímetros de este. Las potentes garras de la iguana se clavan en una de las coderas de kevlar del uniforme de Kosuke. Este, lucha desesperadamente por mantener la mandíbula alejada de su cara. El helicóptero se balancea a un lado y a otro. Para mí, es sumamente difícil mantenerlo estable con la iguana moviéndose, pues intenta meterse en el interior y golpea con su cola en los esquíes, llegando a romper, en uno de los latigazos de su musculosa cola de metro y medio, la ventana izquierda del copiloto. Intento ganar altura mientras que Vladimir, que ha quedado medio colgado del esquí derecho, lucha con todas sus fuerzas por incorporarse. Kosuke saca un cuchillo que lleva en su pierna derecha, mientras mantiene con dificultad la mandíbula babeante de la iguana a pocos centímetros de su cara, intenta clavar su cuchillo repetidas veces sobre los ojos de la iguana, fallando en la mayoría de intentos, hasta que en uno de ellos consigue clavarlo hasta la empuñadura en el ojo de la bestia; le salpica en la cara el líquido viscoso que se desprende de la herida. La iguana va perdiendo fuerza poco a poco, hasta que su cuerpo cede

completamente, dejándose caer. Kosuke se da cuenta de que la garra ha quedado enganchada en su codera, arrastrándolo al vacío con sus más de doscientos kilos, lo que supone una muerte segura, ya que ahora mismo estamos a unos veinte pies del suelo.

Una mano amiga consigue agarrar a Kosuke por las cinchas que cruzan su espalda. Vlad, con sus piernas apoyadas en el marco de la puerta corredera del helicóptero, está ejerciendo una fuerza sobrehumana para mantenerlo dentro, gritando desesperadamente por el esfuerzo. Mirando por encima de mi hombro, me percato de la situación y alabeo el helicóptero hacia la derecha para facilitarle la labor a Vladimir. Kosuke arranca su cuchillo del ojo de la iguana y corta la garra atrapada en su codera, no sin dificultad. Finalmente, el animal cae al borde del río.

Estabilizo el helicóptero, dándole tiempo a Vlad y Kosuke a prepararse. Ambos se atan rápidamente, ocupando Kosuke el costado izquierdo y Vlad el derecho.

-¿Has sido tú el que ha abatido a la iguana que me perseguía? –pregunta Kosuke a Vlad, una vez conectados a la interfonía de la aeronave.

-El mismo. En el jodido ojo –responde Vlad-. Es la única manera de matarlas a la primera, pero he perdido mi fusil cuando casi me caigo.

-Toma el mío, te debo un par de cervezas –dice Kosuke, entregándole su fusil de asalto-. Eric, ¿me copias?

-Sí, dime –respondo, con mi voz visiblemente alterada.

-Lo has hecho bien, a ti te debo un zumo. Ahora tenemos que apoyar a los de tierra, intenta mantener esta altura, dándole ángulo de tiro a Vlad. Acércate a la empalizada por el lado del río, las vamos a atacar por detrás.

-Ok –respondo, mientras mirando hacia el poblado veo cómo las iguanas los están atacando desde todas direcciones, rodeándolo por detrás.

En cuanto posiciono el helicóptero en vuelo estacionario, Vlad empieza a disparar, sin errar un solo disparo, a pesar de que las iguanas no paran de moverse. Muchos de estos disparos no parecen ser efectivos, al menos, no las frenan en absoluto.

-Base uno de Hornet, Base uno de Hornet.

-Adelante, Hornet.

-Solicitamos ayuda de inmediato, estamos siendo atacados.

-Roger Hornet. Hemos sido informados, equipos dos y tres están en camino. Estimada en cinco minutos.

-Copiado Hornet.

Abajo, la situación se está agravando por momentos. Algunas de las iguanas han conseguido sobrepasar la empalizada. Skud y Patrick están ya a escasos metros de ellas. Fisher y el resto se han adentrado en el poblado, protegidos por Ivanova. Snake y algunos guerreros han formado un círculo defensivo con sus lanzas, dejando en el centro a ancianos, mujeres y niños. Desde aquí arriba, vemos cómo cuatro iguanas han conseguido rodear el poblado, ocultándose detrás de las chabolas y actuando como una manada de leones; esperan el mejor momento para atacar, mientras las otras empujan a sus víctimas hacia ellas.

Kosuke me indica que me dirija al sur del poblado. Al sobrevolarlo, el guerrero japonés tira un par de bengalas sobre los tejados de las chabolas en las que se están ocultando las iguanas. Enseguida estos prenden, produciendo un incendio que, beneficiado por el viento racheado, se va reproduciendo rápidamente de unas viviendas a otras. Esto hace retroceder a los depredadores, pero la situación se complica, pues el fuego se transmite demasiado rápido por las pavesas e incendiando unas viviendas a otras, casi de inmediato.

Elevo el helicóptero para evitar que el aire que desprende el rotor avive aún más el fuego. Se ha creado una barrera de humo que me impide ver dónde están y, lo que es más, ya casi no vemos a Patrick y Skud, lo que no es bueno.

Las iguanas se han alejado, pero solo unos metros, como si supieran que se van a ver obligados a salir de allí y los estuvieran esperando.

-Eric, ¿me copias? –interroga una voz femenina que identifico inmediatamente como Ivanova.

-¡Adelante Sveta! ¡Te copio!

-No vemos nada, ¿nos podéis guiar desde arriba?

-No os tengo a la vista, pero lo intentaremos –respondo.

Mirando hacia abajo, veo que la única escapatoria viable ahora mismo es al sureste, pero parece que las iguanas también lo saben, porque la mayoría han abandonado la zona de la empalizada y se empiezan a concentrar por las únicas salidas posibles, pegándose al suelo y cambiando de nuevo su color, mimetizándose con el terreno y haciéndose casi invisibles.

-Bájanos a tierra –dice Kosuke.

-Pero si os bajo, no tendréis ninguna posibilidad. –respondo alterado.

-Si no nos bajas, serán ellos los que no tendrán ninguna posibilidad. Debemos abrirles una vía para que intenten llegar a los vehículos.

-Estoy listo –responde Vlad sin dudar.

-Vipers, de equipos dos y tres, ¿nos copiáis? –interrumpe una voz por radio.

Inmediatamente desde mi consola, les paso a Kosuke y Vlad su caja de interfonía a modo radio, para que puedan salir al aire.

-Hawk uno, aquí viper dos, danos tu posición –interroga Kosuke.

-Estamos llegando. Menos de un minuto para contacto.

-¿Traéis lanzagranadas? –dice Kosuke.

-¿Lanzagranadas? –pregunta algo desconcertado Hawk uno.

-Afirma, con estas bestias la fusilería no sirve, tendréis que atacar con lo más fuerte que tengáis y debéis hacerlo ya, estamos totalmente sobrepasados –responde Kosuke.

-Copiado

-No las vais a ver, así que según lleguéis, dispararle a lo que parecen rocas al sureste del poblado. Así se camuflan –informa Kosuke.

-Roger –contesta Hawk uno, tras unos segundos para asimilar la información.

Al momento, aparecen varios Hummers, destrozando los arbustos que se encuentran a su paso y disparando a las rocas y las que no lo son. Parece que las iguanas saben que están en inferioridad y no intentan hacerles frente, sino huir, pero en la mayoría de los casos para ellas es demasiado tarde, ya que, desde los techos de los vehículos, expertos tiradores abren fuego contra ellas, ahora mucho más visibles cuando echan a correr hacia el río.

Con una munición mucho más potente de la que habíamos utilizado hasta ahora y una cadencia de fuego también superior, los impactos son demoledores. Las doce setenta las destrozan y las que consiguen huir al río son abatidas con un lanzagranadas que se encuentra también montado en el techo de uno de estos vehículos. Solo unas pocas consiguen escapar, ocultándose rápidamente en la densa jungla.

-Sveta, ¿me copias? –interrogo por la radio del helicóptero, mientras orbito alrededor del poblado-. Sveta, ¿me copias?

-Adelante –dice tosiendo.

-Debéis intentar orientaros y salir por el sureste, es la única vía posible.

- Ok, copiado.

Sobrevolando el poblado, veo cómo dos vehículos que han estado escuchando nuestra conversación por radio, se acercan a la salida sureste del poblado. De ellos bajan varios soldados con extintores y pulverizan sobre un par de viviendas, intentando facilitarles la huida.

-¡Mirar, allí! –dice Vlad, casi gritando.

En cuanto cierro mi órbita a derechas, puedo ver cómo empiezan a

salir del poblado varios indígenas, algunos de ellos heridos. Poco después, veo a Ivanova, Fisher y Snake. Más tarde es Skud el que sale. Transporta a alguien a sus espaldas, pero en ese momento dejo de verlos, ya que el humo interfiere entre ellos y nosotros.

-Hornet de equipo Hawk, ¿nos podéis dar desde ahí arriba si el área es segura? –interrogan por radio.

-Espere –contesto.

Tras mantenerme en estacionario a unos cien pies de altura y girando el helicóptero sobre mi posición, vemos cómo las que quedan, muchas de ellas gravemente heridas, salen por la cara norte del río, ocultándose rápidamente en la selva.

-Afirmativo Hawk, las iguanas restantes están huyendo hacia la selva.

-¿Iguanas? ¿Eso eran iguanas? –contesta incrédulo el líder del equipo Hawk-. Ok, recibido Hornet, gracias.

CAPÍTULO 23

ERRORES APRENDIDOS

Tras un vistazo por las ventanillas de la aeronave, podemos ver cómo los vehículos y soldados que han llegado por tierra han formado una defensa perimétrica. Tras hacer varias órbitas comprobando que la zona es segura para la toma, iniciamos aproximación a la cara sureste del poblado, más o menos, en la misma posición que habíamos tomado anteriormente. Cuando nos encontramos en corta final, veo cómo van llegando más vehículos, ahora con soldados de Doyle y algunos científicos.

Como la vez anterior, a pocos metros del terreno, el helicóptero vuelve a levantar una gran polvareda, dejando una gran nube anaranjada alrededor de este que permanece en suspensión hasta un rato después de parar el rotor. Cuando bajo de la aeronave hago una pequeña inspección de componentes, abro algunas trampillas que me dan acceso al motor y la transmisión, así como a los distintos niveles de aceite o hidráulico, sin observar ningún desperfecto aparte de que todo está lleno de polvo naranja. Realizando ahora una inspección externa de la aeronave, me doy cuenta de la ventana del copiloto destrozada y varias abolladuras en la estructura, producidas por los golpes de la musculosa cola de la iguana. Los colores amarillos y negros de la aeronave se han tornado en un solo color, el naranja.

Esto no le va a gustar a Ronaldo.

Vlad, que se encuentra a unos metros del helicóptero, recoge algo del suelo, sacudiendo el polvo anaranjado que ahora lo cubre prácticamente todo.

-Te has portado bien, pero me parece que aquí tendré que sacar a tu hermano mayor –dice cómicamente Vlad al fusil que ha recogido del suelo. Mientras se acerca, lo va limpiando, tratándolo como si de una novia se tratara.

-¿Qué hablas, Vlad? –pregunto entre risas.

-Le estaba diciendo a mi pequeño que tendré que coger a su hermano mayor –dice bromeando-. La próxima vez saldremos con el Barret. Ya veremos si esas hijas de perra se vuelven a acercar.

-Lo que me preocupa no son estos bichos, sino, lo que pueda haber oculto en esa jungla –dice Kosuke, que viene limpiando el cuchillo en el pantalón de esa gelatina viscosa que desprendía la herida de la iguana.

-¿Serían ellas las que nos estaban vigilando el otro día en el claro del bosque? –pregunto.

-No, no creo. Fuera lo que fuese aquello, era mucho más grande que uno de estos reptiles. Solo vi sombras y movimientos de los árboles,

pero juraría que era bípedo, creo que caminada erguido –responde Kosuke, mientras coge el fusil que le devuelve Vlad y hace recuento de munición.
-¿Qué tal estáis chicos? –pregunta Ivanova, mientras se aproxima a nosotros.
-Bien –responde Kosuke-. ¿Cómo estáis vosotros? Hemos visto a Skud transportando a un herido.
-Sí, es Patrick. Está bien, solo recibió el impacto en el pecho de una de esas iguanas. Ahora estamos recogiendo algunas de las que han caído abatidas para estudiarlas en el laboratorio.
-¿Habéis conseguido capturar a alguna viva? –pregunta Kosuke.
-Hemos pillado una, pero está casi muerta. Ya veremos si la conseguimos trasladar con vida al campamento.

Mientras nos acercamos al poblado, podemos ver que ha quedado totalmente devastado por el fuego. Yanú, al igual que el resto de los indígenas, observan impotentes cómo se queman las últimas viviendas.
-¿Qué va a pasar con ellos? Hemos llegado nosotros y en cuestión de unas horas les hemos destrozado el lugar que habitaron sus antepasados durante siglos –comento sarcásticamente, aunque ligeramente preocupado por el futuro de esa gente.
-Si no hubiésemos llegado nosotros, tarde o temprano las iguanas hubiesen acabado con ellos –responde enérgicamente Ivanova-. De todas formas, Fisher ya lo está organizando para que le instalen su poblado a la ribera de un río que discurre a unos ocho kilómetros al sur. Será algo más moderno del que tenían hasta ahora, pero estarán más seguros.
Avanzando entre humo y cenizas vemos uno de los reptiles abatido junto a la empalizada.
-Son duros de verdad –dice Vlad, apuntándole con su fusil.
-Al menos tiene doce impactos que podamos ver y un par de lanzas clavadas –comenta Kosuke.
-Este reptil es aún más corpulento que el que vimos en el foso –termina la frase Vlad.
Nos situamos alrededor de la bestia Ivanova, Vlad, Kosuke y yo, estudiándolo, observando sus garras, su enorme mandíbula, su cresta que termina en afiladas púas, su piel que es una perfecta armadura y sus terribles ojos enrojecidos, que parece que te estén mirando allá donde vayas.
Me agacho para ver mejor sus ojos. Estos me tienen hipnotizado, a la vez que intrigado. Súbitamente, el reptil alza su cabeza, haciéndonos retroceder a todos. A mí me hace caer sobre mi trasero, por segunda vez en el día. Su movimiento se ha limitado solo a eso, un pequeño

giro con la cabeza, volviendo a reposarla suavemente en el suelo tras un pequeño bufo, que parece ser su último aliento. Esputa algo que debe de ser sangre mezclada con babas, probablemente llenas de bacterias, haciendo su mordedura aún más peligrosa.
Vlad lo está encañonando, apuntándole directamente a uno de sus ojos y Kosuke ha sacado su cuchillo en décimas de segundo, dispuesto a clavárselo, pero se detienen al ver la mano de Ivanova levantada.
-Esperar –dice la doctora-. Si tiene algo de vida, nos puede ser mucho más útil para nuestros estudios que muerto.
Ivanova realiza una señal a unos científicos que se encuentran a unos metros para que se encarguen de recoger el reptil, advirtiéndoles que aún está vivo, lo que les hace mantener la distancia de inmediato, esperando a que lleguen los soldados de Doyle y sean ellos los que se hagan cargo del animal.
Conforme se va despejando el humo, podemos tener una mejor visión del terreno que nos rodea. Allí nos damos cuenta de que esto ha sido una emboscada en toda regla, hay iguanas muertas o huellas de haber estado allí por todas las posibles vías de escape del poblado. Si no hubiese sido por Kosuke y su sexto sentido, cuando nos hubiésemos dado cuenta, habría sido demasiado tarde.
-¿Todos bien? –pregunta Fisher, que se ha aproximado por nuestra espalda acompañado de un científico más joven, que va apuntando en una pequeña tablet todo lo que Fisher le va dictando.
-Sí, doc, todos bien. ¿Ha habido alguna baja? –interroga Kosuke.
-Ninguna nuestra, pero han fallecido dos guerreros de Yanú y tenemos a otro gravemente herido, que está siendo trasladado ahora mismo en un vehículo medicalizado al campamento, aunque viendo las heridas que tenía, dudo mucho que sobreviva.
-Disculpe doctor –interrumpe muy educadamente el joven científico que lo acompaña y en un tono tan bajo que es casi inaudible para nosotros.
-¿Sí? –responde Fisher.
-Es el señor Major. Le requiere inmediatamente en la base –contesta en el mismo tono.
-Pásame el teléfono –dice Fisher, extendiéndole la mano.
-Lo, lo siento doctor, pero me ha preguntado si estaba con usted. Me ha dicho que le dijera que tanto usted como su equipo volvieran inmediatamente al campamento y me ha colgado –dice el joven, agachando su mirada tímidamente hasta el suelo.
-Major, ese jodido chupatintas -dice Fisher, pensando en voz alta y en un tono notablemente alterado-. Está bien chicos, volvamos al campamento. Por lo menos, ahora empezamos a saber a lo que nos podemos enfrentar cuando nos adentremos en esa jungla. Nos deberemos preparar mejor.

CAPÍTULO 24

¡DISPARA!

15:15 horas.
Alrededor de una gran mesa rectangular esperamos un grupo bastante ambiguo de personas. Como si de los grupitos que se forman en los recreos de los colegios se tratara, a un lado de la mesa, se encuentra un grupo de científicos debatiendo datos con las vistas fijas en sus ordenadores; al otro, los vipers, donde he sido acogido y donde comentamos la batalla contra las iguanas y su modo de atacarnos. En tierra de nadie, presidiendo uno de lados más alejados de la mesa, Ivanova junto a Fisher, hablando en voz baja lo que quiera que sea que estén susurrando.
-¿Has utilizado alguna vez un arma de fuego? –pregunta Kosuke.
-Sí, todo tipo de armas. He disparado con fusiles de asalto, fusiles de francotirador, escopetas de caza, armas cortas… Mi padre y mi abuelo eran militares.
-Bien, algo me imaginaba. Lo he estado hablando con Fisher y, aunque lo tengamos que hacer a escondidas, cuando estemos por ahí fuera creo que sería conveniente que al menos llevases una pistola.
Sin saber muy bien qué ha querido decir con ese "*algo me imaginaba*", le respondo.
-Me parece bien –respondo, sin saber muy bien qué ha querido decir con ese "*algo me imaginaba*".
-Hay un campo de tiro en el campamento. Primero iremos a hacer unas prácticas para ver qué tal te desenvuelves.
El sonido de una puerta de la sala abriéndose, interrumpe nuestra conversación.
-Buenas tardes –dice un hombre de semblante serio que acaba de entrar en la sala, acompañado por otro algo más bajito y regordete, el cual porta un maletín que le da al primero nada más sentarse este, en el lado opuesto de la mesa al que se encuentra Fisher e Ivanova-. Mi nombre, para quien no me conozca, es Jack Major. Soy el máximo responsable de todo lo que suceda en la isla. Una vez dicho esto y para aclarar cualquier tipo de duda o comentarios que puedan circular por la base, quiero que quede claro que el desagradable suceso de esta mañana ha sido provocado por un grupo de animales enfermos, contagiados por algún tipo de virus que todavía estamos estudiando y que espero que nuestros científicos identifiquen en breve.
Mientras habla, hace una señal al hombre que le acompañaba al entrar en la sala y que ha permanecido de pie, manteniéndose como a un metro detrás de Major. En cuanto percibe la señal, este se apresura a abrir el maletín que se encuentra en la mesa junto a la mano izquierda de Major, pero que me imagino debe ser un gran esfuerzo para él

abrirlo, por eso debe hacerlo su ayudante. El regordete ayudante se apresura a sacar del maletín una serie de carpetas. En cada una de ellas vienen escritos nuestros nombres, posicionándolas unas al lado de las otras, todas ellas perfectamente alineadas y tomándose su tiempo para hacerlo, mientras guarda silencio.
-Bien, como todos ustedes saben, antes de venir aquí firmaron con NORVIX una serie de documentos de confidencialidad, por lo que se comprometían a ser estrictamente escrupulosos a la hora de guardar silencio sobre cualquier información a la que puedan acceder por el puesto que ocupen. Por otro lado, de cualquier situación en la que se vean envueltos en una de sus misiones. ¿Le queda esto claro a su equipo, doctor Fisher? –pregunta Major, de manera arrogante y plenamente autoritaria.
-Señor Major, está tratando con profesionales y ya nos quedaba a todos bastante claro antes de esta reunión. Quizá hubiésemos sido de más utilidad permaneciendo en el poblado, ayudando a los científicos que allí se han quedado tomando muestras o investigando qué tipo de virus les ha afectado a esos reptiles –responde Fisher, mirándole fijamente a los ojos y puntualizando sarcásticamente con su tono de voz la palabra "virus".
La tensión en el ambiente se podría cortar con un cuchillo, lo que hace que los científicos que se encuentran frente a nosotros metan aún más sus cabezas en sus portátiles, ocultándose tras ellos como si de parapetos se trataran. Por el contrario, Vlad y Snake parece que estén disfrutando de la contienda verbal.

Tras una breve pausa, en la que se puede escuchar perfectamente el sonido de los teclados de los ordenadores, Major se dirige a Kosuke.
-¿El señor Patrick Thompson? ¿Cómo es que no lo veo en esta sala? –pregunta, volviendo a su arrogancia inicial.
-Como usted debería saber, ha sido atacado por uno de esos "*reptiles enfermos*". Ahora mismo, se encuentra en observación en el centro médico –responde el japonés, mostrando también algo de ironía en sus palabras, pero sin llegar a levantar su tono de voz y, por supuesto, sin dignarlo con su mirada.
-Bien -responde algo dubitativo, mostrándose ahora algo más inseguro, bajando su mirada y cogiendo varias carpetas de las que le ha dejado su ayudante sobre la mesa.
Tras rebuscar entre ellas, ahora su atención se dirige a mí.
-¿Señor Orcan? –pregunta, buscándome con la mirada a lo largo de la mesa.
Me identifico, moviendo ligeramente la cabeza, aunque no debe ser muy difícil localizarme en un grupo de diez personas, siendo el único que va vestido con un mono de vuelo y con los galones amarillos de

comandante sobre mis hombros, lo cuales, resaltan aún más su brillante color sobre el fondo azul de mi traje de vuelo.
-¿Cómo se encuentra el helicóptero? ¿Ha sufrido algún daño?
-Tiene pequeños desperfectos, pero ya se han solicitado los repuestos y esperamos que en veinticuatro o como máximo cuarenta y ocho horas, estén en el puerto de Panamá para ser trasladados aquí.
-Esperemos que así sea, ya que su empresa se comprometió con nosotros a que la aeronave estaría operativa ante cualquier percance en menos de cuarenta y ocho horas.
-¿Cualquier percance incluía que te saltara al helicóptero una iguana de más de tres metros, golpeando con su cola la estructura de la aeronave e intentando comerse a uno de sus ocupantes? –respondo mirando mis nudillos.
-Bueno, como usted sabrá, eso no puede aparecer en su informe –responde con una sonrisa forzada, queriendo hacer una broma que ninguno de nosotros acompaña.
-Bien, pero como usted sabrá, debo enviar un informe a mi empresa, justificando los desperfectos del helicóptero.
-Está bien, creo que todos debemos poner de nuestra parte para que esto funcione, ya hablaremos al respecto –comenta Major, mientras su mano derecha tamborilea sobre la mesa, dirigiendo su mirada hacia las carpetas.

En un tono mucho menos altivo que al inicio, diría más bien intentando ser amigable, se vuelve a dirigir a todos nosotros.

-Bueno señores, con ustedes ya he terminado, les rogaría que abandonaran la sala. Por favor, el equipo científico quédense.

Una vez fuera del edificio, veo a Vlad y Snake por delante mía riéndose, probablemente comentando lo que ha pasado allí dentro.
-¿Qué vas a hacer? –pregunta Kosuke.
-Pues tenía pensado darme una ducha y luego ir a comer algo.
-Ok, nosotros vamos a preparar el equipo por si saliera una nueva misión y luego iremos a comer algo. Si quieres, esta tarde quedamos y probamos algunas armas cortas para ver cuál se te adapta mejor.
-Bien, eso estaría bien.
-¡Eric! –dice Skud, llamando mi atención-. Buena maniobra la que hiciste con el helicóptero. Fue divertido ver a Vlad colgando del patín.
-Sí, parecía una garrapata agarrada a la oreja de un perro –comenta Snake entre risas.
-Pero ¿es que pudisteis verlo en medio de aquella batalla con las iguanas? –comento, asombrado por la sangre fría que han demostrado.
-¿Perdernos cómo se envenenaba uno de esos bichos si le hubiese mordido el culo? ¡Jamás! –comenta Snake, vociferando entre carcajadas.

Lo que a Vlad también provoca la risa.
-La verdad es que lo hiciste bien Eric –dice Skud.
-…para ser un jodido civil -dice Snake bromeando.

18:32 horas.
Una tenue música suena de fondo. Conforme mis ojos se van abriendo, voy reconociendo la habitación. Miro a mi izquierda y veo a Rocío con una dulce sonrisa.
Es una foto que tengo en la mesita de mi estancia, justo al lado de la cama. Junto a ella se encuentra mi móvil, moviéndose y vibrando, iluminando parcialmente la habitación. Mi cerebro reacciona, instantes después lo hace mi cuerpo. Me incorporo en la cama y cojo el teléfono que está a punto de caer de la mesita.
-¿Kosuke? –interrogo nada más descolgar.
-El mismo –dice él-. ¿Te quieres venir al campo de tiro?
-¿Nos vemos allí en unos diez minutos?
-Ok, nosotros estamos ya aquí. Ven cuando quieras.

Diez minutos más tarde estoy en la puerta del campo de tiro.
Este es un hangar enorme. En la puerta de entrada puedes leer carteles, tanto en inglés como en español, con las medidas de seguridad que se deben de adoptar en el campo de tiro. En una pequeña recepción, una chica me pregunta si tengo cascos insonorizadores, ofreciéndome unos.
Paso la recepción y me encuentro un largo pasillo con varias puertas, lo que me hace dudar hacia dónde dirigirme.
-¿Vas a cortas o largas? –pregunta la chica de recepción.
-¿Cómo dices? –respondo.
-¡Está con nosotros Liz!–dice Kosuke, que acaba de abrir una de las puertas del pasillo.
-Bien –responde la chica con una sonrisa.
-Por aquí -dice Kosuke, indicándome que le siga-. Es que este campo de tiro está divido en sectores para armas cortas o largas.

Al entrar en la sala, veo que está el equipo al completo, incluido Patrick que ya se ha incorporado, aunque se le nota todavía algo demacrado. Junto a ellos, preparando su arma está Ivanova, y cuál es mi sorpresa, con ella se encuentra Eva, la chica española.
-Vaya Eva, ¿tú no te ibas? –pregunto.
-Sí, así era, pero la ayudante de la doctora Ivanova ha contraído algún tipo de enfermedad tropical y la han tenido que evacuar a un hospital de Panamá. Mientras que se recupera alargaré mi estancia, ocupando temporalmente el puesto de su ayudante.

-Bien, ¿no? –pregunto-. Entiéndeme, no por la enfermedad de su ayudante que lo debe estar pasando mal, sino por ti, que debe ser una gran oportunidad.
-Sí, para mí estar aquí es una oportunidad única, aprender directamente de la doctora Ivanova es un lujo.
-¿Qué haces con ella?
-Fundamentalmente analizar tejidos, muestras de sangre, archivar documentación…
-De momento, no tiene autorización para salir al campo, le toca trabajo de gabinete –dice Ivanova, a la vez que se acerca a nosotros, queriéndome dejar claro que ella no está informada de todo lo que sucede aquí.
-Entiendo. Bueno, todo llegará.
-Si sigue así, es posible que la semana que viene hagamos una pequeña incursión en la que ella participe, en tal caso, ya le informaríamos de las medidas de seguridad que debe adoptar cuando estemos ahí fuera –dice guiñándome un ojo, mientras que le da la espalda.
Vlad se acerca a mí.
-Déjame ver tu mano. Buenas manos, ¿todo lo tienes así? –comenta entre risas-. ¿Eres diestro o zurdo?
-Diestro – respondo.
-Prueba con esta –dice, entregándome una Beretta 92-. Aquí tienes unas cuantas armas para que veas cuál se ajusta mejor a tu forma de tirar. ¿Dónde la vas a llevar cuando vueles?
-Tengo un chaleco de vuelo del ejército que era de mi padre. Lleva una funda de extracción rápida, creo que servirá –contesto.
-Entonces no debería ser muy grande. Aquí tengo una Glock, una Sig Sauer y una A100, por aquello de que eres medio español. Prueba luego con ellas.

Hay diez cabinas para diez tiradores. Una vez que Vlad me explica las normas de seguridad, me dice que me dirija a la primera cabina. Allí me entrega un par de cargadores y aleja diez metros un blanco con forma de diana.

-Cuando estés listo introduce el cargador, lleva la corredera atrás y no la acompañes, simplemente suéltala sin dejar de apuntar hacia delante, quítale el seguro y puedes empezar a discreción.

Mirando ligeramente hacia atrás, veo que todos están pendientes de mí. Esperando ver si es verdad que tengo destreza con el arma.

Me tomo mi tiempo para focalizar el objetivo y ralentizo algo mi respiración. Sin dejar de mirar el objetivo, apuntando el arma ligeramente hacia delante y hacia el suelo, ejecuto los movimientos que me ha recordado Vlad, introduciendo el cargador y metiendo un cartucho en la recámara al desplazar la corredera. Busco con el pulgar

el seguro del arma, desbloqueándola. Agarro la empuñadura con ambas manos, controlando mi respiración y levantándola ligeramente por encima del centro del objetivo. Conforme la voy bajando suavemente, voy enrasando el alza con el punto de mira hasta que estos se alinean con el centro del objetivo. Acariciando el gatillo se produce el primer disparo; este llega casi a sorprenderme. Desencaro el arma para tener una mejor visión del blanco y puedo ver que el tiro ha sido perfecto, justo en el centro.

Bajo ligeramente el arma para posteriormente volver a subir sobre el objetivo. Justo cuando encaro de nuevo el centro, vuelvo a disparar. Esta vez, continúo disparando hasta vaciar el cargador. Al terminar de disparar, oigo varias voces tras de mí.

-¡Guau! ¡Tío, eres una máquina! –dice Snake a voces.

-Yo más bien diría, la suerte del principiante –replica Patrick.

Kosuke e Ivanova que se encuentran junto a ellos, no dicen nada.

-Veamos qué tal lo haces a veinte –dice Vlad, a la vez que pulsa el panel que mueve el blanco, acercándolo hacia él para cambiarlo por uno nuevo y volver a alejarlo, ahora a una distancia de veinte metros.

-¿Me pasas la Astra? Era la que tenía mi padre, quisiera probar con ella –pregunto a Vlad.

-Aquí la tienes. Esta es una nueve milímetros parabellum. El cañón es más corto que el de la Beretta, lo que te va a dar menor precisión en disparo largo, el cargador tiene una capacidad de diecisiete cartuchos, que, con uno en recámara, te puede dar una buena cadencia de disparo para repeler un ataque a distancia corta. No sería mi elección, yo antes cogería la G17 que la tengo en calibre 40 S.&W., pero si quieres probarla… –dice Vlad, mostrando un excelente conocimiento en armas y algo reticente a mi elección.

Realizo mi segunda tanda de disparos, impactando todos en el centro, excepto uno, que se va ligeramente desviado.

-No creo que sea un principiante –dice Kosuke, con una expresión burlona en su cara.

-Lo admito, sabe disparar, pero habrá que ver qué tal lo hace ahí fuera, cuando en vez de una diana de papel sea… -responde Patrick, sin llegar a terminar la frase al ver la mirada de Ivanova, que le indica con un gesto que la chica española, Eva, está allí presente.

Al mirar a Patrick, veo su cara está empapada en sudor, lo que también llama la atención de Ivanova.

-¿Te encuentras bien? –pregunta.

-Sí, creo que me han hecho algo de reacción los antibióticos que me han puesto –contesta Patrick.

-Deberías ir a acostarte, tienes la fiebre muy alta. Luego me paso a echarte un vistazo.

-Tú mandas doctora –contesta, sin replicar demasiado.

Cuando abandona la galería de tiro, Ivanova se acerca a Kosuke que está junto a Skud.

-¿Has estado con él cuando lo han visto en el centro médico? –pregunta Sveta.

-No doctora, he estado yo –dice Skud, adelantándose a la respuesta de Kosuke.

-¿Le han visto alguna herida?

-No lo recuerdo bien, pero creo que le hicieron una radiografía para ver si tenía alguna costilla rota por la embestida del reptil, ya que tenía un gran moratón en el costado derecho y creo recordar que dijeron que solo tenía un pequeño derrame, pero nada roto.

-Bien. Voy a pasarme por el botiquín a echarle un vistazo a las radiografías.

-Voy contigo –dice Kosuke.

CAPÍTULO 25

UN TERRIBLE HUESPED

Tras pasar la tarde haciendo prácticas de tiro, compitiendo entre nosotros, siendo Vlad el indiscutible vencedor, nos dirigimos al comedor para cenar.
De camino al comedor, suena el móvil de Eva. Al sacar el teléfono de una pequeña mochila que lleva a su espalda, deja caer al suelo una cartera que yo recojo. Al levantarla, esta ha quedado abierta mostrando una foto en la que aparece agarrada de la cintura de un muchacho. Ambos visten doboks de Taekwondo.

Al terminar de hablar por el móvil le ofrezco su cartera.
-Se te ha caído.
-¡Oh! Gracias –responde sorprendida-. Era Ivanova, quiere que le lleve el expediente de Patrick al centro médico.
-¿Es tu novio? –pregunto.
-¿Quién?
-Perdona, es que al caerse la cartera no he podido evitar ver una foto de un chico.
-¡Ah! No, es mi hermano José Miguel. También ha practicado Taekwondo desde que era pequeño –responde entre risas-. Debo irme.

Continúo andando hacia el comedor y siento cómo una mano se apoya sobre mi hombro.
-Te han enseñado bien a disparar –comenta Vlad con una sonrisa.
-Fue mi abuelo, aunque mi padre también tuvo algo que ver.
Sentados ya en el comedor, mientras conversamos de unas cosas y otras, vemos aparecer a Ivanova y Kosuke. Ambos muestran visibles caras de preocupación. Nos hacen una señal de que nos han visto. Poco después, están sentados frente a nosotros con sendas bandejas de comida.
Sus rostros son más que representativos de que algo está pasando, casi con toda seguridad tiene que ver con Patrick.
Aunque impacientes por saber que está pasando, tanto Vlad como yo, esperamos a que sean ellos los que inicien la conversación. Una vez que se han acomodado, y sin haber probado aún bocado, es Ivanova la que comienza a relatar.
-Chicos, tenemos un grave problema. Patrick se ha infectado con G21.
-Pero ¿cómo? Dijisteis que no tenía ninguna herida –pregunta Vlad.
-Acabo de ver los resultados de la analítica y no hay lugar a dudas, el G21 recorre sus venas. Lo hemos vuelto a inspeccionar y tras examinarlo más minuciosamente, le hemos encontrado una pequeña herida, justo por debajo de la inserción del deltoides con el pectoral,

probablemente producida en el impacto con la iguana –dice Ivanova, manteniendo su vista fija en Vlad-. El problema es que no tenemos ni idea de cómo va a reaccionar el cuerpo de Patrick.
Por un momento, parece que Vlad intenta vocalizar algo, pero vuelve a cerrar la boca dejando que la doctora continúe.
-Parece que por el momento su cuerpo está luchando contra el invasor, lo que le está produciendo una fiebre altísima, pero hasta ahora no habíamos tenido ningún caso con humanos, lo que nos hace ir un poco a ciegas.
-Vamos, que Patrick se ha convertido en vuestro conejillo de Indias –dice Vlad.
-Sí –responde Ivanova.
-¿No hay nada que podamos hacer? –pregunto.
-No, debemos esperar. Hasta ahora el G21 ha reaccionado de manera distinta dependiendo de la especie. Incluso dentro de la misma especie ha habido individuos que los ha fulminado en dos o tres días y otros que se han adaptado mucho mejor, los ha hecho evolucionar. No sabemos por qué sucede esto, podría ser por el grupo sanguíneo, la cantidad de contaminación en la sangre, por la fortaleza del individuo, ¿quién sabe? De momento, es una incógnita para nosotros. El sistema inmunológico del cuerpo humano es sumamente complejo. Ahora mismo, el de Patrick está luchando en cuerpo y alma contra el invasor.
-Quizá esa sea la clave –respondo.
-¿Cómo dices? –pregunta Ivanova algo sorprendida.
-Puede que los animales que han sobrevivido, que se han adaptado, sean los que su sistema inmunológico ha cedido frente al invasor. Puede que los que han perecido son los que no se han dejado vencer, acabando con el huésped, pero también con el portador.
-¿Y los que se adaptaron y terminaron muriendo? –pregunta Vlad.
-Puede que su cuerpo no soportara esa evolución tan brutal, esos cambios tan radicales que se deberían haber producido en miles de generaciones y no en unas pocas.
-Joder, Eric. No habíamos contemplado esa opción, pero… -dice Ivanova, levantándose de su asiento mientras habla.
-¿Te vas? –pregunta Kosuke.
-Sí. ¿Recogéis esto por mí? –pregunta, refiriéndose a la bandeja de comida que no ha llegado a probar.
-¿Quieres que te acompañe? –pregunta Kosuke.
Con un gesto de la mano, ella le indica que no.
Nos quedamos sin saber muy bien qué hacer, viendo cómo Ivanova abandona el comedor llevándose exclusivamente una pieza de fruta, mientras habla por el móvil dando instrucciones a unos y a otros, como suele ser habitual en ella.
-Ahora mismo no podemos hacer mucho. Os invito a tomar algo en

Charlies –dice Kosuke, con la templanza que le caracteriza.
Han pasado ya varios días y hemos tenido novedades. Por un lado, llegó el helicóptero que estábamos esperando, un impresionante Bell 412 con todos los accesorios que se habían solicitado; grúa, equipos compatibles con GVNs, cámara térmica, pantallas para visión de los drones… Por otro lado, y a pesar de los esfuerzos de Ivanova por curar a Patrick, este no ha mejorado en absoluto. Hoy mismo lo trasladan a Panamá en el nuevo helicóptero para, desde allí, con un jet de NORVIX, trasladarlo a los Estados Unidos.
Esta situación ha afectado al equipo Viper, a Ivanova e incluso a mí. Todos estamos algo decaídos.

CAPÍTULO 26

HONRAR A LOS CAIDOS

Miércoles, siete de septiembre.
En el mismo tapiz donde Kosuke y yo nos enfrentamos por primera vez, transcurridas ya unas semanas desde entonces, han sido repetidas las veces que hemos venido a entrenar, a aprender uno del otro, aunque, lo más justo sería decir, a aprender de Kosuke.

Para mí es un privilegio entrenar con él, es un maestro de una gran variedad de estilos que ha ido refundiendo en uno solo, el suyo propio. Ahora me doy cuenta de que para él hubiese sido sumamente fácil vencerme en aquella primera ocasión, pero solo quería probarme.
Domina a la perfección la distancia corta, media o larga, pero en lo que es digno de admiración es en su manejo de la espada japonesa, la katana. Después de largas charlas, he podido saber que sus antepasados eran verdaderos samuráis, cuyo padre es un gran maestro de la espada, allá en Japón, de ahí su porte, su templanza, su carácter. Ha sido educado para ser un guerrero desde que solo tenía tres años. Estudió tanto las artes marciales tradicionales como las modernas, pero predominando el Kendo sobre todas ellas, *el arte de la espada*.

-¡Vamos! ¡Levántalo más! –dice, mientras mantiene la punta de su shinai apuntando directamente a mi cuello, agarrando la empuñadura de su espada con ambas manos, firmemente, pero a la vez suave. A través de la rejilla de su men puedo ver sus ojos, los ojos de un samurái fijos en mí.
Cuando se desplaza a mi alrededor, su hakama se mueve haciendo pequeñas oscilaciones que no me dejan tener clara la posición de sus pies. Al igual que él, yo también voy vestido con un kendo gi y protegido por un bogu, que me ha cedido amablemente para nuestros entrenamientos.
Aunque también he trabajado con la espada, el estilo coreano al que estoy acostumbrado difiere del suyo; además, su destreza en movimientos y técnica me superan infinitamente.

-Respira, relaja los hombros, tienes que ver la espada como una prolongación de tu cuerpo, deja que tus movimientos fluyan –dice, mientras se desplaza lateralmente alrededor mío, pareciendo que más que andar se deslice por el tapiz-. ¡Ataca! –dice en japonés.
Con ambas manos, realizo un rápido ataque desde arriba que con un ligero movimiento de su espada desvía lateralmente sin dificultad, desestabilizándome y haciendo que abra mi guardia para lograr que, con una rápida reacción, casi imperceptible al ojo humano, el filo de

su shinai se quede a pocos centímetros de mi cuello.
-Está bien. Descansa un poco y bebe algo –dice, transformado su mirada de guerrero en una casi paternal, al ver que estoy totalmente agotado, siendo casi incapaz de mantener mi espada en guardia.
Todo mi cuerpo está dolorido, mis brazos, a pesar de las protecciones, están llenos de moratones, mis hombros son un amasijo de pequeñas cristalizaciones que se clavan en mi musculatura en cada movimiento que hago, creo que hasta sonreír me duele. Aunque el gimnasio está climatizado, estoy completamente empapado en sudor.
Mientras tomo algo de aire e intento a duras penas quitarme el men, Kosuke aprovecha para ir a las mochilas que dejamos en un lateral del tapiz, cogiendo unas bebidas y comprobando si tiene alguna llamada en el móvil.
De rodillas, sentado sobre mis talones consigo respirar, ahora ya más relajadamente.
-¿Tenemos algún aviso? –pregunto.
-Sí, Fisher quiere que me reúna con él lo antes posible.
-No te preocupes, ya me llevo yo todo –contesto.
-Descansa algo y luego coge el suburi to. Haz los ejercicios de corte que vimos esta mañana –dice, mientras me saluda con la cabeza. Devolviéndole el saludo del mismo modo.

Un golpeteo resuena en la puerta del despacho de Fisher.
-Adelante –dice Fisher, desde la mesa de su despacho.
-Doc –dice Kosuke, cuando entra en la habitación.
Allí se encuentra Ivanova, sentada en una silla frente a Fisher, con sus ojos empapados en lágrimas.
Antes de llegar a la posición donde se encuentran ambos científicos, Kosuke se para en seco.
-¿Patrick? –pregunta Kosuke, sin que nadie diga nada.
-En efecto, me lo acaban de comunicar. Según me han dicho, han hecho todo lo que han podido, pero la fiebre era altísima. En fin, no.
Ivanova extiende su mano acercándola a la de Fisher, a modo de consuelo mutuo. Kosuke permanece de pie, en silencio, con su rostro fijo en la mirada de Fisher, pero sin mostrar un ápice de dolor en su cara.
Tras una pausa, Kosuke les interroga a ambos:
-Y… ¿ahora?
-¿A qué te refieres? –pregunta Fisher, con sus ojos enrojecidos por el dolor que no deja brotar.
-Me refiero a si se van a tomar medidas, si van a venir los trajes que habíamos solicitado, si se nos va a dar toda la información que deberíamos disponer antes de hacer una misión. A eso me refiero.
-Por favor, Kosuke, siéntate –dice Fisher, mostrándole con la mano

abierta la otra silla que queda libre junto a su mesa-. Los trajes se pidieron nada más venir de la misión del poblado y creo que han llegado hoy, luego iremos a inspeccionarlos. Se va a mejorar el armamento, mayor calibre y más cadencia de fuego, son unas armas que tiene en prueba NORVIX y vosotros vais a estrenarlas. También han llegado un par de drones, pero con respecto a que fluya la información, creo que es chocar contra un muro, ya sabes cómo actúa NORVIX. Deberemos ser nosotros los que nos busquemos la vida con los contactos que podamos tener.
-Ha llegado a mis oídos que ya se tenía información del peligro que tenían esos bichos, de que era inminente un ataque al poblado y, a pesar de eso, se nos mandó allí sin avisarnos –contesta Kosuke, por primera vez mostrando algo de ira en sus palabras.
-Kosuke, yo desconocía esa información.
De repente, la puerta del despacho de Fisher se abre de lado a lado. Es uno de los científicos que trabajan con la doctora Ivanova, que se muestra notablemente alterado.
Jadeante, traga saliva antes de pronunciar palabra.
-Doctor, disculpe mi intromisión, pero la doctora me dijo que si pasaba algo que no tardara en avisarla.
-Dime Frank, ¿qué sucede? –dice Ivanova.
-Doctora, un equipo va a salir esta tarde para intentar llegar al segundo claro.
-Pero ¿quién demonios lo ha autorizado? –pregunta Ivanova furiosa, mientras se levanta de la silla.
-El señor Major –responde Frank, con una voz que disminuye su volumen paulatinamente, sin atreverse a dar un paso más allá de la puerta, agarrándose del marco con una mano como si fuera a echar a correr de un momento a otro.
-¡Maldito imbécil! –exclama Fisher-. Está bien; Kosuke, reúne al equipo y nos vemos en media hora en el centro de operaciones.
Sin mediar palabra, Kosuke se levanta abandonando la habitación. Minutos más tarde, estamos el equipo Viper al completo en el centro de operaciones, siendo informados por Kosuke de lo sucedido. Para ellos no es una novedad perder a un compañero en combate, pero es la primera vez para mí.

Aunque mi relación con Patrick fuese corta y no demasiado brillante, no deja de ser un compañero. Sus rostros reflejan el evidente desánimo del que son pasto. Ahora Kosuke es el nuevo líder, aunque han acordado que seguirá siendo Viper dos, así como el resto del equipo seguirá manteniendo también sus indicativos, no teniendo muy claro si lo hacen por no cambiar indicativos para evitar confusiones o por respeto a Patrick.
Poco después llega Fisher, acompañado de Ivanova y de Frank, el cual

porta una caja de cartón.
-Buenos días, señores. Por sus caras, veo que ya han sido informados de los acontecimientos por Kosuke. Como pueden imaginar, siento muchísimo lo sucedido. El problema es que Major, a pesar de lo que ha pasado, tiene intenciones de mandar esta misma tarde a un equipo hasta la zona Delta dos y, aunque no me lo ha dicho todavía, es muy probable que nosotros les apoyemos desde el aire -comenta Fisher, mientras Ivanova nos reparte a cada uno de nosotros una serie de hojas, entre ellas una imagen vía satélite en la que vienen marcadas varias zonas, como Delta uno, Delta dos y el Núcleo.
-Sentémonos –comenta Ivanova.
Mientras nos vamos sentando en una larga mesa, Frank prepara un proyector y apaga las luces de la sala. Una vez enciende el proyector, una imagen empieza a tomar forma en una gran pantalla situada en la pared que hay al final de la mesa. Conforme las lámparas del proyector se van calentando, Frank le cede el mando a distancia al doctor Fisher.
-No quisiera parecer insensible, pero como podéis imaginar, me tengo que preocupar por la seguridad del resto del equipo. Si nuevamente nos vamos a adentrar en esa maldita jungla, esta vez debemos estar mejor preparados, no quisiera que nada parecido volviera a pasar.
-No te preocupes doc, lo entendemos; las bajas suceden. Todos nosotros hemos perdido a algún compañero, a Patrick lo honraremos en su debido momento. Lo que pedimos es estar informados para poder reaccionar acorde a la amenaza –responde Skud, con su habitual educación a la hora de hablar, que difiere bastante en modales con Snake o Vlad.
-Gracias Skud, esa es la idea. Por desgracia, tampoco yo dispongo de toda la información, el cretino de Major y sus cuatro pelotas creen que guardar la información les da poder. Como le dije antes a Kosuke, deberemos estar atentos a lo que podamos escuchar por ahí.
Snake sonríe al oír a Fisher, él es el rey de los trapicheos y tiene mil contactos por la base.
-Un momento –digo-, ¿habéis oído eso?
-¿El qué? –pregunta Ivanova.
-Creo haber oído un helicóptero.
-Sí, yo también creo haberlo oído –comenta Kosuke.
-Parece un 412, pero no es posible, había un problema con el nuestro y estaba en tierra hasta mañana –comento.
Guardando silencio, podemos apreciar más claramente el sonido de la aeronave aproximándose al campamento. Vlad se asoma por una de las pequeñas ventanas de la habitación y puede ver cómo, efectivamente, un helicóptero se aproxima rumbo al helipuerto.
-Supongo que estarán probando el helicóptero, continuemos –comenta

Fisher, mientras utiliza el mando a distancia para pasar un par de presentaciones, hasta que encuentra la imagen satélite que cubre parte de la isla, en concreto, la parte que cubre la selva maldita.
Todos prestamos atención a la imagen y sobre todo yo, ya que es la primera vez que alguien me muestra de una manera clara la zona por la que voy a volar.
-Como pueden ver, la imagen corresponde a la vista satélite impresa que les ha entregado la doctora Ivanova. Las zonas zulúes que ven en el plano son zonas de extracción alternativas en caso de que algo salga mal. Estas son pequeñas, pero es lo único que hay. Delta dos es el segundo claro en la selva, que en esta imagen podéis ver más al norte, relativamente cerca del núcleo. Por detrás de la hoja tenéis las coordenadas de dichas zonas. Por cierto, Eric, estas coordenadas están en geográficas. ¿Las necesitas en UTM?
-Están bien así, doc –respondo.
-Hasta ahora, lo más cerca que hemos estado del núcleo fue vuestra incursión en helicóptero, por lo que no tenemos demasiada información de la jungla allí, vegetación, fauna o de cómo puede influir el G21 en ellos –comenta Fisher, mientras todos nosotros observamos la imagen y las zonas que nos va marcando con un puntero láser, incluido el arroyo donde tuvimos que tomar aquel día y que no dista demasiado de Delta dos-. Parece ser que nuestra teoría de que el G21 se licuaba en las proximidades del núcleo y se transmitía al sustrato era correcta, ya que el colgante de Eric así parece demostrarlo.
Todos se giran instintivamente buscando el colgante con sus miradas, pero este se encuentra oculto bajo mi camiseta.
-Doc, creo que deberías saber algo. Cuando tomamos en aquel riachuelo noté una presencia –dice Kosuke, rompiendo su silencio.
-¿Una presencia? –pregunta Fisher intrigado.
-No sabría decir lo que era, pero fuese lo que fuese era bípedo, se desplazaba con gran rapidez y al igual que las iguanas, creo que tenía la cualidad de camuflarse con el terreno.
-Yo también creí ver algo. Justo antes de que nos fuésemos, Kosuke me marcó donde mirar y en ese momento, la arboleda cobró vida, algo se movió bruscamente desapareciendo entre la vegetación –interrumpo.
-¿Pudisteis ver que altura tenía? ¿Había más de uno? –pregunta Fisher.
-No, no te lo he comentado antes, porque ni siquiera llegué a verlo, os hablo solo de mis instintos, pero creo que era alto, quizá algo más de dos metros –contesta Kosuke.
-Me fio más de tus jodidos instintos japoneses que de mi propia vista –dice Snake.

Tras una hora de ver posibles rutas por tierra y de posibles zonas de recogida en helicóptero, dentro de la poca definición que nos da la imagen por satélite, Fisher le hace un gesto con la mirada a Frank.
-Por favor, Frank –dice Fisher, señalándole la caja de cartón que tiene frente a él-. Lo que van a ver es material clasificado por NORVIX como alto secreto. Hemos sido autorizados a utilizarlo, pero el armamento deberá de ser custodiado en la armería al terminar cada una de las misiones. ¿Alguna pregunta?
-¿Vamos a ser cobayas de laboratorio de NORVIX utilizando equipos experimentales? –pregunta Snake, con cierto aire irónico.
-Como es lógico, la utilización de estos equipos es opcional, dependerá de vosotros, nadie está obligado a utilizarlos –contesta Fisher.
Tras una breve pausa, finalmente Frank consigue abrir, aunque torpemente, la caja de cartón. Sacando un uniforme de camuflaje que nada tiene que ver a los uniformes convencionales, lo deposita sobre la mesa y comienza a explicar sus características, visiblemente nervioso ante la atenta mirada de todos nosotros.
-Es… esto que ven aquí es el uniforme designado por NORVIX como MP331A. Como pueden observar, es mucho más ceñido que un uniforme convencional.
-Me va a gustar ver a Ivanova con ese uniforme –susurra Vlad a Snake, mientras el nervioso científico continúa explicando el equipo, ajustándose constantemente las gafas.
-De esta manera, apenas hay roce de tejidos, por lo que es más silencioso al moverse y mucho más difícil engancharse con una rama o alambrada. Además, este modelo en concreto, el modelo jungla, desprende un olor que es inapreciable por los humanos, pero un excelente repelente para los insectos, eso sí, siempre deberemos llevar los guantes puestos y el cuello levantado. El material del que está hecho permite una temperatura estable, incluso en un clima tan húmedo y cálido como este. Es casi tan resistente como una malla anti-tiburones y, sin incluir el equipamiento adicional, su peso no es superior a cuatrocientos gramos. Lleva protecciones suplementarias en pecho, abdomen, clavícula y columna más resistentes que un chaleco antifragmentos –dice, mientras nos va marcando las protecciones en uno de los uniformes.
-Entonces, ¿si te disparan con una pistola, esto lo aguanta? –dice Vlad burlonamente.
-Señor, he dicho un chaleco antifragmentos y no un chaleco antibalas. De todas formas, dependiendo del calibre del arma, distancia y en qué parte del refuerzo del uniforme incida el proyectil, podría llegar a repelerlo sin que llegara a causar serios daños al portador del uniforme. Piense que todo este uniforme está diseñado para repeler

impactos, desgarros o agarres, no para absorber impactos. Si los requieren, también como complemento a los uniformes, hay chalecos antibalas que luego les mostraré, mucho más ligeros y resistentes que los que usan actualmente.
-Punto para el cientifiquillo –dice Snake a Vlad al oído.
Frank nos reparte unas cuantas guerreras y pantalones. Mientras los demás comprobamos cómo, efectivamente, el dedo se desliza por el tejido, incluso intentándolo rasgar con las uñas, Snake no duda en sacar un cuchillo y clavarlo en una de las mangas.
-Por favor, no dude en comprobar el uniforme. Estos prototipos solo cuestan unos cuatro mil dólares cada uno –dice el científico, al ver la actitud de Snake.
Al levantar el cuchillo, el uniforme no ha sufrido prácticamente ningún daño, simplemente un pequeño roce.
-No me lo creo, es como si hubiese esquivado el ataque de Snake. Puede que no estén tan mal después de todo –comenta Vlad, algo sorprendido y sonriente.
Lo que dibuja una gran sonrisa en la cara de Frank, dándole algo más de confianza en sí mismo, frente a los vipers y sus dos superiores.
-Para usted también tengo un mono de vuelo hecho del mismo tejido y mismas protecciones –comenta Frank-, ¿quieren probárselos?
-¿Dónde podemos? –pregunta Snake.
-Vaya, ¿es que te da vergüenza Snake? –dice Ivanova, mientras se pone una de las guerreras.

Mientras ríe a carcajadas, Skud le da un suave golpe a Snake en la espalda que le hace casi caer.
Todos nos probamos los uniformes que nos sorprenden nada más llevarlos puestos. Su tacto es sumamente suave y la temperatura corporal, al poco tiempo de vestirlos, se hace muy agradable.
-A cada uno se les entregará varios equipos completos, por favor, recordar que cuando necesitéis lavarlos está prohibido mandarlos a la lavandería, llamar a Frank y él se encargará de que alguien los recoja de vuestra estancia y os sean devueltos limpios -comenta Fisher-. Ahora vayámonos al campo de tiro.

CAPÍTULO 27

EL INFIERNO ESPERA

Cuando nos dirigimos al campo de tiro, pasamos cerca del helipuerto. Allí puedo ver el helicóptero que oímos sobrevolar el campamento hace un rato, pero sorprendentemente, no es el nuestro, es un 412 de color negro con el logo de NORVIX impreso en uno de sus costados.
-¿Has visto ese helicóptero? ¿Sabías algo? –pregunto al doctor Fisher.
-No, estoy tan sorprendido como tú –responde-. Cuando terminemos aquí, intentaré enterarme de lo que sucede.
Al llegar al campo de tiro, nos están esperando varios científicos junto a unos verdes baúles de aspecto militar. En los distintos puestos de tiro han depositado un arma, me imagino que para que la probemos.
Mis dudas se resuelven al instante, cuando veo cómo Frank se dirige a uno de estos puestos de tiro y coge una de ellas.
-Esta arma que ven aquí es *la revienta muros* –dice, mostrando tímidamente y, por primera vez, algo de sentido de humor-. No tiene todavía un nombre comercial y el código dado por NORVIX es demasiado largo, así que el equipo que trabajamos en ella decidimos darle este nombre. Cuando la vean actuar lo entenderán.
Todos observamos expectantes.
El diseño del arma no difiere radicalmente de otras que ya haya visto anteriormente. Podría asemejarse algo a un AR15 con lanzagranadas, solo que de un tamaño más reducido y bastante más compacta. Quizá, lo que más llama mi atención es su aspecto futurista, así como unas pequeñas placas en la parte superior que no había visto en un arma hasta ahora.
-Este fusil que ven aquí es una de las cuatro armas que les voy a mostrar hoy, pero, concretamente, esta es mi favorita. *El revienta muros* tiene un calibre de 7,62, con una excelente cadencia de tiro y cargadores de quince y de treinta cartuchos, pero su mayor potencial viene de la parte inferior. Esto que ven aquí es un cañón de impulsos y su munición es prácticamente inagotable mientras funcione la batería interna, ya que se recarga con estas placas solares que lleva en la parte superior. Además, se le pueden asociar multitud de equipos –explica Frank.
-¿Qué cadencia tiene? ¿Distancia eficaz? ¿Se recarga, aunque no haya luz? –pregunta Vlad repetida e insistentemente, sin darle tiempo a responder. Probablemente viendo esta arma como uno de sus nuevos juguetes.
-Bueno, la cadencia del cañón de impulsos sería aproximadamente de un disparo cada cinco segundos, siempre que haya un espectro de luz suficiente. Con respecto a la distancia eficaz, son unos veinticinco o

treinta metros como máximo. Por desgracia, si no hay ninguna luz, el cañón de impulsos no se recargará, pero este se recargaría con poca luz que hubiese, lo único es que tardaría más.
Vlad gesticula, no pareciendo agradarle demasiado las carencias del arma.
Viendo el gesto de Vlad, Frank nos dice:
-Por favor, cojan un arma cada uno de ustedes, están todas descargadas.
-No pesa nada –exclama Ivanova nada más coger una, siendo ella la primera en tener uno de los fusiles en sus manos.
La verdad es que es el primer pensamiento que se te viene a la mente nada más cogerlo, parece más el peso propio de un juguete que el de un arma real.
-Efectivamente, esa ha sido una de las prioridades al fabricar estos equipos, el peso. Hemos querido reducir el peso que debe soportar un combatiente, dándole la mayor protección y mejores medios, pero reduciendo el peso al máximo –sigue explicando Frank-. El fusil es plenamente sumergible. En la pequeña pantalla que ven en la parte superior trasera del arma, una vez conectada, se puede ver el código de los localizadores de las armas del resto del equipo, ya que cada una de estas armas lleva un localizador incorporado, pudiéndose activar o desactivar a gusto del combatiente. Así, mediante estas pantallas podemos saber dónde se encuentran el resto de los combatientes con respecto a nosotros, sin tener que apartar la vista de posibles objetivos.
-Creo que me la he cargado –dice Snake interrumpiéndolo, para mostrar la pequeña pantalla en su mano y separada del arma, lo que produce las risas de todos nosotros.
-Pues como te hagan pagarla, seguro que vale un pico –exclama Vlad entre risas.
-No se preocupe, la pantalla se puede desmontar para acoplarla en un soporte especial de los nuevos cascos e ir dirigida directamente a nuestros ojos. Actúa como visor nocturno, cámara térmica o sensor perimetral, y nos da parámetros de distancia y rumbo al objetivo con respecto al arma, todo ello seleccionado desde el fusil en estos botones que ven aquí -explica Frank pacientemente-. Se puede ver lo que ve el arma y, por ejemplo, hacer fuego tras un muro asomando solo el arma, pero sin necesidad de asomar la cabeza para hacer puntería.
-¿Si no llevamos casco? –pregunta Kosuke, rompiendo su silencio.
-También tenemos un pequeño soporte sumamente ligero, que se puede poner directamente en la cabeza para portar el visor. Junto con el equipo que se dejará hoy mismo en sus estancias, se les entregará un manual de entrenamiento que deberán estudiar.
Tanto Vlad como Snake miran a Skud con cara sumisa.

-Como siempre, yo me lo leeré y luego os lo explicaré –dice Skud, de manera un tanto paternal.
Tras mostrarnos las características de las distintas armas, nos acercamos a uno de los puestos de tiro donde el científico se dispone a hacernos una demostración de fuego.
Ataviándose con unas gafas de tirador y unos cascos, se coloca frente a uno de los puestos. Su torpeza cogiendo el arma y colocándose para disparar, lo delata como un tirador bastante novel. Uno de los científicos que le acompaña le entrega un cargador con munición, poco después realiza la primera ráfaga, realizando un agrupamiento de impactos bastante disperso, aunque él parece bastante satisfecho.
Activando el cañón en uno de los botones que tiene en la parte inferior, vemos como un led se torna de color verde.
Apunta y dispara. El sonido que genera el cañón no es demasiado fuerte, es más, diría que todos quedamos algo defraudados. Esperábamos un gran estruendo, pero es más parecido al sonido que hacen los cañones que lanzan pelotas de tenis. El impacto en el objetivo es otra cosa, lo destruye completamente.
-¡Vaya! –exclamamos algunos de nosotros.
Veo a Snake cómo mira el led que tras el disparo se tornó en rojo, cronometrando el tiempo que tarda en ponerse de nuevo en verde.
-Nueve segundos –gruñe Snake-. Ha tardado nueve segundos en volver a estar operativa.
-Sí, como le dije, si no tiene luz directa, puede tardar algo más de los cinco segundos previstos.
Mientras hablamos, cuatro científicos colocan con dificultad una roca al final del campo de tiro que está casi al borde de la máxima distancia eficaz del arma, unos veinticinco metros.
-¿Quiere probar? –dice el científico a Snake.
Sin responder, Snake coge el arma y uno de los cargadores. Primero hace un par de ráfagas al blanco al que disparó anteriormente Frank, siendo estas infinitamente más precisas y concentradas en el centro del blanco, posteriormente dirige su arma hacia la roca. Al disparar el cañón, el efecto sobre la roca es devastador, la destroza en mil pedazos; incluso nos llegan algunos de estos trozos, obligándonos a protegernos la cara con los antebrazos.
-Perdón, se me olvidó advertirles, el arma lee la distancia al objetivo y, siempre que esté dentro de su alcance eficaz, concentrará su máxima potencia a dicha distancia, ya sean diez metros, quince, veinte. Si no está dentro de su alcance, aunque actuemos sobre el gatillo, el cañón no disparará –comenta Frank.
Snake mira a Vlad mostrando una sonrisa cómplice en su cara, parece que después de todo les ha gustado.

Durante algo más de media hora, todos nosotros probamos las distintas armas en sus variadas configuraciones, disparando sin parar, soltando la adrenalina y dolor que algunos llevan acumulados por la pérdida de un compañero.
Al terminar, nos reunimos en el centro de la estancia. Mientras devolvemos las armas y cargadores, me aproximo a Frank.
-¿Se me entregará a mí una de estas armas? –pregunto.
-Lo siento, no me ha dado autorización para usted el señor Major - contesta, sin dejar de mirar al doctor Fisher.
Fisher no contesta de inmediato y Kosuke me mira con una media sonrisa marcada en su rostro.
-Está bien; tomaros algo en Charlies que invito yo, cárgarlo a mi cuenta. Si no me diera tiempo a reunirme con vosotros, esta noche le rendiremos los debidos honores a Patrick. Voy a irme al OC para ver si me entero de lo que está sucediendo –dice Fisher.
-Bien, doc –contesta Kosuke.

De camino hacia el pub, vemos de nuevo el negro helicóptero con personal a su alrededor. Acercándonos, identifico al que debe de ser uno de sus pilotos.
-Hola, ¿qué tal? ¿Eres el piloto? –pregunto.
-¿Tú eres? –responde, de manera algo despectiva.
El resto de vipers, incluida Ivanova se aproximan, quedándose alrededor mía.
-Soy el piloto de uno de los helicópteros de Surskies, la empresa… - intento explicarle, pero uno de los soldados que están metiendo material en el helicóptero, tan grande como Skud, con oscuras gafas de sol, totalmente rapado y poblada barba, me interrumpe.
-¿Qué mierda hace un civilaco como tú volando por esta jungla? Vete a tu casa a jugar a ser soldadito.
-Él es uno de nosotros, es un viper –sentencia Kosuke, sin llegar a levantar su mirada del suelo.
-¿Un viper? ¿Vosotros sois los que perdisteis a vuestro jefe de equipo en la primera misión? –exclama entre carcajadas, mientras el resto de soldados que cargaban el helicóptero se van situando junto a él, mostrando las mismas sonrisas burlonas, como si de una disputa entre pandilleros se tratara.
Kosuke levanta ligeramente la vista, dirigiendo su mirada hacia Skud. Este asiente con la cabeza y se dirige al enorme soldado que está vociferando, propinándole un tremendo derechazo que le hace entrar por una de las puertas correderas de la aeronave, cayendo entre el material, sin aparente intención de volver a levantarse.
Skud retrocede unos pasos hasta volver a estar a nuestra altura, pero ni ellos ni nosotros nos movemos, parece como si un muro invisible

nos separara.
De pronto, uno de los soldados salta gritando hacia Snake, el cual, golpea al soldado con su antebrazo en el cuello, a la vez que le barre los tobillos por detrás con su pierna izquierda, haciendo que caiga sobre su espalda a una considerable altura. Prácticamente a la vez, otro de los soldados se dirige hacia Kosuke, pero al levantar este su mirada, el soldado retrocede intimidado y decide cambiar de objetivo, siendo ahora Vlad su víctima. Antes de llegar, Vladimir se lanza sobre él dejándose caer sobre sus rodillas en el último momento, resbalando sobre ellas y golpeándole directamente en sus genitales. Mientras se levanta, le sigue agarrando con una de sus manos la entrepierna. El dolorido soldado no para de chillar de dolor. Vlad grita como poseso, mientras ríe a carcajadas.
Prácticamente de manera simultánea a estos enfrentamientos, el piloto con el que había tratado de dialogar intenta golpearme lanzando un puñetazo, quizá viéndome como un objetivo más fácil que el resto de vipers, pero le contraataco con una patada en giro que va directamente a su estómago. Lo que le deja sin aliento, vomitando babas, arrodillado junto a su aeronave. Una de de las mujeres soldado mira el fusil que tiene apoyado en la parte trasera del helicóptero con la intención de cogerlo. Ivanova que se percata, sin hablar, le gira la cabeza en ambas direcciones advirtiéndole de que no lo haga, pero la soldado creyéndose más rápida que Sveta lo intenta, aunque solo queda en eso, en un intento, ya que, al moverse hacia el fusil, Ivanova le lanza una tremenda patada circular a la cabeza que hace que se reúna desmayada en el suelo con el resto de compañeros caídos.
Los otros dos soldados restantes y el segundo piloto que aparece por el morro de la aeronave levantan las manos en gesto no beligerante.
Skud mira dentro de la aeronave, donde tienen un negro estandarte con una blanca calavera sobre dos huesos cruzados, bajo ella un texto con letras rojas que pone: “El infierno espera”.
-Ya no tenéis que esperar más, bienvenidos al infierno –dice Skud, con su impresionante y grave voz, arrancando el estandarte.
Con un gesto de la cabeza, Kosuke nos indica que nos retiremos.
Mientras que continuamos caminando hacia Charlies, Vlad y Snake van exultantes, vociferando y cantando viejas canciones guerreras.
-¿Sabes que esto nos traerá problemas? –dice Ivanova a Kosuke con una sonrisa.
-Lo sé –responde, mostrando la misma sonrisa malévola.

CAPÍTULO 28

-¡Por Patrick! –grita Kosuke, levantando un pequeño vaso relleno de sake que se derrama por los lados al levantarlo con ímpetu.
-¡Por Patrick! –gritamos el resto, levantando nuestras copas al unísono, aunque en mi caso sea zumo de naranja. Algo que ya no me reprochan y, mucho menos, si en unas horas tenemos que volar.
Brindamos una y otra vez. Con Vlad y Snake sin parar de contar anécdotas e historias de sus infinitas misiones.

Suena el móvil de Ivanova.
-Estamos en Charlies, doctor… -oigo decir a Ivanova a duras penas, mientras veo como con la mano izquierda se tapa el oído opuesto al que lleva el teléfono, para poder escuchar lo que quiera que le esté contando su interlocutor.
Cuando cuelga nos hace un gesto con la mano, indicándonos que Fisher viene para acá.

Pasados unos minutos, Fisher aparece por la puerta con el semblante serio.
-¿Qué estáis tomando? –pregunta.
-Puede elegir desde el zumo de Eric, hasta el vodka de Vlad –dice Ivanova.
-Demasiado fuerte para un viejo como yo. Por favor, una cerveza bien fría –dice al camarero.
Una vez servido, levanta su vaso.
-En honor a un excelente y valiente soldado. ¡Por Patrick!
-¡Por Patrick! –contestamos todos.
-¿Nos sentamos? –sugiere.
-Vayamos a esa mesa del fondo para poder hablar –comenta Skud.
Sentados alrededor de una mesa redonda, Fisher nos mira uno a uno gesticulando con la mirada, como el padre que no sabe si regañar o no a sus hijos.
-La habéis liado buena –dice-. Major está hecho una fiera, Doyle no para de gritar y decir tonterías, como que os quiere detener a todos por atacar a sus soldados…
Ivanova le explica lo sucedido, que la agresión vino provocada por la actitud de ellos y la tensión acumulada por lo sucedido con Patrick.
-Está bien; de momento estáis suspendidos, no podréis participar en ninguna misión, ni siquiera tú, Sveta. Creo que esto es lo que estaba buscando Major y Doyle, una excusa para apartarnos y poder apuntarse los descubrimientos que puedan ocurrir estos días. Creo que

no son conscientes del peligro que conlleva esa jungla. La están tomando muy a la ligera y eso va a costar vidas. Hablaré con Major de nuevo y, si eso no es suficiente, notificaré a la central en Washington lo que está pasando, todavía tengo buenos amigos allí –comenta Fisher-. Eso seguro que hará cambiar de opinión a Major.
-¿Se sabe algo de la misión de esta tarde? –pregunta Kosuke.
-Sí, saldrán en media hora. Van a sacar al equipo Hawk por tierra y el helicóptero les apoyará desde el aire.
-¿Esos payasos? Pero si acaban de llegar, ¿cómo van a apoyar a nadie? Están dejando vendidos a los hawks –gruñe Snake.
-Pero ¿por qué? ¿Por qué no esperan a mañana? No deben quedar más de cuatro o cinco horas de luz a lo sumo –pregunto.
-Está muy claro Eric, solo quieren llegar al núcleo cueste lo que cueste, les da igual las vidas que se puedan quedar en el camino o los descubrimientos que puedan pasar por alto –contesta Fisher.
-¿Están informados los hawks del peligro que conlleva?, ¿se les ha dado los nuevos equipos? –pregunta Kosuke.
-Lo desconozco, tal como salía del despacho de Major, este se reunía con los dos equipos para ultimar la misión. Con vuestro enfrentamiento con los del helicóptero les ha salido la jugada redonda, ya tienen la excusa perfecta para separarnos de la misión. Ya sabéis que los perros de Doyle no hacen preguntas, solo harán lo que se les diga y esto es lo que Major necesita.
-Me confirma Frank que no se le ha entregado el nuevo equipamiento a ninguno de ellos –dice Ivanova, mientras habla por el móvil.
-Pero es imposible que les dé tiempo a llegar por tierra antes de que oscurezca. Se tardarían varios días –pregunto.
-No me han dejado quedarme, por lo que no sé exactamente cómo lo quieren hacer, pero creo que el equipo Hawk hará noche en la jungla y el helicóptero los apoyará desde el aire –responde Fisher.
-Hay que avisarles –dice Snake.
-No te dejarán acercarte –responde Ivanova.
-No tenía intención –contesta Snake, con el móvil en la mano.

Tras intentarlo varias veces, el curtido guerrero gruñe.
-Pero ¿qué?
-¿No te da señal? –pregunta Ivanova.
-Así es.
-Probablemente les hayan anulado sus móviles para que no intervengamos –explica la doctora.
Sentados alrededor de aquella mesa redonda, tras pasar un rato dialogando, Snake, que había salido a indagar, vuelve con una pequeña emisora.
-Bueno, al menos podremos oír las conversaciones del helicóptero con

el equipo de tierra –dice Snake.
-¿Qué alcance tiene? –pregunto.
-No más allá de diez o quince kilómetros, depende del terreno.
-Entonces, en cuanto se metan en la jungla los perderemos –contesto.
-Yo podré acceder al OC, os mantendré informados –dice Fisher.
No mucho más tarde, empezamos a escuchar comunicaciones entre la torre y el helicóptero. Mi corazón se acelera, pensando que podía ser yo el que llevara el helicóptero.
Poco después, empezamos también a oír las comunicaciones de los vehículos que abandonan el campamento por tierra. Efectivamente, al equipo Hawk no tardamos mucho en dejar de oírlo y al helicóptero solo intermitentemente, hasta terminar por no escucharlos.

Por la noche nos reunimos con Fisher en Neo. Al entrar, como advirtió aquella chica en su día, puedo comprobar que efectivamente es el local de los cerebritos. Toda la decoración va acorde al ambiente, la música está infinitamente más baja, incluso a los científicos que están allí sentados, muchos de ellos ataviados con las batas blancas de trabajo, les sorprende ver a los vipers entrar allí.
Mientras Skud y Vlad piden las bebidas, Fisher nos va adelantando información. Apoyando sus antebrazos en la mesa y entrelazando sus dedos, nos empieza a relatar que, al parecer, en lo que va de tarde, no ha habido mayores incidentes.
-Ivanova –dice Fisher-.
La doctora se gira hacia él, expectante.
-La chica española -dice Fisher.
-¿Eva? –pregunta Ivanova.
-Sí, Eva. Eva ha sido mandada a la misión junto con el equipo Hawk, sustituyéndote a ti –dice Fisher, esperando la reacción de la doctora.
-¿Cómo? Pero ¿quién lo ha autorizado? Esa chica está aquí haciendo prácticas, no tiene experiencia en trabajo de campo, es mi responsabilidad -responde visiblemente exaltada.
Skud y Vlad se acercan a la mesa y ven a la doctora gesticulando.
-¿Ha sucedido algo? –pregunta Vlad.
-Se han llevado a la chica española a la misión en lugar de la doctora –contesta Snake.
-Parece ser que Major se apresuró en pedir autorización para que fuera ella –contesta Fisher a Ivanova.
-Pero ¿por qué Eva no me ha dicho nada?
-Probablemente no le han dado opción –contesta Fisher.
-¡Dios mío! Esa chica no sabe prácticamente nada de lo que sucede en esa jungla, solo ha visto algunas muestras, ejemplares capturados y poco más, y dudo mucho que ellos le hayan explicado la situación –exclama Ivanova.

-¿Has podido hablar con Major sobre nosotros? ¿Cuándo vamos a poder actuar? –pregunta Kosuke.
-No. Han estado encerrados en el gabinete del OC él, Doyle y todos los perros falderos que siempre los rodean. No he tenido oportunidad, pero de esta noche no pasa. De todas formas, estar preparados porque esto se les va a ir de las manos.

CAPÍTULO 29

¿PREPARADOS…?

A la mañana siguiente nos encontramos en la orilla del río, a pocos kilómetros del poblado de Yanú, justo en la frontera de la oscura selva. Hemos llegado aquí gracias a unos vehículos que Snake "ha pedido prestados". No sé dónde los ha conseguido, pero van equipados con emisoras bastante más potentes que la radio de ayer.
Tanto Skud como Kosuke, que actúan como improvisados conductores de sendos vehículos, dejan los dos humvees formando una uve. Snake y Vlad están en las torretas, portando cada uno de ellos ametralladoras de doce setenta. Nadie se mueve de sus asientos hasta que nos dan zona segura.
Todavía no portamos nuestros nuevos equipos, pero al estar suspendidos no queríamos alertar a nadie de nuestra escapada. Ataviados con uniformes de camuflaje, incluidos Ivanova y yo, nos bajamos de los vehículos, aunque con cierto recelo.
-Eric, lo prometido es deuda –dice Snake, a la vez que me lanza desde la torreta un ceñidor con varios cargadores y una pistola enfundada, que inmediatamente reconozco como una A100.
Le contesto con un guiño intercalado con una sonrisa.
-¡Chaval! ¡Dispárales solo a los bichos de la selva, a Snake déjalo que ya le hemos cogido cariño! –vocea Vlad, hasta que Kosuke les llama la atención con su mirada y estos vuelven a centrarse en la vigilancia del perímetro.
Ambos mueven hacia atrás las palancas de las correderas de sus respectivas ametralladoras, montando sus armas y preparándolas para abrir fuego en cualquier momento. Realizando el movimiento del cierre del arma, su ruido característico nos alerta que, desde ese momento, no es saludable pasar por delante de las doce setenta.
Aparentemente todo está en calma, no hay nada que alerte nuestros sentidos. Por esta parte, el río tiene mucha menos profundidad, no más de medio metro en su parte más profunda, pero el agua discurre con virulencia. El sonido del bullicio del agua es relajante y, además, hoy se ha presentado un día muy soleado y caluroso, lo que te da una falsa sensación de seguridad, aunque, visto lo visto en el viejo poblado, mejor no relajarse.

Tras un tiempo allí, a unos cientos de metros de nuestra posición, Skud llama la atención de Kosuke. Junto a él se acerca Ivanova.
-Hay rodadas de vehículos. Probablemente cruzaron el río por aquí, los desembarcaron en aquella orilla y desde allí continuaron a pie –comenta Skud, al llegar a su altura.

-Sí, esas otras rodadas de vuelta tienen mucha menos profundidad, ya habían descargado al personal –responde Kosuke, mientras señala otras marcas en el suelo.
-¿Cómo es que no los han helitransportado hasta el claro más próximo al núcleo y, desde ahí, seguir avanzando por tierra? –pregunta Kosuke.
-Según me ha contado Fisher, parece ser que Major quería abrir un sendero nuevo, de esta manera, la planificación al completo será mérito suyo. Ya sabes, honor y gloria compañero, honor y gloria –contesta Kosuke.
Kosuke se para en seco y gira su cabeza lentamente hacia la selva. Con un suave movimiento, coge el fusil que lleva colgado a su espalda y mira por su visor. Escudriña con pulcritud la otra orilla, ramas, árboles, copas de los árboles, deja que el viento meza su cabello, el mundo a su alrededor desaparece, centrándose en aquellos árboles.
Ni Skud ni la doctora lo interrumpen, ambos también utilizan sus fusiles para mirar a través de sus visores en la misma dirección. Apoyado en uno de los humvees me percato de la situación y le doy un golpecito en la pierna a Snake advirtiéndole. A Vlad no es necesario avisarle, también se ha dado cuenta y está barriendo con unos prismáticos la otra orilla. Tras un momento de cierta tensión, Kosuke baja su arma y se dirige a nosotros sin hablar, junto a él le flanquean Skud e Ivanova.
-Haz un barrido a aquellos árboles –dice Kosuke a Snake, señalándole la dirección con el dedo.
Snake no pregunta, un segundo después abre fuego contra los árboles, al que se une Vlad que estaba deseando apretar el gatillo. El estruendo de los impactos destrozando troncos, ramas y hojas es impresionante. Numerosos pájaros alzan el vuelo, aquellos que pueden, porque los que quedan en el centro del fuego cruzado, caen abatidos sin remedio. Tras unos instantes de destrucción, Kosuke, situado entre los dos vehículos alza su puño cerrado, lo que ambos tiradores reconocen como alto el fuego, reaccionando casi de inmediato.
Al cesar el fuego, durante unos instantes la visibilidad es nula, debido a la mezcolanza de humo, polvo y restos de cortezas de árbol y hojas que aún continúan cayendo del cielo. Conforme va aumentando la visibilidad, se aprecia cómo se ha abierto un tremendo hueco entre la espesa arboleda, pero las sombras no nos dejan ver mucho más. La tensión es claramente palpable, nuestras armas apuntan al suelo, pero veo cómo Snake golpetea con su dedo índice sobre el gatillo de su ametralladora o Skud, que se quita las gafas de sol para intentar tener una visión más clara.
Kosuke se mueve de un lado a otro al borde del río, como tigre enjaulado. Veo un brillo especial en su mirada, el mismo que debían tener siglos atrás los samuráis antes de entrar en combate.

-¡Crucemos! –dice, dirigiéndose a uno de los vehículos.
Nadie cuestiona su orden. Todos actuamos como una máquina bien engranada, incluso yo, lo que me sorprende a mí mismo.

Los humvees se empiezan a mover lentamente y en paralelo. A una velocidad que no supera los cinco o diez kilómetros por hora, vamos vadeando el río. Nuestros tiradores mueven sus torretas simultáneamente para mantenerse en todo momento apuntando a posibles objetivos. No sin dificultad, conseguimos llegar a la orilla opuesta.
-Atentos –dice Kosuke, por la interfonía de las pequeñas radios que todos llevamos en nuestros chalecos.
Los vehículos escalan la arena lentamente.
Nos encontramos a unos veinte metros de la primera línea de árboles. Aquí el olor a hierba y ramas rotas se aprecia claramente. Aún a esta distancia, la visibilidad en el interior de la selva sigue siendo pobre. La humareda que ha quedado en el ambiente, junto con los rayos del sol que consiguen atravesar la maraña de ramas, hace imposible ver más allá de cuarenta o cincuenta metros en el interior.
Los pesados vehículos se acercan algo más para girar sobre sí mismos, quedándose a escasa distancia de los primeros árboles. Snake y Vlad han girado sus torretas y continúan apuntando hacia la arboleda, barriendo zonas con la mirada, sin tener objetivos claros.
-Comprobar munición –advierte Kosuke.
Veo cómo Skud e Ivanova sacan los cargadores de sus armas, revisan la munición y antes de volver a introducir nuevamente el cargador lo golpean con el talón, para que los cartuchos queden bien alineados. Por lo que, hago lo propio con la mía.
-Bajemos –ordena Kosuke.
Sin decir una palabra, Kosuke le hace una ligera indicación a Skud, el cual se despliega a la derecha, flanqueado por Ivanova. Kosuke y yo hacemos lo propio hacia la izquierda. Comprobamos hueco por hueco, árbol por árbol, pero solo vemos algunas ramas rotas, cientos de impactos y alguna que otra ave abatida.
Pasados unos minutos, Kosuke indica bajar el nivel de alerta, relajándonos algo y poniendo los seguros de las armas.
Inspeccionando con más detalle la espesa arboleda, veo cómo Ivanova se pone unos guantes y de la mochila que lleva a la espalda, saca una pequeña bolsa de plástico. Con unas largas pinzas, recoge por un ala una de las aves que han sido abatidas y la introduce en la bolsa, cerrándola herméticamente a posteriori. Lo mismo hace con algunas hojas y pequeñas ramas.
-Quizá lo que viste fue un mono o un ave grande –comento a Kosuke.
Sin contestarme, me señala con su arma en el tronco de un árbol,

como a medio metro por encima de mi cabeza.
Me quedo con la boca abierta. En el tronco se aprecian claramente las marcas de una garra que con mi mano totalmente abierta no abarcaría ni la mitad. También se puede ver cierto fluido esparcido por el tronco, junto a trozos de lo que podría ser carne de un animal. El verdoso líquido me recuerda a la sangre de las iguanas que abatimos en la batalla del poblado.
-¿Una iguana? –pregunto.
-Podría ser –contesta.
Su pericia detectando lo indetectable me asombra cada vez más. Dudo que esto se pueda aprender con entrenamiento.
-Doctora, debería tomar muestras de esto –avisa Kosuke.
-Buen ojo –dice la doctora al llegar al árbol y ver las marcas.
-¡Tenemos enlace! –advierte Vlad desde el vehículo.
Mientras Skud se queda con Ivanova recogiendo muestras del árbol, Kosuke y yo volvemos al coche. Kosuke sube algo el volumen y podemos escuchar cómo el helicóptero habla con el equipo por tierra.
-¿Han dicho algo? –pregunta Kosuke.
-Parece ser que no han tenido mayores incidentes durante esta noche, aparte de picaduras de insectos y la torcedura de tobillo de uno de los científicos que los acompañan. Esto los ha retrasado bastante, así que creo que tienen intención de relevar al científico esta tarde y aprovechar para suministrarles provisiones y llevarse todas las muestras que han ido recogiendo. Debido a esto, se tienen que desviar de la senda que tenían prevista y llegar a este claro, que creo que es el único que tiene suficiente tamaño para poder operar con la aeronave –contesta Vlad, marcándole en un plano el supuesto punto de recogida.
-Creo que es hora de volver al campamento, me gustaría analizar lo que hemos encontrado –comenta Ivanova.
-Volvamos –dice Kosuke, realizando un gesto con el brazo para hacernos regresar a los vehículos.

Caída la tarde, Ivanova nos ha convocado en Neo.
Por segunda vez desde que estoy aquí, regreso al *bar de los cerebritos*. Al entrar al pub, no es difícil localizar a los vipers entre todo el personal. Es como si en un corral lleno de corderitos, metieras a una manada de lobos. Conforme me siento en la mesa, veo cómo Skud viene con unas cuantas bebidas en sus manos.
-Eric, me he permitido pedirte un zumo de naranja –dice Skud tan educadamente como siempre. Nadie diría que es el mismo que ayer mismo le propinó un tremendo puñetazo a un rival de su tamaño y lo levantó del suelo unos metros. No voy a ser yo quien le contradiga.
-Por supuesto, gracias –contesto.
Tras acomodarnos en la mesa, veo que estamos todos, incluso Fisher.

-De momento no hay grandes novedades con respecto a la misión. Esta tarde han relevado a uno de los científicos, le han suministrado provisiones y poco más. El problema es que han cambiado el itinerario que tenían programado inicialmente, este es mucho más abrupto y la vegetación más espesa –dice Fisher, mientras sobre un plano desplegado a lo largo de la mesa, nos enseña cuál debería haber sido el itinerario y cuál es el nuevo.
-¿Dónde se encuentran ahora mismo? –pregunta Skud.
-Más o menos por aquí –dice, señalando en el plano.
-Entonces, si no se demoran, es muy probable que esta noche acampen en Delta dos. Parece que al final lo van a conseguir –comenta Skud.
-Esperemos que así sea –responde Fisher.
-¿Has podido analizar el líquido del árbol? –pregunta Kosuke a Ivanova.
-Debo haber contaminado las muestras –responde Ivanova.
-¿A qué te refieres? –pregunta Fisher.
-Tras el suceso que te he comentado esta mañana, he tomado muestras en un árbol de un líquido gelatinoso, así como de trozos de carne de un animal que parece que han sido desprendidos por los impactos de las ametralladoras.
-¿Y? –pregunta Fisher, mientras le da un sorbo a su taza de café.
-Inicialmente creía que tenía claro que las huellas de las garras eran de las iguanas, pero después de compararlas con las que abatimos en el poblado, estas son sensiblemente más grandes –explica la doctora.
-A lo mejor todavía no hemos visto las grandes –dice Snake.
-Quizá, pero lo que más me desconcierta es el análisis de las muestras, tanto de sangre como de los trozos de carne –continúa explicando Ivanova-. Fuera lo que fuese, según los análisis, tiene ADN humano.
-¿Estás segura? –pregunta Fisher, dejando su taza de café en la mesa para coger el informe de Ivanova, estudiando más detenidamente los distintos parámetros-. ¿Puede haberse contaminado la muestra?
-Pudiera ser, pero he seguido todos los protocolos, he analizado tres veces las muestras y me sigue dando los mismos resultados.
-De momento no diremos nada, sobre todo, porque vosotros no deberíais haber estado allí –comenta Fisher.
-¿Se sabe algo de nosotros? –pregunta Kosuke.
-Anoche hablé con Washington y posteriormente me llamó Major, estáis otra vez en el juego. Intentad no volver a liarla, se me acaban los cartuchos –dice Fisher sonriendo.
-¡Bien! –dice Vlad.
-Preparad los nuevos equipos. Estamos en reserva y en cualquier momento nos pueden activar –dice Fisher.
-Eric, ¿hay alguna posibilidad de volar de noche si fuese necesario? –pregunta Kosuke.

-No. Mucho me temo que mi helicóptero no es compatible con las GVN, pero a las malas tenéis nuestro 412 que sí lo es –contesto con algo de pesadumbre, y es que, poco a poco me voy contagiando de su ardor guerrero.
-No Eric, esta mañana Major lo devolvió para ahorrar gastos –contesta Fisher.
-¿Cómo? –respondo algo asombrado.
-No te preocupes, nos apañaremos. Bueno, creo que deberíamos irnos y prepararnos –dice Kosuke.
-Así es. Sveta, me gustaría ver esas muestras si no te importa –responde Fisher.
-Por supuesto doctor.

CAPÍTULO 30

SE DESATA LA TORMENTA

Me giro sobre mí mismo y le echo un vistazo al despertador que tengo junto a la mesita de noche. Son las cinco de la madrugada y casi no he pegado ojo en toda la maldita noche, las pocas veces que he podido dar una cabezada he tenido sueños horribles. A pesar de tener la estancia climatizada, mis sábanas están empapadas en sudor. Supongo que me veo influenciado por todo lo que está sucediendo, las ratas de aquel terrario, las historias que me contó sobre la isla aquella chica o el colgante de la anciana de Panamá.
Poco a poco, el cansancio me vence, mis ojos se van cerrando, hasta que paulatinamente me quedo dormido.

Un fuerte ruido me despierta nuevamente, me sobresalto incorporándome en la cama. Es la puerta de la habitación, está abierta y golpeando de lado a lado.
Hubiera jurado que la dejé cerrada por dentro.
Lentamente y restregándome la mano por la cara, intento visualizar mejor. Fuera está lloviendo a mares y el viento sopla con mucha fuerza, lo que hace que la puerta no pare de golpear y, lo que es peor, la entrada de mi habitación se está llenando de agua.
Aún descalzo, me levanto maldiciendo e intentando no pisar el agua, cierro la puerta despacio. Mirando fuera, veo la tremenda tormenta que se ha formado en cuestión de horas, aunque por estas latitudes no es algo extraordinario.
Al girarme hacia la cama, observo algo que llama mi atención. Hay barro y lo que parecen pisadas. El rastro de algo que se arrastra, como el que dejaría una serpiente o la gran cola de un animal. Con la mirada, busco rápidamente el ceñidor que me dio ayer Snake. Lo localizo colgado de una percha que hay justo encima de mi cama. Me muevo lentamente, apoyando ligeramente la rodilla en la cama e intentando hacer el menor ruido posible, alargo la mano para coger la pistola. Me muevo despacio, sin hacer movimientos bruscos. Ahora no tengo dudas, algo se mueve debajo de la cama, debajo de mí y es algo grande. Lo oigo respirar y cómo se mueve. Ahora lo noto, un olor nauseabundo invade la habitación.
Mi mano está a unos escasos centímetros de la empuñadura del arma, a milímetros, hasta que consigo alcanzarla. La extraigo de su funda suavemente y retrocedo sobre mis pasos, alejándome lo máximo posible de la cama. Quizá lo más sensato sería huir de allí y pedir ayuda, pero una fuerza sobrehumana me obliga a mirar bajo la cama.
Quito el seguro de la pistola y en cuanto me agacho un poco, me

parece ver cómo una cola se esconde en la oscuridad. Observo un vaho que sale por debajo de la cama cada vez que respira. Me acerco algo más, avanzo cuando la cama salta en pedazos, surgiendo una enorme bestia de la oscuridad. Me agarra por las piernas antes de que pueda reaccionar y caigo al suelo sobre mi espalda, arrastrándome hacia las penumbras. No llego a verla claramente, solo sus garras. Estas se clavan cada vez más en mis piernas haciéndome gritar de dolor, sus afiladas uñas son como negros cuchillos. Puedo ver cómo me desgarra la carne, noto cómo la sangre me recorre las piernas. A pesar del dolor, saco fuerzas y consigo abrir fuego contra ella hasta vaciar el cargador, pero es inútil, la bestia se abalanza sobre mí.
Un sonido repetitivo me hace abrir los ojos. Algo aturdido me incorporo en la cama, aún noto las garras de la bestia agarrándome las piernas. Miro alrededor y todo está en orden, la puerta de mi habitación está cerrada y mi móvil no para de sonar, vibrando y desplazándose por toda la mesita. El despertador marca casi las seis de la mañana.
-¿Sí? –contesto a la llamada, con mi voz más grave de lo habitual, carraspeando para intentar aclarar la garganta, aunque agradeciendo mentalmente que alguien me sacara de esa pesadilla a pesar de las horas.
-Eric, soy Kosuke. Ponte el nuevo equipo, nos vemos en media hora en el comedor.
-¿Ha pasado algo? –pregunto.
-Ahora te cuento –contesta, para colgar el teléfono poco después.
Sobre el techo de la habitación se escucha como si alguien estuviese tocando un tambor. Me acerco a la puerta y al abrirla veo que está diluviando, como si fuera una mala copia de mi pesadilla. Me giro y busco huellas en el suelo. Lentamente me agacho para mirar bajo la cama.
Me estoy volviendo loco, pienso, al incorporarme de nuevo.

Tras darme una rápida ducha, me pongo el equipo. El mono de vuelo que me han dado es similar a los uniformes de los vipers, ajustado y con las mismas protecciones incorporadas.
Vaya colega, pareces un superhéroe, ahora sí que te pareces a Thor, pienso, al mirarme en el espejo.
Guardo el ceñidor en la mochila y abandono la habitación para dirigirme a la de Ronaldo que es justo la siguiente. Cuando voy a llamar a la puerta, Ronaldo la abre. Me quedo algo perplejo, porque me lo encuentro vestido y preparado.
-¿Sorprendido? Aquí las paredes son de papel, ¿qué pasa? –dice sonriendo.
-Vaya, creía que te ibas a cabrear cuando te despertara.

-¿Por levantarme a las seis de la mañana con un tiempo de perros? –contesta bromeando, tras cerrar su habitación.
Con el agua golpeando con fuerza nuestras caras, vamos caminando hacia el comedor ataviados con chubasqueros. El ruido que hace la lluvia nos obliga a gritar para poder escucharnos.
-No sé qué pasa, solo me han dicho que vaya al comedor.
-¿Vas a volar con este tiempo? –pregunta Ronaldo.
-Vamos a ver qué nos cuentan.
El comedor se encuentra abierto las veinticuatro horas, ya que hay personal en la base que tiene turnos de trabajo cada ocho horas, todos los días de la semana.
Al llegar, ya se encuentran allí los vipers. Vemos un vehículo que se acerca, parando justo frente al comedor. Fisher e Ivanova descienden, apresurándose para refugiarse en el edificio.
-Por favor, pasemos dentro –dice Fisher.
Una vez nos agrupamos al fondo del comedor, Fisher se dirige a todos nosotros.
-Desayunemos y os voy contando mientras tanto.
-Disculpen, ¿tienen pensado volar? Es para ir pasando la prevuelo, mientras preparan la misión –pregunta Ronaldo.
-Perdona, no me había dado cuenta de que estabas aquí. Ronaldo, la idea es despegar en media hora, más o menos, cuando haya pasado la tormenta –responde Fisher.
-Entonces prefiero irme y dejar el helicóptero listo –responde Ronaldo.
-Pero con esta lluvia no vas a poder ver nada –advierte Ivanova.
-No os preocupéis, lo meteremos en el hangar y cuando cese la lluvia lo tendréis preparado en el helipuerto –dice Ronaldo sin dejar de sonreír, mientras coge un par de bizcochos para el camino.
Antes de irse, Ronaldo me guiña un ojo. Le respondo levantando mi dedo pulgar, agradeciéndole su gesto.
Mientras abandona el comedor, vamos cogiendo las bandejas para recoger nuestros desayunos. Nos ponemos en hilera junto a los dispensadores de comida, siendo Ivanova la última, justo detrás de mí.
-Vaya culito te hace este uniforme –dice, cerca de mi oído, dándome un cachete en el trasero.
-¡Eh! –digo, dando un respingo instintivamente.
Ella se ríe, burlándose de mí.
-Bueno, a ti tampoco te queda mal –digo algo balbuceante, intentando aparentar seguridad.
-¿Tú crees? –contesta sonriéndome de manera lasciva, bajándose ligeramente la cremallera, enseñándome su prominente escote.
Esto me hace girarme instintivamente, volviendo a mirar hacia delante y notando sus carcajadas a mi espalda.
-Tranquilo, hoy no te comeré, tenemos cosas que hacer -susurra en mi

nuca.
Tras desayunar, alejados de los pocos comensales que hay en la estancia, Fisher apoya sus codos sobre la mesa, juntando las manos y apoyando la barbilla sobre estas.
Todos le prestamos atención. Desconozco qué saben los demás, pero yo estoy impaciente, porque alguien me explique lo que está pasando.
-La situación es esta. Como era previsible, al menos para nosotros, algo ha sucedido. Sobre la una, el equipo por tierra solicitó ayuda, las comunicaciones eran entrecortadas y no pudimos entender claramente lo que les pasaba. Repasando las grabaciones, parece que algo les perseguía o les atacaba, no se entiende bien. Aproximadamente a la una treinta, perdimos las comunicaciones con el equipo de tierra. El helicóptero de apoyo despegó en su ayuda y, poco después de llegar a la zona donde se preveía que estaban, también se perdieron las comunicaciones con ellos –relata Fisher.
-Esto es previsible. Ya vimos cuando tomamos allí que algo afectaba a los sistemas electrónicos y que las comunicaciones eran infructuosas –responde Skud.
-Es cierto. El problema es que el helicóptero tenía que haber vuelto y no hemos tenido noticia alguna de ellos desde entonces –dice Fisher.
-¿Salieron a volar de noche con este tiempo? –pregunto.
-No, cuando despegaron la visibilidad no era del todo mala, la tormenta todavía no había llegado. En la selva empezó a llover a eso de las tres de la madrugada.
-¿Habéis comprobado la baliza de emergencia? –interrogo.
-Sí, se copia con bastante dificultad, pero lo que indica es que la aeronave se encuentra en Delta dos.
-Quizá simplemente solo hayan tomado y se les ha complicado el volver a despegar debido al mal tiempo, como nos pasó a nosotros –sugiero.
-Quizá, pero me preocupa la llamada de auxilio –contesta Fisher.
-¿Cuál va a ser nuestra misión? –pregunta Kosuke.
-La tormenta viene de norte a sur. En la selva ya debe estar despejando y aquí lo hará en aproximadamente media hora. Si en una hora no tenemos indicios de que regresa el helicóptero, despegaréis vosotros en su ayuda –dice Fisher.
-¿Estamos autorizados a desembarcar? –pregunta Kosuke irónicamente.
-Sí, por supuesto –contesta Fisher sonriendo, captando a la primera la ironía de la pregunta-. Es más, debéis equiparos para, al menos, un par de días ya que no sabemos lo que nos vamos a encontrar. ¿Alguna pregunta más?
-¿Qué pasa con nuestro 412 de apoyo? –pregunto.
-Es verdad, eso es un problema –responde Fisher.

-Por supuesto, el 412 se pidió con grúa, adaptado a GVN, precisamente para una situación así. Lo ideal sería que despegáramos los dos juntos y ellos nos sirvieran de apoyo o a la inversa. –comento algo enojado.
-Esto se lo debemos agradecer a Major, pero de momento, deberéis actuar vosotros solos. ¿Se fue el equipo de mantenimiento de esa aeronave? –pregunta Fisher.
-No, están todavía aquí. Se van mañana –respondo.
-Perfecto. En cuanto sobrevoléis la zona informadme y, en base a lo que haya sucedido, gestionaremos o no el regreso de vuestro 412, si fuese necesario –responde Fisher.
No me convence del todo la solución de Fisher, preferiría que nuestro helicóptero de apoyo estuviese aquí, aunque entiendo que la situación de Fisher no es fácil; sirve de frontera entre Major y nosotros.
-De acuerdo doctor –respondo.
-¿Algo más? –pregunta Fisher-. Pues vamos allá.

CAPÍTULO 31

DELTA DOS

Subido en la parte superior del gran avispón metálico voy girando las palas del rotor comprobando el movimiento correcto de las piezas móviles, ausencia de grietas, niveles… Me detengo un momento mirando al cielo; como predijo Fisher efectivamente la tormenta ha pasado. Todavía sopla algo de viento, aunque nada que ver con el vendaval de hace una hora.
Skud y Snake son los primeros en llegar. Vienen equipados como si se fueran a una batalla, portando cascos, chalecos y todo tipo de armas.
-Eric, ¿vamos metiendo el equipo en la máquina? –pregunta Snake.
-Sin problemas. A Ronaldo ya lo conocéis, ellos son Antonio y Carla, os ayudarán a colocar el equipo. Han preparado unos soportes con mosquetones, por si queréis colgar las ametralladoras en las aperturas laterales -comento, mientras desciendo del helicóptero.
-Genial –contestan.
Al ver mi chaleco, Skud se fija en que llevo bordado ORCAN, en una pequeña divisa.
-¿Y esto? –pregunta Skud.
-Era de mi padre. Falleció hace unos años y yo lo heredé.
-¿Era piloto del ejército?
-Sí, él era todo lo que yo no soy –comento.
-Lo dudo mucho, no tuve el placer de conocer a tu padre, pero estoy seguro de que te pareces mucho más a él de lo que te imaginas. Cualquier padre estaría orgulloso de tener un hijo como tu –responde, dejándome un poco sin saber qué decir.
-Por ahí vienen los demás –dice Snake.
Al llegar, Kosuke distribuye los puestos de los tiradores. En esta ocasión vamos muy cargados, y teniendo en cuenta el calor que empieza a hacer y la humedad en el ambiente, incrementada considerablemente con las lluvias, debemos ajustar bien los pesos que cargue la aeronave. Ivanova vendrá delante conmigo, en el compartimento de pasajeros Kosuke y Vlad se preparan en el costado derecho, Snake y Skud en el izquierdo y Frank en el centro.
Excepto el joven científico, que se ha sentado en su asiento y se mantiene con sus manos apoyadas en las rodillas, dando golpecitos con el talón de su bota en el suelo de la aeronave, el resto nos ocupamos de preparar nuestro equipo.
-Buena idea la de preparar los anclajes para las ametralladoras laterales –dice Kosuke.
-No ha sido idea mía, han sido ellos –contesto, señalándole a Ronaldo y compañía.

-Buen trabajo, chicos –dice Kosuke, mientras comprueba la resistencia de los anclajes.
Contestan con una sonrisa, mientras continúan asegurando la carga que hemos ido metiendo en la bodega de carga.
Minutos más tarde estamos listos y Kosuke se lo notifica a Fisher por teléfono.
-Tenemos autorización para el despegue. ¿Listos? –pregunta Kosuke.
-¡Siempre! –contestan ellos.
Sin demorarnos ni un minuto, estamos en el aire poco después, remontamos el campamento y no mucho más tarde empezamos a visualizar la selva maldita. En esta ocasión, todos vamos mucho más atentos, cada cinco minutos hago una comprobación de las comunicaciones directamente con el OC.
Volando a unos quinientos pies sobre el terreno, vamos recorriendo el itinerario que debió seguir el equipo terrestre. Tanto desde la cabina como desde el compartimento de pasajeros, todos vamos buscando cualquier indicio que nos lleve a ellos. Llevamos unos minutos volando por encima de la selva y, de momento, no hay señal alguna del equipo, aunque con lo espesa que es la vegetación, poder localizarlos es una misión casi imposible, a no ser que se hayan desplazado a uno de los pocos claros o consigan disparar una bengala cuando estemos cerca.
La visibilidad no es demasiado mala, hay algo de neblina, pero, aun así, la vista nos alcanza unos pocos kilómetros. Por fin llegamos al primer claro, donde supuestamente el helicóptero de NORVIX rescató al científico lastimado. Orbitamos varias veces y no parece haber nada, hasta que Snake da la voz de alarma.
-¡Allí! ¡Algo brilla al borde del claro!
Lo que fuera que vio Snake ha desaparecido. Continúo virando, mientras él nos indica dónde lo vio.
-Lo veo –dice Ivanova, mientras observa con unos prismáticos-.
-Ya lo tengo. Desciendo un poco –comento por la interfonía de la aeronave.
Al bajar a unos cincuenta pies, oriento el helicóptero metiendo algo de pedal para que Ivanova lo pueda observar mejor. Debo hacer constantes correcciones para mantener el helicóptero estable, ya que estoy entrando con el viento cruzado y por aquí está soplando algo más fuerte, a unos veinte o veinticinco nudos.
-Falsa alarma chicos. No es más que una manta térmica, de esas que se utilizan para dar calor a los heridos -dice Ivanova.

Efectivamente, al sobrevolarla podemos ver que está enganchada en una rama y el viento la mueve produciendo los destellos, aunque desde lejos parece como si alguien estuviese haciendo señales con un

espejo.
Vuelvo a ganar altura y hago una órbita más, antes de continuar. Seguimos el itinerario que tengo marcado en el GPS, que no es otro que el que ellos deberían haber seguido. Poco a poco nos vamos orientando hacia Delta dos. Como la última vez que volamos por aquí, conforme nos acercamos al núcleo, la visibilidad se va empeorando por momentos, aun así, no es ni mucho menos tan crítica como la vez anterior.

-Dos millas para Delta dos –aviso por la interfonía.
-¿Lo tenéis a la vista? –pregunta Kosuke.
-Todavía no, pero lo debemos de tener ahí mismo –respondo.
Poco después, empezamos a divisarlo. Me centro en buscar posibles obstáculos para la toma, por si es necesario dejar a los vipers en tierra, mientras, Ivanova busca indicios del equipo o del helicóptero con sus binoculares.
La zona es más amplia de lo que yo me esperaba, bastante más grande que cuando tomamos en aquel riachuelo.
Aquí podría tomar una flotilla de helicópteros.
-¡Dios mío! –exclama Ivanova-. ¡Allí!
Busco con la mirada en la dirección que ella me marca e inmediatamente lo localizo.
-Lo veo. Chicos, hemos encontrado el helicóptero, pero -digo.
-¿Pero? –pregunta Kosuke.
-No estoy seguro, parece que han tenido un accidente –respondo.

Conforme nos acercamos, lo que era una suposición se convierte en realidad. Es evidente que han sufrido una toma dura, tiene destrozado el tren de aterrizaje. La estructura ha quedado apoyada en solo uno de los esquíes, el puro de cola está partido en dos y hay evidentes daños estructurales, pero al menos no prendió fuego. Continúo orbitando, descendiendo a unos cincuenta pies y disminuyendo la velocidad a cuarenta nudos, aunque somos incapaces de ver si hay alguien dentro. Las ventanas de la aeronave están agrietadas, manchadas de hierba y lodo arrancado del terreno por el impacto, quedando lo suficientemente opacas para no ver en su interior.
-Base de Hornet, ¿me reciben? –interrogo por radio.
-Adelante Hornet –responden, con el sonido algo entrecortado.
-Hemos encontrado la aeronave, repito, hemos encontrado la aeronave.
-¿Han contactado con ellos?
-Negativo, Base. No vemos a nadie, parece que han sufrido un accidente. Desde esta altitud es imposible ver si hay alguien dentro.
-Espere –contestan.

Tras un momento, una voz que reconocemos al instante rompe el silencio.
-Está bien, evaluad la situación, tenéis plena libertad para actuar como mejor consideréis –dice Fisher.
-¿Qué decís, chicos? –pregunto.
-Debemos tomar –contesta Kosuke.
-Vamos allá –confirma Ivanova.
-Base, vamos a tomar, es posible que perdamos las comunicaciones una vez en tierra –comunico por radio.
-Recibido Hornet, tened cuidado –contestan, haciéndose nuevamente el silencio.
Alcanzando de nuevo la altura de seguridad, me fijo en el movimiento de la copa de los árboles que define claramente la dirección del viento y en el GPS busco la GS para saber la intensidad. Tras hacer un par de órbitas, decido el tráfico de aproximación para tomar a unos veinte metros de la aeronave accidentada.
-Preparaos, iniciamos la aproximación –comento.
-Roger –contestan los vipers.
-Doscientos pies, cien pies, cincuenta pies –voy relatando.
Los vipers están listos para el desembarque. De repente, todos los sistemas empiezan a fallar. Ya es demasiado tarde para abortar, así que continúo la aproximación preparándome para un fallo inminente.
-¡Agarraos! –digo.
Justo cuando estoy levantando ligeramente el morro de la aeronave para terminar de frenarle la velocidad, el fallo es total. La aeronave se desploma dando una guiñada a izquierdas que controlo con los pedales, a la vez que llevo el cíclico adelante nivelándola y amortiguando la hundida todo lo que puedo, tirando de paso. La toma es algo dura, pero la espesa hierba actúa como un improvisado colchón, lo suficiente para que ninguno de nosotros suframos daños.
Me apresuro a cortar el combustible y suministro eléctrico.
-¿Estáis todos bien? –pregunto.
Nadie me contesta y es que sin suministro eléctrico la interfonía dejó de funcionar. Aún con el rotor girando, veo cómo los vipers se despliegan alrededor de la aeronave, lo que me tranquiliza. Kosuke se acerca por mi costado.
-¿Qué ha pasado? –pregunta Kosuke.
-Cuando estábamos en corta final, todos los sistemas han empezado a fallar, incluso se nos ha parado la turbina –respondo, mientras me voy quitando los atalajes.
-Ahora sabemos lo que seguramente les pasó a ellos –dice, dando un pequeño golpe en mi puerta y dirigiéndose hacia Skud que se encuentra rodilla en tierra, marcando un perímetro de seguridad a la aeronave.

Nada más bajarme, compruebo los posibles daños de la aeronave.
-¿Cómo está? –pregunta Ivanova.
-Bien, solo tenemos un pequeño golpe en el patín de cola y en los amortiguadores de los esquís, pero no es nada importante, lo que me preocupa… -respondo, mientras me dirijo nuevamente a la cabina seguido desde cerca por Ivanova.
Vuelvo a conectar la batería, pero las pantallas EDUs solo parpadean, aparentemente nada funciona correctamente. Me pongo el casco e intento establecer enlace con el campamento.
-Base de Hornet, ¿me copian? –interrogo repetidas veces.
-¿Qué pasa? –vuelve a preguntar.
-El helicóptero está perfectamente, pero lo que sea que afecte a los sistemas lo ha dejado frito. No tenemos daños estructurales, sin embargo, aparentemente no funciona nada –respondo.
-¿Un fallo eléctrico ha parado el motor?
-No debería. Incluso con un fallo eléctrico total, el motor debería haber seguido funcionando con la bomba mecánica, lo que sea que haya aquí, ha conseguido pararnos la turbina –comento.
-¿Hay algo que podamos hacer? –pregunta.
-Déjame tu arma –digo, refiriéndome a su nuevo fusil, el apodado por Frank como *revienta muros*.
Activando los sistemas del arma miro a través del visor. Tras comprobarlo, le giro el fusil mostrándole el visor.
-No para de parpadear. Estamos igual que cuando tomamos en aquel riachuelo –comenta Ivanova.
-No, aquí es peor. Si te acuerdas, allí tuvimos algunos fallos en la aeronave, aquí todos los sistemas han fallado cuando nos encontrábamos a unos diez pies del suelo, probablemente cuanto más cerca del núcleo será peor.

CAPÍTULO 32

AISLADOS

Kosuke se reúne nuevamente con nosotros en la aeronave.
-¿Cuál es la situación? ¿Cómo está el helicóptero?
-El helicóptero está bien, el problema es que hay algo en esta zona que impide que los sistemas funcionen correctamente. Voy a comprobar la batería y el compartimento de aviónica; pero, por el momento, estamos en tierra –respondo.
-Ok, vamos a inspeccionar el 412 –dice Kosuke.
Mientras Skud y Snake se quedan dándonos protección, Kosuke le hace indicaciones con la mano a Vlad para que le acompañe en el reconocimiento del helicóptero siniestrado.
Desde nuestra posición, vemos cómo ambos se acercan con sigilo a la aeronave, sin dejar de apuntar con sus fusiles.
En una primera inspección visual, ven entreabierta la puerta corredera del costado izquierdo. Hay manchas de sangre tanto en la puerta como en las ventanas, parece que hay alguien en el interior, probablemente cadáveres. Tras rodear la aeronave por completo, Vlad se dirige a la puerta del piloto. Esperando la señal de Kosuke, Vlad abre la puerta con su mano derecha apoyando su espalda contra el fuselaje, dejando espacio a Kosuke para que mantenga su ángulo de tiro. Una vez abierta, Vlad se retira un par de metros y vuelve a apuntar con su arma, dándole un golpecito a Kosuke en el hombro para indicarle que vuelve a tener cobertura. Kosuke mete la cabeza en el interior de la cabina.
-Están muertos, ambos pilotos se han debido romper el cuello en el impacto –comenta Kosuke en voz baja.

La imagen es espeluznante, el piloto tiene la cabeza retorcida hacia atrás, algo que sería anatómicamente imposible si no tuviese el cuello roto. El copiloto tiene aplastada la cabeza contra el panel de instrumentos, con su cara totalmente ensangrentada y desfigurada. Con este calor los cuerpos se descomponen rápidamente y el mal olor empieza a hacer presencia, aunque a Kosuke parece no afectarle. La puerta corredera derecha parece estar bloqueada por el impacto, así que Kosuke le indica con un gesto a Vlad que rodee el helicóptero por el morro, dirigiéndose al costado izquierdo.
Ejecutan el mismo procedimiento que con la puerta de los pilotos, Vlad abre mientras Kosuke no deja de apuntar, pero este no se mueve.
El guerrero ucraniano lo mira esperando una reacción, pero continúa sin moverse. Cuando Vlad asoma la cabeza para ver el interior, la imagen que ve le sobrecoge.

-¡Dios mío! –exclama.

El compartimento de pasajeros es un baño de sangre en sí. Uno de los pasajeros está todavía atado al asiento, pero le falta la cabeza y parte del brazo izquierdo. El equipo que llevaban está todo revuelto por el suelo y entre las mochilas se ven las piernas del que debió ser uno de los soldados. Subiendo con cautela el peldaño de la aeronave, Kosuke va entrando en el compartimento. El soldado lleva puesto un chaleco antifragmentos totalmente desgarrado, todo él está hecho girones. Mirando más detenidamente, observa marcas de lo que parecen zarpazos aquí y allá.

-Mira esto –dice Vlad, enseñándole la pierna del soldado.

Un trozo de metal le atraviesa de lado a lado la pierna.

-Lo veo –contesta Kosuke.

-Se debió herir en el accidente y esos cabrones lo dejaron abandonado a su suerte –comenta Vlad.

-Algo acabó con él, pero se estuvo defendiendo hasta morir –responde, mientras le señala algunas vainas esparcidas por el suelo.

El interior del habitáculo es un infecto de moscas, pequeños escarabajos carnívoros y gusanos. Con el fusil ya a la espalda, Kosuke remueve las mochilas intentando buscar más indicios de lo que ha pasado, al hacer esto, se escucha un gemido. No tarda más de décimas de segundo en desenfundar un cuchillo de gran tamaño, agarrándolo por la empuñadura y manteniendo su hoja pegada a su antebrazo.

Con sumo cuidado, va retirando mochilas hasta que aparece una mano de debajo. Vlad ha subido también a la aeronave y mantiene su dedo apoyado en el gatillo. Al apartar una última mochila, puede ver la cara ensangrentada de una chica que inicialmente no reconoce, pero que poco después recuerda como la soldado que tumbó Ivanova en la refriega de ayer.

Cuando la chica termina por abrir los ojos, su cara es de terror e intenta agredir a Kosuke con un cuchillo que desenfunda de su pierna, pero Kosuke no es fácil de sorprender y le agarra la muñeca con firmeza.

-Tranquila, somos amigos, hemos venido a ayudarte –dice con voz calmada.

Ella no para de mirar de un lado a otro, intentando saber dónde está; parece estar completamente desorientada.

Mientras Snake nos da protección desde el techo del 412, utilizándolo como improvisado punto de observación, el resto nos reunimos junto a nuestro helicóptero preparando los equipos, mientras intento restablecer las comunicaciones e Ivanova se encarga de curar las heridas de la soldado, que curiosamente ella misma agredió el día anterior. Skud la interroga, intentando esclarecer qué ha pasado.

El joven científico aún no se ha movido de su asiento; sobrepasado por la situación, está paralizado. Con su vista fija en un punto del compartimento, sus manos están soldadas a las rodillas, taconeando el suelo de la aeronave histéricamente.
-¿Cómo te llamas? –pregunta Skud a la chica, mientras Ivanova le desinfecta una pequeña herida en la cabeza que no para de sangrar.
-¿Quiénes sois? –pregunta ella.
-Nos conocimos ayer, ¿no me recuerdas? –contesta la doctora irónicamente.
-Tu eres la perra que… ¡Ah! –grita la soldado, cuando Ivanova aprieta algo más de lo debido el algodón contra la herida.
-¿Decías? –pregunta Ivanova.
-Me llamo Ada –contesta refunfuñando.
-No pareces norteamericana –pregunta Skud.
-Soy israelita.
-¿Ejército? –vuelve a preguntar Skud.
-Cinco años, ahora llevo dos trabajando para NORVIX.
-¿Qué ha sucedido aquí Ada? –pregunta Skud con cierto tono paternal, sentándose frente a ella.
De pronto, es como si volviera a la realidad. Se vuelve como loca mirando de un lado a otro e intentando salir de la aeronave. Incluso con la diferencia de tamaño y evidente diferencia de fuerza, a Skud le cuesta trabajo mantenerla en su asiento. La doctora le ayuda a volver a sentarla.
Frank que se echó a un lado, empieza a sudar, abriendo los ojos de par en par y mirando nerviosamente a la chica. De repente, él también empieza a gritar como loco.
¡Vamos a morir! ¡Debemos salir de aquí!
Skud lo mira y, sin dudar, le da un puñetazo que lo deja inconsciente en el asiento de la aeronave.
-¡Si no te estás quieta, te tendré que inyectar un tranquilizante! –grita Ivanova a Ada.
Como si sus palabras fueran mágicas, Ada baja su tono y parece tranquilizarse, aun así, agarra a la doctora de un hombro con gran fuerza.
-Debemos salir de aquí cuanto antes, si no me hacéis caso todos moriremos –dice Ada, casi susurrando.
-¿Tú también quieres? –dice Skud, mostrándole el nudillo con el que tumbó al científico-. Cálmate y cuéntanos qué pasó.
Tras una pequeña pausa en la que Ivanova le da algo de beber y esperan a que recobre el control, Ada se levanta y se dispone a salir del helicóptero. Ivanova la va a volver a sentar, pero Skud le hace un gesto con la mano para que la deje salir.
Viendo la aeronave destrozada, se gira a Skud.

-¿Hay supervivientes? –pregunta Ada.
-Es lo que queremos descubrir. ¿Cuántos ibais en la aeronave?
-Siete soldados, cuatro científicos y los dos pilotos. El comandante se quejó de que íbamos pasados de peso, ya que, además, llevábamos bastante equipo, pero Major le dijo que si no lo hacía él buscaría otro piloto que lo hiciera; ninguno de nosotros dijo una palabra. El caso es que cuando estábamos llegando al suelo el helicóptero se desplomó y tuvimos un impacto tremendo –relata Ada con pesadumbre.
-No creo que fuese el sobrepeso lo que derribó vuestro helicóptero –dice Skud.
Ella lo mira algo perpleja y continúa relatando.
-Cuando nos recuperamos, Ian, nuestro líder, estaba organizando la defensa del helicóptero. Hudson que estaba sentado a mi lado no paraba de gritar, había dejado algo debajo de su asiento y al romperse este con el impacto, una pieza metálica le atravesó la pierna. Ian me ordenó que me ocupara de él. Intenté extraerle la pieza, pero no paraba de gritar. Creo que fue Harvey el que dio la voz de alarma, había algo en los árboles. Se oyeron disparos y gritos, no sabía lo que estaba pasando. Ian se asomó con la cara pálida y nos dijo que nos defendiéramos como pudiéramos. Era la primera vez que lo veía asustado y hemos hecho unas cuantas misiones juntos –nos relata Ada, parando un momento para volver a beber.
-Tranquila –dice Skud.
-A partir de ahí todo fue un caos, los gritos se mezclaban con lo que parecían los rugidos de una bestia. Apilé las mochilas que se habían caído para hacerme un parapeto a la espalda. Me senté con las piernas abiertas en el suelo de la aeronave y entre mis piernas senté a Hudson. Cada uno de nosotros portabamos varias armas, esperando que fuera lo que fuese lo que nos estaba atacando asomara la cabeza para volársela en pedazos –relata Ada.
Al acercarme a ellos, Ada deja de hablar un momento para mirarme, intentando reconocerme.
-Continúa, por favor –dice Skud.
-Lo que nos atacó no nos dio una maldita oportunidad. Hudson empezó a disparar como loco, yo no sabía dónde apuntar, no veía nada. Segundos después solo llegué a ver sus garras, pero de un zarpazo destrozó a Hudson y a mí me estrelló contra el tabique de la transmisión, creo que perdí el conocimiento –cuenta Ada.
-¿Crees que aquello que viste podría parecerse a una iguana? –pregunta Skud.
-¿Te burlas de mí? –responde Ada algo enfadada-. No he visto jamás una iguana devora hombres, pero ¿qué pasa con vosotros?
-Te sorprenderías de lo que hay en esta jungla –dice Ivanova, con la ironía que la caracteriza.

Ada nos mira a los tres con cierta incertidumbre, dándose cuenta de que tenemos información que ella desconoce.
-Creo que estaban bastante desinformados, no tenían ni idea a lo que se enfrentaban –comento.
Skud separa a Ivanova unos metros de nosotros.
-Creo que deberías informarla, al menos de lo esencial. Cuantas más armas tengamos, más posibilidades tendremos de salir de esta –dice Skud.
-Está bien –contesta la doctora.

Miro a mi alrededor, girando trescientos sesenta grados sobre mi posición y pienso lo bello que es este lugar, aunque todo lo salvaje y peligroso es bello, y este lugar es terriblemente peligroso.
-¿Qué demonios? –digo.
Tocándome el pecho, noto cómo el colgante está prácticamente al rojo vivo. Tiro del cordón con el que lo llevo atado a mi cuello y lo lanzo a unos metros de mí. Me levanto la camiseta y veo que me ha producido una ligera quemadura en el pecho, dejando una pequeña mancha verde del mismo color y forma que la piedra.

CAPÍTULO 33

LA BÚSQUEDA

Pasadas un par de horas y tras infructuosos intentos de restablecer las comunicaciones, Kosuke nos explica que debemos iniciar la búsqueda de los posibles supervivientes, *si es que queda alguien vivo*.
Tras probar nuestros equipos, vemos que también tenemos algunas deficiencias en las comunicaciones internas; perdemos el enlace entre nosotros en cuanto nos alejamos más allá de treinta o cuarenta metros, o en las pantallas de las nuevas armas, que parpadean constantemente dificultando la lectura de información.
-Deberíamos probar el cañón de impulsos, no sabemos si funcionará aquí, además, si algo nos está observando no estaría de más mostrarle nuestra fuerza –comenta Skud a Kosuke.
-Me parece bien –contesta este.
Skud levanta su arma y apunta hacia la arboleda. Apretando el gatillo, se produce el invisible disparo hasta que impacta contra la arboleda, destrozando un par de árboles y levantando la tierra que hay alrededor.
-Pero ¿qué demonios? –exclama Ada, retrocediendo unos pasos.
-¿Tú no tienes una de estas? –pregunta Ivanova, mostrando cierta maldad femenina.
-Eric, tengo un regalo para ti –dice Snake, mientras hurga en su mochila-. Aquí las tienes.
Lo miro algo perplejo, esperando a ver con qué me sorprende esta vez; mientras Snake saca de su mochila uno de los nuevos fusiles y una pistola de impulsos, que, aunque no tienen la potencia ni alcance del cañón del fusil, hace mucho más daño que una pistola normal.
-¿Cómo las has conseguido? –pregunto, sorprendido de las habilidades de Snake para los trapicheos.
-Esos científicos son bastante descuidados –responde Snake entre risas.
-¿Tendrías algo para mí? –pregunta Ada, utilizando sus armas de mujer con gestos insinuantes, las cuales parecen surtir efecto en Snake.
-Podría tener una pistola más, ¿qué me darías a cambio? –pregunta Snake.
Los dejo hablando y me dirijo hasta la posición de Kosuke.
-¿Necesitas ayuda con el helicóptero? –pregunta al llegar a su lado.
-No, ya he atado las palas y puesto las fundas. Está cerrado, pero si volvemos, tendremos que inspeccionar bien todos los compartimentos, con la de bichos que hay por aquí no me gustaría ir volando y que me apareciera una tarántula por el hombro –digo entre bromas.
Mientras sonríe, hace un gesto para que todos nos reunamos a su

alrededor. Una vez agrupados, apoya una rodilla en tierra y nos explica el despliegue que vamos a llevar por la selva, dibujando con su cuchillo, *un tanto japonés*, nuestras posiciones en la arena.
Está claro que ellos están entrenados para estas situaciones, pero debe ser sumamente difícil hacerlo con varios civiles a su cargo, por lo que Kosuke se esfuerza en dejarnos claro cómo actuar en determinadas situaciones.
-Nos moveremos por binomios. Skud, Vlad, vosotros iréis en vanguardia, Eric y yo os seguimos, Frank e Ivanova a continuación, y Ada y Snake cerrarán el despliegue. No quiero que dejéis demasiada distancia entre vosotros, aquí la vegetación es muy densa y alguien se podría perder. Comprobad que lleváis llenas las cantimploras y no dejéis de hidrataros constantemente, con este calor el no hacerlo podría haceros enfermar. Por último, recordad, en una jungla como esta debéis mirar bien dónde ponéis las manos, los guantes siempre puestos. ¿Alguna duda? –pregunta Kosuke.

-¿Te has tranquilizado? –pregunta Skud a Frank, el cual da un paso atrás instintivamente.
-Sí, sí, no sé qué me paso, entré en pánico. No volverá a pasar –contesta balbuceante.
-Más te vale, voy detrás de ti y si vuelves a entrar en pánico, yo mismo te pegaré un tiro para que te calmes del todo –dice Snake.
-Eso seguro que le ayuda a calmarse –dice Ada-. Por cierto, ¿no os morís de calor con las mangas hasta abajo y los guantes puestos?
-Estos trajes, al igual que las armas, son especiales. A vosotros os los deberían haber entregado para venir aquí. Mucho cuidado dónde pones las manos –responde Skud.
Ada no le contesta, pero se queda en silencio, algo pensativa.
-Está bien; vamos allá –ordena Kosuke.
Partiendo del helicóptero siniestrado, Vlad busca indicios de la ruta de escape que pudieron utilizar. Hay multitud de huellas, vainas de los cartuchos disparados, sangre, ramas rotas e indicios de lucha. Para mí es un puzle imposible de resolver, pero tras unos segundos, Vlad no duda en indicarle a Skud la ruta a seguir.
Poco a poco, voy descubriendo las cualidades de cada viper y está claro que esta es una de ellas.
Vlad y Skud avanzan lentamente, Kosuke y yo les seguimos a unos diez metros, y así todo el grupo hasta que estamos envueltos por la oscura selva. La imagen no es precisamente alentadora. Según nos adentramos, observamos cómo las hojas de los árboles que vamos dejando a ambos lados del sendero, están manchadas de sangre. Seguimos encontrando algunos cargadores vacíos o vainas, aunque poco a poco, estos rastros se van espaciando más y más.

Nos invaden multitud de olores, algunos conocidos y otros no tanto. Conforme vamos avanzando, los ruidos de la selva se hacen cada vez más intensos. Los monos que saltan de árbol en árbol por encima de nuestras cabezas alertan de nuestra presencia. Al igual que algunos pajarillos, que desde la seguridad de sus ramas nos observan con cierta curiosidad, pareciendo saber que no pertenecemos a este entorno.
La mezcla de luces y sombras que se crean, debido a los pocos rayos de sol que consiguen atravesar la maraña de lianas, ramas y grandes hojas que cuelgan de la espesa arboleda de esta jungla, me produce cierta desorientación, lo que me obliga a mantener toda mi atención, ya que creo ver moverse todo a mi alrededor. En cualquier oquedad de los enormes troncos de los árboles, me parece ver horribles ojos observándonos, las sombras giran a nuestro alrededor y noto cómo mi corazón se acelera.
Debo tranquilizarme, ya que aquí dependemos unos de los otros. No me gustaría ser el culpable de dejar mi flanco sin cubrir por estar asustado.

Conforme nos vamos alejando del claro, algo parece moverse en la oscuridad. Lentamente se va desplazando, siempre por el margen del claro, sin dejarse ver ni hacer ruido para su aparente tamaño. Se dirige hacia donde Skud disparó su cañón de impulsos y observa los destrozos que hizo el impacto, permaneciendo por un tiempo allí.
Tímidamente sale de las sombras y se dirige al helicóptero siniestrado, parándose para olfatear a su alrededor. Parece percibir hasta el menor ruido y mueve sus puntiagudas orejas hacia un lado y a otro.
Continúa hasta llegar al helicóptero, volviendo a olfatear alrededor e identificando donde estuvimos cada uno de nosotros. Por un momento, algo parece llamar su atención, es el colgante. Se detiene sobre la piedra que arrojé al suelo y lo recoge con una de sus largas uñas, que forma parte de una espeluznante garra de fuertes y alargados dedos, mucho más que los de cualquier humano. Tras observarlo un momento, cierra su garra con fuerza, dando un gruñido y girándose al helicóptero, desplazándose esta vez con movimientos mucho más rápidos. Al llegar a la aeronave siniestrada, arranca la puerta corredera de un zarpazo, agarra a uno de los cadáveres por una pierna y se lo lleva arrastrando hasta perderse nuevamente en la selva, dejando un reguero de sangre tras de sí.

-¿Qué pasa? –pregunta Skud.
-Es extraño, parece como si aquí los rastros se hubiesen dividido. Mira esas ramas, claramente se puede ver cómo algunos de ellos se fueron por aquí y otros por aquella otra senda –contesta Vlad.

-Probablemente algo les perseguía y en esta bifurcación el grupo se separó o se perdieron. -responde Skud, mientras recoge una hoja con lo que parece manchas de sangre.
Mientras ellos intentan decidir qué camino debemos elegir, el resto permanecemos en silencio con una rodilla en tierra, escudriñando de lado a lado el flanco que cada uno de nosotros tenemos asignado, intentando distinguir, entre la multitud de ruidos y sombras que recorren la jungla, algo que llame nuestra atención.
-¿Te pasa algo Eric? –pregunta Kosuke.
-No, por un momento he sentido un dolor en el pecho, como si… no ha sido nada, ya pasó -respondo.
Kosuke me hace una señal, indicándome que se va a desplazar. Le respondo asintiendo con la cabeza, mientras se dirige a vanguardia hasta llegar a la altura de Vlad.
-¿Qué sucede? –pregunta Kosuke.
-Aquí se dividieron en dos grupos, estamos intentando decidir por dónde continuar –responde Vlad.
-Parece que algo perseguía a los que se encaminaron por el sendero de la derecha, mira ese rastro -comenta Kosuke, observando las ramas rotas y restos de sangre-. Seguiremos ese sendero.
-Copiado –responde Vlad.
-Estad muy atentos, no sabemos lo que nos vamos a encontrar ahí delante –dice Kosuke, al dirigirse de nuevo junto a mí.

Según abandonamos la senda que llevábamos y nos desviamos a la derecha en la bifurcación, este nuevo sendero se va cerrando más y más, dificultando nuestro avance. Vlad, con un gran machete, tiene que cortar ramas constantemente que nos obstaculizan el paso y nos reducen el alcance visual notablemente, lo que nos alerta instintivamente del peligro que esto supone, ya que ante una emboscada nos sería casi imposible poder defendernos con eficacia.
Con un gesto, Kosuke nos ordena cerrar más el despliegue, acercándonos más entre nosotros y manteniendo unos escasos metros de distancia y, aun así, la mayoría de las veces hay momentos en los que dejas de ver al que tienes delante. Nadie habla, la tensión es máxima.

CAPÍTULO 34

NOS ACECHAN

Al llegar a mi posición, Kosuke le hace una señal a Skud para que comiencen a andar. Segundos después, todos estamos en movimiento.

-Deja de mirarme el culo y estate atento a tu flanco –dice Ada a Snake, que van cerrando el despliegue.

-¿Cómo demonios? –exclama Snake.

-Puedo notar cómo se clava tu mirada en mis posaderas. No estamos jugando, presta atención -reclama Ada, algo enfadada.

Snake continúa caminando con la mirada baja, como la de un niño al que su madre le quita un caramelo y encima le regaña.

Secándome el sudor de la frente, me ajusto el pañuelo negro que llevo en la cabeza, el cual me debe dar un aspecto similar al que pudieran tener años atrás los piratas que habitaron esta isla.

Bajo la mirada hacia mi fusil y conecto la pantalla que se encuentra en la parte superior de este. Enfrentándolo a mis ojos, casi al instante, van apareciendo los códigos de las armas del resto de vipers con respecto a mi posición. Separándome algo de la pantalla, veo que los vipers coinciden exactamente con la posición que me da el fusil. Sin dejar de apuntar, busco con los dedos de mi mano derecha en el panel lateral del arma y modifico el selector de imágenes, cambiando a cámara térmica.

Ahora, a donde apunta mi arma, puedo ver a través de su pantalla la imagen térmica que tiene delante. Levantando el arma hacia la arboleda, sobre el fondo gris que presenta la pantalla, puedo ver pequeñas formas moviéndose rápidamente, saltando de rama en rama, brillando como si tuvieran luz propia. Aparto ligeramente mi mirada de la pantalla y, tras observar un rato, escrutando en la misma dirección que el arma, solo aprecio ligeros movimientos de las ramas de los árboles, hasta que mi vista se va acostumbrando poco a poco a este frondoso e infinito verde que presenta la jungla y, por fin, logro ver un diminuto mono de cola larga que me observa oculto entre las hojas. Al ver este que lo he localizado, da un agudo chillido y rápidamente salta a otra rama desapareciendo de mi vista, lo que genera a nuestro alrededor una algarabía casi instantánea de chillidos y gruñidos agudos que llegan a molestar a nuestros oídos.

Mi vanidad como humano todo poderoso me ha hecho tener una falsa impresión. No hemos sido nosotros los que hemos asustado a estos nerviosos monitos, en esta jungla más que depredadores empiezo a tener la impresión de que somos presas. Aquí hay algo mucho más temible que nosotros y parece que no solo los animales lo han

detectado, Kosuke también lo ha presentido.
Por suerte, la senda ha vuelto a ensancharse y ahora tiene unos metros de ancho, lo que nos da cierto margen hasta la arboleda que tenemos a ambos lados.
Kosuke apoya una rodilla en tierra levantando su puño derecho, lo que los demás interpretamos al instante, actuando de la misma manera y apuntando con nuestra arma hacia nuestro sector asignado. Kosuke, sin hablar, con su mano en forma de cuchillo, le señala una dirección por el flanco derecho a Vlad. La jungla se queda prácticamente en silencio, solo se escucha el cántico lejano de algún pájaro y el chillido espontáneo de alguno de los monos, pero nada que ver con el bullicio de hace un instante. Parece que los monos se han puesto de nuestro lado, como si quisieran avisarnos del peligro. Se dejan ver, marcando con sus miradas casi petrificadas lo que quiera que se nos esté acercando por la dirección que marcó Kosuke. Algunos arbustos se mueven a pocos metros de nuestro sendero, escuchándose el crujir de ramas. Lo que sea que se aproxime, es grande y pesado.
Tras de mí oigo un tintineo metálico, cuando miro atrás veo a Frank con su cara pálida y totalmente desencajada por el miedo, mirando a un lado y a otro, temblándole las manos, lo que produce un golpecillo intermitente de la pistola que tiene agarrada con todas sus fuerzas. Sin mediar palabra, Ivanova se gira hacia él y le arrebata el arma, volviendo a cubrir su sector de inmediato.
Bien hecho, este tío iba a acabar pegándonos un tiro a uno de nosotros.

Un horrible sonido resuena entre los arbustos. Un rugido invade la jungla como el que produciría un león, pero al mirar a Kosuke aún me inquieta más, ya que veo que gira lentamente la cabeza posicionando su oído en dirección contraria de donde ha venido el rugido. Poco después, como si lo hubiese presentido, escuchamos otro rugido similar, ahora a nuestra izquierda. Lo que sea que nos acecha ahí fuera, no es uno sino dos y nos están rodeando.
Enfoco con mi cámara térmica, pero no veo nada, hasta que de repente una gran masa brilla en el centro de mi pantalla. Con mi dedo anular quito el seguro del arma y levanto mi mano izquierda indicándole a Kosuke que he detectado algo. Aparto mi cara de la pantalla y ahí está, a unos seis o siete metros de mi posición. No logro verlo bien, solo veo lo que podría ser parte de su lomo. Tumbado como está en el suelo, su espalda tiene más de un metro de altura y su piel es como la de una pantera, con bello corto y lo que parecen rayas ligeramente amarillentas alternándose con otras negras o verdes oscuras, aunque con las sombras que proyectan el movimiento de las hojas es difícil saber si es su verdadero color o solo son reflejos en su piel. Su espalda se mueve lentamente arriba y abajo, como si estuviera

controlando su respiración para no hacer demasiado ruido, aunque, después del rugido que ha emitido no tiene demasiado sentido intentar no hacer ruido, siempre que fuera él quien dio el rugido.
Mis peores temores se hacen realidad, cuando veo otra forma moverse por detrás de la bestia que nos acecha tumbada. Esta se ve mucho más grande, parece andar a cuatros patas y ruge marcando su posición de líder. Al igual que la anterior, solo la llego a ver un instante entre la espesa arboleda, pero es enorme; bastante más grande que una pantera. Solo se encuentran a unos escasos metros, no entiendo muy bien, por qué no nos atacan, parece como si nos estuvieran estudiando antes de iniciar su primer movimiento.
El que está tumbado hace un amago de atacar, avanzando unos metros para luego retroceder sobre sus pasos, mientras ruge con fiereza, levantando arena y ramas rotas con sus zarpazos amenazantes. Por primera vez puedo ver su rostro. Indiscutiblemente es un felino, o lo era antes de evolucionar a lo que es ahora, porque jamás he visto algo así. Sus colmillos son enormes, en cierto modo me recuerda algo a los prehistóricos tigres dientes de sable. Al atacar, todo su cuello se ha erizado, levantándose de su piel una especie de placas o enormes escamas que parece utilizar como defensa, ya que tanto Ivanova como yo hemos descargado un par de ráfagas y aparentemente no le hemos infringido ningún daño. Los proyectiles han rebotado en su acorazado cráneo y la armadura del cuello.

Tras el ataque se mantiene cimbreando las placas que protegen su cuello y pecho, produciendo un ruido ensordecedor que parecen cuchillas afilándose, resultando más amenazador, si eso es posible. Su mirada es aterradora, la mantiene fija en mí, pero no ataca, parece esperar la orden de su líder. Cuando se abalanzó sobre nosotros, pude ver cómo una membrana amarilla cubría sus ojos, parecido a como hacen los cocodrilos o los tiburones, me imagino que para protegerlos de cualquier daño que puedan sufrir mientras ataca. Está claro que es una máquina perfectamente diseñada para matar, el problema es que nosotros estamos en su menú.
Un gemido producido por el que parece ser su líder, y al que no llegamos a ver del todo, ya que se sigue ocultando entre la arboleda, a unos escasos diez metros del camino, parece ser el detonante para que el enorme felino se abalance sobre nosotros. Sobre mí.
A mi espalda oigo a Kosuke gritarme que me tire al suelo. Sin pensarlo dos veces ejecuto su orden, sintiendo cómo la bestia cubre el poco sol que atraviesa la espesa arboleda, quedando bajo su sombra, pero un terrible impacto la hace retroceder unos metros. Kosuke abrió fuego contra ella con el cañón de impulsos y la alcanzó en pecho y vientre, partiéndola en dos.

Al levantarme, estoy cubierto por las entrañas del felino.
-¿Estás bien? –pregunta Kosuke.
-Sí, creo que sí –respondo algo aturdido, a la vez que Kosuke me ayuda a incorporarme agarrándome por un brazo, sin dejar de apuntar con su arma hacia la vegetación.

Todos los demás pasan sus armas a modo impulsos, manteniéndose atentos a la reacción de las bestias.
Desde ambos flancos del camino aparecen bestias rugiendo, más de las que nosotros habíamos percibido. No llegan a atacarnos, pero sí se dejan ver amenazantes, rugiendo y babeando, haciendo sonar sus collares acorazados. Al menos llego a ver a cuatro de ellas y entre la maleza podemos sentir la presencia de alguna más.
Ahora puedo apreciarlas mejor. Sus colores son atigrados. Su tamaño es el doble que el de un león y probablemente su fuerza, ya que con sus zarpazos destrozan algunos árboles pequeños con suma facilidad. Tienen dos colas que parecen terminar en cuchillas y que mueven de un lado a otro, produciendo un silbido similar al que produciría una espada. El sonido que producen y su movimiento alrededor nuestro, parece más que estudiado para producir terror en sus presas y hacer que una de ellas abandone la seguridad de la manada, como si un grupo de lobos atacara a un rebaño de carneros, hostigándolos hasta encontrar un punto débil. Pero nosotros no somos carneros, estamos entrenados y mejor armados.
Poco a poco vamos cerrando filas, espalda contra espalda, cada uno de nosotros busca un objetivo y no lo pierde, a pesar de que no paran de moverse de un lado a otro.

Todos menos uno. Frank vuelve a entrar en pánico y echa a correr. Puedo ver claramente cómo una de las bestias se fija en él, moviéndose paralelamente entre los árboles.
Frank pasa corriendo entre nosotros, sin embargo, estamos demasiado ocupados cubriendo nuestros flancos como para intentar pararlo. Al llegar a la altura de Vlad y Skud, este último le golpea en el pecho haciendo que rebote como si hubiese chocado con un muro, cayendo inconsciente. Skud toca la espalda de Vlad, que se encuentra cubriendo en ese momento los dos flancos, para indicarle que se va a desplazar. El enorme británico coge a Frank por el cuello de la chaqueta y lo arrastra como un pelele, mientras Vlad le cubre su desplazamiento.
Al llegar a nosotros, ya se han unido Ivanova, Snake y Ada.
-Abrir fuego -dice Kosuke.
Casi al instante, todos nosotros disparamos contra las bestias. Unos más acertados que otros, pero, en cualquier caso, produciendo graves daños a los animales y matando a dos de ellos. El resto se refugia

entre la arboleda alejándose unos metros, ocultándose de nuestra vista sin parar de rugir. Parecen enfurecidos y, quizá, algo desconcertados al sorprenderles la potencia de nuestras armas.
-Mira esto –dice Kosuke.
Acercándome a él, me muestra la cabeza y armadura del cuello de una de las bestias. Esta tiene dos impactos, uno de ellos en la cabeza, pero este apenas le infringió daños, el que lo mató fue el segundo disparo que le alcanzó en el abdomen, reventándolo por dentro y partiéndolo casi en dos.
-Es increíble, a pesar de darle de lleno en la cabeza con el cañón de impulsos, prácticamente no le ha hecho nada –exclamo.
-Pues demos gracias a que no tienen el cuerpo cubierto por completo de estas cosas –dice Ivanova, que se ha acercado a nosotros por detrás, mientras saca una bolsa de plástico y desenfunda el cuchillo que lleva en su pierna derecha-. Mirad esto, las cuchillas de la cola parecen estar hechas del mismo material.
Kosuke agarra una de las dos colas y pasa la cuchilla suavemente sobre la hoja de un árbol, cortando la hoja en dos.
-Ni la mejor espada –digo.
Ivanova agarra la otra cola y la secciona con su cuchillo, dejando caer la cuchilla dentro de la bolsa, pero esta atraviesa la bolsa clavándose en el suelo, pasando a escasos centímetros de la rodilla que tiene apoyada en la tierra.
-¡Joder! –exclama, echándose hacia atrás instintivamente.
-Mucho cuidado, no sabemos si tienen algún tipo de veneno –advierte Kosuke.
Ivanova la envuelve en una pequeña toalla y la introduce en una nueva bolsa, que, cerrándola por uno de sus extremos, queda sellada herméticamente.
Poco a poco, todos se van reuniendo en nuestra posición. Sin dejar de apuntar con sus armas hacia la arboleda. Conforme van llegando, no hay ninguno que no aproveche para echarle un vistazo a la bestia abatida.
-Es enorme –exclama Skud. Lo que no deja de ser una expresión curiosa viniendo de él.
Ivanova no para de recoger muestras y echarle fotos, poniendo una pequeña regla al lado de las extremidades del animal, para tener una referencia de algo conocido y ver las dimensiones del animal. Skud apoya su mano en la zarpa del felino y su mano resulta ridícula. La gigantesca garra tiene más o menos el diámetro de un balón de futbol, sus colmillos pueden medir entre quince y veinte centímetros, sus ojos son aterradores.
-Visto desde cerca, aún acojona más –dice Snake, al asomarse para ver a la bestia.

-Pues creo que no deberíamos permanecer mucho más tiempo aquí, estas dos que vemos son hembras y me da la impresión de que el que ruge cabreado es el macho y por lo poco que lo he podido ver, al menos pesa unos doscientos kilos más que estas –comenta Ivanova.
-¿Estáis todos bien? –pregunta Kosuke.
Asentimos con la cabeza, excepto Frank, que se encuentra todavía algo aturdido y, probablemente, abochornado por su cobarde comportamiento.
-Repasad vuestros equipos y si estáis listos, continuemos. Cerrad más el despliegue y permaneced atentos –ordena Kosuke.

Instantes después hemos iniciado nuestro movimiento.
Nada más alejarnos una veintena de metros de los cadáveres de las bestias abatidas, de entre la arboleda aparecen varios de estos descomunales felinos peleándose por la mejor parte, llevándose en la boca uno de ellos una de las patas traseras arrancada de cuajo, lo que nos sorprende a todos.

No mucho más tarde, aparece el gran macho. Como predijo Sveta, este es mucho más grande que las hembras.
Se deja ver claramente por primera vez y se muestra exuberante. Sin dejar de mirarnos, lanza un rugido amenazante que anula por completo los de las hembras, retumbando por toda la jungla. Al hacer esto, una cresta, que brilla con la escasa luz del sol, se alza por todo su lomo, similar a las cuchillas que se encuentran en sus cuellos y colas.
Vlad le apunta con su fusil, pero Kosuke, haciéndole una señal, le impide que abra fuego.

El gran macho mantiene su mirada un instante, posteriormente se acerca a lo que queda de una de las bestias abatidas, mientras las hembras bajan sus cabezas sumisas apartándose a un lado. El gran felino agarra el cadáver por el pecho, levantándolo como si no pesara y se pierde de nuevo entre la arboleda, desapareciendo también todas las hembras al momento.
-Bueno, al menos ahora tienen algo que comer –comenta Snake.
-Sí, pero no estaría de más que pusiéramos unas millas de distancia entre ellas y nosotros –responde Ivanova.
-¿Son estas las bestias que os atacaron en el helicóptero? – pregunta Kosuke a Ada.
-No las pude ver bien, pero no lo creo, las garras no eran las de un felino –contesta Ada.
-¿Y de qué eran? –pregunta Snake.
-De un jodido demonio –contesta rotundamente Ada.

Lo que me produce un escalofrío que recorre toda mi espalda. Por un momento, me vuelven a la cabeza las historias que me contaron sobre la isla en España, la anciana de Panamá, mi pesadilla…

CAPÍTULO 35

CAE LA NOCHE

Continuamos caminando por el sendero selva adentro. Poco a poco, este se vuelve a hacer más estrecho, dificultando cada vez más nuestro ritmo, ya que nuevamente es necesario el uso de los machetes para abrirnos paso. La sensación de que en cualquier momento podamos ser víctimas de una nueva emboscada está en el aire, lo que nos mantiene alertas, pero, a su vez, es agotador.

Empieza a caer la noche y Kosuke nos hace parar, reagrupándonos junto a él, para dejar a Vlad y Snake que cubran nuestra vanguardia y retaguardia.
-Está bien, solo nos quedan unos minutos de luz para tener que pasar a visión nocturna y, visto lo visto, esta maldita jungla ya es demasiado peligrosa de día como para continuar de noche –comenta Kosuke, mientras despliega un plano sobre el suelo.
-Estoy de acuerdo –asienta Ivanova.
-Mi GPS no funciona correctamente, ¿habéis comprobado los vuestros? –interroga Kosuke.
-No funcionan -van contestando uno a uno, tras comprobarlos.
Saco el mío de uno de los bolsillos de mi chaleco y lo enciendo.
-Lo siento, pero se supone que yo tenía que pilotar, no caminar por en medio de la jungla –contesto con una excusa, esperando a que se encienda durante unos interminables segundos.
-No te preocupes, algo les interfiere y parece que ninguno funciona. Si mis cálculos no fallan, estamos aquí –dice, señalando con su dedo un punto en el plano.
Todos nos inclinamos sobre él y vemos que cerca del lugar que señala su dedo, hay un claro que Kosuke lo tiene marcado como una posible zona de recogida en helicóptero.
-Si estoy en lo cierto, en esa dirección a unos quinientos metros, debe haber un claro donde podríamos pasar la noche, dándonos margen de seguridad para crear una defensa perimétrica –explica Kosuke.
Al mirar en la dirección que nos marca el guerrero japonés, vemos que ya no hay camino.

Deberemos atrochar entre la espesa jungla y, aunque quinientos metros no es mucho, ya es casi de noche, esto está lleno de peligros y Kosuke podría estar equivocado, ya que aquí es sumamente fácil perderse, pero todos confiamos en él y, además, tenemos pocas opciones.

Un bip suena en mi mano. Al bajar la vista, veo que es el GPS,

increíblemente se ha posicionado.

-¡Kosuke, funciona! No tiene mucha cobertura, pero al menos da la posición –exclamo.

Al comprobarlo, vemos que Kosuke estaba en lo cierto, nuestra posición es justo la que había marcado sobre el plano.

-Toma –digo, ofreciéndole mi GPS.

-No, espera Eric. Apagar y volver a encender vuestros equipos, quizá así funcionen mejor –dice Kosuke a los demás.

Mientras todos se disponen a hacer lo que Kosuke les ha ordenado, este se dirige a Frank.

-¿Qué autonomía tienen estas gafas? –pregunta Kosuke, mostrándole las gafas de visión nocturna.

-Eh, son, son casi inagotables. A plena carga, la batería que llevan instaladas tiene una autonomía de unas doce horas, pero si durante el día las guardamos en este apartado del chaleco y las conectamos, se volverán a cargar con la luz del sol mediante estas placas que llevan aquí –explica el nervioso científico, que muestra los apartados del chaleco, a la vez que se encuentra sorprendido de que Kosuke le pregunte a él, sintiéndose por primera vez de cierta utilidad desde que empezó la misión en la jungla.

-¡Funciona! –exclama Skud, mostrando su GPS.

-Parece que las GVN también van algo mejor, ya no parpadean tanto –dice Ivanova.

-Poneros las máscaras, esto se empieza a llenar de mosquitos, y aquí no sabemos qué enfermedades nos podrían contagiar–ordena Kosuke.

-¿Las máscaras? –pregunta Ada.

-Este uniforme está impregnado de una sustancia que es un repelente natural de insectos y arácnidos, aunque del material que está hecho ni una hiena podría atravesarlo con facilidad. La cabeza va descubierta, por eso creamos estas máscaras tipo pasamontañas, que no solo protegen la cabeza de picaduras, sino que conservan una temperatura idónea ya sea para el frío o para el calor –contesta Frank, adelantándose a Snake.

-¿Tendrías uno de esos gorros para mí? –pregunta Ada.

-Sí, creo que sí. Además, debe echarse este espray por el cuerpo cada dos horas, eso la debería mantener a salvo de la mayoría de los insectos –contesta Frank, entregándole la máscara y un pequeño bote, que selecciona de entre una multitud de utensilios que ha depositado en el suelo, extraídos de la mochila que lleva a su espalda; después, vuelve a meterlos de manera completamente desorganizada.

Ada hace un leve gesto con la cabeza, lo que para ella debe significar dar las gracias.

-Bueno, al menos de momento, parece que no vamos a tener

niebla, pero estad atentos, sabéis que aquí la climatología cambia en cuestión de minutos. Conectad vuestras GVN e iniciemos la marcha -dice Kosuke, mientras le hace una señal a Vlad.

Skud se aproxima a él e inician la marcha.

La luminosidad ya es casi nula para la visión de un humano. Al ponerme las gafas, me cuesta ver con claridad.

-Deja que se te acostumbre la vista. Con ambas manos regula las lentes hasta que veas un solo círculo y enfócalo –dice Kosuke en voz baja, mientras se mantiene caminando a mi lado.

-Ok, ya parece que veo mejor –contesto, también en voz baja.

-No mantengas la vista fija en un punto, gira la cabeza lentamente de un lado a otro –dice, mientras me apoya la mano en el hombro izquierdo para indicarme su posición respecto a mí.

Le doy copiado, levantando el pulgar de mi mano izquierda.

-¡Joder! –exclama Ada, sin alzar demasiado su voz.

Ada lleva protecciones en espinillas, codos y hombros, pero su traje no es como el nuestro. Cada vez que su uniforme se engancha en las espinosas ramas que nos vamos encontrando por todo el camino, estas le producen un pequeño desgarro en su piel, como si se tratara de una estudiada y maléfica tortura.

Snake se pone a su lado para ver cómo se encuentra.

-Estoy bien –dice Ada, antes de que Snake le pregunte.

Ada, al igual que Ivanova, es una guerrera, una mujer a la que no le gusta que la traten como tal, tan dura como podamos ser cualquiera de los que están aquí o quizá más. Desde el principio, entre ella e Ivanova han saltado chispas, pero es que las dos quieren ser las hembras Alfas del grupo y, obviamente, solo puede haber una.

Caminar entre esta espesísima arboleda se hace insufrible. Avanzar cortando las lianas que llegan hasta el suelo y se enredan entre las raíces de los árboles, arbustos espinosos, insectos de todo tipo que forman nubes que revolotean a nuestro alrededor. Pequeñas alimañas que saltan de las ramas a nuestros trajes, intentando encontrar un resquicio para poder saciar su sed de sangre, a pesar de las sustancias repelentes que impregnan nuestros trajes. Lo que hace que el recorrido hasta el claro se haga interminable.

Cada paso es un tremendo esfuerzo, por lo que, a los quince minutos, Kosuke y yo relevamos a Skud y Vlad en vanguardia.

Ada tiene el pantalón de su uniforme hecho jirones, su sangre se derrama por el pernil, dejando un rastro por donde va pasando, que es invadido inmediatamente por todo tipo de insectos y arácnidos que luchan encarnizadamente sangre.

La noche ha cubierto por completo la jungla. Parece que nuestro sentido auditivo se ha agudizado en cuestión de minutos. Si durante el día esta maldita jungla parecía siniestra, ahora parece que tras cada árbol hay una bestia deseando arrancarnos las entrañas. A pesar de que nuestra vista se va acostumbrando poco a poco a la visión nocturna, obviamente está bastante limitada, ya que no existen los colores. Todo se ve en verde con cambios de tonalidad que, al menos, nos da cierta apreciación de distancia. Nuestras gafas solo dan un ángulo de visión de cuarenta y dos grados, lo que nos obliga a estar moviendo la cabeza constantemente para poder ver por completo lo que tenemos delante.

Para Kosuke, y en general para el resto de vipers, esto no parece ser un impedimento, ellos se mueven como pez en el agua en este ambiente nocturno, en esta jungla; están entrenados para ello, pero yo me muevo con clara torpeza. A pesar de que mi abuelo me enseñó a moverme en el bosque, a seguir los rastros de animales, a saber, dónde debía colocarme con respecto al viento para no ser detectado, esto no se parece en nada a Ohio. Jamás pude imaginar que aquellos "*juegos*" con mi abuelo, ahora podrían salvarme la vida.

Mientras seguimos avanzando, me mantengo a un par de metros de Kosuke. De repente este se para, levanta su puño izquierdo cerrado e inmediatamente todos nosotros nos agachamos. Intento descubrir lo que ha podido ver Kosuke. Oteando de un lado a otro, no consigo ver nada que llame mi atención.

Estos días, mi orgullo se ha ido desvaneciendo poco a poco, hasta ahora creía saberlo todo o casi todo, nadie me podía enseñar gran cosa, pero, por primera vez en mi vida, me siento vulnerable. Durante el tiempo que llevo aquí, he tenido una clara lección de humildad. Con mi rodilla apoyada en la tierra y mirando a través del visor de mi fusil, por mi mente pasan mil recuerdos, mil experiencias, mil consejos mal aceptados, olvidados o incluso no escuchados.

-Allí –dice Kosuke, señalándome con el dedo.

Por más que intento ver lo que me quiere marcar, en este mundo verde que tenemos enfrente de nuestros visores, no soy capaz de identificar nada.

-El claro, lo tenemos justo enfrente, a unos cincuenta metros –dice Kosuke por la emisora-. Atentos, vamos a quedar expuestos cuando salgamos al claro. Sigamos.

Seguimos avanzando y poco después consigo verlo. Al llegar al borde del claro nos vamos desplegando en guerrilla, formando una hilera que no llega a abandonar las sombras de los árboles. Hoy hay luna llena y al llegar, veo cómo Kosuke levanta sus gafas. Al hacer lo mismo, gratamente me doy cuenta de que en el claro se ve con

nitidez. Ya no hay una espesa arboleda que impida pasar la luz de la inmensa luna, que empieza a descrestar por la línea de árboles, por lo que esta zona da una falsa sensación de seguridad. Aunque también podría ser el lugar en el que esperaría un depredador oculto en las sombras, a que apareciera una inocente presa, ya que ahí fuera no hay donde ocultarse.

El claro es grande, al menos tendrá unos trescientos metros de ancho por más de quinientos de largo. Por él discurre un pequeño, pero ruidoso arroyuelo. El terreno que cubre la llanura del claro en gran parte está cubierto de hierba de unos centímetros de alta, que desde aquí parece césped perfectamente cortado, meciéndose ligeramente por una suave brisa que recorre el llano. La luna se refleja en el agua del arroyo, haciendo de este lugar una visión agradable.

Por un momento, me olvido de donde me encuentro.

CAPÍTULO 36

BENDITOS DRONES

Kosuke da la orden a Skud y Vlad de avanzar.

Ambos abandonan la seguridad de las sombras con cautela, mientras el resto del grupo buscamos con nuestros visores cualquier indicio de movimiento en las hileras de árboles que bordean el lado opuesto del claro. Tras comprobar la zona, Skud nos da la señal de que podemos avanzar. Todos a la vez abandonamos la penumbra, avanzando en hilera.

Tras comprobar todo el perímetro e instalar distintos dispositivos de detección de movimiento, cámaras y algunos explosivos alrededor de nuestro improvisado campamento, Kosuke distribuye turnos de guardias cada dos horas.

Hemos montado dos tiendas y, para evitar problemas, hábilmente, Kosuke también señala quién ocupará cada una de ellas. En la primera estaremos Ivanova, Ada y yo, en la segunda Vlad, Skud y Frank, hasta que a cada uno de nosotros nos toque hacer nuestro turno de guardia.

-Empezaremos Skud y yo, nos relevarán Vlad y Snake –dice Kosuke, a lo que nadie pone la más mínima objeción.

Junto a las tiendas hemos montado una especie de andamio con varios troncos caídos, donde se sube Kosuke. Le da una altura de unos tres o cuatro metros sobre el terreno y una visión privilegiada, que le permite ver todo el claro. Skud se sienta en un pequeño taburete al otro lado de las tiendas, monitorizando las cámaras de infrarrojos que instalaron en el perímetro; puede girarlas con un pequeño mando que reposa sobre sus piernas.

Ivanova y Ada entran en la tienda. Cuando voy a entrar me siento observado; al levantar la vista veo a Vlad y Snake gesticulando obscenamente, mientras ríen a carcajadas, lo que me hace sonreír. Una vez dentro, veo que tanto Ada como Ivanova se están quitando las botas, pero no es eso lo que llama mi atención, sino que Ada continúa desvistiéndose, quitándose los pantalones y quedándose en unas diminutas braguitas.

-Eh, voy a quedarme un momento fuera, para que vosotras… -digo balbuceando.

-Es civil, ¿verdad? –pregunta Ada a Ivanova, sin dirigirse a mí.

-Sí, es un cachorrito –responde, mientras las dos ríen.

-Pasa, no te vamos a comer -dice Ada.

Al quedarse semidesnuda, veo las múltiples heridas que tiene por

sus piernas y brazos, probablemente producidas por las plantas espinosas que hemos ido atravesando hasta llegar al claro, ya que ella no iba protegida con nuestros uniformes.

Cada una de ellas se ha sentado en un extremo de la tienda, dejando un solo hueco posible para sentarme yo, entre las dos.

-Voy a dejar mis botas fuera -digo.

Ivanova me interrumpe, agarrándome del brazo.

-Ni se te ocurra. Toma esta bolsa y mételas dentro –dice, mientras veo cómo ella introduce las suyas en otra igual y luego la cierra herméticamente-. Lo que dejes ahí fuera es un perfecto nido de escorpiones, arañas o Dios sabe qué. Esta tienda una vez cerrada es estanca, además, está impregnada de la misma sustancia que los uniformes, por lo que aquí dentro deberíamos estar seguros de cualquier picadura. Ya has visto lo que una araña de esta jungla puede hacer.

-Ok, me has convencido.

-¿Tenéis suero? –pregunta Ada, a la vez que se limpia las heridas de las piernas.

Tras unos minutos, Ada se ha curado los múltiples cortes sin quejarse ni la mitad de lo que lo hubiera hecho yo. La luz dentro de la tienda la proporciona una pequeña lámpara colgada del techo, pero más que suficiente para ver dentro de este diminuto habitáculo.

No me he percatado, pero mientras que comía algo, comprobaba mi equipo y baterías Sveta se ha desnudado también, quedándose, al igual que Ada, en ropa interior. Cuando me giro hacia ella para preguntarle si ha vuelto a intentar contactar con el campamento, su visión semidesnuda me deja bloqueado. A pesar de que Ada tiene un cuerpo atlético, el de Sveta es mucho más exuberante, sus curvas son perfectas y la ropa interior que lleva puesta, parece más propia de un desfile de lencería que para venir a una jungla.

Sin saber bien qué hacer, vuelvo mi mirada hacia la mochila, buscando o haciendo como que busco algo.

Lo que para cualquier hombre sería su mejor sueño cumplido, por alguna extraña razón me encuentro sumamente incómodo, seguramente, porque no soy yo quien controla la situación, sino ellas. Me siento como un corderito entre lobos.

-¿No te vas a desnudar? Con este calor deberías quitarte el uniforme para que transpire la ropa y tu cuerpo se relaje –dice Ivanova, con palabras doblemente intencionadas y una marcada sonrisa en su cara, jugando conmigo como lo haría un gato con un ratón antes de comérselo.

Miro a mi izquierda y Ada ya está con los ojos cerrados. Se ha quedado prácticamente dormida, tumbada boca abajo veo que se ha quitado el sujetador.

Lo que me faltaba.

El calor, mezclado con la humedad que hay en el ambiente, resulta asfixiante y, para colmo, con la tienda cerrada de lado a lado, la brisa que corre en el exterior aquí es inapreciable.

Sintiéndome observado por Ivanova, me quito con dificultad el mono de vuelo que está pegado a mi piel. Al quitarme la camiseta quedándome en bóxer, una mano toca mi hombro.

-Refréscate con estas toallitas –dice Sveta, mostrándome una caja de toallitas húmedas, mientras me mira de arriba abajo humedeciéndose los labios.

-Gracias –respondo, sin saber bien si sigue jugando conmigo o va en serio.

-¿Apago la luz? –pregunto a Ivanova, tras refrescarme ligeramente con las toallitas, lo que ha sido un alivio con este sofocante calor.

-Vale, aunque estaba disfrutando de las vistas.

Sin atreverme a contestarle, apago la lámpara.

Inicialmente la oscuridad es total, pero poco a poco mi vista se va acostumbrando a la penumbra. La luz de la luna actúa como si fuera tuviésemos un foco alumbrando la tienda.

Tumbado bocarriba, no me atrevo a mirar a un lado o a otro. A los pocos minutos, siento como la mano de Ivanova se apoya en mi abdomen.

-Estás fresquito –dice.

Mi cuerpo se estremece al notar el contacto de su mano, posteriormente noto cómo su cuerpo se acerca al mío, pegándose a mí, pudiendo notar toda su anatomía apoyada en mi brazo.

Mis pulsaciones se aceleran por momentos.

-¿Qué es eso? –pregunto.

-Es mi mano. Es muy mala y quiere investigar lo que hay por aquí –contesta, deslizando su mano hasta mis piernas, palpando con detalle todo aquello que se encuentra por su camino.

-No, no me refiero a eso. Creo que es un avión –respondo, tras guardar un momento de silencio, intentando agudizar mi oído.

-Es verdad, yo también lo oigo -responde Sveta.

Me incorporo y salgo de la tienda, pero nada más salir, me encuentro de bruces con Snake.

-¿Os lo estabais pasando bien ahí dentro? –dice riendo, mientras mira mi entrepierna.

Cuando bajo la vista, me doy cuenta de que me encuentro más excitado de lo que yo pensaba, volviendo a meterme en la tienda para ponerme el mono de vuelo. Al hacer esto me encuentro a Ivanova disponiéndose a salir de la tienda a gatas y su cara se encuentra a escasos centímetros de mi entrepierna.

-Vaya, parece que sí que te estaba gustando -dice sonriente.
Me aparto a un lado para que pueda salir, y en un abrir y cerrar de ojos me pongo mi uniforme de vuelo.
Vaya nochecita.
Nada más salir nuevamente fuera, una sombra sobrevuela nuestras cabezas.
-¿Es un avión? –pregunta Ada, que algo aturdida ha asomado la cabeza por la cremallera de la tienda.
-Es un VANT –responde Skud.
-¿Un VANT? –pregunta Ada.
-Uno de los drones –responde y se dirige hacia Kosuke.
-¿Podemos establecer contacto? –pregunta Ivanova.
-Estos drones llevan instalado un sistema de comunicaciones y lo podríamos intentar utilizar como relé para contactar con la base –responde Skud, mientras intenta contactar con el dron repetidas veces, utilizando las distintas frecuencias que teníamos programadas como operativas o de reserva.
-Base, aquí equipo Viper, ¿me recibe? –interroga Skud una y otra vez, sin aparente resultado.

Tras un tiempo esperando una respuesta en silencio sepulcral, el dron vuelve a pasar por encima del claro, sonando como si un caza nos sobrevolara. Permanece orbitando alrededor del claro como si él también intentara contactar con nosotros. Probablemente, también esté mandando imágenes al campamento base.
En una de las pasadas a baja cota conseguimos oír por primera vez una voz a través del auricular de la radio que porta Skud.
-Viper, ¿me recibe?
-Base, le recibimos cinco, cinco –contesta Skud.

CAPÍTULO 37

AVALANCHA

-¿Cuál es su situación? –interroga el interlocutor que se encuentra al otro lado de las ondas.
Kosuke toma la radio y les relata brevemente nuestras peripecias. Les comenta los fallos que se produjeron en las aeronaves que intentaron tomar en la selva en las proximidades del núcleo, para que no intenten mandar otro equipo helitransportado a la zona, si no quieren dejar un reguero de helicópteros inoperativos por toda la jungla y, para que, a su vez, el dron deje de volar a tan baja cota, si no quieren perder el control de esta aeronave también
-¿Han sufrido alguna baja? –preguntan desde la base.
-Negativo, en nuestro equipo se encuentran todos bien, ni si quiera la aeronave ha sufrido desperfectos, pero hay algo aquí que a determinada altura hace fallar todos los sistemas del helicóptero y fue lo que nos hizo precipitarnos. El piloto nos comenta que todos los equipos están bien, pero algo evita que funcionen correctamente, lo mismo nos pasa con nuestro equipo personal, radio, GPS, o GVN Nada parece ir bien en esta jungla –responde Kosuke.
-¿Han localizado al otro equipo?
-Afirmativo, pero ellos no han tenido tanta suerte.
-Explíquese.
-Su helicóptero también debió precipitarse contra el suelo, pero el impacto fue más fuerte y la aeronave sufrió graves daños y…
-¿Y?
-Algo les atacó. Había sangre por todos lados –responde Kosuke, con su grave voz con marcado acento japonés.
-¿Encontraron algún superviviente?
-De momento solo a uno del equipo de protección, su nombre es Ada, aunque hemos encontrado el rastro de otros posibles supervivientes. Mañana continuaremos la búsqueda.
-¿Les ha podido aportar alguna información?
-Negativo, perdió el conocimiento y poco pudo ver.
-Copiado. Suerte en la búsqueda.
Tras hacer una órbita más, el avión no tripulado desaparece tan fugaz como hizo su aparición, ocultándose en la oscuridad de la noche.
Cuando vamos a volver a nuestras respectivas tiendas, Skud hace un gesto con la mano, llamando la atención de Kosuke. Este se dirige a una de las pantallas que presentan la información que detectan las cámaras térmicas, instaladas alrededor del improvisado campamento. Claramente se puede apreciar algo que genera calor, del tamaño de un perro grande, aunque por su forma no podemos saber lo que es.

-No sé qué será, pero sea lo que sea va a volar en pedazos, va directo hacia las trampas explosivas –comenta Vlad.
-¡Esperad! –exclama Skud-. Es una persona.
Observando la pantalla de otra de las cámaras, desde esa perspectiva se pueden apreciar sus piernas. Parece una persona arrastrándose. Por su forma de moverse, seguramente está herida.
-¡Mierda! ¡Enciende los focos, no quiero pisar una de esas putas minas! –grita Vlad a Skud, a la vez que corre en ayuda de quien quiera que esté ahí.
Snake se descuelga el fusil que lleva a su espalda y avanza tras él, sin dejar de apuntar hacia los árboles. Kosuke los acompaña unos pasos atrás, cubriendo su flanco izquierdo y ordenándonos al resto que estemos atentos.
Rápidamente recojo mi fusil de la tienda, conecto la cámara de visión nocturna e intento ver cualquier movimiento en la arboleda que nos rodea.
Noto cómo los latidos de mi corazón se aceleran, mi respiración se hace cada vez más intensa, hasta que me doy cuenta de ello y poco a poco me voy relajando. Tener miedo no es malo, porque nos hace estar alerta, pero hay que saber controlarlo.
Conforme se acercan Vlad y Snake a unos escasos metros, se percatan que es una mujer.
-¡Quieta! ¡No des un paso más! –grita Vlad, pero la mujer no parece escucharle; gime de dolor, se arrastra, apoyándose en codos y rodillas.
Cuando Snake llega a su altura, la ilumina con el foco de su fusil.
-¡Dios mío! –exclama.
Esquivando una de las trampas explosivas, Vlad se apresura a sujetarle una de las manos que por centímetros no ha detonado un explosivo. Al hacer esto, ella se gira sobre sí, clavando un cuchillo en la espalda de Vlad. Por suerte para él, este rebota en la armadura de su uniforme y cae al suelo. La cara de la mujer, totalmente cubierta de sangre seca, es pura rabia. Segundos después cae desmayada.
Con cuidado, Vlad la recoge del suelo, metiendo un brazo por debajo de su axila y con el otro recogiéndole las piernas, intentando no tocar las múltiples heridas que tiene para no infligirle más dolor del que ya debe estar sufriendo. Mientras se dirige a las tiendas, observa a la chica. Esta se encuentra semidesnuda, su uniforme está desgarrado, su cuerpo presenta múltiples heridas sangrantes que parecen pequeños zarpazos, su pelo está totalmente enredado en espinas y sus uñas están rotas y ensangrentadas.
-Pero ¿qué? –exclama Snake.
Por el visor de mi fusil puedo ver cómo los árboles parecen cobrar vida.
-¡Retroceded a las tiendas! –ordena Kosuke por la interfonía.

En ese momento, algo salta desde la copa de un árbol hasta la espalda de Vlad, haciendo que la chica y él caigan peligrosamente cerca de una de las trampas.
Lo que sea que se ha agarrado a la espalda de Vlad, intenta con sus garras y colmillos traspasar su uniforme desesperadamente, hasta que su cabeza rueda por el suelo tras probar la espada de Kosuke.
-¡Vamos, retroceded! –ordena Kosuke, que sacude su espada de la sangre del animal antes de envainarla a su espalda, retrocediendo sin perder de vista la arboleda.
En un momento, parece haber cientos de esas pequeñas bestias en la espesura que rodea el campamento.
Al llegar a nuestra altura, Ivanova les pregunta:
-¿Qué demonios son?
-No son demonios, aunque lo parecen –responde Snake, arrojando al suelo la cabeza del animal que decapitó Kosuke y que traía ensartada en su cuchillo.
-Increíble, es algún tipo de mono –exclama Frank, tras acercarse a ella con algo de cautela.
-Han salido del mismo infierno –responde Skud.

La mandíbula del pequeño animal parece desencajada para albergar unos enormes colmillos que son más propios de un felino que de un mono.
-¡Mirad! –avisa Ada, apuntando con su fusil.

Uno de estos monos ha saltado a la hierba y nos mira desafiante. Este parece algo distinto que el anterior, la melena de su cabeza es más larga que la del decapitado por Kosuke, también es algo más grande.

Su rostro se parece al de un mandril macho, mostrando también llamativos colores que recuerdan las máscaras de los legendarios samuráis.

Nos amenaza dando gritos y rugidos, erizando la melena de su nuca, dando golpes en la tierra con sus patas delanteras.

Esto parece alterar al resto de primates que se encuentran en los árboles.

Ivanova y Frank cuidan de la chica, y el resto ocupamos posiciones alrededor de las tiendas, intentando cubrir todos los flancos.

-Límpiale la sangre seca de la cara –dice Ivanova, mientras prepara unas gasas impregnadas de desinfectante.

-Doctora –dice Frank, llamando la atención de Ivanova.

-No me lo puedo creer; Eric, es Eva –dice la doctora.

Cuando me voy a volver, oigo la voz de Kosuke:

-¡Disparad!

Como si fuese un organizado ejército, una avalancha de monos enfurecidos nos ataca. Todos chillan y gruñen, se mueven de un lado a

otro, consiguiendo desorientarnos y haciendo muy difícil hacer puntería sobre ellos. A pesar de activar varias trampas que hacen saltar por los aires a algunos de ellos, estos siguen avanzando inexorablemente hacia nosotros.

Nuestras armas abren fuego, abatiendo a la mayoría, pero aun así, algunos consiguen llegar a nuestra posición.

CAPÍTULO 38

¡ATACAR!

Skud abate de una patada al primero de ellos, haciéndolo volar por los aires como si de un balón de rugby se tratara. Kosuke dispara contra ellos, a la vez que golpea con la culata de su fusil a los que se acercan demasiado. Vlad, Snake, Ada y yo hacemos lo propio. Incluso Ivanova y Frank deben abandonar los cuidados de Eva para defenderse de los enfurecidos monos. Tras unos segundos de terrible lucha, los pocos supervivientes huyen hacia la arboleda.

Kosuke levanta su puño en alto. Mira fijamente al mono que inició el ataque y, a su vez, el desafiante animal también mantiene su escalofriante mirada fija en el guerrero, como si ambos se estuvieran estudiando.

-¡Dios mío! –exclama Ivanova.

Al girarme puedo ver a Eva. Tumbada en el suelo, su cuello ha sido desgarrado, sujetando con ambas manos el cadáver de uno de los monos.

-Menuda guerrera. ¿Quién era esta tía? Se ha cargado al puto mono antes de morir –comenta Ada.

Arrodillado junto al cadáver de Eva, levanto mi mirada enfurecida hacia Ada.

-Matemos a todos esos putos monos –digo, mientras me incorporo.

-Esperad, algo está pasando –dice Kosuke.

Centenares de monos de larga melena, algo más grandes que los anteriores e iguales al que se adelantó al ataque, aparecen de las sombras. Sus ojos brillan en la oscuridad, sus colmillos chirrían amenazantes, mientras largas babas chorrean de sus bocas.

A diferencia de los pequeños, estos pisan el terreno con cautela, fijándose bien dónde ponen sus zarpas, esquivando los explosivos que, sorprendentemente para todos nosotros, parecen saber identificarlos.

-Municionad, esto se va a poner feo –dice Kosuke.

De todas partes aparecen más y más de esos monos, rodeándonos por completo.

-¡Joder! –exclama Ada, mirando en todas direcciones a través del visor de su fusil.

-Está bien; cerrad huecos, no dejéis un flanco sin cubrir. Preparar granadas, nos vamos a adelantar a ellos –ordena Kosuke.

-¡Listos! –responde Skud.

-¡Atacad! –grita el guerrero japonés, lanzando una granada.

Todos actuamos de la misma manera, lo que los monos parecen comprender, iniciando también su ataque.

Nuestra primera oleada es devastadora y produce numerosas bajas, aunque esto no parece intimidarles. Sobre los cadáveres, saltan más y más monos que son abatidos por nuestras armas.

-¡Municionando! –grita Vlad, mientras Skud se mueve para cubrir ambos sectores.

-¡Municionando! –grita Snake.

-¡Municionando! –grita Kosuke.

Cuando uno municiona, su binomio ocupa su posición para cubrir huecos, como una máquina bien engranada. Uno tras otro vamos acumulando cargadores vacios a nuestros pies.

-¡Cañones de impulsos! ¡Ahora! –ordena Kosuke.

Todos disparamos nuestros cañones al unísono, abatiendo a un gran número de pequeños demonios, aunque no los suficientes.

El primero en conseguir llegar, ataca a Snake, mordiéndole en el antebrazo. Aunque sus colmillos no llegan a atravesar las protecciones de su traje, el dolor es intenso, la fuerza de sus mandíbulas casi aplasta sus huesos. Pero Snake no es presa fácil, saca un cuchillo de su cinturón y se lo clava en la boca. El animal cae gritando al suelo, para morir ahogándose en su propia sangre.

Kosuke desenvaina su katana, blandiéndola de un lado a otro y desmembrando a los monos que intentan llegar a él.

A diferencia de los guerreros que luchan sin piedad, Frank se encuentra aterrorizado; dispara su pistola a un lado y a otro, sin llegar a hacer apenas un blanco, cerrando los ojos en cada disparo. Su agonía es tal que cuando su munición se agota, este se desespera y corre a esconderse a una de las tiendas de campaña, acurrucándose dentro. Varios monos le persiguen, introduciéndose en el pequeño habitáculo tras él. Los gritos desesperados de Frank se entremezclan con los chillidos de los monos y los disparos de nuestras armas; solo al cabo de un rato, Ivanova se percata de lo que ha ocurrido. Aún a pesar de dejar su hueco sin cubrir, esta se gira sobre sí misma hacia la tienda, disparando hasta vaciar un cargador. Abate a tres monos que allí se encontraban, dándose un festín con los restos de Frank.

-Maldita sea –exclama Ivanova entre sollozos.

-¡Mirad! –digo.

Los monos que se encuentran cerca de la arboleda huyen despavoridos en todas direcciones, pero no nos temen a nosotros, algo les está atacando.

Inicialmente no somos capaces de ver lo que les está sucediendo, pero poco después, Vlad nos marca donde mirar.

-¡Allí, en ese hueco! –dice.

-Dios mío, esa es la bestia que nos atacó en el helicóptero –dice Ada, medio paralizada y con lágrimas en los ojos.

Un enorme ser de más de dos metros de altura se mueve entre las

sombras de la arboleda, sin llegar a salir en ningún momento al claro. Solo podemos verlo en pequeños intervalos, pero está claro que no es humano, ni se parece en absoluto a ningún animal conocido. Las articulaciones de sus piernas, a diferencia de las de una persona, se doblan hacia atrás como las patas traseras de un caballo; son largas y fuertes y le permiten moverse con una increíble rapidez, dando grandes saltos. Sus brazos son alargados y delgados, aunque musculosos, y estos terminan en unas terribles zarpas de tres dedos. Estos dedos parecen poseer grandes uñas o estar afilados hasta las puntas, aunque desde esta distancia y sin parar de moverse, es difícil de apreciar. Su color se mimetiza con el terreno o quizá cambia de color, como hacían las iguanas a las que nos enfrentamos hace unos días. Su cabeza tiene dos grandes ojos y una enorme boca que no parece tener colmillos, sino que despedaza cuando muerde con la potencia de su mordedura. La cabeza se parece algo a la de una mantis religiosa, aunque con lo que parecen ser dos pequeñas orejas puntiagudas.

Sus largas piernas le hacen desplazarse a una velocidad sobrehumana, persiguiendo a todos los monos que encuentra a su alcance. Aquellos que intentan huir trepando por los árboles son alcanzados por sus largos brazos que, sumados a su altura, pueden llegar a unos tres metros o más. Algunos de los pequeños diablos intentan defenderse atacándolo, pero sus esfuerzos son inútiles. Los zarpazos del increíble ser son demoledores. Sus garras despedazan a un lado y a otro. Mientras avanza, sujeta a uno de ellos y le arranca la cabeza de un bocado. Su cuerpo parece estar acorazado, pues aparentemente es inmune a los bocados de los monos.

-Voy a acabar con ese hijo de puta –dice Ada en voz alta, mientras lo apunta con su fusil.

-Espera. De momento, necesitamos su ayuda –responde Kosuke pausadamente, apoyando su mano suavemente sobre el fusil de Ada y haciéndole apuntar al suelo.

Al decir esto, la bestia se detiene y nos mira fijamente, como si hubiese comprendido las palabras de Kosuke, mientras uno de los monos atrapado en una de sus garras grita asustado e intenta desesperadamente huir. Segundos después, la bestia continúa avanzado partiéndolo por la mitad al apretar su zarpa, como si de una mortal tenaza se tratara.

Tal como apareció aquella enorme bestia, desaparece en las sombras, pero ahora son pocos los monos que quedan y estos corren despavoridos de un lado a otro. Curiosamente, temían mucho más a ese diablo que a nuestras armas, no sin cierta razón.

-¿Qué coño era eso? –pregunta Ivanova a Ada, casi enfrentándose

a ella.

-No lo sé, dímelo tú, se supone que tú eres la científica –responde Ada desafiante.

-¿Cómo es que lo has reconocido? Se supone que no lo llegaste a ver. ¿Qué sabéis de ese bicho? –pregunta Ivanova, cada vez más cerca de ella, casi nariz con nariz.

Aunque la doctora le saca una cabeza a la pequeña Ada, esta no se achanta ante la mirada amenazante de Ivanova.

-Tranquilas, estamos del mismo lado –dice Skud, acercándose a ellas.

Algo más calmadas, Ada baja su mirada hacia el suelo.

-No nos explicaron prácticamente nada de la misión, solo nos dijeron que había ciertos animales peligrosos, probablemente jaguares, arañas, serpientes… Nos reímos de aquello y contestamos que eran los animales quienes debían temernos. No sabíamos nada de esto –dice Ada.

Tras un momento de pausa, Ada continúa relatando.

-Durante el ataque a nuestro helicóptero, pude ver sus garras y os aseguro que no las olvidaré en mi vida, y a no ser que haya otro bicho en esta puta selva con las mismas garras, ese fue el que nos atacó.

-Está bien; Ada, Ivanova, Snake, enterrad los cadáveres. Eric, Vlad, vosotros conmigo, vamos a reorganizar la defensa perimétrica, aún quedan unas cuantas horas de oscuridad y debemos intentar descansar algo, mañana va a ser un día muy largo. Skud, avísanos si ves algún movimiento –dice Kosuke, organizándonos y zanjando de esta manera el asunto, ejerciendo como líder que es.

Me arrodillo junto a Eva y, agarrándole una mano, me santiguo. Me cuesta mirarla, por lo que lo evito, dirigiendo mi mirada a sus manos.

Noto como Ivanova se acerca, arrodillándose junto a mí y apoyando una mano sobre mi hombro.

-Era una buena chica, pero debemos hacerle caso a Kosuke. Ahora debemos reorganizarnos, no podemos permitir que nos pillen nuevamente por sorpresa –dice Ivanova más calmadamente.

-Tienes razón –contesto.

-Más tarde los lloraremos, despídete, Eric –dice, mientras se levanta y se acerca a una de las mochilas para coger una pequeña pala.

No sé bien qué decirle, simplemente acaricio su mano.

-Lo siento, Eva –digo en voz baja.

Cuando hemos terminado de restablecer nuestras defensas y de enterrar a nuestros compañeros, Skud llama nuestra atención alrededor de su ordenador. Este ha grabado algunas imágenes con la

cámara que porta su fusil y las ha descargado en él.

Primero nos enseña el despliegue que utilizaron los agresivos monos, mostrando una inteligencia casi humana, pero lo que todos estamos esperando es ver a la bestia. Al poner las imágenes de la bestia, un escalofrío recorre mi columna vertebral, sus garras son exactamente iguales a las que vi en mi pesadilla el otro día, durante la noche de tormenta. Mientras vamos viendo imágenes de ese increíble ser, en mi cabeza se agolpan mil pensamientos. Todos los avisos que me dieron antes de venir aquí parecen tener algo de cierto. No sé si esto es un demonio, pero desde luego, en la tierra no creo que haya nada que se le parezca más.

Skud congela una de las imágenes en la que se ve más claramente a la criatura y hace *zoom* sobre ella.

-¡Dios mío! Es claramente un depredador. Mirad su anatomía, está diseñado para matar. Es un jodido tiburón terrestre –exclama Ivanova.

-Esperemos solo que prefiera la carne de mono a la carne humana –comenta Snake, a la par que se masajea el dolorido antebrazo que le fue mordido durante la batalla.

-Pues creo que está claro que le gustan ambas –responde irónicamente Ada.

Viendo su imagen congelada, podemos ver más detalles del extraño ser.

-Mirad, sus pies son similares a sus manos, con dos dedos delante y uno detrás y parece que son prensiles, lo que significa que probablemente pueda trepar por los árboles –comenta Ivanova, estudiando la imagen detenidamente.

-¿Alguna otra buena noticia? –comenta Ada, nuevamente con ironía.

-Pues creo que sí. ¿Puedes aumentar algo más la imagen? –pregunta la doctora a Skud.

-El problema es que la filmación no tiene mucha calidad y se pixela mucho. ¿Qué parte quieres? –responde Skud.

-Los pies.

Al aumentar la imagen en los pies, parece que tiene algo atrapado con su pie derecho, aunque se ve muy difuminado.

-¿Qué es eso? –pregunta Vlad.

-Un mono de melena larga. También utiliza los pies como garras para atrapar y desgarrar –explica Ivanova-. ¿Me puedes pasar las imágenes para estudiarlo mejor?

-Por supuesto, doctora –responde Skud, tan educadamente como siempre.

-Descansemos algo –dice Kosuke.

CAPÍTULO 39

EL RÍO

A la mañana siguiente, los que supuestamente pudimos dormir algo, nos levantamos con caras cansadas. Prácticamente, ninguno de nosotros ha podido pegar ojo, al menor ruido saltábamos de nuestros sacos y para los que estaban de guardia aún ha sido peor, cualquier sombra parecía un demonio.
Ha empezado a salir el sol, pero hay bancos de niebla, por lo que en determinadas zonas la visibilidad se reduce bastante.
-Recojamos el equipo, debemos aprovechar para movernos mientras el sol no caliente demasiado –dice Kosuke, conforme él mismo va preparando su mochila-. Skud, haz recuento de víveres y munición.
-Copiado –responde el enorme Skud.

Unos diez minutos después, todos estamos preparados para partir. Kosuke levanta una mano para llamar nuestra atención y que nos reunamos junto a él.
-Cuando desmontaba las defensas, Snake ha encontrado un sendero que se dirige hacia el núcleo, si queda algún superviviente es muy posible que lo cogiera. Es el que vamos a seguir, ¿alguna pregunta? –interroga Kosuke.
Ninguno de nosotros tiene la menor duda de que Kosuke es el mejor líder que podríamos tener en una situación como esta, por lo que, cualquier decisión que tome es compartida por todos.
-Está bien; debemos estar atentos. Estos senderos suelen estar hechos por animales y ya hemos visto la clase de animales que hay por aquí. Emprendamos la marcha.

Conforme nos vamos alejando de lo que fue nuestro campamento, vuelvo mi mirada atrás para ver las dos cruces que dejamos clavadas en el suelo.
Nuestro avance es muy lento, ya que la jungla no nos permite ir mucho más rápido. De vez en cuando, oímos pasar por encima de nosotros a uno de los drones y, aunque no llegamos a verlo debido al espesor de la vegetación en esta parte de la jungla, al menos Kosuke puede establecer contacto con el campamento y explicarles todo lo sucedido.
La visibilidad es escasa, ya que aquí los rayos del sol apenas consiguen penetrar, todo está húmedo, nuestras botas se hunden en la frondosa hierba que está a nuestros pies, pudiendo ver cómo el agua cubre por completo cada pisada.
El calor es insoportable, nuestras fuerzas flaquean y algunos de

nosotros estamos a punto de pedirle a Kosuke que pare a descansar. Kosuke levanta su mano en alto para indicarnos que paremos; parece haber oído nuestros pensamientos. Le hace una señal a Vlad para que se asome a un lado del sendero. Nada más dar unos pasos, Vlad le levanta su pulgar.
Ha encontrado un río que serpentea paralelo a nuestro sendero. Kosuke nos indica que podemos descansar, quedándose vigilando Vlad a vanguardia y Ada a retaguardia.

No sé cómo lo hacen, pero ellos no demuestran cansancio, en cambio, yo he sido incapaz de oír la corriente del río, que ahora, una vez sentado y calmado, puedo escuchar claramente.

Mi abuelo me decía que todo está en tu cabeza y que, si dejas que el cansancio te invada, serás incapaz de pensar; eso, en una jungla como esta significa la muerte. En este descanso debo hidratarme y aclarar mi mente. Físicamente no estoy en desventaja con cualquiera de estos soldados, el problema es que ellos están instruidos para soportar mentalmente la fatiga y yo no.

-¿Cómo estás? –pregunta Snake, que muerde una pieza de fruta.

-Ahora mejor –respondo.

Nos sentamos a descansar, pero Skud se acerca a la orilla y lanza un sedal con algo de cebo.

-No deberías comer nada que ronde por esta selva, incluidos los peces, podrían estar contaminados por G21 –advierte Ivanova.

-No es mi intención doctora –contesta Skud, mostrándole una sonrisa, mientras se pone unos guantes-. Ya hemos visto lo que hay fuera del agua, ahora solo quiero ver lo que se esconde dentro de ella.

Tras lanzar el sedal, algo no tarda en morder el anzuelo. Por como tira del sedal y el trabajo que le está costando a Skud sacarlo del agua, debe ser algo grande y agresivo. Conforme Skud va consiguiendo arrastrarlo a la orilla, la superficie del agua comienza a agitarse, hasta que por primera vez se ve el lomo de un pez dando coletazos a un lado y a otro. A todos nos intriga ver lo que pueda esconder este río y las posibles evoluciones monstruosas que haya hecho en sus animales el G21.

Cuando el pez se encuentra a un par de metros de la orilla, Skud da un fuerte tirón sacando al enorme pez fuera del agua.

Incluso fuera del agua, el pez sigue luchando, saltando a un lado y a otro, hasta que una de las manos de Skud lo sujeta contra el suelo.

Tiene dos enormes colmillos en su mandíbula inferior, dándole un aspecto amenazante, similar al de un vampiro, con una gran boca armada de poderosos y afilados dientes. Su cabeza con respecto al resto del cuerpo es enorme. Claramente es un depredador de este río.

¿Es una evolución? –pregunta Kosuke.

-Hydrolycus scomberoides o pez vampiro –contesta Skud-. Es un pez típico del Amazonas. Este parece uno de ellos o, al menos, un pariente cercano.

-¿Es normal este tamaño? –pregunta Kosuke.

Pueden ser aún más grandes –responde Skud.

Mientras Skud nos explica el pez capturado, la doctora aprovecha para medirlo, arrancarle una escama que guarda en una de sus bolsitas de plástico y sacarle una muestra de sangre.

-Mide cincuenta y ocho centímetros y pesa unos nueve kilos –comenta la doctora.

-Está bien; no podemos utilizarlo como comida ya que probablemente esté infectado, creo que podríamos soltarlo ya –dice Skud.

-Sí, ya he terminado –responde Ivanova, tras hacerle una foto junto al metro que ha utilizado para medirlo.

Con sumo cuidado, para no ser mordido por el pez, Skud le introduce la cabeza en el agua, dejándole que se acomode, hasta que este poco a poco va recuperando las fuerzas.

Skud me sorprende cada día que pasa. Este enorme hombre es una de las personas más cultas que he conocido y, a pesar de encontrarse en esta jungla luchando por su vida, en todo momento respeta la naturaleza y a los seres que viven en ella.

Cuando nota que el pez se ha recuperado por completo, relaja sus manos dejando que este se deslice suavemente entre sus dedos. A pesar de que el agua es cristalina, viéndose claramente el fondo, cuando el pez ha avanzado solo unos metros, es casi invisible debido a que sus colores lo mimetizan.

De repente, el agua se agita y algo se lo traga de un solo bocado, salpicándonos de agua y haciendo que instintivamente retrocedamos. Todo ha sucedido en una fracción de segundo y nadie ha podido ver claramente qué ha sido.

-¿Un caimán? –pregunta Ivanova.

-No lo creo, no he podido verlo bien, pero su lomo era liso, como el de un pez o una serpiente, no como el de un caimán–responde Skud.

-Bueno, parece que deberemos evitar entrar en el agua –dice Kosuke, mostrando algo de ironía en sus palabras.

Cuando termino de comer, me ofrezco voluntario para relevar a Ada.

-¿Te encuentras ya bien? –pregunta Kosuke-. Antes no tenías muy buena cara.

-Sí, todo estaba en mi cabeza, estoy bien.
-Ok, adelante –dice Kosuke.
Skud hace lo mismo, relevando a Vlad para que pueda comer algo, cambiarse los calcetines y relajarse un momento.

CAPÍTULO 40

EL AGUA SE AGITA

-Kosuke, creo que deberías ver esto –dice Snake, llamando su atención.
Al acercarse a su posición, se puede apreciar cómo en el barro que hay en la orilla, a unas decenas de metros más al norte de donde paramos a descansar, hay unas huellas de botas que parecen continuar por un sendero que discurre paralelo al río.
Kosuke saca un plano de su mochila y lo despliega sobre el suelo.

A su vez, intento ver nuestra posición en la pantalla de mi casco que se encuentra integrada al GPS de mi fusil, pero nuevamente me da error de posicionamiento, probablemente debido a las interferencias que puedan afectar nuestra cercanía al núcleo.
-¿Son recientes? –pregunta Ivanova.
-De hace un día –responde Snake.
-Nos encontramos aquí –dice Kosuke con plena seguridad, marcando con su dedo un punto en el plano que coincide con uno de los meandros del río.
-¿A qué distancia nos encontramos del núcleo? –pregunta Ivanova.
-En línea recta a unos dos kilómetros, pero siguiendo este sendero a unos cuatro o cinco, aunque este plano no está muy detallado y no sabemos si el sendero se mantendrá todo el camino o tendremos que abandonarlo en algún momento –responde Kosuke.
Tras observar el plano que nos muestra Kosuke, se puede ver claramente que, en un punto del sendero, hay que desviarse hacia la jungla unos cientos de metros y estaremos en el núcleo.
Mientras Kosuke recoge el plano, le hace una señal a Skud; Ada está rellenando su cantimplora del río.
-¡Tira esa cantimplora! –vocea Skud, antes de que Ada se disponga a beber de ella.
-¿Cómo dices? –responde ella.
-No podemos alimentarnos de nada de esta selva, no sabemos lo que está contaminado y lo que no –dice Skud.
-Pero no me queda agua. En esta puta selva, no duraré ni dos horas sin agua –responde Ada exaltada.
-A mí me queda un poco, la compartiré contigo –responde Skud.
-Cuando hablé con el campamento les solicité víveres y munición. Parece ser que ya está operativo el helicóptero de Surskies, por lo que no tardarán en lanzarnos suministros, hasta entonces, racionad los alimentos y, sobre todo, el agua –comenta Kosuke.
-Está bien; revisad vuestro armamento y equipo. No perdáis de vista el río, que nadie meta un pie en el agua, si no es absolutamente

necesario –advierte Skud.

Tras una hora de caminar por el barro, con nuestro paso enormemente ralentizado debido al cansancio, se escucha aproximarse al dron, dando una rápida pasada por encima de nuestras cabezas.
Aunque la visibilidad no es demasiado buena, ya que, a unos metros por encima nuestra, hay una fina capa de nubes que persisten casi todo el día. Esta es mejor que otras veces, pues deja algunos claros que nos permiten verlo pasar.
Kosuke se comunica con él y, poco después, se empieza a oír el característico sonido que emite un Bell 412 acercándose. En este sentido llevo algo de ventaja sobre mis compañeros; soy el primero en apreciarlo y aviso a los demás. Poco después, todos son capaces de escucharlo, oteando por encima de las copas de los árboles hasta que Snake lo localiza.
-Allí viene –dice, señalando con la mano.
-Vipers de Hornet dos, ¿me copiáis? –interroga el helicóptero, con la emisión algo entrecortada.
-Adelante, Hornet dos, te tenemos a la vista –contesta Kosuke.
-Estamos listos para el lanzamiento –responde el helicóptero.
-Ok. No descendáis demasiado e intentad que la carga no caiga al agua, es más peligrosa de lo que parece.
-Copiado Viper, estamos informados. Tenemos bastante viento cruzado, intentaremos que caiga en la orilla –responden.
-Roger –contesta Kosuke.

-¿Viper dos, de Power uno? –interroga una voz por la radio, justo cuando el helicóptero pasa por encima de nuestras cabezas.
-Adelante Power uno –responde Kosuke con una sonrisa, al reconocer la voz del líder del tercer equipo.
-Vamos en el helicóptero, os daremos protección desde aquí arriba, hasta que la visibilidad o autonomía nos lo permita –responde Power uno.
-Recibido, bienvenida será.
-Iniciamos lanzamiento –dice otra voz, que debe ser la del piloto.
-Roger –contesta Kosuke.

En una segunda pasada, el helicóptero aminora la velocidad. Manteniendo cierta altura al pasar junto a nosotros, lanza un pequeño paquete sujeto por un diminuto paracaídas, pero este es arrastrado por el viento y queda enganchado en la copa de unos altísimos árboles que quedan a nuestro flanco izquierdo.
-Creo que ese paquete no lo vamos a poder recuperar –digo a Vlad.

-No te preocupes, es solo un señuelo para ver la dirección e intensidad del viento –explica Vlad.

Efectivamente, en una segunda pasada, el helicóptero se desplaza algo más a la derecha y comienza a lanzar varios paquetes. En total, tres.
Los dos primeros caen justo en la orilla, pero el último cae en el agua, a unos cuatro metros de la orilla.
-Lo siento chicos, pero el viento está muy racheado y es muy difícil calcular –dice el piloto por radio.
-¿Qué es el tercer paquete? –pregunta Kosuke.
-Víveres.

-Si vamos a ir a por él, debemos hacerlo ya, empieza a moverse con la corriente del río y si este se desplaza hacia el centro, será imposible rescatarlo –comenta Skud.
-Tienes razón Skud, ven conmigo. El resto estad atentos a cualquier movimiento del agua, si veis cualquier cosa sospechosa disparar sin dudar –dice Kosuke.
-No, iré yo. Tú eres más útil en el equipo –exclama Ada, mostrando un enorme grado de valentía, mientras se ajusta su fusil.
-Está bien –responde Kosuke-. Power, ¿me copiáis?
-Adelante.
-Vamos a recoger el paquete del agua, estad atentos.
-Copiado.
Lentamente, Skud y Ada empiezan a avanzar en paralelo, separados por un par de metros, palpando con sus pies donde pisan, mientras que apuntan con sus fusiles en la dirección del paquete. La fuerte corriente del río y las resbaladizas piedras del fondo les dificulta mantenerse estables.

El resto hemos ocupado posiciones, para tener un buen ángulo de tiro. El helicóptero se mantiene en estacionario sobre ellos, buscando huecos entre las difusas nubes que no paran de moverse debido al viento. A una altura de unos doscientos pies, con las puertas correderas abiertas y mostrando a tiradores en ambos lados, se escucha el batir de sus palas, dándonos cierta sensación de protección. Al menos, esa bestia metálica que nos sobrevuela está de nuestro lado.
Algo agita el agua cerca de donde se encuentra el paquete y somos al menos tres de nosotros los que abrimos fuego sobre ese punto.
La tensión es evidente, pero nadie consigue ver nada, ni siquiera el equipo del helicóptero.
El paquete ha quedado enganchado en una roca, pero no para de moverse. En cualquier momento, se podría desprender y perderlo.
Skud y Ada continúan avanzando lentamente, el agua llega a sus rodillas, a su cintura. Para Ada aún es peor, ya que al ser más baja que

Skud, esta le llega ya casi al pecho.

Cuando se encuentran a escasos centímetros del paquete, Ada se agita.

-¡Maldita sea! ¡Algo ha rozado mis piernas! –grita Ada.

-¡Salid de ahí, ya! –gritan desde la radio del helicóptero.

Desde la posición del helicóptero pueden ver cómo unos enormes peces se acercan a Ada y Skud.

-¿Qué sucede? –pregunta Kosuke por radio.

-¡Parecen anguilas, pero son gigantes, de al menos tres metros y las hay a decenas! –responde una agitada voz desde el helicóptero.

Las ametralladoras de la aeronave empiezan a escupir fuego, tiñendo el agua de rojo.

-¡Vamos! –grita Skud, agarrando el paquete de una de las cuerdas del paracaídas.

Ada reacciona inmediatamente, agarrándolo de otra, pero parece que el movimiento del paracaídas atrae la atención de estos seres y varios de ellos comienzan a darle bocados, haciendo casi imposible extraerlo del agua.

Sin pensarlo dos veces, Vlad y Snake se introducen en el agua para tirar también de las cuerdas, empezando a moverlo hacia la orilla, mientras, el resto batimos el agua con ráfagas de nuestros fusiles allí donde vemos movimiento, aunque sin tener objetivos claros, pero acertando en algunos de nuestros disparos, el agua continúa tiñéndose aún más de rojo.

Esto no parece amedrentar en absoluto a las monstruosas anguilas, sino que, por el contrario, el olor de la sangre las agita aún más. Atacándose salvajemente entre ellas, devoran a las que se encuentran heridas por los disparos, lo que les da el tiempo suficiente a Skud y al resto, para sacar el paquete del agua.

Cuando consiguen salir del agua, Ada se da cuenta que ha perdido el soporte de la cámara de su fusil que se encuentra flotando en el agua, cerca de la orilla.

Ada se introduce nuevamente en el agua a recogerlo.

-¡No, Ada! –grita Snake, cuando la ve adentrarse en el río.

Es demasiado tarde. La enorme cabeza de una de las anguilas sale del agua con su boca babeante totalmente abierta, pero esta salta en pedazos antes de llegar a morder a Ada, que es golpeada por el resto del cuerpo de la anguila y desplazada hasta la orilla, donde cae de espaldas algo confusa.

Kosuke me mira con cara de aprobación, mientras aún mantengo mi cañón de impulsos apuntando hacia la anguila.

-Buen tiro –dice Skud, al pasar por mi lado.

-No abras la boca, estás llena de babas de ese jodido bicho –dice Ivanova, que limpia la cara de Ada con unas gasas mojadas en

desinfectante. Ada se encuentra cubierta de malolientes babas, mezcladas con lo que debe ser la sangre del animal, dándole un aspecto poco favorecedor.

-Estamos todos bien –informa Kosuke al helicóptero, el cual deja de disparar sobre las anguilas.

-Es increíble, en cuestión de un minuto debe de haber cientos de ellas aquí abajo –responde el piloto, notablemente agitado.

Al mirar hacia el río, la sensación es que el agua está en ebullición, si no fuera, porque de vez en cuando se ven los coletazos de las anguilas.

Tras municionar y recoger los víveres que nos han suministrado, emprendemos la marcha. El helicóptero continúa con nosotros algo más, pero pronto nos comunica que la visibilidad se empieza a reducir y que debe volver a base.

-Chicos, os tenemos que dejar, mucha suerte –dice la tripulación, mientras se alejan.

CAPÍTULO 41

LA CUEVA DEL DEMONIO

Por fin, conseguimos llegar a la encrucijada, donde debemos abandonar el sendero que va paralelo al río e introducirnos en la jungla.

Hace tiempo que dejamos de ver huellas en el barro o cualquier otro indicio de supervivientes.

Desde aquí estamos solo a unos cientos de metros, pero la visibilidad se ha reducido muchísimo. La niebla se ha pegado al terreno y volvemos a tener solo unos escasos metros de visibilidad horizontal. Para empeorar la situación, solo nos queda algo más de una hora para que empiece a caer la noche.

-Descansemos unos minutos –dice Kosuke, a sabiendas de que este último tramo no va a ser fácil.

En esta ocasión nadie habla, todos estamos concentrados en nuestros propios pensamientos.

Mientras como una pieza de fruta, miro en mi móvil unas fotos que me hice con Rocío antes de dejar España. Noto como Ivanova se sienta junto a mí.

-¿Esa es tu chica? –pregunta.

-Así es –digo, mostrándole la foto.

-Es guapísima. Ahora entiendo por qué estás tan enamorado. ¿Creía que había perdido mi sexapil? –dice bromeando, lo que me hace sonreír y olvidarme por un momento de la situación en la que nos encontramos.

-Es curiosa la vida –digo.

-¿Por qué? –pregunta, mientras ella también muerde una pieza de fruta.

-Porque yo siempre evité este tipo de situaciones, cualquier tipo de responsabilidad y ahora mírame.

Sveta se limita a sonreír, con la vista perdida en la otra orilla del río.

Tras unos minutos, Kosuke nos despierta de nuestros respectivos pensamientos para traernos nuevamente a la realidad.

-Preparaos, nos ponemos en marcha –dice.

En esta ocasión, Vlad y Snake van al frente, seguidos por Kosuke y Skud, y formando un triángulo, cerramos la formación Ivanova, Ada y yo. No nos separamos unos de otros más allá de un par de metros, debido a que la visibilidad es sumamente reducida y las comunicaciones internas cada vez son más deficientes, con repetidas

interferencias, haciéndolas a veces casi ilegibles y molestas.

A diferencia de lo que pensábamos, ha sido relativamente fácil llegar al núcleo.

Snake levanta la mano y, poco a poco, todos vamos llegando a su posición. Cuando me encuentro junto a él, me quedo con la boca abierta. Se encuentra justo al borde de un enorme cráter, aunque no se puede apreciar del todo, debido a que la niebla también lo cubre en parte. Debe tener cerca de un kilómetro de diámetro, probablemente más.

-Snake, Vlad, mantened la posición. El resto bajemos –ordena Kosuke.

Deslizándonos por la ladera, poco a poco vamos llegando al fondo del cráter. Curiosamente, al llegar a este y, a pesar de que ya han pasado muchos años desde que cayera el meteorito, no hay ni rastro de vegetación por ninguna parte, lo que difiere enormemente con el exterior de este.

Tras avanzar unos cientos de metros nos encontramos con una enorme cueva, a la que nos acercamos con cierto recelo.

Skud llama la atención de Kosuke, mostrándole unas huellas que parecen entrar y salir de la cueva; por la forma, parecen de la bestia bípeda.

Un fuerte pitido en los intercomunicadores nos hace a todos quitarnos los auriculares, dejándonos sin comunicación con Vlad y Snake.

La apertura de la cueva es bastante grande, de forma ovalada, con un ancho de unos veinte metros y una altura hasta el techo de unos cinco.

Al poco de adentrarnos en aquella gruta, la oscuridad es casi absoluta. Conectamos la visión nocturna que, aunque con algunas interferencias, por suerte para nosotros, aún funciona. Al contrario de lo que cabría esperar, dentro de la cueva la temperatura sube aún más, llegando a unos cincuenta grados, lo que es soportable gracias a nuestros trajes especiales, pero Ada no porta uno de ellos, por lo que pronto empieza a flaquear. Kosuke se percata de ello y le ordena que espere en la entrada de la cueva.

Al continuar, observamos cómo a lo largo de la pared y techo de la cueva discurren una especie de raíces muy ramificadas, haciéndose más gruesas conforme más avanzamos hacia el interior. Con la curiosidad que caracteriza a una investigadora, Ivanova se acerca a observar una de ellas. Al tocarla con unas pinzas, estas parecen reaccionar encogiéndose. Observándolas más detenidamente, estas se dilatan y contraen, como si respiraran, emitiendo una suave luz rosada que aumenta y disminuye su intensidad a la vez que se contraen y

dilatan.

Al coger una muestra de las raíces, la doctora se sorprende al ver que se encuentran en un estado gelatinoso. Introduciendo con una pequeña espátula una muestra en un bote de plástico, se gira mostrándoselo a Kosuke.

-¿Sabes qué es? –pregunta Kosuke.

-No estoy segura, pero creo que es G21 en estado puro.

-Continuemos –ordena Kosuke.

Skud sigue en vanguardia avanzando por la cueva, tras él Kosuke y finalmente Ivanova y yo.

A pesar de los trajes, la respiración se hace cada vez más difícil, ya que el aire es tan sumamente caliente que nos empieza a quemar las vías respiratorias.

Aquí es donde debe vivir ese puto demonio, en este maldito infierno, pienso mientras voy caminando con dificultad.

-Poneos las máscaras y gafas –ordena Kosuke.

Todos paramos y nos conectamos unas pequeñas máscaras que portan nuestros trajes en un bolsillo del brazo derecho. Estas cubren la boca y fosas nasales y, según nos explicaron cuando nos entregaron los uniformes, a través de un material filtrante, evitan que nos entre cualquier partícula extraña, a la vez que enfría el aire que respiramos. Además, como ordenó Kosuke, todos nos ponemos las gafas que portamos al cuello, ya que, con este calor, nuestros ojos se enrojecen y no paran de lagrimear.

Con un movimiento de su mano, Kosuke nos ordena continuar, lo que significa seguir bajando. La cueva tiene una pendiente de unos diez grados de inclinación, cada vez estamos más profundos con respecto a la superficie.

Tras unos minutos de descenso, parece que por fin Skud ha encontrado algo. Ivanova y yo nos paramos, mirando en todas direcciones, aunque hay pocos sitios donde mirar, adelante o atrás. La cueva en sí es un único túnel, sin vías laterales, provocado casi con toda seguridad por el impacto del meteorito.

Cuando Kosuke llega a la altura de Skud, este se queda perplejo ante lo que ve frente a sus ojos, y no es fácil sorprender al guerrero japonés curtido en mil batallas.

Kosuke nos hace una señal para que avancemos. La reacción de Ivanova y mía al llegar a su posición debe haber sido muy similar a la de Kosuke, también nosotros nos quedamos perplejos.

Lo que tenemos frente a nosotros no es otra cosa que lo que parece la entrada a una enorme aeronave. Nada que ninguno hayamos visto antes.

De lo que parecen dos grandes columnas metálicas, una a cada

lado de la entrada, salen estas increíbles raíces que, ramificándose una y otra vez, se extienden por toda la cueva.

Con la mayor de las cautelas, vamos entrando en la aeronave. Conforme vamos avanzando, nuestras sospechas de que la aeronave es de origen extraterrestre parecen cobrar más fuerza.

Dentro de la aeronave, la temperatura se atenúa bastante, por lo que podemos quitarnos las máscaras y gafas.

Tras recorrer una serie de pasillos, llegamos a lo que probablemente debe ser el puesto de mando. Después de tantos años, no parece estar inoperativa; hay paneles que se presentan como hologramas en los que se pueden ver textos en un idioma ilegible para cualquiera de nosotros.

La doctora se cuelga su fusil a la espalda y conecta en su casco una pequeña cámara de vídeo, relatando en voz alta todo lo que va viendo. Mientras Skud y Kosuke escudriñan cada recoveco de la aeronave, me he quedado casi en trance, maravillado por las estructuras que presentan las estancias por las que vamos pasando.

Algo que llama mi atención, es que, a diferencia de una aeronave terrestre, esta parece ser totalmente hermética, sin ningún ventanal para ver el exterior. Es similar a un submarino, por lo que su forma de desplazarse debe ser totalmente instrumental, aunque no se ven botones por ningún lado ni mandos para dirigir la aeronave.

-Chicos, venid aquí –reclama la doctora.

Al llegar a la estancia donde se encuentra ella, la visión que se nos ofrece es aún más sorprendente que todo lo que habíamos visto hasta ahora.

-¿Qué demonios? –dice Skud.

En el suelo de la estancia podemos ver dos extraños seres, del tamaño de un perro mediano. Parecen muertos, pero aun así, Skud los toca con cautela con la punta de su bota, sin dejar de apuntarlos con su fusil. Sus cuerpos son semitransparentes, pero no se aprecian órganos internos.

Al tocarlo, este se desplaza a un lado con demasiada facilidad.

-Esto no es el ser en sí, sino solo un caparazón, una muda. Como del que se desprenden algunos crustáceos cuando crecen –explica la doctora.

-Mirad, ahí hay otro –digo, apuntando a una viga del techo.

El aspecto es como el de un enorme insecto de seis patas y unas pinzas parecidas a las de una mantis religiosa. Al igual que un insecto, su cuerpo parece estar dividido en tres partes, una cabeza con unas enormes mandíbulas, tórax y un alargado abdomen.

En todos ellos, el tórax se encuentra abierto por su parte superior, como si este hubiese sido la vía de salida del nuevo ser.

Tras inspeccionar la estancia, llegamos a encontrar cuatro de estos cuerpos inertes, pero hay otros dos que parece que no sobrevivieron al impacto, permaneciendo en una especie de urnas.

Kosuke rompe una de ellas con la culata de su fusil y el extraño ser cae a nuestros pies. A pesar de haberse conservado durante todo este tiempo en la hermética urna, se encuentra muy deteriorado.

La doctora lo estudia y, tras unos minutos, nos relata su versión de lo sucedido, lo que no es demasiado tranquilizante.

-Fijaos en esto –dice, mostrándonos el tórax del animal-. Lo que sea que se alojaba aquí no formaba parte de este ser, era un parásito. Creo que lo utilizaba para alimentarse de él y como vehículo.

Atendemos las explicaciones de la doctora sin decir palabra.

Utilizando un cuchillo, consigue abrir el caparazón del tórax del animal, dando este un chasquido al romperse. No hay olores ni fluidos, supongo que han desaparecido a lo largo de los años, aunque sí que se pueden ver algunos órganos a través de su cuerpo semitransparente.

Volviendo a utilizar el cuchillo, consigue separar lo que parece un segundo animal que se encuentra pegado al tórax del enorme insecto. Aunque este se ha desquebrajado al separarlo de su anfitrión, se puede ver perfectamente la forma del parásito.

De color rosáceo, con una estructura que se asemeja a la del exosqueleto de un insecto, posee seis fuertes patas que la doctora se ve obligada a romper para poderlo separar. Además, cuenta con dos largos apéndices que parece conectar, por un lado, con el cerebro del inquilino y, por el otro, con el aparato digestivo. No se observa nada que se parezca a unos ojos u oídos, aunque sí una serie de pequeños agujeritos de distintos tamaños repartidos por toda su estructura, que seguramente utilizan como sensores.

La doctora, ayudada esta vez por Skud, clava un cuchillo en la base del cuerpo del parásito para ver lo que hay en su interior. Lo que descubre es asombroso, apenas se aprecian órganos, excepto algo que se asemeja mucho a un gran cerebro y que ocupa casi un noventa por ciento del animal.

La doctora lo recoge y lo introduce en una de sus bolsas de plástico.

-No tengo más espacio en mi mochila, ¿alguien puede? –pregunta la doctora.

Sin dejarla terminar, me ofrezco a recoger el cadáver del parásito, introduciéndolo en mi mochila.

Mientras el resto del equipo se centra en los cadáveres de los extraños seres, la curiosidad como piloto me hace acercarme a uno de

los hologramas para intentar saber algo más de ellos, pretendiendo descubrir cómo demonios guían esta extraordinaria aeronave. Los hologramas se elevan como medio metro por encima de los paneles que los iluminan, generando símbolos que parecen formarse por arte de magia.

Al introducir mi mano en uno de ellos estos símbolos cambian de color, tornándose de un color azulado a otro más bien rojizo. De repente, una mano agarra mi muñeca apartando mi brazo bruscamente del holograma.

-No sabemos si de alguna manera están conectados a la aeronave, esto podría avisarles de nuestra presencia –dice Kosuke, mirando el holograma.

Instintivamente doy un paso atrás con cierto sentimiento de culpa.

-Yo -digo, sin llegar a terminar la frase.

-Tranquilo, es solo por precaución.

CAPÍTULO 42

SANGRE POR SANGRE

Cuando terminamos de inspeccionar por completo la estancia, decidimos continuar.

Investigando el resto de los compartimentos de la aeronave, hay algo que la mayoría echamos en falta y que Kosuke no tarda en mencionar:

-¿Os habéis dado cuenta de que no tienen una sala de armas?

-Creo que su fuerza no está en las armas, sino aquí –dice la doctora señalando su cabeza-, bueno, o donde quiera que estos malditos demonios tengan su cerebro.

El macabro razonamiento de la doctora hace meditar a Kosuke y Skud, ya que ellos son expertos luchadores cuerpo a cuerpo, en tácticas de guerrillas, en armamento, pero nunca se habían enfrentado a algo así.

Se enfrentan a un enemigo que parece que hasta ahora solo ha querido jugar con ellos, o quizá, estudiarlos antes de atacar, pero que aún no ha mostrado toda su fuerza.

-Hay algo… -dice Kosuke.

-¿Qué quieres decir? –pregunta la doctora.

-¿Crees que los seres que hemos visto son realmente los tripulantes de esta nave?

-¿Por qué lo dices?

-No sabría explicarlo. Noto algo más –responde Kosuke, con una extraña mirada.

Skud lo mira algo preocupado; después de muchas batallas compartidas con el guerrero japonés, sabe que Kosuke tiene sentidos que ningún otro humano parece tener. Parece percibir cosas que los demás no llegamos ni a imaginar. Como dice Vlad, tiene los sentidos de un felino, y yo, después de lo vivido con él, también empiezo a creer que los tiene.

La doctora mueve sus labios, intentado pronunciar palabra, aunque no emite ningún sonido.

-Está bien, continuemos y salgamos de una maldita vez de aquí –dice Kosuke, mostrándose algo incómodo.

Realmente, ninguno de nosotros nos encontramos tranquilos aquí, y es que estamos encerrados en una trampa para ratones con una única salida.

Según avanzamos hasta la que parece ser la última habitación, un olor nauseabundo recorre este último pasillo. Kosuke y Skud se vuelven a poner en alerta, extremando nuevamente las precauciones, escudriñando cada recoveco a través de los visores de sus fusiles, pues

hay algo en el ambiente que te hace presentir que lo que nos vamos a encontrar no nos va a gustar.

Entrando en la estancia, Kosuke y Skud rebasan el último arco, aunque no dicen nada. A continuación, lo hacemos Ivanova y yo.

-Dios mío, pero ¿qué? –digo, mientras se congelan las palabras en mi garganta, ante la horrible visión que tengo delante.

-¿Qué demonios es esto, su despensa? –pregunta Skud.

-Me temo que no, yo más bien diría su laboratorio –contesta la doctora.

Sobre unas grandes placas de aspecto metálico, se encuentran algunos animales desmembrados. El olor a putrefacción es horrible, sin embargo, a la doctora parece no afectarle, avanzando hasta el centro de la estancia.

-Mirad, ahí tenéis lo que buscábamos –dice.

Más al fondo, sobre otras dos placas, hay dos cuerpos humanos totalmente descuartizados, que, por los restos de sus ropas, uno de ellos parece un soldado y el otro uno de los científicos que los acompañaba.

-Al final consiguieron llegar al núcleo –comenta Skud con cierta ironía, pero denotando tristeza en sus palabras.

-Nos estudian. No los han desmembrado de cualquier forma, están estudiando nuestros órganos, como lo haría un científico, solo que a su manera –explica Ivanova.

-¿Y de dónde ha salido el ser que vimos atacando a los monos? Es completamente distinto a los seres que hemos visto antes –pregunta Skud.

Tras una pausa, la doctora le contesta:

-Es solo una teoría, pero creo que es un humano infectado por uno de estos seres.

-Pero ¿tú has visto bien a ese bicho? Si parece una mezcla entre insecto, lagarto y demonio –respondo.

-Todos habéis podido comprobar la evolución que ha producido el G21 en algunos animales, simplemente porque han sido mordidos por otro animal infectado o el que han sufrido las plantas que lo han absorbido del sustrato. Imaginaros lo que podría hacer unos de estos parásitos en un humano, inyectándole directamente el G21 en su cerebro, en sus órganos internos. El problema es que no todos los animales tendrían la capacidad para recibir el G21 y sufrir una transformación tan descomunal, la mayoría de ellos morirían en el proceso, por eso nos han estado estudiando y parece que, finalmente, nos han elegido a nosotros –responde.

-¿A nosotros? –pregunto.

-A los humanos.

-¿Cuántos de estos puede haber? –pregunta Kosuke.

-Desconozco si han sido capaces de reproducirse, en caso negativo y según los restos que hemos encontrado, al menos cuatro. Pero, como hayan sido capaces de reproducirse, tenemos un grave problema –contesta Ivanova.

-El caso es que se cree que el meteorito, bueno, la aeronave, cayó hace cientos de años, si no se reproducen, ¿cómo iban a vivir tanto tiempo? –pregunto.

-Eric, no tengo todas las respuestas, solo son hipótesis. Quizá creemos que se estrellaron y no es así. A lo mejor, esto para ellos es un campamento base y la isla, simplemente su campo de ensayo, siendo relevados cada cierto tiempo o cuando mueran, no lo sé. Desconozco el sentido que le dan a la vida, al dolor, a los sentimientos, o ni si quiera si los tienen. El caso es que es evidente que son inteligentes, con tecnología suficiente para interferir en nuestros radares, comunicaciones o sensores de imágenes -responde la doctora.

-Doctora, tome las muestras y fotos que sean necesarias y salgamos de aquí –dice Kosuke.

-Hay muchas cosas que inspeccionar, pero yo tampoco quiero estar aquí ni un segundo más –responde Ivanova.

Todos nosotros parecemos contagiarnos de esa inquietud.

-¡Vámonos! –dice Kosuke, mientras avanza junto a Skud hacia el pasillo.

Dentro de la aeronave hay algo de luz, que procede de algún tipo de minerales incrustados en paredes y techo, suficiente para ver sin necesidad de utilizar la visión nocturna, pero pronto volveremos al túnel, donde la oscuridad es casi absoluta, por lo que nos vamos equipando con nuestras respectivas máscaras y gafas antes de entrar en él.

Al llegar a la salida de la aeronave, utilizando nuevamente la visión nocturna, Kosuke cree ver algo e inmediatamente apoya una rodilla en tierra, apuntando con su fusil hacia la oscura cueva. Apoyado en la pared opuesta, Skud hace lo mismo.

Segundos después, yo también aprecio movimiento en la cueva.

Me coloco tras Kosuke apoyado en la pared e Ivanova lo hace tras Skud.

Lentamente, una figura empieza a tomar forma, pero no es uno sino dos los seres que se aproximan.

Kosuke levanta su mano calmándonos. Son Vlad y Snake, por lo que todos respiramos aliviados.

-¿Qué hacéis aquí? –pregunta Kosuke.

-Perdimos las comunicaciones con vosotros hace un buen rato, por lo que decidimos venir a ver qué pasaba.

-¿Ada se ha quedado en la entrada? –pregunta Kosuke.

-¿Ada? ¿No está con vosotros? –responde Vlad.

-Se quedó cubriendo la entrada –dice Kosuke.

-¡Maldita sea! ¡En la entrada no había nadie! –exclama Vlad.

-¡Vamos! –ordena Kosuke, mientras avanza hacia la salida flanqueado por Skud.

Avanzamos pegados a las paredes, intentando no rozarnos con las raíces gelatinosas que discurren por toda la cueva.

Poco a poco, empezamos a ver algo de luz, hasta que se aprecia la salida.

-Mucho cuidado –dice Kosuke en voz baja.

Algo deslumbrado por la luz, Kosuke es el primero en salir. El resto lo vamos haciendo a continuación. Desplegados a la salida de la cueva, Snake busca indicios de Ada.

-Mirad, algo la arrastró y creo que ha sido ese jodido bicho –dice Snake, que nos muestra marcas en el suelo.

- Abrid bien los ojos, es posible que haya más de uno y creo que están jugando con nosotros –responde Kosuke, mientras Vlad y Snake lo miran perplejos.

-¿Más de uno de esos bichos? ¿Qué habéis visto ahí dentro? –pregunta Vlad.

-Una aeronave extraterrestre. Luego hablaremos de ello, ahora tenemos que encontrar a Ada e intentar salir de aquí con vida.

-¡Joder! –exclama Snake, a la vez que comienza a caminar en la dirección de las huellas.

La niebla ha ido invadiendo el cráter, por lo que la visibilidad se ha vuelto a reducir considerablemente.

Tras aproximarnos al borde opuesto por donde habíamos bajado al cráter, Kosuke nos indica que nos paremos, aunque él continúa andando, sobrepasando a Vlad y Snake.

-¿Qué hace? –pregunta Snake.

-Me quiere a mí, esperad–responde Kosuke.

Confusos, esperamos rodilla en tierra.

Como si controlaran la niebla a voluntad, esta se va abriendo conforme camina Kosuke, hasta que frente a él aparece el enorme ser. Una de sus garras atraviesa el hombro de Ada, manteniéndola en vilo a un metro del suelo. La soldado parece estar aún con vida, moviendo ligeramente su cabeza hacia un lado.

Kosuke se para a unos metros frente a él y deja su fusil en el suelo, para echar su mano atrás y desenvainar su espada.

-Lo tengo a tiro. Le puedo volar la puta cabeza –dice Vlad en voz baja.

De repente, un dolor insoportable invade la cabeza de Vlad que le obliga a tapar sus oídos y revolcarse por el suelo, sin que ninguno de

nosotros podamos hacer nada.

Mientras Kosuke avanza hacia el alien, nos indica con la mano que bajemos nuestras armas, al hacerlo, el dolor de Vlad cesa.

De un rápido movimiento, el ser lanza hacia un lado a Ada, cayendo inconsciente a unos metros de él.

Cuando Kosuke se encuentra a la distancia de su espada, este cae de rodillas frente al alien, sujetándose con una mano la cabeza, mientras con la otra clava su espada en el suelo, intentando mantenerse erguido.

Es ahora el ser el que avanza lentamente hacia él, agarrándole con una de sus garras la cabeza, observándolo de cerca, mientras Kosuke grita de dolor.

-¡Dios mío! –exclama Ivanova.

Pero un disparo impacta en la cabeza del monstruo, lo que libera a Kosuke momentáneamente del dolor. Este lo aprovecha inmediatamente, lanzando un ataque de su katana al cuello del monstruo, aunque al igual que el disparo no le causa ningún daño, rebotando la hoja de su espada.

Otro nuevo disparo, ahora en el pecho del alien, hace impacto, haciéndole tambalearse hacia atrás. Ada, desde el suelo y con el brazo que le queda operativo, está disparando contra el monstruo una y otra vez. Cuando el alien se percata, la mira fijamente y esta cae muerta al instante, sangrando por los oídos. La pequeña distracción es aprovechada inteligentemente por Kosuke, el cual gira sobre el monstruo y lo ataca por detrás, dándole una estacada certera en la nuca. Por primera vez, el horrible ser muestra dolor. Un segundo ataque de Kosuke le hace caer, hasta que clava su espada en la parte de atrás de su cuello, desprendiendo el parásito que lleva adosado. Al elevarlo al cielo clavado en su espada, podemos ver que es uy similar al que el que vimos en la aeronave.

En el mismo momento que desprende el parásito, el ser cae desplomado sin vida, como si fuera una aeronave que se ha quedado sin tripulación, aunque el parásito sigue moviéndose de un lado a otro, dando pequeños chillidos, hasta que, con un movimiento de su espada, Kosuke lo parte en dos.

-Ya sabemos su punto débil –comenta Skud, levantando su rodilla del suelo.

Tras comprobar el pulso de Ada, Kosuke se dirige a nosotros.

-Ahora sabemos que los podemos matar y ellos también –dice Kosuke.

-¡Sangre por sangre! –exclama Snake, mientras termina de aplastar el parásito con su bota.

-¿Qué te sucedió cuando estabas frente al alien? –pregunta

Ivanova.

-Se metió dentro de mí, dentro de mi mente. Es como si te desgarraran por dentro. Debes aferrarte a tus creencias, tus seres queridos, aquello que amas, o te destroza –contesta Kosuke-. No me digas cómo, pero ahora sé que hay más, he podido sentir cómo se comunicaba con ellos cuando sintió dolor, como si pidiera ayuda. Debemos salir de aquí cuanto antes.

-A mí me ha pasado igual –comenta Vlad-. De alguna manera, cuando se meten dentro de ti quedas conectado a ellos.

CAPÍTULO 43

LA JUNGLA ACECHA

Viéndonos obligados a dejar el cadáver de la valiente Ada allí tumbado, iniciamos nuestra marcha. Nos desplazamos con rapidez, llegando a la resbaladiza cuesta que presenta el cráter e intentando evitar que se desprendan piedras y golpeen a los que vienen detrás.
Finalmente, conseguimos llegar al borde del cráter. Kosuke nos comenta, que nos tenemos que alejar del núcleo hasta un punto en el que el helicóptero nos pueda rescatar. Tras observar unos segundos el plano que Kosuke despliega sobre el suelo, emprendemos la marcha sin demora, internándonos nuevamente en la jungla, buscando cualquier sendero utilizado por los animales, que nos haga más fácil el avanzar entre la espesura de la vegetación.
Gracias a nuestros trajes, conseguimos avanzar entre las espinas, el resbaladizo musgo y miles de insectos y sanguijuelas. Para colmo, el ocaso comienza a hacer presencia, disminuyéndose la visibilidad cada minuto que pasa.

Kosuke y Vlad, presintiendo algo, se paran casi al unísono.
-Se acercan, saben dónde estamos –comenta Kosuke, lo que no es precisamente alentador.
-Ahí está –dice Snake, mostrándonos un pequeño sendero.
Casi a la vez que Snake pronuncia sus palabras, algo pasa rápido entre los árboles, a unos metros de nosotros.
-Son ellos, están aquí –advierte Kosuke.
Todos sentimos la presencia de algo maligno, la jungla se transforma, las sombras parecen cobrar vida, los chillidos de los animales aumentan, agitándose más y más.
Una vez en el sendero, nos desplegamos intentando cubrir todos los flancos.
-Probablemente podrían acabar fácilmente con nosotros utilizando sus poderes mentales, pero parecen que están cabreados, porque hemos acabado con uno de los suyos, quieren acabar con nosotros de una manera más física. Doctora, querías saber si tenían sentimientos, pues parece que sí –comenta Kosuke, mientras gira sobre sí mismo buscando objetivos.
-Si están ocupando cuerpos y mentes humanas, al final se les ha pegado algo de nuestro carácter –responde Ivanova, que se encuentra conmigo espalda con espalda.
-Creo que son dos –dice Vlad.
Se mueven rápidamente entre los árboles, dejándose ver por instantes.
-¿Qué es ese olor? –pregunto.

-Cuando se excitan generan algún tipo de hormona que desprende ese fuerte olor –responde Ivanova-. Probablemente eso los haga más fuertes, algo parecido a nuestra adrenalina, pero multiplicado por tres.
-¿Más fuertes?
Vlad empieza a disparar, sin embargo, a pesar de ser un excelente tirador, falla todos sus disparos.

Se mueven demasiado rápido para poder hacer puntería. Kosuke, Snake, yo… todos abrimos fuego, pero probablemente ninguno de nuestros disparos haya hecho impacto y, si así fuese, seguramente no le causaríamos daño alguno, ya que, su cuerpo está prácticamente acorazado.
Skud abre fuego con su cañón de impulsos y parece acertarle a una de las bestias. Se escucha un tremendo chillido que resuena por la jungla. Acompañado de Snake, se acerca rápidamente a la posición donde se supone que la bestia ha sido abatida.
Entre árboles partidos literalmente por la mitad, una pequeña nube de polvo aún suspendida en el aire, algo parece reptar entre musgos y raíces. Su piel ha cambiado de color, camuflándose perfectamente con el terreno, pero su cuerpo está prácticamente seccionado en dos y no deja de sangrar, lo que, para guerreros experimentados como ellos, delata su posición. Snake no duda; nada más llegar, busca su cuello y vacía un cargador sobre el parásito que allí se aferra, quedando su cuerpo inerte al instante. El cuerpo anfitrión palidece poco a poco, perdiendo el camuflaje que le hacía confundirse con el terreno.
De repente, la arboleda se abre. Otro de estos seres salta sobre Snake y atraviesa su cuerpo con sus garras, levantándolo del suelo sin dificultad. Al sacar una de ellas, parece desgarrarle los intestinos. Lo levanta sobre su cabeza a modo de trofeo, haciéndole padecer un dolor indescriptible. Lo que hace que Snake grite desesperado. Skud apunta a la cabeza de la bestia, pero la bestia lanza a Snake a un lado sin mostrar la menor compasión y se dirige rápidamente hacia él. Skud intenta abrir fuego con el cañón de impulsos, pero la bestia está demasiado cerca y este no le permite disparar. Cuando se encuentra junto a él, lanza un chillido al aire y lo agarra del cuello con una de sus garras. A pesar del enorme tamaño de Skud, este no parece tan grande ni pesado cuando el alien lo levanta del suelo. Sus pies cuelgan a medio metro del suelo y queda indefenso frente a los poderes de la bestia.
Simplemente apretando su garra, seccionaría la cabeza de Skud sin mayor problema, pero parece disfrutar del dolor de su enemigo, por lo que hace sufrir a su víctima mentalmente, alargando su agonía.

Cuando Skud está a punto de perecer, algo ocurre. La garra de la bestia disminuye la presión sobre el cuello del guerrero y, a su vez, parece que también disminuye su ataque sobre la mente de este, como

si se compadeciera de él y le perdonara la vida, pero nada más lejos de la realidad. Al conseguir enfocar nuevamente la vista, Skud puede ver cómo la hoja de una espada japonesa atraviesa el cuello del alien.

Kosuke ha atravesado al parásito y, a su vez, en su estocada ha atravesado también el cuello de su portador. Ahora es el monstruo el que cae sin vida de rodillas frente a Skud.

-¿Hay más? –pregunta Skud, que se incorpora limpiándose con la manga de su uniforme la sangre que brota de su nariz.

-No detecto ninguno más, al menos, no por aquí cerca. ¿No has conectado con él cuando se ha metido en tu mente?

-Creo que en mi caso ha sido distinto, no se ha metido en mi mente, solo notaba como si me estrujaran la cabeza. Solo quería matarme.

Vlad corre hasta Snake, pero este yace sin vida. Cierra su puño con fuerza golpeando el suelo, mientras maldice una y otra vez esta endemoniada jungla. Todos nos acercamos al cadáver de Snake, tras un instante en silencio a modo de despedida, Kosuke nos recuerda que tenemos que seguir.

-Debemos continuar, presiento que esto no ha terminado y tenemos que concentrarnos en sobrevivir -dice el líder japonés, apoyando su mano sobre el hombro de Vlad.

-Así es –responde Skud.

Cuando nos disponemos a partir, Vlad continúa arrodillado junto al cadáver de Snake.

-Vlad, ya no podemos hacer nada –dice Ivanova.

Este levanta su mirada con lágrimas en los ojos, introduciendo una granada en el cadáver, en la enorme herida que le produjo la bestia.

-¡Granada! –dice Vlad, mientras se aparta lentamente de Snake.

Nos apartamos rápidamente, menos él, al que no parece importarle morir. Segundos después el cadáver salta en pedazos.

-Ninguna alimaña se va a comer a mi amigo –dice, mientras descuelga su fusil y se pone en cabeza del grupo.

-Échale un vistazo –dice Kosuke en voz baja, dirigiéndose a Skud.

Poco a poco, sin hablar, todos nos vamos incorporando nuevamente al sendero.

Tras andar algo más de una hora, ya en plena oscuridad, oímos cómo uno de los drones vuela próximo a nuestra posición. Kosuke intenta establecer contacto radio con él repetidas veces, hasta que en una de ellas lo logra a duras penas, cortándose la comunicación repetidas veces.

-Solicito un punto de extracción inmediato –repite Kosuke, tras

comunicarles nuestra situación.

-Estamos estudiándolo, ahora mismo no es viable.

Todos reconocemos la voz al otro lado de la radio, es Jack Major, pero Kosuke no le deja terminar la frase.

-Creo que no lo entienden, si no nos dan inmediatamente un punto de extracción, pronto no tendrán nada que rescatar –responde Kosuke alterado.

Al oír esto, Ivanova y yo nos miramos con asombro. Kosuke es una persona muy centrada, por lo que hay algo ahí fuera que él presiente y que el resto no somos capaces de ver o sentir.

Una nueva voz ocupa la radio, es el doctor Fisher.

-Vipers, continuad por el sendero que vais actualmente. Debéis llegar a Zulú tres, repito, Zulú tres, lo organizaré para que os recuperen allí.

-Ok, doc –responde Kosuke, mientras localiza en el plano Zulú tres, que se encuentra a unos ocho kilómetros al sur y separado del sendero un kilómetro al oeste.

-¿Por qué les has dicho eso, para acelerar nuestra extracción? –pregunta Ivanova.

-Porque es la verdad. He empezado a notar más presencias, surgen de todas partes. Cuando atravesé el cuello de ese ser, noté nuevamente cómo pedía ayuda, pero en esta ocasión la respuesta ha sido mucho más rápida e intensa y viene de todas direcciones. Nos están rodeando.

-¿Tú también los sientes? –pregunta Ivanova a Vlad.

Este se limita a montar su arma, haciendo esta el característico ruido metálico.

-Hay que correr, ¿estáis preparados? –pregunta Kosuke, mientras guarda nuevamente su plano.

-¡Vamos allá! –exclamamos.

CAPÍTULO 44

ZULÚ TRES

Iniciamos nuestra marcha, esta vez, corriendo a un ritmo constante, sin ir demasiado rápido ni demasiado lento.

Aunque es de noche y la temperatura ha bajado, la alta humedad en el ambiente lo hace agotador, pero nuestra vida va en ello y mantener esto en nuestras cabezas nos da el impulso necesario para seguir adelante. Ninguno de nosotros habla, debemos ahorrar energías y mantener nuestra concentración en seguir adelante, pendientes de todo lo que nos rodea.

Los pequeños animales que pululan por las copas de los altísimos árboles parecen avisarnos del peligro que se aproxima, gimiendo, gritando nerviosos, saltando de un lado a otro. Desde sus privilegiados miradores y con sus visiones adaptadas a la oscuridad, pueden ver aquello que se nos acerca y que nosotros somos incapaces de apreciar, excepto Vlad y Kosuke.

Tras una larga y agotadora marcha de más de media hora, llegamos a un arroyo. Nuestras articulaciones se resienten, los músculos parecen arder, el aire parece no llegar a nuestros pulmones. Mientras nos detenemos junto a la orilla, Vlad observa a un lado y a otro.

-Esto no aparece en el plano –dice Vlad.

-Hay muchas cosas que no aparecen en estos planos, pero no podemos pararnos –responde Skud.

-¿Qué profundidad creéis que? –pregunta Ivanova, sin terminar su frase al ver a una de esas bestias al otro lado del arroyo. Esperándonos desafiante-. ¡Joder!

La bestia avanza lentamente, introduciéndose en el arroyo. Aunque el agua fluye con fuerza, su paso es firme. Su mirada es penetrante y, aunque no fija su vista en ninguno de nosotros en concreto, todos nos sentimos observados, sobrecogidos por su presencia; todos menos Kosuke, que aparentemente mantiene su calma. Cuando Vlad va a levantar su arma, Skud se lo impide.

-Quizá algo haga el trabajo por nosotros –dice, señalándole el agua con su mirada.

Dando coletazos, una enorme cola asoma por encima de la superficie, dirigiéndose directamente hacia la bestia. Al llegar a su altura, un enorme pez se abalanza sobre ella, pero esta reacciona aún más rápido, rajando con sus garras la panza del desafortunado animal, que cae sobre el agua destripado.

Este instante de distracción es aprovechado por Skud y Vlad, que utilizan certeramente sus cañones de impulsos sobre la bestia alienígena, cayendo abatida.

-Sigamos, se nos echan encima –advierte Kosuke.

Con sumo cuidado, pero sin demora, avanzamos por el arroyo con mucha más dificultad que lo hacía el ser abatido. Conforme nos acercamos al enorme pez y a la bestia desmembrada por los impactos, estos están ya siendo devorados por infinidad de peces, algunos probablemente de la misma especie.

-¡Eric, cuidado! –exclama Ivanova.

Girándome sobre mí mismo, puedo observar cómo una enorme anguila me pasa a escasos centímetros, pero por fortuna no soy su objetivo. El olor a sangre la tiene hipnotizada y se dirige directamente a por uno de los miembros de la bestia abatida, mordiéndolo con frenesí.

Al salir del arroyo y mirar atrás, parece que el agua hierva. Multitud de pequeños y grandes depredadores se han acumulado en cuestión de segundos alrededor de los dos cadáveres.

Comenzamos a correr nuevamente. Nuestras piernas pesan más y más. Nos desprendemos del equipo que no es imprescindible y del que lo es. Nuestra única posibilidad de sobrevivir es llegar a Zulú tres, para esto debemos ir lo más livianos posible o no lo conseguiremos.

Cuando llegamos al final de una cuesta, Vlad levanta su mano. Inicialmente creo que es para darnos un descanso, pero nada más lejos de la realidad. Inmediatamente me invade el inconfundible y penetrante olor que desprenden estos demonios alienígenas antes de atacar.

Mi corazón late con rapidez, siento cómo bombea sangre desde mi pecho a todo mi cuerpo, mi respiración intenta hacer lo mismo, suministrando oxígeno para mantenerme alerta. Toda esta aceleración de mi cuerpo me impide mantener mi fusil apuntando correctamente. Mis músculos están agotados, soy incapaz de alzar mi arma en horizontal sin apoyar el codo en la cadera y, aun así, esto me cuesta trabajo.

Miro alrededor, observando que todos se encuentran en unas condiciones similares, lo que en este momento no es precisamente un consuelo.

Igual que hicieron las dos bestias que abatimos, podemos oír cómo algunas de ellas se mueven muy cerca. Su rapidez es asombrosa y por desgracia para nosotros, en esta ocasión, parece haber más de dos.

Como hizo el que se nos cruzó en el arroyo, frente a nosotros, a unos escasos veinte metros aparece otro de estos seres.

-¡Maldita sea! –exclama Ivanova.

Justo detrás de nosotros, de entre la arboleda ha aparecido el gran felino al que nos enfrentamos ayer, el gran macho. Este se mueve en el sendero de un lado a otro, sin llegar a avanzar. Levantando los labios de su mandíbula superior, muestra sus enormes y afilados colmillos, dando pequeños gruñidos.

De repente, para sorpresa nuestra, otro de los felinos aparece de entre los arbustos saltando sobre la bestia. Esta se defiende clavando sus garras en los costados del animal, pero el macho acelera su ataque, pasando junto a nosotros como si no estuviéramos allí, abalanzándose sobre el alienígena y mordiendo su cabeza, que, a pesar de su estructura acorazada, esta es triturada por la fuerza devastadora de la mandíbula del enorme felino.

-Pero ¿qué? –pregunto.

-Quizá los odian más que a nosotros o su sangre es más pura en G21 y para ellos es una delicia. -responde Ivanova.

-No nos vamos a parar a preguntárselo, corramos –grita Kosuke.

Cuando pasamos junto a ellos, en los arbustos podemos ver que no son los únicos que están luchando, se pueden ver más bestias que son abatidas por los felinos. Parece como si por algún motivo nos quisieran ayudar.

Conforme nos alejamos, Ivanova mira hacia atrás. Llegan más bestias que se abalanzan sobre los felinos, saltando desde los árboles.

-¡Debemos desviarnos aquí! –indica Vlad.

Abandonamos el sendero y nos introducimos en la jungla, dificultándose aún más nuestro paso. No podemos parar, nos encontramos muy cerca del punto de extracción, Zulú tres.

-Solo esperemos que el helicóptero esté allí o estamos jodidos –comenta jadeante Vlad.

Conforme avanzamos, podemos escuchar al dron pasar por encima de la copa de los árboles.

-¡Vipers! –se escucha por radio.

-¡Adelante! –responde Kosuke, mientras continúa corriendo.

-El helicóptero se encuentra en camino, tenemos algunas de vuestras balizas en pantalla.

-Si tenéis cinco, nos tenéis a todos. El resto han sido abatidos –responde Kosuke, cada vez más jadeante-. ¿Vienen armados los drones?

Tras una pequeña pausa, responde:

-Afirmativo.

-Debéis darnos cobertura aérea o no lo conseguiremos –dice Kosuke.

-Espere –dice una voz por la radio.

-Viper dos, ¿dónde necesitáis la cobertura? Hay mucho

movimiento –dice por la radio una segunda voz que reconocemos como la de Fisher.

-¡Abridnos paso hasta Zulú tres, si tenéis en pantalla nuestras balizas, abrir fuego contra todo lo que se mueva! ¡Despejarnos el camino! –responde Kosuke gritando, mientras avanza entre ramas y maleza que parece que se aferren a sus piernas ralentizando su paso, como si de algún modo estuvieran asociadas a las bestias.

Poco después, y solo a unos cientos de metros delante nuestra, se pueden oír explosiones. El humo se eleva por encima de las copas de los árboles.

-¡Huele a carne quemada! –exclama Vlad, que ríe, a pesar del dolor que siente en sus piernas.

Al pasar junto a un árbol, lo que parece una rama se mueve con rapidez seccionando su cabeza; esta cae a los pies de Ivanova que avanza justo detrás de Vlad.

-Pero ¿qué demonios? –dice Ivanova, dando un paso atrás.

Cuando miro a través de la cámara térmica de mi fusil, puedo ver que la rama desprende algo de calor. No es una rama, sino uno de los malditos demonios mimetizado.

Disparo el cañón de impulsos, pero se mueve rápidamente y evita el impacto, aunque no un segundo impulso disparado por Kosuke, que también se ha dado cuenta y lo abate con un certero disparo.

-¡Seguid, seguid! –grita Skud.

Dos de estos demonios se nos acercan por detrás, pero son abatidos. Ninguno de nosotros ha disparado, entonces quién…

Al mirar arriba, como a cámara lenta, podemos ver un exuberante helicóptero Bell 412 abriendo fuego contra las bestias. Esta vez vienen mejor armados, disparando desde ambas puertas correderas, con una endemoniada cadencia de fuego, barriendo todo a su paso cada vez que disparan.

-¡Vamos, el claro está ahí mismo! –dice Kosuke.

Mirando en su dirección, efectivamente puedo verlo, solo está a unos escasos treinta o cuarenta metros.

Al llegar al claro, Skud puede ver cómo uno de los drones abandona la zona, aunque viene siendo relevado por otro que entra en el claro disparando un par de cohetes contra la arboleda.

A su vez, el helicóptero se va desplazando lateralmente sin dejar de abrir fuego a un lado y a otro, hasta llegar al claro. Se queda en vuelo estacionario a unos cincuenta pies y nos lanza un atalaje para iniciar el rescate, mientras hablan por radio con Kosuke.

Una vez reunidos en el pequeño claro, la primera en ser rescatada es Ivanova. El resto disparamos nuestras armas sin cesar. Ayudada por

Skud, la doctora introduce su cuerpo en el atalaje. Sin esperar un segundo más, Skud levanta su pulgar para que sea izada desde la grúa del helicóptero.

Al subirla a la aeronave, vuelven a lanzar el atalaje de rescate.

El siguiente soy yo, pero cuando me giro para agarrarlo, algo me golpea por la espalda. El golpe es tan fuerte que me hace desvanecer, no sin antes ver cómo Kosuke y Skud intentan agarrarme, mientras disparan en mi dirección. Mis pies se arrastran por el suelo, mis talones golpean una y otra vez contra las piedras. No soy yo quien los mueve, algo me está arrastrando nuevamente hacia la jungla. Recibo constantes golpes con el terreno en espalda y piernas, mientras mi vista se va nublando poco a poco, hasta quedar totalmente en gris.

CAPÍTULO 45

VUELTA A CASA

-Eric, Eric.

Una voz femenina resuena en mi cabeza. No tengo claro si estoy soñando o es mi imaginación. Soy incapaz de abrir los ojos. Mi mente vuelve a ser invadida por el sueño.

-Eric, Eric.

Nuevamente esa delicada voz me arrebata de los brazos de Morfeo.

-Vamos, abre los ojos.

Me resulta familiar, juraría que es la voz de Ivanova. Con cierta dificultad, hago un esfuerzo por abrir los ojos. Mis parpados se abren ligeramente, pero mi visión es borrosa, no consigo enfocar a la persona que tengo junto a mí.

-Muy bien Eric, ya estás de vuelta –dice Ivanova, con una gran sonrisa reflejada en su cara.

Poco a poco, todo va tomando forma. Ivanova no está sola, también se encuentra con ella el doctor Fisher. Echando un vistazo a mi alrededor, empiezo a visualizar otras camas y me doy cuenta de que me encuentro en el hospital del campamento.

-¿Cómo te encuentras? –pregunta el doctor Fisher.

-Bien –contesto-. ¿Qué ha pasado?

-Dínoslo tú. Has estado una semana desaparecido en la jungla –responde Fisher.

-¿Una semana? Pero ¿cómo? Solo recuerdo que algo me golpeo cuando me disponía a ponerme el atalaje de rescate. -comento.

-Bueno, bueno. ¿Cómo se encuentra el muchacho? –dice una voz que avanza por el pasillo del hospital. Es Jack Major, acompañado de un séquito de soldados de Doyle.

-Bien, creo. Les estaba contando -respondo, pero Major, interrumpiéndome, no me deja terminar.

-Perfecto. Mañana mismo partirá para España.

-Aún se encuentra convaleciente. Hay multitud de pruebas que hacerle, multitud de preguntas. Además, se encuentra conmocionado por lo sucedido. -intenta explicar Fisher.

-Señor Orcan, ha hecho un gran trabajo y así lo pondré en mi informe. Ni qué decir tiene que todo lo sucedido en la isla es altamente confidencial. Por contrato, tiene terminantemente prohibido difundir cualquier información a la que haya tenido acceso durante su estancia con nosotros. En el informe que le entregaré mañana, antes de su partida, podrá leer la versión oficial de todo lo sucedido. Ha sido

un placer señor Orcan –dice, mientras me extiende su mano, ignorando por completo las palabras de Fisher.

Nada más darle la mano, Major y su séquito desaparecen por el pasillo tan pronto como han aparecido.

-¿Qué está pasando? –pregunto.

-Desde hace unos días, esto se ha llenado de militares del ejército de NORVIX. A nosotros nos mandan a casa, nos han denegado todos los privilegios de seguridad. Ya ni si quiera podemos entrar en nuestro propio laboratorio.

-¿Desde hace unos días? ¿Cuánto tiempo llevo aquí acostado? –pregunto.

Fisher e Ivanova se miran mutuamente antes de contestar.

-Aquí en el hospital has estado dos días, pero como te ha comentado antes el doctor, estuviste una semana desaparecido en la jungla –contesta Ivanova.

-¿Estoy infectado de G21?

-Te hemos hecho varias analíticas completas y todas han dado negativo a G21. Las radiografías y ecografías no muestran ningún parásito ni nada similar, por lo que debes estar tranquilo en ese sentido. Por cierto, no me habías dicho nada de la lesión tan grande que tuviste en tu niñez en la pierna derecha. ¿Te caíste desde una ventana? –dice riendo.

-Yo nunca he tenido lesión alguna en ninguna pierna.

Fisher y la doctora vuelven a mirarse.

-Tu pierna derecha presenta múltiples fracturas, pero todas ellas cicatrizaron hace años, además, de manera excelente –explica la doctora.

-Te repito que yo jamás he tenido una fractura en mi pierna ni en ninguna otra parte de mi cuerpo –digo, mientras, con algo de esfuerzo, muevo mi pierna bajo las sábanas.

Al observar mi pierna, veo que efectivamente presento numerosas cicatrices que aparentan tener años, pero que hace solo unos días no estaban ahí.

La doctora me mira con cara de asombro.

-La única que hemos detectado como nueva, es la cicatriz que tienes en tu pecho –comenta el doctor Fisher.

-Sí, esa señal me la dejó el colgante cuando estábamos en la selva, cerca del núcleo –respondo.

-¿Estás seguro? No creo que sea esa a la que tú te refieres –responde Ivanova, que me acerca un espejo.

Al mirarme en el espejo, la cicatriz grabada en mi pecho es como si hubiese sido hecha con un metal al rojo vivo, tiene una forma similar a las huellas que dejaban las zarpas de las bestias. Al verla, mi mente entra en shock y mil imágenes se agolpan en mi cabeza.

Empezando a recordar lo vivido en la jungla, como si me lo mostraran en mil fotogramas por segundo. Mi cuerpo convulsiona sobre la cama, estremeciéndose de los pies a la cabeza.

-¡Eric, Eric!

Puedo escuchar varias voces, pero me cuesta reaccionar. Lentamente vuelvo a recuperar el sentido. A mi alrededor, además de Fisher e Ivanova, hay dos enfermeras que están inyectando algo en mi suero.

-Está bien; es suficiente –dice Fisher, para que ambas enfermeras se retiren.

-¿Te encuentras bien? Menudo susto nos has dado, te has quedado con los ojos en blanco. -dice Ivanova.

-¿Queda alguno de los nuestros aún en la selva? –pregunto nada más recobrar la consciencia, aunque todavía algo aturdido.

-Ya no nos incumbe. Solo hay personal de Major. Tú mismo lo has escuchado. Ahora solo hay soldados y su equipo personal de científicos –responde Fisher.

-Hay que sacarlos de allí, ¿no lo entendéis? Han estado jugando con nosotros –digo, algo alterado incorporándome en la cama.

-¿A qué te refieres? Debes tranquilizarte, has sufrido un shock –pregunta Fisher.

-Los he podido ver.

-¿A quién? –pregunta Ivanova.

-A los verdaderos demonios –respondo.

- Eric, todos nosotros los hemos podido ver. Ya están informados del peligro –contesta Ivanova.

-No lo entendéis. Los parásitos que hemos visto, las bestias a las que nos hemos enfrentado no son nada más que sus mascotas. De alguna manera, los controlan mentalmente, pero no son a ellos a los que deberíamos temer, sino a los verdaderos demonios. Por algún motivo que no logro a entender, me han dejado verlos -digo.

-Tranquilo –dice Fisher-. ¿Quieres decir que hay otros seres en esa isla?

-Quiero decir que todo lo que nos han dejado ver es una cortina de humo. Los verdaderos alienígenas son mucho más poderosos y peligrosos. Su aspecto físico es similar al de las bestias que nos hemos encontrado, excepto sus grandes ojos rojos que parecen los del mismísimo demonio. Su fuerza interior, sus poderes son casi infinitos.

-Eric, creo que estás aturdido, lo que has visto probablemente se deba a alucinaciones producidas por los medicamentos que te han suministrado estos días –responde Fisher.

-Doctor, al igual que mi pierna destrozada, el resto de mi cuerpo estaba lleno de magulladuras y probablemente más lesiones internas.

¿Cuántas de estas lesiones han encontrado en mi cuerpo? Simplemente poniendo su zarpa en mi pecho, uno de ellos curó todas mis lesiones. ¿Cómo explica eso?

-Quizá lo soñaste –contesta Fisher.

-¿También soñé esto? –respondo, a la vez que dirijo mi mano a una pequeña mesita que hay a un par de metros de mi cama.

Al hacer esto, un vaso que se encuentra sobre la mesita empieza a vibrar, hasta que estalla en pedazos, derramando el agua por la mesa y suelo.

Fisher se apresura a levantarse y limpiar el agua.

-No vuelvas a hacerlo. Si te ven, te encerrarán como un conejillo de laboratorio –dice Fisher alterado.

Tanto Fisher como Ivanova se muestran ahora nerviosos. El doctor se seca el sudor de la frente, mientras me mira fijamente.

-¿Qué más sientes? –pregunta Ivanova.

-Puedo ver que el doctor lleva instalado un marcapasos y que mentalmente podría pararlo.

-¡Dios mío! –responde la doctora.

-También puedo oír lo que estás pensando doctora y no, no soy uno de ellos. Por algún motivo, al haber entrado en contacto con estos seres, he recibido parte de su fuerza interior, algo parecido a lo que le pasó a Vlad o Kosuke, solo que, en mi caso, el contacto ha sido directamente con un ser superior –digo, mientras me levanto de la cama, arrancándome la aguja del suero de mi brazo derecho.

Instintivamente, Fisher e Ivanova retroceden, mostrando algo de temor.

-No es a mí a quien debéis temer, sino a lo que se oculta en la selva. Me mostraron su civilización, aunque creo que solo me dejan recordar lo que ellos quieren.

-¿Qué pretenden? ¿Quieren invadirnos? –pregunta Fisher.

-Quieren alimentarse de nosotros –digo, mientras me acerco a una de las ventanas.

-¿Devorarnos? –pregunta Ivanova.

-No, no literalmente. Se alimentan de la fuerza interior de otros seres, de su energía. Tras estudiarnos durante años, en los humanos han encontrado un suministro de energía prácticamente inagotable.

-¿Entonces son agresivos? ¿Tienen maldad? –pregunta Ivanova.

-Hasta hace poco no tenían sentido del bien y del mal, normalmente no llegaban a alimentarse de toda la energía del ser que capturaban dejándolo con vida, de esta manera, si lo volvían a capturar en otra ocasión podrían volver a alimentarse de él. Desde que empezaron a alimentarse de la energía de humanos, al igual que ellos nos traspasan ciertos poderes, nosotros les traspasamos nuestra maldad. Pensar que los alienígenas que llegaron a la isla se han estado

alimentando de piratas, guerreros, soldados; la mayoría de ellos cargados de odio y malicia.

-¿Cómo es que no acabaron contigo? –pregunta Ivanova.

-No lo sé –respondo, mientras observo por la ventana-. ¿Dónde me encontrasteis?

-Donde desapareciste. En Zulú tres. Por cierto, tenías esto en la mano –contesta Ivanova, mostrándome el colgante del que me desprendí en la jungla.

Me acerco a Ivanova y tras observarlo un momento, lo recojo de su mano, colgándomelo nuevamente del cuello, posteriormente me dirijo a una pequeña taquilla que hay junto a mi cama y me visto con el mono de vuelo que alguien ha tenido la deferencia de lavar y preparar para mí, con el resto de mis cosas.

-¿Dónde vas? Aún no te han dado el alta –pregunta Ivanova.

-Estoy bien. Quiero ver a Kosuke y Skud.

-Te acompaño –dice Ivanova.

Cuando salimos del hospital, efectivamente todo está lleno de militares con la misma indumentaria que los soldados de Doyle. Por encima del campamento veo pasar a un par de helicópteros Blackhawks a baja altura.

Mientras caminamos, mirando a un lado y a otro, podemos ver cómo el campamento se ha militarizado por completo.

-Eric, te noto distinto –dice Ivanova, con semblante serio.

-Soy distinto –respondo.

Poco después, encontramos a Skud y Kosuke, que se encuentran en los compartimentos que hasta ahora habían pertenecido a los vipers, también preparando su equipo para partir.

Antes de llegar a ellos, Kosuke mira atrás, como si supiera que venía. Cuando me aproximo a él me mira fijamente.

-Ahora tú también los sientes –dice.

-Hay otros seres, además de las bestias a las que nos enfrentamos –contesto.

-A ellos me refiero –responde-. Pero tienes algo más.

-¿A qué te refieres?

-Desprendes la misma energía que ellos. Ni Vlad ni yo la teníamos, pero tú sí. Ten cuidado.

Skud e Ivanova nos miran algo perplejos, sin tener demasiado claro de qué estamos hablando.

-¿Vuelves a casa? –pregunta Skud, acercándose a mí.

-Sí, mañana mismo. ¿Vosotros?

-También –contesta con su semblante triste.

-Siento mucho lo de vuestros compañeros.
-Querrás decir de nuestros compañeros, tú ya serás un viper para siempre. Cuídate –dice Skud, despidiéndose con un abrazo.
-Kosuke, ¿qué puedo decir? –digo, con mis ojos empapados en lágrimas.
-No tienes que decir nada. Ellos te recordarán allá donde estén y nosotros también. Si necesitas trabajo, ya sabes dónde encontrarnos, estaríamos encantados de que formaras parte de nuestro equipo y, por desgracia, ahora estamos carentes de efectivos –dice, despidiéndose también con un abrazo al que se unen Skud e Ivanova.
Desde la distancia el doctor Fisher nos observa, con una sonrisa que se entremezcla con algunas lágrimas.

Días más tarde, España.

-¿Qué te apetece hacer? –pregunto, mientras conduzco mi coche.

-¿Te gustaría ir a Demons? –pregunta Rocío.

-Me parece bien –respondo, mientras apoyo mi mano en su pierna, mostrándole una sonrisa.

-No me has contado apenas sobre tus vacaciones en Panamá –interroga Rocío de manera burlona.

-No han sido precisamente unas vacaciones. Hay poco que contar, trabajo y más trabajo –respondo riendo.

-Pues yo te veo mucho más fuerte. ¿Todo el día en el gimnasio? ¿Muchas chicas?

Tras eludir una y mil preguntas, llegamos a un aparcamiento que hay próximo a la discoteca.

Al bajar del coche, a pesar de ir acompañada, un grupo de indeseables hacen comentarios obscenos sobre la minifalda de Rocío, cuando los miro me hacen gestos amenazantes, pero Rocío reacciona agarrándome del brazo y guiándome hacia la puerta de la discoteca.

-¡Eso es maricona, huye como una perra! –grita uno de ellos entre risas.

Inmediatamente reconozco su voz. Es uno de los que tuve el enfrentamiento en el callejón antes de mi viaje a Panamá. Mi cuerpo se altera por completo, noto cómo mi corazón palpita más fuerte.

-¿Qué te pasa? Estás ardiendo –dice Rocío, cuando entramos en la discoteca.

-No me encuentro bien, voy a salir un momento a que me dé el aire.

-Espera, voy contigo –dice.

-¡Rocío! –grita una voz reclamando su atención.

-Ahí está Noelia. Pídeme una botella de agua, vuelvo enseguida –digo.

-¿Estás seguro? –pregunta algo preocupada.

-Sí, seguro. Estoy bien, solo necesito que me dé un poco el aire.

Una fuerza indescriptible me hace salir al encuentro de esos indeseables. Noto como mi musculatura aumenta, mis sentidos se disparan, mi piel arde.

Cuando salgo de la discoteca, veo cómo una pareja se dirige también al oscuro aparcamiento, pero cruzando una mirada con ellos, hago que se den la vuelta. De alguna manera, he podido influir en sus pensamientos, haciéndoles cambiar de opinión sin que ellos se percaten.

Al doblar la esquina puedo verlos. Son al menos diez y están pateando el espejo retrovisor de un vehículo allí aparcado, probablemente, solo porque les apetece, sin ningún otro motivo.

Conforme me acerco, puedo sentir el latido de sus corazones, la sangre fluyendo por sus venas, sus pensamientos, sus odios, su maldad.

En cuanto me ven se ponen a la defensiva. Uno de ellos no tarda en reconocerme.

-¡Es el hijo de perra! –dice a los demás, que no tardan en sacar navajas y una barra de hierro.

-¿Qué coño es ese olor? ¿No te has duchado hoy? ¿Te has cagado encima? –se burla otro-. Ahora te vas a enterar.

Cuando me acerco un poco más a ellos, con la tenue luz de una farola pueden apreciar mis ojos, unos ojos que son más propios de un demonio que de un humano.

-¡Dios mío! –grita uno de ellos.

Poco después, solo se escuchan algunos gritos que se ahogan en su propia sangre.

Tras acabar con ellos, abro mi camisa y ha desaparecido la cicatriz que tenía en mi pecho. Me levanto el pernil de la pierna derecha y veo como lentamente las cicatrices de mi pierna también empiezan a desaparecer.

Al volver a la discoteca, me encuentro de bruces con Noelia que porta un vaso en cada mano.

-¡Madre mía, estás aún más guapo de lo habitual! –exclama.

-Es que hoy he comido bien –contesto con una sonrisa, mientras borro con mi pulgar una pequeña mancha roja sobre mi mejilla.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

A nuestras dos: En terminología aeronáutica, esta expresión es una forma rápida de dar la posición de un punto con respecto a la aeronave. Por ejemplo, la frase “a nuestras doce” marcaría un punto frente al morro de la aeronave. “A nuestras seis”, indicaría a nuestras espaldas, hacia la cola de la aeronave. Por lo tanto, “a nuestras dos”, sería un punto situado delante y a la derecha.

Bokken: Espada hecha de una sola pieza de madera, utilizada en diversas artes marciales en entrenamientos y exhibiciones, en sustitución de la katana.

Bogu: Armadura utilizada en el arte marcial del Kendo que se compone de Men (cabeza), Do (pecho), Tare (parte baja) y Kote (manos y antebrazos).

Briefing: Término utilizado en el ámbito militar (fundamentalmente aeronáutico), para definir una reunión en la que se concretan determinados aspectos antes de realizar una misión. Este término se ha extendido a otros ámbitos civiles, como pueda ser el publicitario.

Chinkum o Jin Gum: Espada utilizada en el arte marcial coreano del Kumdo (Gumdo). Similar a la conocida Katana japonesa, esta espada de procedencia china difiere algo en longitud y curvatura, siendo esta algo más larga y de menor curvatura. Pudiendo ser utilizada tanto con una mano, como con ambas manos.

Dobok: Uniforme que se utiliza en la práctica de artes marciales coreanas como el Taekwondo o Hapkido. Una traducción literal podría ser, Do, camino o senda de la vida y Bok, ropa de entrenamiento.

Dojang: Nombre que se le da en las artes marciales coreanas a la escuela, a la estancia que se utiliza para entrenar.

EDU: Electronic Display Unit. Pantalla de presentación electrónica que se utiliza en algunas aeronaves para presentación de parámetros de vuelo, motores, transmisión, etc.

GVN: Gafas de Visión Nocturna.

GS: Ground Speed. Velocidad horizontal de una aeronave en relación con el terreno.

Humvee: (HMMWV) High Mobility Multipurpose Wheeled Vehicle.

Vehículo de Ruedas Multipropósito de Alta Movilidad.

ID Card: Identification Card. Tarjeta de identificación.

OC: Operations Center. Centro de Operaciones.

Kendo gi: Es el traje utilizado en la práctica del Kendo. Se compone de dos partes, la chaqueta o Keiko gi y la Hakama, el pantalón ancho tradicional japonés.

Logbook del piloto: Diario de Vuelo. Libro en el que el piloto registra todos los vuelos que realiza, incluyendo algunos datos como el tipo de aeronave que ha volado, matrícula, hora de despegue y de toma.

Makiwara Pao: Escudo utilizado en los entrenamientos de artes marciales para absorber impactos, potenciando la respuesta ante estímulos y pegada del practicante.

Piernógrafo: Soporte utilizado por los pilotos que, en helicópteros, durante el vuelo suele ir sujeto mediante tiras de velcro a una de las piernas del piloto. Este normalmente dispone de distintos apartados que le sirven al piloto para llevar fichas de aeródromo, listas de comprobaciones, listado de frecuencias… Variará en diseño, tamaño y apartados, dependiendo del tipo de aeronave que se vaya a volar o del tipo de vuelo o misión que se vaya a realizar.

Pumse: Nombre que recibe en coreano una combinación de técnicas de defensa y ataque que, una vez aprendidas correctamente, sirven para entrenar, ayudando a mejorar el equilibrio y fuerza del practicante.

Я ще раз тобі повторюю, мене звуть Ерік!: Texto en ucraniano que traducido al español viene a significar: ¡Te vuelvo a repetir, me llamo Eric!

Shinai: Espada usada en los entrenamientos de Kendo, que junto a la armadura (Bogu), sirven para evitar sufrir lesiones. Está hecha de cuatro varas de bambú que le dan cierta flexibilidad. Representa a la espada, a la Katana.

Suburi to: Espada de madera de mayor tamaño y peso que el bokken, utilizado en el arte del Kendo para fortalecer la parte superior del cuerpo al realizar técnicas de corte.

Tanto: Espada japonesa corta, de tamaño algo superior al de un cuchillo, con una hoja de entre 15 y 30 centímetros.

VANT: Vehículo Aéreo No Tripulado, también conocido como dron.

EL AUTOR

RAUL ORTEGA CAZALLA

(Córdoba 1968)

Veterano piloto del ejército que participó en misiones como Kosovo o Bosnia. Desde 2007 es examinador y coordinador de formación, en una de las compañías aeronáuticas más importantes de España.
Estudioso de distintas disciplinas marciales, ostenta, entre otros, el grado de cinturón negro 5º dan de Taekwondo.

Desde muy joven, fue introducido en el arte de la escritura por su padre, el conocido periodista y locutor de radio Francisco Ortega conocido como Paco Peñas. Sus narraciones son el resultado de transliterar sus vivencias y conocimientos de una manera dinámica e imprevisible.

G21. No deberían estar allí

© 2022 Raúl A. Ortega Cazalla
Todos los derechos reservados.